



FRANCISCO
MISAS MATUTINAS



FRANCISCO
MISAS MATUTINAS

Enero Febrero Marzo Abril Mayo Junio Julio
Septiembre Octubre Noviembre Diciembre

**Homilías del Papa Francisco, en la Misa de la mañana en santa Marta.
Año 2014.**



Textos tomados de: www.vatican.va
Compuestos por: alphonsus2002@googlemail.com

ENERO.

7 de enero de 2014. Si el corazón es como un mercado.

9 de enero de 2014. El amor no es una telenovela.

10 de enero de 2014. El credo de los loros.

11 de enero de 2014. Cómo debe ser el sacerdote.

13 de enero de 2014. Un amor artesanal.

14 de enero de 2014. Cuatro modelos.

16 de enero de 2014. Para un examen de conciencia.

17 de enero de 2014. Así lo hacen todos.

20 de enero de 2014. El Dios de las sorpresas.

21 de enero de 2014. Dios elige a los pequeños.

23 de enero de 2014. Corazones libres de envidias y celos.

24 de enero de 2014. Cómo se construye el diálogo.

27 de enero de 2014. Cuando los sacerdotes no son noticia.

28 de enero de 2014. La oración de alabanza.

30 de enero de 2014. Entre Cristo y la Iglesia ninguna dicotomía.

31 de enero de 2014. Los mártires de nuestros pecados.

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 2, viernes 10 de enero de 2014

El corazón del hombre se parece a «un mercado de barrio» donde se puede encontrar de todo. El cristiano debe aprender a conocer en profundidad lo que pasa a través de él, discerniendo aquello que sigue el camino indicado por Cristo y lo que lleva, en cambio, al indicado por el anticristo. El criterio para orientarse en esta elección —dijo el Papa Francisco en la homilía de la misa del martes 7 de enero, en la capilla de Santa Marta— es seguir el itinerario indicado por la encarnación del Verbo.

El Pontífice propuso esta reflexión al comentar la primera carta de san Juan (3, 22 - 4,6) en la cual el apóstol «parece casi obsesivo» al repetir algunos consejos, en especial: «Permaneced en el Señor».

«Permanecer en el Señor» repitió el Papa, y añadió: «El cristiano, hombre o mujer, es quien permanece en el Señor». Pero, ¿qué significa esto? Muchas cosas, respondió el Santo Padre. Si bien, explicó, el pasaje de la carta de san Juan se centra en una especial actitud que el cristiano debe asumir si quiere permanecer en el Señor: es decir, la plena conciencia «de lo que sucede en su corazón».

El cristiano que permanece en el Señor sabe «lo que pasa en su corazón». Por ello el apóstol, destacó el Pontífice, «dice: “Queridos míos: no os fiéis de cualquier espíritu, sino examinad si los espíritus vienen de Dios”; sabed discernir los espíritus, discernir lo que oís, lo que pensáis, lo que queréis, si es propio del permanecer del Señor o si es otra cosa, que te aleja del Señor». Por lo demás, «nuestro corazón —prosiguió— tiene siempre deseos, ganas, pensamientos: pero, ¿todos éstos, son del Señor? ¿O algunos de éstos nos alejan del Señor? Por ello el apóstol dice: examinad todo lo que pensáis, lo que sentís, lo que queréis... Si esto va en la línea del Señor, funciona; pero si no va en esa línea...».

Por ello es necesario «ponerlos a prueba —repitió el Obispo de Roma citando una vez más la carta de san Juan— para examinar si los espíritus vienen de Dios, pues muchos falsos profetas han salido al mundo». Y falsos, advirtió, pueden ser no sólo los profetas, sino también las profecías o las propuestas. Por ello es necesario vigilar siempre. Es más, el cristiano, indicó, es precisamente el hombre o la mujer «que sabe vigilar sobre su corazón». Un corazón, añadió el Papa Francisco, en el cual hay «muchas cosas que van y vienen... Parece un mercado de barrio donde se encuentra de todo».

Precisamente por esto es necesaria una obra constante de discernimiento; para comprender, especificó el Pontífice, lo que es verdaderamente del Señor. Pero «¿cómo sé —se preguntó— que esto es de Cristo?». El criterio a seguir lo indica el apóstol Juan. Y el Santo Padre lo recordó citando una vez más la carta: «Todo espíritu que confiesa a Jesucristo venido en carne es de Dios; y todo espíritu que no confiesa a Jesús no es de Dios: es del Anticristo. El cual habéis oído que iba a venir; pues bien, ya está en el mundo».

«Es así de sencillo: si lo que tú deseas, o lo que tú piensas —explicó—, va por el camino de la encarnación del Verbo, del Señor que vino en carne», significa que es de Dios; pero si no va por ese camino, entonces no viene de Dios. Se trata, en esencia, de reconocer el camino recorrido por Dios, quien se «abajó, se humilló hasta la muerte de cruz». Abajamiento, humildad y también humillación: «éste —indicó el Pontífice— es el camino de Jesucristo».

Por lo tanto, si un pensamiento, si un deseo «te lleva —añadió— por el camino de la humildad, del abajamiento, del servicio a los demás, es de Jesús; pero si te lleva por la senda de la suficiencia, de la vanidad, del orgullo o por el camino de un pensamiento abstracto, no es de Jesús». Lo confirman las tentaciones que Jesús mismo sufrió en el desierto: «Las tres propuestas que el demonio hace a Jesús eran propuestas que querían alejar a Jesús de este camino, del camino del servicio, de la humildad, de la humillación, de la caridad realizada con su vida».

«Pensemos hoy en esto —propuso el Pontífice—. Nos hará bien. Primero: ¿qué pasa en mi corazón? ¿Qué pienso? ¿Qué siento? ¿Presto atención o dejo pasar, que todo vaya y venga? ¿Sé lo que quiero? ¿Examino lo que quiero, lo que deseo? ¿O lo tomo todo? Queridos míos, no prestéis fe a cada espíritu; examinad los espíritus». Muchas veces, añadió, nuestro corazón es «como un camino, donde pasan todos». Pero precisamente por esto es necesario «examinar» y preguntarnos «si elegimos siempre las cosas que vienen de Dios, si sabemos cuáles son las que vienen de Dios, si conocemos el criterio auténtico para discernir» nuestros deseos, nuestros pensamientos. Y, concluyó, no debemos olvidar jamás «que el criterio auténtico es la encarnación de Dios».

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 2, viernes 10 de enero de 2014

El amor verdadero no es el de las telenovelas. No está hecho de ilusiones. El verdadero amor es concreto, se centra en los hechos y no en las palabras; en el dar y no en la búsqueda de beneficios. La receta espiritual para vivir el amor hasta el extremo está en el verbo «permanecer», un «doble permanecer: nosotros en Dios y Dios en nosotros».

El Papa Francisco, en la misa del jueves 9 de enero, indicó en la persona de Jesucristo, Verbo de Dios hecho hombre, el fundamento único del amor verdadero. Ésta es la verdad, dijo, «la clave para la vida cristiana», «el criterio» del amor.

Como es costumbre, el Pontífice si inspiró para su meditación en la liturgia del día, en especial en la primera lectura (*1 Juan 4, 11-18*), donde se encuentra más de una vez una palabra decisiva: «permanecer». El apóstol Juan, dijo el Papa, «nos dice muchas veces que debemos permanecer en el Señor. Y nos dice también que el Señor permanece en nosotros». En esencia afirma «que la vida cristiana es precisamente "permanecer", este doble permanecer: nosotros en Dios y Dios en nosotros». Pero «no permanecer en el espíritu del mundo, no permanecer en la superficialidad, no permanecer en la idolatría, no permanecer en la vanidad. No, permanecer en el Señor. Y el Señor, explicó el Papa, «corresponde a esta» actitud nuestra, y, así, «Él permanece en nosotros». Es más, es «Él quien permanece antes en nosotros», que, por el contrario, «muchas veces lo sacamos fuera» y así «no podemos permanecer en Él».

«Quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios permanece en él» escribe una vez más Juan que, afirmó el Papa, nos dice en la práctica cómo «este permanecer es lo mismo que permanecer en el amor». Y es una «cosa hermosa oír esto del amor», añadió, alertando: «Mirad que el amor del que habla Juan no es el amor de las telenovelas. No, es otra cosa». En efecto, explicó el Pontífice, «el amor cristiano tiene siempre una cualidad: lo concreto. El amor cristiano es concreto. Jesús mismo, cuando habla del amor, nos habla de cosas concretas: dar de comer a los hambrientos, visitar a los enfermos». Son todas «cosas concretas» porque, precisamente «el amor es concreto». Es «lo concreto de la vida cristiana».

Así, el Papa Francisco advirtió: «cuando no existe lo concreto» se acaba por «vivir un cristianismo de ilusiones, porque no se comprende bien dónde está el

centro del mensaje de Jesús». El amor «no llega a ser concreto» y se convierte en «un amor de ilusiones». Es una «ilusión» también la que «tenían los discípulos cuando, mirando a Jesús, creían que fuese un fantasma» como relata el pasaje evangélico de Marcos (6, 45-52). Pero, comentó el Papa, «un amor de ilusiones, no concreto, no nos hace bien».

«¿Pero cuándo sucede esto?», fue la pregunta del Papa para comprender cómo se cae en la ilusión y no en lo concreto. Y la respuesta, dijo, se encuentra muy clara en el Evangelio. Cuando los discípulos piensan que ven a un fantasma, explicó el Pontífice citando el texto, «dentro de sí estaban fuertemente asombrados porque no habían comprendido el hecho de los panes, la multiplicación de los panes: su corazón estaba endurecido». Y «si tú tienes el corazón endurecido, no puedes amar. Y piensas que el amor es imaginarse las cosas. No, el amor es concreto».

Hay un criterio fundamental para vivir de verdad el amor. «El criterio del permanecer en el Señor y el Señor en nosotros —afirmó el Papa— y el criterio de lo concreto en la vida cristiana es lo mismo, siempre: el Verbo vino en la carne». El criterio es la fe en la «encarnación del Verbo, Dios hecho hombre». Y «no existe un cristianismo auténtico sin este fundamento. La clave de la vida cristiana es la fe en Jesucristo, Verbo de Dios hecho hombre».

El Papa Francisco sugirió también el modo de «conocer» el estilo del amor concreto, explicando que «hay algunas consecuencias de este criterio». Y propuso dos de ellas. La primera es que «el amor está más en las obras que en las palabras. Jesús mismo lo dijo: no los que me dicen "Señor, Señor", los que hablan mucho, entrarán en el Reino de los cielos; sino aquellos que cumplen la voluntad de Dios». Es la invitación, por lo tanto, a ser «concretos» cumpliendo «las obras de Dios».

Hay una pregunta que cada uno debe hacerse a sí mismo: «Si yo permanezco en Jesús, permanezco en el Señor, permanezco en el amor, ¿qué hago por Dios —no lo que pienso o lo que digo— y qué hago por los demás?». Por lo tanto, «el primer criterio es amar con las obras, no con las palabras». Las palabras, por lo demás, «se las lleva el viento: hoy están, mañana ya no están».

El «segundo criterio de lo concreto» propuesto por el Papa es: «en el amor es más importante dar que recibir». La persona «que ama da, da cosas, da vida, se entrega a sí mismo a Dios y a los demás». En cambio la persona «que no ama y que es egoísta busca siempre recibir. Busca siempre tener cosas, tener ventajas. He aquí, entonces, el consejo espiritual de «permanecer con el corazón abierto, no como el de los discípulos que estaba cerrado» y les llevaba a no comprender. Se trata, afirmó una vez más el Papa, de «permanecer en Dios», así «Dios permanece en nosotros. Y permanecer en el amor».

El único «criterio para permanecer está en nuestra fe en Jesucristo Verbo de

Dios hecho carne: precisamente el misterio que celebramos en este tiempo». Y luego volvió a afirmar que «las dos consecuencias prácticas de este modo concreto de vida cristiana, de este criterio, son que el amor está más en las obras que en las palabras; y que el amor está más en dar que en recibir». Precisamente «mirando al Niño, en estos tres últimos días del tiempo de Navidad», mirando al Verbo que se hizo carne», el Papa Francisco concluyó la homilía invitando a renovar «nuestra fe en Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre. Pidamos la gracia —deseó— de que nos conceda este modo concreto de amor cristiano para permanecer siempre en el amor» y de hacer lo posible para que «Él permanezca en nosotros».

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 3, viernes 17 de enero de 2014

El cristiano no repite el Credo de memoria como un loro y no vive como un eterno «derrotado», sino que confiesa toda su fe y tiene la capacidad de adorar a Dios, llevando así hacia lo alto el termómetro de la vida de la Iglesia. Para el Papa Francisco «confesar y confiarse» son las dos palabras clave que alimentan y refuerzan la actitud de quien cree, porque «nuestra fe es la victoria que venció al mundo» como escribe el apóstol Juan en su primera carta. El Pontífice lo reafirmó en la misa celebrada el viernes 10 de enero, por la mañana, en la capilla de la Casa de Santa Marta.

El Papa Francisco retomó de este modo el hilo conductor de la meditación del día anterior, presentando su reflexión centrada en la primera carta de Juan. Quien, explicó, «insiste, subraya mucho esa palabra que para él es como la expresión de la vida cristiana: permanecer, permanecer en el Señor». Y «en estos días —continuó— hemos visto cómo» Juan «piensa este permanecer: nosotros en el Señor y el Señor en nosotros. Esto significa permanecer en el amor, porque los dos mandamientos principales son los del amor a Dios y al prójimo».

Para Juan, por lo tanto, el centro de la vida cristiana es el «permanecer en el Señor, permanecer el Señor en nosotros, permanecer en el amor. Y por esto, dice, nos dio el Espíritu. Es precisamente el Espíritu Santo quien hace esta obra del permanecer». En el pasaje de la primera lectura (4, 19 – 5, 4) proclamado en la liturgia, el apóstol —indicó el Papa— da la respuesta a una pregunta que nos surge naturalmente: por nuestra parte, ¿qué debemos hacer para vivir el estilo del «permanecer»? Escribe Juan: quien permanece en Dios, quienquiera que sea engendrado por Dios, quien permanece en el amor vence el mundo. «Y la victoria es nuestra fe», explicó el Pontífice repitiendo las palabras del apóstol. Para vivir «este permanecer», afirmó, «por parte nuestra» está precisamente la fe, mientras que «por parte de Dios está el Espíritu Santo, que hace esta obra de gracia».

«¡Es fuerte!», exclamó el Papa, porque «la victoria que venció el mundo es nuestra fe. Nuestra fe lo puede todo: ¡es victoria!». Se trata de una verdad que «sería hermoso» repetirnos con frecuencia, «porque muchas veces somos cristianos derrotados. La Iglesia —afirmó el Pontífice— está llena de cristianos derrotados, que no creen que la fe es victoria, que no viven esta fe. Y si no se vive esta fe está la derrota, y vence el mundo, el príncipe del mundo».

La pregunta fundamental, entonces, que hemos de plantearnos a nosotros mismos es: «¿Qué es esta fe?». El Papa Francisco recordó al respecto cómo Jesús hablaba de la fe y mostraba la fuerza de la misma, como se deduce de los episodios evangélicos de la mujer hemorroísa, de la cananea, del hombre que se acerca para pedir una curación con fe —«¡es grande tu fe!»— y del ciego de nacimiento. El Señor, recordó, «decía también que el hombre que tiene fe como un grano de mostaza puede mover montañas».

Precisamente «esta fe nos pide dos actitudes: confesar y confiarnos» dijo el Papa. Ante todo «la fe es confesar a Dios; pero al Dios que se ha revelado a nosotros desde el tiempo de nuestros padres hasta ahora: el Dios de la historia». Es lo que afirmamos todos los días en el Credo. Pero —puntualizó el Pontífice— «una cosa es recitar el Credo desde el corazón y otra como loros: creo en Dios, creo en Jesucristo, creo...». El Papa continuó proponiendo un examen de conciencia: «¿Creo en lo que digo? ¿Esta confesión de fe es auténtica o lo digo de memoria porque se debe decir? ¿O creo a medias?». Por lo tanto, se debe «confesar la fe». Y confesarla «toda, no una parte. ¡Toda!». Pero, añadió, se debe también «custodiarla por entero como llegó a nosotros por el camino de la tradición. ¡Toda la fe!». El Pontífice indicó luego «el signo» para reconocer si confesamos «bien la fe». En efecto «quien confiesa bien la fe, toda la fe, tiene la capacidad de adorar a Dios». Es un «signo» que puede parecer «un poco extraño —comentó el Papa— porque sabemos cómo pedir a Dios, cómo dar gracias a Dios. Pero adorar a Dios, alabar a Dios es algo más. Sólo quien tiene esta fe fuerte es capaz de la adoración».

Precisamente sobre la adoración, destacó el Papa, «me atrevo a decir que el termómetro de la vida de la Iglesia está un poco bajo: nosotros, cristianos, no tenemos mucha capacidad de adorar —algunos sí—, porque en la confesión de la fe no estamos convencidos. O estamos convencidos a medias». Deberíamos, en cambio, recuperar la capacidad «de alabar y adorar» a Dios; incluso porque, añadió el Pontífice, la oración para «pedir y agradecer la hacemos todos». En cuanto a la segunda actitud, el Papa Francisco recordó cómo «el hombre o la mujer que tiene fe se confía a Dios. Se confía. Pablo, en el momento sombrío de su vida, decía: yo sé bien de quién me he fiado. De Dios. Del Señor Jesús». Y «fiarse —afirmó— nos conduce a la esperanza. Así como la confesión de la fe nos conduce a la adoración y a la alabanza de Dios, el confiarse a Dios nos lleva a una actitud de esperanza».

Sin embargo —alertó el Pontífice— «hay muchos cristianos con una esperanza con demasiada agua», una esperanza aguada que no es «fuerte». ¿Y cuál es la razón de esta «esperanza débil»? Precisamente la falta de «fuerza y valentía para confiarse al Señor». Para ser, por el contrario, «cristianos vencedores», destacó, debemos creer «confesando la fe, y también custodiando la fe, y

encomendándonos a Dios, al Señor. Y ésta es la victoria que ha vencido al mundo: nuestra fe.

«Para permanecer en el Señor, para permanecer en el amor —repitió— es necesario el Espíritu Santo, por parte de Dios. Pero por parte nuestra: confesar la fe que es un don y confiarse al Señor Jesús para adorar, alabar y ser personas de esperanza». El Papa Francisco concluyó la homilía con la oración que «el Señor nos haga comprender y vivir esta hermosa frase» del apóstol Juan que vuelve a proponer la liturgia: «Y ésta es la victoria que ha vencido al mundo: nuestra fe».

Sábado.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 3, viernes 17 de enero de 2014

Es «la relación con Jesucristo» lo que salva al sacerdote de la tentación de la mundanidad, del riesgo de convertirse en «untuoso» en lugar de «ungido», por la idolatría «al dios Narciso». El sacerdote, en efecto, puede también «perder todo» pero no su vínculo con el Señor, de otro modo no tendría nada más que dar a la gente. Con palabras fuertes, y proponiendo un auténtico examen de conciencia, el Papa Francisco se dirigió directamente a los sacerdotes volviendo a lanzar el valor de su unción. Lo hizo en la homilía de la misa celebrada el sábado 11 de enero, por la mañana, en la capilla de la Casa de Santa Marta. El Pontífice prosiguió la meditación sobre la primera carta de Juan que ya había iniciado los días pasados. El pasaje propuesto por la liturgia (5, 5-13) —explicó— «nos dice que tenemos la vida eterna porque creemos en el nombre de Jesús». He aquí las palabras del apóstol: «Os he escrito estas cosas a los que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que os deis cuenta de que tenéis vida eterna».

Es «el desarrollo del versículo» proclamado en la liturgia del viernes y en el cual el Papa ya había centrado su meditación: «Ésta es la victoria que ha vencido al mundo: nuestra fe». En efecto, volvió a afirmar el Pontífice, «nuestra fe es la victoria contra el espíritu del mundo. Nuestra fe es esta victoria que nos hace seguir adelante en el nombre del Hijo de Dios, en el nombre de Jesús».

Una reflexión que llevó al Santo Padre a plantearse una pregunta decisiva: ¿cómo es nuestra relación con Jesús? Una cuestión verdaderamente fundamental, «porque en nuestra relación con Jesús se hace fuerte nuestra victoria». Una pregunta «fuerte», reconoció, sobre todo para «nosotros que somos sacerdotes: ¿cómo es mi relación con Jesucristo?».

«La fuerza de un sacerdote —recordó el Pontífice— está en esta relación». En efecto, cuando su «popularidad crecía, Jesús iba al Padre». Lucas, en el pasaje evangélico de la liturgia (5, 12-16), relata: «Él, por su parte, solía retirarse a despoblado y se entregaba a la oración». Así «cuando se hablaba cada vez más» de Jesús «y las multitudes, numerosas, venían a escucharle y a buscar la curación, Él después iba al encuentro del Padre». Una actitud, puntualizó el Papa, que constituye «el criterio para nosotros, sacerdotes: ¿vamos o no vamos a encontrar a Jesús».

De aquí brota una serie de preguntas que el Pontífice sugirió para un examen

de conciencia: «¿Qué sitio ocupa Jesús en mi vida sacerdotal? ¿Es una relación viva, de discípulo a maestro, de hermano a hermano, de pobre hombre a Dios? ¿O es una relación un poco artificial que no nace del corazón?».

«Nosotros estamos ungidos por el espíritu —fue la reflexión propuesta por el Papa—, y cuando un sacerdote se aleja de Jesucristo en lugar de ser ungido, termina siendo untuoso». Y, destacó, «¡cuánto mal hacen a la Iglesia los sacerdotes untuosos! Quienes ponen la fuerza en las cosas artificiales, en las vanidades», los que tienen «una actitud, un lenguaje remilgado». Y cuántas veces, añadió, «se oye: pero éste es un sacerdote» que se parece a una «mariposa», precisamente «porque siempre está en la vanidad» y «no tiene la relación con Jesucristo: ha perdido la unción, es un untuoso».

Incluso con todos los límites, «somos buenos sacerdotes —continuó el Papa— si vamos a Jesucristo, si buscamos al Señor en la oración: la oración de intercesión, la oración de adoración». Si, en cambio, «nos alejamos de Jesucristo, debemos compensar esto con otras actitudes mundanas». Y así surgen «todas estas figuras» como «el sacerdote especulador, el sacerdote empresario». Pero el sacerdote, afirmó con fuerza, «adora a Jesucristo, el sacerdote habla con Jesucristo, el sacerdote busca a Jesucristo y se deja buscar por Jesucristo. Éste es el centro de nuestra vida. Si no existe esto perdemos todo. ¿Y qué daremos a la gente?».

Así, el Obispo de Roma repitió la oración proclamada en la oración colecta. «Hemos pedido —dijo— que el misterio que celebramos, el Verbo que se hizo carne en Jesucristo entre nosotros, crezca cada día más. Hemos pedido esta gracia: que nuestra relación con Jesucristo, relación de ungidos para su pueblo, crezca en nosotros».

«Es hermoso encontrar sacerdotes —destacó el Papa— que han dado la vida como sacerdotes». Sacerdotes de quienes la gente dice: «Sí, tiene un mal genio, tiene esto y aquello, pero es un sacerdote. Y la gente tiene olfato». Por el contrario, si se trata de «sacerdotes, en una palabra, "idólatras", que en lugar de tener a Jesús tienen pequeños ídolos —algunos son devotos del dios Narciso—, la gente cuando ve esto dice: ¡pobrecitos!». Por lo tanto, es precisamente «la relación con Jesucristo», aseguró el Pontífice, lo que nos salva «de la mundanidad y de la idolatría que nos hace untuosos» y la que nos conserva «en la unción».

Dirigiéndose, por último, a los presentes —entre ellos un grupo de sacerdotes de Génova con el cardenal arzobispo Angelo Bagnasco— el Papa Francisco concluyó así la homilía: «Y hoy a vosotros, que habéis tenido la amabilidad de venir a concelebrar aquí conmigo, os deseo esto: perded todo en la vida, pero no perdáis esta relación con Jesucristo. Ésta es vuestra victoria. ¡Adelante con esto!».

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 3, viernes 17 de enero de 2014

Dios prepara el camino para cada hombre. Lo hace con amor: un «amor artesanal», porque lo prepara personalmente para cada uno. Está dispuesto a intervenir cada vez que se deba corregir el camino, propiamente como hacen una mamá y un papá. Es la reflexión que propuso el Papa Francisco el lunes 13 enero.

El Pontífice se inspiró en el episodio del Evangelio de Marcos (1, 14-20) donde se narra que Jesús, después del arresto de Juan, fue a Galilea, dando la impresión de querer iniciar otra etapa del camino. «Y proclama el Evangelio — destacó el Papa— con las mismas palabras de Juan: el tiempo se ha cumplido y el reino de Dios está cerca, convertíos. Lo mismo que decía Juan, lo dice Jesús. Juan había preparado el camino a Jesús. Y Jesús lo sigue».

«Preparar el camino, preparar también nuestra vida, es propio de Dios, del amor de Dios por cada uno de nosotros», explicó el Obispo de Roma. «Él — continuó— no nos hace cristianos por generación espontánea. Él prepara nuestro camino, prepara nuestra vida, desde hace tiempo». Y refiriéndose de nuevo a la página evangélica, añadió: «Parece que Simón, Andrés, Santiago y Juan fueron aquí elegidos definitivamente»; pero esto no significa que desde este momento hayan sido también «definitivamente fieles». En realidad, precisamente ellos cometen errores: hacen propuestas «no cristianas al Señor», de hecho, lo niegan. Y Pedro más que los demás. Se asustaron, explicó el Pontífice, y «se marcharon, abandonaron al Señor».

Se trata de una obra de preparación, dijo también el Santo Padre, que Jesús lleva adelante en muchas generaciones. Para confirmar esto, el Pontífice se refirió a Ana, la segunda mujer de Elcaná, citada en la primera lectura de la liturgia (cf. *1 Samuel* 1, 1-8). La mujer, «estéril, lloraba» cuando la otra mujer, Feniná, que tenía hijos, se burlaba. Pero en el llanto de Ana estaba la preparación al nacimiento del gran Samuel. «Así, el Señor —puntualizó el Papa— nos prepara desde hace muchas generaciones. Y cuando las cosas no funcionan bien, Él se mezcla en la historia» y las acomoda. En la misma genealogía de Jesús, recordó, hay «pecadores y pecadoras. ¿Cómo obró el Señor? Se mezcló; corrigió el camino; puso orden en las cosas. Pensemos en el gran David, gran pecador y luego gran santo. El Señor sabe. Cuando el Señor nos dice: con amor eterno te he amado, se refiere a esto. Desde hace muchas generaciones el Señor ha pensado “en nosotros”». Y así nos acompaña

experimentando nuestros mismos sentimientos cuando nos acercamos al matrimonio, cuando se espera un hijo: en cada momento de nuestra historia «nos espera y nos acompaña».

«Esto —reafirmó el Pontífice— es el amor eterno del Señor. Eterno pero concreto. Un amor incluso artesanal, porque Él va construyendo la historia y va preparando el camino para cada uno de nosotros. Esto es el amor de Dios». Así, el Papa se dirigió a un grupo de sacerdotes que concelebraron con ocasión de su sexagésimo aniversario de ordenación y dijo: «Pensad en vuestros sesenta años de misa. ¡Cuántas cosas han pasado! ¡Cuántas cosas! El Señor estaba allí preparando el camino también para otros que no conocemos, pero que Él conoce». Él es «el Señor de la preparación, que nos ama desde siempre y nunca nos abandona». Tal vez —admitió— «es un acto de fe no fácil de creerlo, es verdad. Porque nuestro racionalismo nos hace decir: ¿por qué el Señor, con las numerosas personas con las que cuenta, va a pensar en mí?». Sin embargo, Él «me ha preparado el camino, con nuestras mamás, nuestras abuelas, nuestros padres, nuestros abuelos y bisabuelos, con todos: el Señor hace así. Y ésto es su amor: concreto, eterno y también artesanal».

«Recemos —fue la exhortación conclusiva— pidiendo esta gracia de comprender el amor de Dios. Pero no se comprende nunca, ¡eh! Se percibe, se llora, pero comprenderlo no se comprende. También esto nos dice cuán grande es este amor».

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 3, viernes 17 de enero de 2014

La gente sigue a quien enseña como Jesús, a quien lleva consigo la novedad de la Palabra de Dios, su amor. Y no a quien —sea laico, cristiano, sacerdote u obispo— es un corrupto y tiene el corazón corrompido. El Papa Francisco volvió a hablar del testimonio de fe que deben dar quienes, sobre todo en razón de su misión, están llamados a transmitirla al pueblo de Dios. Durante la homilía de la misa del martes 14 de enero repitió que no existe otra vía más que la que enseñó Cristo.

A esta enseñanza hacen referencia las dos lecturas propuestas por la liturgia, tomadas del primer libro de Samuel (1, 9-20) y del Evangelio de Marcos (1, 21b-28). En ellos, indicó el Pontífice, se describen «cuatro modelos de creyentes predicadores: Jesús, los escribas, el sacerdote Elí, y detrás de él —no está explícito, pero están— los dos hijos de Elí, sacerdotes».

Los escribas enseñaban y predicaban poniendo sobre los hombros de la gente cargas pesadas. «Y la pobre gente —dijo el Papa— no podía seguir adelante».

El reproche que les hace Jesús es que no mueven ni un dedo para ayudar a estas personas. Y dirá luego a la gente: «Haced lo que dicen, pero no lo que hacen». Gente incoherente, explicó el Pontífice hablando de los escribas y fariseos, que se comportaban «como si apaleasen a las personas». Y Jesús les advertía «diciéndoles: si os comportáis así, vosotros cerráis las puertas de los cielos; no dejáis entrar a ninguno y tampoco vosotros entráis».

Es así que aún hoy, subrayó el Papa, se usa este modo equivocado de predicar, de enseñar, de dar testimonio de la propia fe. «Y son muchos —lamentó— los que piensan que la fe es así».

Luego, el Obispo de Roma se centró en el modo de obrar de Elí, «un anciano... pobrecito» que —confesó— «a mí me da cierta ternura», pero que, sin embargo, «no era de verdad un buen hombre: era un pobre sacerdote, débil, tibio y dejaba hacer, no tenía fuerza. Dejaba hacer muchas cosas malas a sus hijos». El Santo Padre contó el episodio de Elí cuando confundió con una borracha a una pobre mujer que rezaba en silencio, moviendo apenas los labios para pedir al Señor la gracia de un hijo. Ella «rezaba como reza la gente humilde, sencillamente, desde el corazón, con angustia, y movía los labios. Muchas mujeres buenas rezan así en nuestras iglesias y en nuestros santuarios. Y ésta rezaba así, pedía un milagro. Y el anciano Elí, pobrecito, no tenía nada que hacer. La miraba y pensaba: ésta es una borracha. Y la

despreció. Él era el representante de la fe», quien hubiese tenido que enseñar la fe, pero «su corazón no percibía bien y despreció a esta señora. Le dijo: vete, vete borracha».

«Cuántas veces el pueblo de Dios —constató el Santo Padre— no se siente querido por quienes deben dar testimonio, por los cristianos, los laicos cristianos, los sacerdotes, los obispos». Volviendo entonces a Elí, el Papa Francisco explicó por qué siente por él cierta simpatía: «Porque en el corazón tenía aún la unción. Cuando la mujer le explicó su situación, Elí le dijo: vete en paz y que el Dios de Israel te conceda el favor que le has pedido. Aflora la unción sacerdotal. Pobre hombre, la tenía escondida dentro de su pereza. Era un tibio. Y luego termina mal, pobrecito».

En el pasaje de la Escritura, observó el Pontífice, sus hijos no se ven, pero eran quienes gestionaban el templo. «Eran bandidos. Eran sacerdotes —dijo— pero bandidos. Iban detrás del poder y del dinero; explotaban a la gente, se aprovechaban de las limosnas y de las ofrendas. Dice la Biblia que tomaban los mejores trozos de los sacrificios para comer ellos. Explotaban. El Señor sanciona con fuerza a éstos dos».

Para el Papa ellos representan «la figura del cristiano corrupto, del laico corrupto, del sacerdote corrupto, del obispo corrupto. Aprovechan la situación, el privilegio de la fe, el ser cristianos. Y su corazón termina corrompido. Pensemos en Judas: comenzó, quizá, la primera vez por celos, por envidia, a meter la mano en la bolsa», y así «su corazón comenzó a corromperse. Juan — el apóstol bueno a quien ama todo el mundo, que predica el amor— dice de Judas: era un ladrón. Punto. Está claro: era corrupto. Y de un corazón corrupto surge también la traición. Traiciona a Jesús».

Y, por último, el modo de predicar de Jesús. ¿Qué tiene de especial? ¿Por qué la gente dice: «enseña como uno que tiene autoridad; esta es una enseñanza nueva»? Jesús —afirmó el Pontífice— enseñaba la ley, enseñaba a Moisés y a los profetas. ¿Dónde está lo nuevo? Tiene poder, el poder de la santidad, porque los espíritus impuros huyen. La novedad de Jesús es que lleva consigo la Palabra de Dios, el mensaje de Dios, es decir, el amor de Dios por cada uno de nosotros. Acerca a la gente a Dios. Y para hacerlo se acerca Él. Es cercano a los pecadores, va a comer con Mateo, un ladrón, traidor de la patria; perdona a la adúltera que la ley decía que debía ser castigada; habla de teología con la Samaritana que no era un "angelito", tenía su historia». Por lo tanto, Jesús «busca el corazón de las personas, Jesús se acerca al corazón herido de las personas. A Jesús sólo le interesa la persona y Dios. Y busca acercar a Dios a las personas y a las personas a Dios».

Y aún más: «Jesús es como el buen samaritano que cura las heridas de la vida. Jesús es el intercesor que va a rezar por la gente solo a la montaña, y da la vida por la gente. Jesús quiere que la gente se acerque y la busca; y se

conmueve cuando la ve como ovejas sin pastor. Toda esta actitud es la que la gente define como una actitud nueva. No, no es nueva la enseñanza, es el modo de hacerlo nuevo. La transparencia evangélica».

«Pidamos al Señor —concluyó el Papa Francisco— que estas dos lecturas nos ayuden en nuestra vida de cristianos», para que cada uno, en el papel que está llamado a desempeñar en la misión de la Iglesia, no sea simplemente legalista, puro pero hipócrita como los escribas y los fariseos. La invitación del Pontífice es a «no ser corruptos como los hijos de Elí; a no ser tibios como Elí; sino a ser como Jesús, con ese celo de buscar a la gente, curar a la gente, amar a la gente».

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 4, viernes 24 de enero de 2014

«¿Nos avergonzamos de los escándalos en la Iglesia?». Es un profundo examen de conciencia el que propuso el Papa Francisco el jueves 16 de enero, por la mañana, durante la misa celebrada en la capilla de la Casa de Santa Marta. Un examen de conciencia que se dirige a la raíz de las razones de los «muchos escándalos» que dijo no querer «mencionar en particular» porque «todos sabemos dónde están».

Y precisamente a causa de los escándalos no se da al pueblo de Dios «el pan de la vida» sino «un alimento envenenado». Los escándalos —explicó una vez más el Papa— tuvieron lugar porque «la Palabra de Dios era algo raro en esos hombres, en esas mujeres» que los realizaron, aprovechando su «posición de poder y comodidad en la Iglesia» sin tener, sin embargo, ninguna relación con «la Palabra de Dios». Además, algunos de estos escándalos —indicó una vez más el Papa— hicieron justamente también «pagar mucho dinero».

La reflexión del Pontífice se inspiró en la oración del salmo responsorial —el número 43— proclamado en la liturgia. Una oración que se refiere a lo relatado en la primera lectura: la derrota de Israel. Se habla de ello en el primer libro de Samuel (4- 1, 11).

Derrotas que suscitan algunas preguntas: «¿Por qué el Señor dejó así a Israel, en manos de los filisteos? ¿Abandonó el Señor a su pueblo? ¿Ocultó su rostro?». El Papa precisó que la pregunta de fondo es: «¿Por qué el Señor abandonó a su pueblo en esa lucha contra los enemigos? Pero los enemigos no sólo del pueblo, sino del Señor».

«La clave para buscar una respuesta» a esta pregunta decisiva el Pontífice la indicó en algunos versículos de la liturgia del día anterior: «En aquellos días era rara la Palabra del Señor» (1 Samuel 3, 1). «En medio de su pueblo —explicó nuevamente refiriéndose a la Escritura— no estaba la Palabra del Señor, a tal punto que el joven Samuel no comprendía» quién le llamaba. El pueblo «vivía sin la Palabra del Señor. Se había alejado de Él». El anciano sacerdote Elí era «débil» y «sus hijos, mencionados dos veces aquí», eran «corruptos: asustaban al pueblo y lo apaleaban». Así «sin la Palabra de Dios, sin la fuerza de Dios» dejaban espacio al «clericalismo» y a la «corrupción clerical».

En este contexto, sin embargo, prosiguió el Papa, el pueblo se «da cuenta» de que estaba «lejos de Dios y dice: “vayamos a buscar el arca”». Pero llevan «el

arca al campamento» como si fuese la expresión de una magia: de este modo no se disponían a la búsqueda del Señor sino de «una cosa que es mágica». Y con el arca «se sienten seguros».

Por su parte, «los filisteos comprendieron el peligro», sobre todo, tras oír «el eco de ese alarido» que suscitó la llegada del arca al campamento de Israel y se preguntaron qué significaba. Por lo tanto, pensaban que habían ido a buscar a Dios y que Él estaba realmente presente en su campamento. En cambio, el pueblo de Israel no se había dado cuenta de que con el arca no había «entrado la vida».

Y la Escritura relata luego detalladamente las dos derrotas contra los filisteos. Además, «el arca de Dios fue tomada por los filisteos y los dos hijos de Elí, JofnÍ y Pinjás, murieron».

«Este pasaje de la Escritura —destacó el Papa— nos hace pensar» en «cómo es nuestra relación con Dios, con la Palabra de Dios. ¿Es una relación formal, o una relación lejana? La Palabra de Dios entra en nuestro corazón, cambia nuestro corazón, ¿tiene este poder, o no?». ¿O bien «es una relación formal, todo bien, pero el corazón está cerrado a esa Palabra?».

Una serie de preguntas —precisó el Pontífice— que «nos lleva a pensar en tantas derrotas de la Iglesia. En tantas derrotas del pueblo de Dios». Derrotas debidas «sencillamente» al hecho de que el pueblo «no percibe al Señor, no busca al Señor, no se deja buscar por el Señor». Luego, al verificarse la tragedia se dirige al Señor para preguntar: «pero Señor, ¿qué pasó?». Se lee en el salmo 43: «Nos haces el escarnio de nuestros vecinos, irrisión y burla de los que nos rodean; nos has hecho el refrán de los gentiles, nos hacen muecas las naciones» (vv. 14-15). Y es lo que nos lleva, destacó el Papa Francisco, a «pensar en los escándalos de la Iglesia: ¿pero nos avergonzamos?». Y añadió: «Muchos escándalos que yo no quiero mencionar en particular, pero todos los conocemos. Sabemos dónde están». Y fue en este punto que habló sin medios términos de «vergüenza de la Iglesia» por esos escándalos que suenan como muchas «derrotas de sacerdotes, obispos y laicos».

La cuestión, continuó el Pontífice, es que «la Palabra de Dios en esos escándalos era poco común. En esos hombres, en esas mujeres, la Palabra de Dios era rara. No tenían relación con Dios. Tenían una posición en la Iglesia, una posición de poder, incluso de comodidad». Pero «no la Palabra de Dios», eso no. Y «de nada sirve decir “pero yo llevo una medalla, yo llevo la cruz: como aquellos que llevaban el arca, sin una relación viva con Dios y con la Palabra de Dios». Recordando las palabras de Jesús respecto a los escándalos repitió que de ellos «derivó toda una decadencia del pueblo de Dios, hasta la debilidad, la corrupción de los sacerdotes».

El Papa Francisco concluyó la homilía con dos pensamientos: la Palabra de Dios y el pueblo de Dios. En cuanto al primero propuso un examen de conciencia:

«¿Está viva la Palabra de Dios en nuestro corazón? ¿Cambia nuestra vida o es como el arca que va y viene» o «el evangelionario muy bonito» pero «no entra en el corazón?». En cuanto al pueblo de Dios se centró en el mal que le ocasionan los escándalos: «Pobre gente —dijo—, pobre gente. No damos de comer el pan de la vida. No damos de comer la verdad. Muchas veces damos de comer un alimento envenenado».

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 4, viernes 24 de enero de 2014

Así lo hacen todos

La «mundanidad espiritual» es una tentación peligrosa porque «ablanda el corazón» con el egoísmo e insinúa en los cristianos un «complejo de inferioridad» que los lleva a uniformarse con el mundo, a actuar «como hacen todos», siguiendo «la moda más divertida». Es una invitación a vivir la «docilidad espiritual», sin «vender» la propia identidad cristiana, la que hizo el Papa Francisco durante la misa del viernes 17 de enero.

Como en días pasados, el Pontífice basó su reflexión en la lectura tomada del primer libro de Samuel. «Hemos visto –explicó– cómo el pueblo se había alejado de Dios, había perdido el conocimiento de la Palabra de Dios: no la escuchaba, no la meditaba». Y «cuando no está la Palabra de Dios –dijo–, su lugar lo toma otra palabra: la palabra propia, la palabra del propio egoísmo, la palabra de los propios deseos. Y también la palabra del mundo».

Meditando en la narración del libro de Samuel, «hemos visto —prosiguió— cómo el pueblo, alejado de la Palabra de Dios, había sufrido esas derrotas» que habían provocado muchísimos muertos y dejado «viudas y huérfanos». Eran «las derrotas» de un pueblo que «se había alejado» del camino indicado por el Señor.

Por lo tanto, alejarse de Dios, observó el Pontífice, significa adentrarse en un camino que, inevitablemente, «lleva a lo que hemos escuchado hoy (*1 Samuel* 8, 4-7.10-22 a): el pueblo rechaza a Dios. No sólo no escucha la Palabra de Dios sino que también lo rechaza» y termina diciendo: «podemos gobernarnos a nosotros mismos, somos libres y queremos ir por este camino».

Samuel, prosiguió el Papa, «sufre por ello y se dirige al Señor. Y el Señor, con el buen sentido que tiene», le sugiere a Samuel: «escucha la voz del pueblo, en todo cuanto te digan. No es a ti a quien rechazan, sino a mí, para que ya no reine sobre ellos».

En síntesis, explicó el Papa, «el Señor deja que el pueblo siga alejándose de Él», permitiéndole que «experimente» qué significa este alejamiento. «Y Samuel —comentó el Pontífice— trata de convencerles y les dice todas esas cosas que hemos oído, qué hará el rey con ellos, con sus hijos, con sus hijas». Sin embargo, a pesar de ello, «el pueblo no quiso escuchar la voz de Samuel» y pidió tener «un rey como juez».

Y aquí, explicó el Papa, está «la frase» decisiva, «la clave de interpretación»

para comprender la cuestión. En efecto, el pueblo responde a Samuel: «así seremos con todos los otros pueblos». Este es su primer pensamiento, «la primera propuesta: un rey que sea “nuestro juez”, como tienen todas las naciones».

Una petición —afirmó el Papa— motivada por un hecho: se habían «olvidado de que eran un pueblo elegido, pueblo del Señor, pueblo elegido con amor y llevado adelante por la mano de Dios».

Ese deseo —prosiguió el Papa— «volverá como tentación en la historia del pueblo elegido». Y ésta, puntualizó, «es la puerta que se abre a la mundanidad: como hacen todos». La consecuencia práctica es que «rechazaron al Señor del amor, rechazaron la elección». Y buscaron el camino de la mundanidad». Hay valores —advirtió— que el cristiano no puede asumir». En efecto, «debe guardar la Palabra de Dios que le dice: tú eres mi hijo, eres un elegido; yo estoy contigo, camino contigo». Y «la normalidad de la vida exige del cristiano fidelidad a su elección».

El Papa Francisco puso en guardia contra la tentación de olvidar «la Palabra de Dios, lo que nos dice el Señor», para seguir en cambio «la palabra de moda». Esta actitud de «mundanidad», precisó, «es más peligrosa porque es más sutil»; mientras que «la apostasía», es decir, el pecado de ruptura con el Señor», se ve y se reconoce claramente.

Más aún, decir que «también nosotros seremos como todas las naciones» muestra que ellos «tenían un cierto complejo de inferioridad por no ser un pueblo normal. Y la tentación está ahí, es decir, sabemos qué debemos hacer, que el Señor esté tranquilo en su casa». En el fondo, ese era su pensamiento, que no se separa «del relato del primer pecado», o sea, de la tentación de seguir el propio camino y saber por sí solos cómo «conocer el bien y el mal». «La tentación —afirmó el Pontífice— endurece el corazón. Y cuando el corazón es duro, cuando el corazón no está abierto, la Palabra de Dios no puede entrar». No es una casualidad que Jesús haya dicho «a los de Emaús: ¡insensatos y tardos de corazón!», porque «siendo duros de corazón, no podían comprender la Palabra de Dios».

Precisamente «la mundanidad ablanda el corazón». Pero le hace «mal». Porque «jamás es algo bueno —destacó el Papa— un corazón blando. Bueno es el corazón abierto a la Palabra de Dios, que la recibe. Como la Virgen, que meditaba todas esas cosas en su corazón, dice el Evangelio». Por lo tanto, he aquí la prioridad: «recibir la Palabra de Dios para no alejarse de la elección». «En la oración al comienzo de la misa —recordó el Pontífice— hemos pedido la gracia de superar nuestros egoísmos», en particular el de querer hacer la propia voluntad. En conclusión, el Papa Francisco sugirió renovar al Señor la petición de esta gracia. E invocar también «la gracia de la docilidad espiritual, es decir, abrir el corazón a la Palabra de Dios», para «no hacer como nuestros

hermanos, que cerraron el corazón porque se habían alejado de Dios y desde hacía tiempo no escuchaban y no comprendían la palabra de Dios». Que «el Señor nos conceda la gracia —hizo votos— de un corazón abierto para recibir la Palabra de Dios», para «meditarla siempre» y para «seguir el verdadero camino».

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 4, viernes 24 de enero de 2014

Discernimiento y docilidad: dos palabras que describen la actitud precisa para vivir la libertad de la Palabra de Dios, rompiendo esquemas y hábitos con la capacidad de adaptarse a las continuas sorpresas y a la novedad. Es ésta la reflexión que propuso el Papa Francisco en la misa del lunes 20 de enero. Como es costumbre, el Pontífice centró su meditación en las lecturas propuestas por la liturgia —el pasaje tomado del primer libro de Samuel (15, 16-23) y el texto evangélico de Marcos (2, 18-22)— que ayudan a «reflexionar sobre la Palabra de Dios» y sobre «nuestra actitud ante la Palabra de Dios». Y la Palabra de Dios «es viva y eficaz, juzga los deseos e intenciones del corazón», explicó el Papa citando la Carta a los Hebreos (4, 12-13). En efecto, «la Palabra de Dios viene a nosotros e ilumina incluso el estado de nuestro corazón, de nuestra alma»: en una palabra, «discierne».

Y precisamente las dos lecturas —dijo— «nos hablan de esta actitud que debemos tener» ante la «Palabra de Dios: la docilidad». Se trata, afirmó, de «ser dóciles a la Palabra de Dios. La Palabra de Dios es viva. Por ello viene y dice lo que quiere decir: no lo que yo espero que diga o lo que yo confío que diga o lo que yo quiero que diga». La Palabra de Dios «es libre». Y es «también sorpresa, porque nuestro Dios es el Dios de las sorpresas: viene y hace siempre nuevas las cosas. Es novedad. El Evangelio es novedad. La revelación es novedad».

«Nuestro Dios —continuó el Pontífice— es un Dios que siempre hace nuevas las cosas. Y nos pide esta docilidad a su novedad». Precisamente en el pasaje evangélico «Jesús es claro en esto, es muy claro: vino nuevo en odres nuevos». Así, «Dios debe ser recibido con esta apertura a la novedad». Y esta actitud «se llama docilidad».

De aquí la invitación a plantearse algunas preguntas: «¿Soy dócil a la Palabra de Dios o hago siempre lo que yo creo que es la Palabra de Dios? ¿O hago pasar la Palabra de Dios por un alambique y al final es otra cosa de aquello que Dios quiere hacer?». Pero, advirtió el Papa, «si yo hago esto termino como un remiendo de paño sin remojar en un vestido viejo» del que habla el Evangelio. «Y la rotura llega a ser peor: si hago esto me convierto en algo peor».

«Adecuarse a la Palabra de Dios para poder recibirla» requiere, por lo tanto, «una actitud ascética», explicó el Pontífice presentando un ejemplo concreto:

«si el aparato» eléctrico «que tengo no funciona» es necesario «un adaptador». Lo mismo, dijo, debemos hacer nosotros: «adaptarnos siempre, adecuarnos a esta novedad de la Palabra de Dios». En esencia, «estar abiertos a la novedad».

En su reflexión, el Papa volvió al pasaje del primer libro de Samuel. «Saúl, elegido por Dios, ungido por Dios, había olvidado —destacó— que Dios es sorpresa y novedad. Se había cerrado en sus pensamientos, en sus esquemas. Y así razonó humanamente. El Señor le había dicho: entrega a todos al exterminio». Pero «la costumbre», explicó el Pontífice, «cuando uno vencía, era la de tomar el botín» para dividirlo; «y con parte del botín se hacía el sacrificio» a Dios. Por lo tanto, Saúl destinó algunos animales hermosos para el Señor: «razonó con su pensamiento, con su corazón, cerrado en las costumbres. Y Dios, nuestro Dios, no es un Dios de las costumbres, es un Dios de las sorpresas».

Así Saúl «no obedeció a la Palabra de Dios, no fue dócil a la Palabra de Dios». Samuel, se lee en la Escritura, le «reprende por esto» diciendo: «¿Le complacen al Señor los sacrificios y holocaustos tanto como obedecer su voz?». Así, Samuel «le hace saber que no obedeció: no se comportó como siervo, se comportó como señor. Él se adueñó de la Palabra de Dios. Dice una vez más Samuel: “La obediencia vale más que el sacrificio, y la docilidad, más que la grasa de carneros”».

Y luego, continuó el Papa, «la Palabra de Dios va más adelante, a través de Samuel. La rebelión —no obedecer a la Palabra de Dios— “es pecado de adivinación”, pecado de magia. Y la obstinación, la no docilidad —hacer lo que tú quieres y no lo que Dios quiere— es pecado de idolatría.

Las palabras de Samuel «nos hacen pensar en qué consiste la libertad cristiana, en qué consiste la obediencia cristiana», dijo el Papa. «La libertad cristiana y la obediencia cristiana es docilidad a la Palabra de Dios; es tener ese valor de llegar a ser odres nuevos para este vino nuevo que llega continuamente. Este valor de discernir siempre, discernir siempre —y no relativizar— lo que hace el espíritu en mi corazón, qué quiere el espíritu en mi corazón... Y obedecer». Y concluyó con las dos palabras clave de su meditación, «discernir y obedecer», y con una oración: «Pidamos hoy la gracia de la docilidad a la Palabra de Dios, a esta Palabra que es viva y eficaz, que discierne los sentimientos y pensamientos del corazón».

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 4, viernes 24 de enero de 2014

Dios elige siempre «al más pequeño», lo llama por nombre y entabla con él una relación personal: es por ello que para dialogar con Él es necesario, ante todo, ser «pequeños». Lo recordó el Papa Francisco en la misa del martes 21 de enero.

Precisamente la lectura del primer libro de Samuel (16, 1-13a) que relata la unción de David, sugirió al Pontífice la reflexión para la homilía. «La relación del Señor con su pueblo —dijo— es una relación personal, siempre». Una relación «de persona a persona: Él es el Señor y el pueblo tiene un nombre. Las personas tienen un nombre. No es un diálogo entre el poderoso y la masa», sino un diálogo «personal».

Es por esta razón, explicó, que «el Señor jamás habla a la gente» como dirigiéndose a una «masa». En cambio, «habla siempre personalmente», llamando a cada persona con el propio nombre. Además, el Señor «elige personalmente», añadió el Papa sugiriendo el ejemplo del «relato de la creación. El Señor mismo, que con sus manos, artesanalmente, hizo al hombre, le dio un nombre: te llamas Adán. Y así comienza esa relación entre Dios y la persona».

El Papa Francisco indicó luego otro aspecto fundamental: «Existe una relación entre Dios y nosotros pequeños». Así, «incluso cuando Dios debe elegir a las personas, también a su pueblo, elige siempre a los pequeños». En tal medida que «a su pueblo le dice: te elegí porque eres el más pequeño, el que tiene menos poder entre los pueblos».

He aquí, por lo tanto, la razón de fondo del «diálogo entre Dios y la pequeñez humana». Al respecto, el Pontífice se refirió al testimonio de la «Virgen que dirá: pero el Señor miró mi humildad, miró a quienes son pequeños, eligió a los pequeños».

Precisamente «en la primera lectura de hoy —continuó luego el Papa— se ve esta actitud del Señor. Cuando Samuel se encuentra ante el más grande de los hijos de Jesé, dice: "Seguro que está su ungido ante el Señor". Porque era un hombre alto, grande». Pero el Señor, añadió, dijo a Samuel: «No te fijes en su apariencia ni en lo elevado de su estatura, porque lo he descartado. No se trata de lo que vea el hombre. Pues el hombre mira a los ojos, mas el Señor mira el corazón».

Por lo tanto, «el Señor elige según sus criterios». Por ello, afirmó el Pontífice,

«en la oración al inicio de la misa, contemplando a santa Inés, hemos rezado: Tú, Señor, que eliges a los débiles y a los mansos para confundir a los poderosos de la tierra...».

Refiriéndose de nuevo a la lectura bíblica, el Santo Padre reafirmó que «el Señor eligió a David, al más pequeño, que no contaba para el padre». En cambio, precisamente David, el más pequeño, «fue elegido» por el Señor y ungido por Samuel.

«Todos nosotros, con el Bautismo, fuimos elegidos por el Señor. Todos somos elegidos», afirmó el Papa, explicando que el Señor «nos eligió uno por uno. Nos dio un nombre. Y nos mira. Hay un diálogo, porque así ama el Señor». Pero también David, que luego llegó a ser rey, «se equivocó» y «tal vez cometió muchos errores». La Biblia nos relata «dos fuertes: dos errores pesados». Y «¿qué hizo David? Se humilló, volvió a su pequeñez y dijo: ¡soy pecador! Pidió perdón e hizo penitencia».

Así, «después del segundo pecado, cuando sintió el deseo de mirar cuán fuerte fuese su pueblo, el Señor le hizo ver que ese censo era un acto de soberbia». Y David «dijo: castígame a mí, no al pueblo. El pueblo no tiene la culpa, yo soy el culpable». Obrando así, «David custodió su pequeñez: con el arrepentimiento, con la oración».

Continuando la reflexión sobre «este diálogo entre el Señor y nuestra pequeñez, la pequeñez de cada uno de nosotros», el Papa planteó una pregunta: «¿Dónde está la fidelidad cristiana?». Y respondió: «La fidelidad cristiana, nuestra fidelidad, es sencillamente custodiar nuestra pequeñez para que pueda dialogar con el Señor». He aquí por qué «la humildad, la docilidad, la mansedumbre son tan importantes en la vida del cristiano: son una custodia de la pequeñez». Son las bases para llevar siempre adelante «el diálogo entre nuestra pequeñez y la grandeza del Señor».

El Papa Francisco concluyó la homilía con una oración: «Que el Señor nos conceda, por intercesión de la Virgen —que cantaba gozosa a Dios porque había mirado su humildad—, la gracia de custodiar nuestra pequeñez ante Él».

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 5, viernes 31 de enero de 2014

Con una oración para que la «semilla de los celos no se siembre» en las comunidades cristianas y la envidia no tenga un lugar en el corazón de los creyentes concluyó el Papa Francisco la homilía de la misa del jueves 23 de enero en Santa Marta.

Toda la reflexión del Pontífice se centró en el tema de los celos y la envidia, definidas como las puertas a través de las cuales el diablo entró en el mundo. El obispo de Roma partió de la primera lectura, tomada del primer libro de Samuel (18, 6-9; 19, 1-7), donde se narra acerca de las mujeres que, tras la victoria del pueblo de Dios contra los filisteos, salieron de todas las ciudades de Israel a cantar y a bailar al encuentro del rey Saúl. También éste último —comentó— «estaba feliz, pero sintió algo que no le gustó. Cuando las mujeres alababan a David porque había matado al Filisteo», algo arrojó en el corazón del soberano «amargura, tristeza».

Precisamente en ese momento concreto —destacó el Santo Padre— una «gran victoria comienza a convertirse en una derrota en el corazón del rey.

Comienza esa amargura» que lleva a la mente «lo que sucedía en el corazón de Caín: comienza ese gusano de los celos y de la envidia». Al rey Saúl le sucede aquello que le sucedió a Caín cuando el Señor le preguntó: «¿Por qué te enfureces y andas abatido?». En efecto, explicó el Papa Francisco, «el gusano de los celos trae el resentimiento, envidia, amargura» y también decisiones instintivas, como la de matar. No por casualidad Saúl madura la misma determinación de Caín: matar. Y decide matar a David.

Una realidad que se repite aún hoy, añadió el Pontífice, «en nuestro corazón. Es una inquietud mala, que no tolera que un hermano o una hermana tenga algo que yo no tengo». Y así «en lugar de alabar a Dios, como hacían las mujeres de Israel por la victoria», se opta por encerrarse en sí mismos, «amargarse y cocinar los propios sentimientos, cocinarlos en el caldo de la amargura».

Precisamente los celos y la envidia, por lo demás, son las puertas a través de las cuales entró el diablo en el mundo, continuó el Papa, destacando que es la Biblia quien lo afirma: «Por la envidia del diablo entró el mal en el mundo». Y «los celos y la envidia abren las puertas a todas las cosas malas», acabando por provocar laceraciones entre los creyentes mismos. El Pontífice se refirió explícitamente a la vida de las comunidades cristianas, poniendo de relieve

que cuando «algunos miembros sufren de celos y de envidia, terminan divididas». Divisiones que el Papa Francisco definió «un veneno fuerte», el mismo que se encuentra en la primera página de la Biblia con Caín.

El Santo Padre destacó luego lo que sucede en concreto «en el corazón de una persona cuando tiene estos celos, esta envidia». Son dos las consecuencias principales. La primera es la amargura: «La persona envidiosa y celosa es una persona amargada, no sabe cantar, no sabe alabar, no sabe lo que es la alegría; mira siempre» lo que tienen los demás. Y esta amargura, lamentablemente, «se difunde en toda la comunidad», porque quienes son víctimas de este veneno se convierten en «sembradores de amargura». La segunda consecuencia está representada por las habladurías. Está quien no soporta que otro tenga algo —explicó el Papa— y entonces «la solución es abajar al otro, para ser yo un poco más alto. Y el instrumento son las habladurías: busca siempre y verás que detrás de una crítica están los celos y la envidia».

Por lo tanto, «las habladurías dividen a la comunidad, destruyen a la comunidad: son las armas del diablo. Hemos visto muchas hermosas comunidades cristianas —comentó con dolor el Pontífice— que marchaban bien», pero luego en alguno de sus miembros «entró el gusano de los celos y de la envidia, y llegó la tristeza», sus «corazones se irritaron». He aquí entonces la invitación a no olvidar el episodio de Saúl, porque «después de una gran victoria, comienza un proceso de derrota. Una persona que está bajo el influjo de la envidia y de los celos mata».

Así, el deseo final del Santo Padre: «Hoy, en esta misa, rezamos por nuestras comunidades cristianas, para que esta semilla de los celos no se siembre nunca entre nosotros. Para que la envidia no ocupe un lugar en nuestro corazón, en el corazón de nuestras comunidades. Y así podamos seguir adelante con la alabanza al Señor, alabando al Señor con la alegría. Es una gracia grande: la gracia de no caer en la tristeza, en el resentimiento, en los celos y en la envidia», concluyó.

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 5, viernes 31 de enero de 2014

El diálogo se construye con humildad, incluso a costa de «tragar quina», porque es necesario evitar que en nuestro corazón se levanten «muros» de resentimiento y odio. Lo dijo el Papa Francisco en la misa que celebró el viernes 24 de enero.

El punto central de la homilía fue el pasaje del primer libro de Samuel (24, 3-21), que narra el enfrentamiento entre Saúl y David. «Ayer —recordó el Papa— escuchamos la Palabra de Dios» que «nos hacía ver lo que hacen los celos, lo que hace la envidia en las familias y en las comunidades cristianas». Son actitudes negativas que «llevan siempre a muchas peleas, a muchas divisiones, incluso al odio».

Pero «hoy la Palabra de Dios —prosiguió el Papa— nos muestra otra actitud: la de David», quien «sabía muy bien» que se encontraba «en peligro; sabía que el rey quería matarlo. Y se encontró precisamente en la situación de poder matar al rey, y así se terminaba la historia». Sin embargo, «eligió otro camino», prefirió «el camino del acercamiento, de la aclaración de la situación, de la explicación. El camino del diálogo para hacer las paces».

En cambio, el rey Saúl «rumiaba en su corazón estas amarguras», insultaba «a David porque creía que era su enemigo. Y ésta aumentaba en su corazón». Por desgracia, afirmó el Papa, «esas fantasías aumentan siempre cuando las escuchamos dentro de nosotros. Y levantan un muro que nos aleja de la otra persona». Así terminamos por quedar «aislados en este caldo amargo de nuestro resentimiento».

He aquí que David, «con la inspiración del Señor», rompe ese mecanismo de odio «y dice no, yo quiero dialogar contigo». Es así, explicó el Pontífice, como «comienza el camino de la paz: con el diálogo». Pero, advirtió, «dialogar no es fácil, es difícil». De todos modos, sólo «con el diálogo se construyen puentes en la relación, y no muros, que nos alejan».

«Para dialogar —precisó el Papa— es necesaria, ante todo, la humildad». Lo demuestra el ejemplo de «David, humilde, que dijo al rey: mira, habría podido matarte; habría podido hacerlo, pero no quise. Quiero estar cerca de ti, porque tú eres la autoridad, eres el ungido del Señor». David realiza «un acto de humildad».

Por lo tanto, para dialogar no hay necesidad de alzar la voz, «sino que es necesaria la mansedumbre». Y, además, «es necesario pensar que la otra

persona tiene algo más que yo», tal como hizo David, quien, mirando a Saúl, se decía a sí mismo: «él es el ungido del Señor, es más importante que yo». Junto «con la humildad y la mansedumbre, para dialogar —añadió el Pontífice— es necesario hacer lo que hemos pedido hoy en la oración, al comienzo de la misa: hacerse todo a todos».

«Humildad, mansedumbre, hacerse todo a todos» son los tres elementos básicos para el diálogo. Pero aunque «no esté escrito en la Biblia —puntualizó el Santo Padre—, todos sabemos que para hacer estas cosas es necesario tragar mucha quina; debemos hacerlo, porque las paces se hacen así». Las paces se hacen «con humildad, con humillación», siempre tratando de «ver en el otro la imagen de Dios». Así muchos problemas encuentran solución, «con el diálogo en la familia, en las comunidades, en los barrios». Se requiere disponibilidad para reconocer ante el otro: «escucha, disculpa, creía esto...». La actitud justa es «humillarse: es siempre bueno construir un puente, siempre, siempre». Este es el estilo de quien quiere «ser cristiano», aunque —admitió el Papa— «no es fácil, no es fácil». Sin embargo, «Jesús lo hizo, se humilló hasta el fin, nos mostró el camino».

El Pontífice dio luego otro consejo práctico: para abrirse al diálogo «es necesario que no pase mucho tiempo». En efecto, hay que afrontar los problemas «lo antes posible, en el momento en que se puede hacer, cuando ha pasado la tormenta». Inmediatamente hay que «acercarse al diálogo, porque el tiempo hace crecer el muro», tal «como crece la hierba mala, que impide el crecimiento del trigo». Y puso en guardia: «cuando crecen los muros, es mucho más difícil la reconciliación, mucho más difícil». El obispo de Roma hizo referencia al muro de Berlín, que durante muchos años fue un elemento de división. Y observó que «también en nuestro corazón existe la posibilidad de convertirnos como Berlín, con un muro levantado frente a los demás. De ahí la invitación a «no dejar que pase mucho tiempo» y «buscar la paz lo antes posible».

En particular, el Papa hizo referencia a los esposos: «es normal que os peleéis, es normal». Y viendo la sonrisa de algunas parejas presentes en la misa, reafirmó que «en un matrimonio se pelea, algunas veces incluso vuelan los platos». Pero «jamás debe terminar la jornada —aconsejó—, sin hacer las paces, sin el diálogo que algunas veces es solamente un gesto», un decirse «hasta mañana».

«Tengo miedo de estos muros —afirmó el Papa— que se elevan cada día y favorecen los resentimientos. También el odio». E indicó de nuevo la elección del «joven David: podía vengarse perfectamente», podía matar al rey, pero «eligió el camino del diálogo con humildad, con mansedumbre, de la dulzura». Y, en conclusión, pidió «a san Francisco de Sales, doctor en dulzura», que nos conceda «a todos nosotros la gracia de construir puentes con los demás, jamás

muros».

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 5, viernes 31 de enero de 2014

No son noticia en los periódicos, pero dan fuerza y esperanza a los hombres: son todos los obispos y sacerdotes «anónimos» que siguen ofreciendo su vida en nombre de Cristo al servicio de las diócesis y las parroquias. Por esos sacerdotes «valientes, santos, buenos y fieles» el Papa Francisco invitó a rezar en la misa celebrada el lunes 27 de enero.

La reflexión del Pontífice se centró en la primera lectura, tomada del segundo libro de Samuel (5, 1-7. 10), que narra la unción del rey David. «Hemos escuchado —dijo— la historia de esa reunión» en Hebrón, cuando «todas las tribus de Israel fueron a ver a David para proponerle que fuera su rey». En efecto, explicó, «David era rey de Judá, pero el reino estaba dividido». Todos los ancianos del pueblo «vieron que el único que podía» ser rey «era David». Así, «fueron a verlo para sellar una alianza». Juntos, prosiguió el Papa, «seguramente hablaron, discutieron sobre cómo establecer la alianza. Y, al final, decidieron proclamarlo rey». Pero «esa decisión, digamos, no era una decisión democrática»; más bien, era una decisión unánime: «tú eres rey». El Pontífice explicó que «ese fue el primer paso. Después llegó el segundo: el rey David selló una alianza con ellos», y los ancianos del pueblo «ungieron a David como rey de Israel». He aquí, pues, la importancia de la unción. «Sin esa unción —dijo—, David habría sido solamente el jefe, el organizador de una empresa que llevaba adelante esa sociedad política, que era el reino de Israel». En cambio, «la unción era otra cosa»; y precisamente «la unción consagró a David como rey».

«¿Cuál es la diferencia —se preguntó el Papa— entre ser un organizador político del país y ser un rey ungido?». Cuando David, explicó, «fue ungido rey de Judá por Samuel, era pequeño, era un niño. Dice la Biblia que, tras la unción, el Espíritu del Señor descendió sobre David». Y así «la unción hace que el Espíritu del Señor descienda sobre una persona y esté con ella». También el pasaje propuesto por la liturgia, observó el Papa, «dice lo mismo: David iba aumentando su fuerza y el Señor, Dios de los ejércitos, estaba con él».

A propósito de esto, el obispo de Roma recordó la actitud de David ante el rey Saúl, «que quería matarlo por celos, por envidia». David «tuvo la oportunidad de matar al rey Saúl, pero no quiso hacerlo: jamás tocaré al ungido del Señor, es una persona elegida por el Señor, ungida por el Señor». En sus palabras, está el «sentido de la sacralidad de un rey».

«En la Iglesia —afirmó el Pontífice— hemos heredado esto en la persona de los obispos y los sacerdotes». En efecto, los obispos «no son elegidos solamente para llevar adelante una organización que se llama Iglesia particular. Son ungidos, tienen la unción, y el espíritu del Señor está con ellos». Todos los obispos, precisó el Papa, «somos pecadores, todos, pero estamos ungidos». Y «todos queremos ser cada día más santos, más fieles a esta unción». «Lo que edifica a la Iglesia, lo que da unidad a la Iglesia, es la persona del obispo, en nombre de Jesucristo, porque está ungido, no porque fue votado por la mayoría, sino porque está ungido».

Precisamente «en esta unción la Iglesia particular tiene su fuerza, y por participación, también los sacerdotes están ungidos: el obispo les impone las manos y los unge». Así, los sacerdotes, dijo el Papa, «llevan adelante las parroquias y muchos otros trabajos». Es la unción la que acerca al Señor obispos y sacerdotes, que «son elegidos por el Señor». Por lo tanto, «esta unción es para los obispos y para los sacerdotes su fuerza y alegría». Fuerza, precisó, porque precisamente en la unción «encuentran la vocación para guiar al pueblo, para ayudar al pueblo» y para «vivir al servicio del pueblo». Y también alegría, «porque se sienten elegidos por el Señor, protegidos por el Señor con el amor con que el Señor nos protege a todos nosotros».

He aquí por qué, afirmó, «cuando pensamos en los obispos y en los sacerdotes —todos son sacerdotes, porque este es el sacerdocio de Cristo: obispo y sacerdote—, debemos concebirlos así: ungidos». De lo contrario, puntualizó, «no se comprende la Iglesia». Pero «no sólo no se la comprende, sino que tampoco puede explicarse cómo la Iglesia va adelante solamente con las fuerzas humanas». Una «diócesis va adelante porque tiene un pueblo santo, tiene muchas cosas, y también tiene a un ungido que la guía, que la ayuda a crecer». Esto mismo vale para una parroquia, que «va adelante porque tiene muchas organizaciones, tiene muchas cosas, pero también porque tiene a un sacerdote: un ungido que la guía».

Nosotros sólo recordamos —destacó el Pontífice— «una mínima parte de cuántos obispos santos, cuántos sacerdotes, cuántos sacerdotes santos» han dedicado toda «su vida al servicio de la diócesis, de la parroquia». Y, por consiguiente, «de cuánta gente ha recibido la fuerza de la fe, la fuerza del amor, la esperanza, de estos párrocos anónimos, a quienes no conocemos. Y son muchos». Son «párrocos de campo o párrocos de ciudad que, con su unción, han dado fuerza al pueblo, le han transmitido la doctrina, le han dado los sacramentos, es decir, la santidad».

El Papa observó que algunos podrían objetar: «Pero padre, he leído en un diario que un obispo hizo tal cosa o que un sacerdote hizo tal otra». Objeción a la que el Pontífice respondió: «Sí, yo también lo he leído. Pero dime: ¿se publican en los diarios las noticias de lo que hacen muchos sacerdotes, muchos

sacerdotes en tantas parroquias de ciudad o de campo? ¿La gran obra de caridad que hacen? ¿El gran trabajo que hacen para guiar a su pueblo?». Y añadió: «No, ésta no es noticia». Vale siempre, explicó, el conocido proverbio según el cual «hace más ruido un árbol que cae que un bosque que crece». El Papa Francisco concluyó su reflexión invitando a pensar «en esta unción de David» y, en consecuencia, «en nuestros obispos y en nuestros sacerdotes valientes, santos, buenos y fieles». Y pidió rezar «por ellos: gracias a ellos hoy estamos aquí, son ellos quienes nos han bautizado».

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 5, viernes 31 de enero de 2014

Es difícil justificar a quien siente vergüenza al cantar la alabanza del Señor, mientras que luego se deja llevar por gritos de júbilo por el gol de su equipo del corazón. Éste es el sentido de la reflexión que propuso el Papa Francisco en la misa del martes 28 de enero.

El Papa Francisco se centró en la descripción de la fiesta que improvisó David por la llegada del arca de la Alianza, tal como lo relata la primera lectura de la liturgia del día (2 Samuel 6, 12-15 .17-19). «El rey David —recordó el Pontífice— inmoló sacrificios en honor a Dios; oró. Luego su oración llegó a ser jubilosa... era una oración de alabanza, de alegría. Y comenzó a bailar. Dice la Biblia: "David iba danzando ante el Señor con todas sus fuerzas"». Y David estaba tan contento al dirigir esta oración de alabanza que salió «de toda moderación» y comenzó «a bailar ante el Señor con todas sus fuerzas». Esto, insistió el Papa, era «precisamente la oración de alabanza».

Ante este episodio «pensé inmediatamente —confesó el obispo de Roma— en la palabra de Sara tras dar a luz a Isaac: "el Señor me hizo bailar de alegría". Esta anciana de 90 años bailó de alegría». David era joven, repitió, pero también él «bailaba, danzaba ante el Señor. Esto es un ejemplo de oración de alabanza». Que es algo distinto de la oración que, explicó el Pontífice, normalmente hacemos «para pedir algo al Señor» o incluso sólo «para dar gracias al Señor».

Pero «la oración de alabanza —destacó el Santo Padre— la dejamos a un lado». Para nosotros no es algo espontáneo. Algunos, añadió, podrían pensar que se trata de una oración «para los de la Renovación en el Espíritu, no para todos los cristianos. La oración de alabanza es una oración cristiana, para todos nosotros. En la misa, todos los días, cuando cantamos repitiendo "Santo, Santo...", ésta es una oración de alabanza, alabamos a Dios por su grandeza, porque es grande. Y le decimos cosas hermosas, porque a nosotros nos gusta que sea así». Y no importa ser buenos cantantes. En efecto, explicó el Papa Francisco, no es posible pensar que «eres capaz de gritar cuando tu equipo hace un gol y no eres capaz de cantar las alabanzas al Señor, de salir un poco de tu comportamiento para cantar esto».

Alabar a Dios «es totalmente gratuito», prosiguió. «No pedimos, no damos gracias. Alabamos: tú eres grande. "Gloria al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo...". Con todo el corazón decimos esto. Es incluso un acto de justicia,

porque Él es grande, es nuestro Dios. Pensemos en una hermosa pregunta que podemos hacernos hoy: "¿cómo es mi oración de alabanza? ¿Sé alabar al Señor? ¿O cuando rezo el Gloria o el Sanctus lo hago sólo con la boca y no con todo el corazón? ¿Qué me dice David danzando? ¿Y Sara que baila de alegría? Cuando David entró en la ciudad, comenzó otra cosa: una fiesta. La alegría de la alabanza nos lleva a la alegría de la fiesta». Fiesta que luego se extiende a la familia, «cada uno —es la imagen propuesta por el Pontífice— en su casa comiendo el pan, festejando». Pero cuando David vuelve a entrar en el palacio, debe afrontar el reproche y el desprecio de Mical, la hija del rey Saúl: «"¿pero tú no tienes vergüenza de hacer lo que has hecho? ¿Cómo has hecho esto, bailar delante de todos, tú el rey? ¿No tienes vergüenza?". Me pregunto cuántas veces despreciamos en nuestro corazón a personas buenas, gente buena que alaba al Señor», así, de modo espontáneo, así como surge sin seguir actitudes formales. Pero en la Biblia, recordó el Papa, se lee «que Mical quedó estéril para toda su vida por esto. ¿Qué quiere decir aquí la Palabra de Dios? Que la alegría, la oración de alabanza nos hace fecundos. Sara bailaba en el momento grande de su fecundidad, a los noventa años. La fecundidad alaba al Señor». El hombre o la mujer que alaba al Señor, que reza alabando al Señor —y cuando lo hace es feliz de decirlo—, y goza «cuando canta el Sanctus en la misa», es un hombre o una mujer fecundo. En cambio, añadió el Pontífice, quienes «se cierran en la formalidad de una oración fría, medida, así, tal vez terminan como Mical, en la esterilidad de su formalidad. Pensemos e imaginemos a David que baila con todas sus fuerzas ante el Señor. Pensemos cuán hermoso es hacer oraciones de alabanza. Tal vez nos hará bien repetir las palabras del salmo que hemos orado, el 23: "¡Portones! Alzad los dinteles, que se alcen las puertas eternas: va a entrar el rey de la gloria. ¿Quién es ese rey de la gloria? El Señor héroe valeroso, el Señor valeroso en la batalla». Ésta debe ser nuestra oración de alabanza, y, concluyó, cuando elevamos esta oración al Señor debemos «decir a nuestro corazón: "levántate corazón, porque estás ante el rey de la gloria"».

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 6, viernes 7 de febrero de 2014

El *sensus Ecclesiae* —que nos salva de la «absurda dicotomía de ser cristianos sin Iglesia»— se apoya en tres pilares: humildad, fidelidad y servicio de la oración. Lo afirmó el Papa Francisco en la misa del jueves 30 de enero, por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta.

Le sugirió la reflexión la lectura del salmo 132 (131) que, dijo el Pontífice, «nos abre la puerta para reflexionar sobre la Palabra de Dios en la liturgia de hoy». Dice el texto: «Señor, tenle en cuenta a David todos sus afanes». Por lo tanto, explicó el Papa, he aquí «el rey David como modelo; el rey David como el hombre que trabajó mucho, que se entregó en gran medida por el reino de Dios».

Un pensamiento que se relaciona con el «pasaje del segundo libro de Samuel (7, 18-19.24-29) que hemos escuchado hoy, continuación del de ayer», destacó el Santo Padre. El texto relata el pensamiento de David, que reflexiona: «yo vivo en un palacio, pero el arca del Señor está aún en una tienda: hagamos un templo». La respuesta del Señor es negativa: «No, tú no, lo hará tu hijo». Y «David acepta, pero acepta con alegría», presentándose ante Dios y hablándole «como un hijo a un padre».

David empieza así: «¿Quién soy yo, mi Dueño y Señor, y quién la casa de mi padre, para que me hayas engrandecido hasta tal punto?». Él, destacó el Papa, ante todo se pregunta: «¿Quién soy yo?». Recuerda bien haber sido «un joven pastor de ovejas, como dice en otro pasaje, tomado de entre las ovejas» y que se convirtió «en rey de Israel». He aquí, entonces, el sentido de la pregunta de David: «¿Quién soy?».

Una pregunta, afirmó el Pontífice, capaz de revelar que «David tenía precisamente un sentimiento fuerte de pertenencia al pueblo de Dios». Y esto, dijo, «me hizo reflexionar: sería hermoso preguntarnos hoy cómo es nuestro signo de pertenencia a la Iglesia: el sentir con la Iglesia, sentir en la Iglesia». En efecto, continuó, «el cristiano no es un bautizado que recibe el bautismo y luego sigue adelante por su camino». No es así, porque «el primer fruto del bautismo es hacer que pertenezcas a la Iglesia, al pueblo de Dios». Por lo tanto, precisó, «no se comprende un cristiano sin Iglesia. Por ello, el gran Pablo VI decía que es una dicotomía absurda amar a Cristo sin la Iglesia; escuchar a Cristo pero no a la Iglesia; estar con Cristo al margen de la Iglesia. Es una dicotomía absurda».

En efecto, añadió el Papa Francisco, «el mensaje evangélico lo recibimos en la Iglesia y nuestra santidad la hacemos en la Iglesia. Nuestro camino está en la Iglesia». La alternativa, dijo, «es una fantasía» o, como decía Pablo VI, «una dicotomía absurda».

El Pontífice profundizó luego el significado «de este sentir con la Iglesia. En latín se dice *sensus Ecclesiae*: es precisamente sentir, pensar y querer dentro de la Iglesia». Y «reflexionando en este pasaje de David, sobre la pertenencia al pueblo de Dios, podemos encontrar tres pilares de esta pertenencia, de este sentir con la Iglesia»: humildad, fidelidad y servicio de la oración.

En cuanto al primero, el obispo de Roma explicó que «una persona que no es humilde no puede sentir con la Iglesia: sentirá lo que a ella le gusta». La auténtica humildad, precisamente, «se ve en David», quien pregunta: «¿Quién soy yo, Señor Dios, y qué es mi casa?». David tiene «consciencia de que la historia de salvación no comenzó conmigo y no acabará cuando yo muera. ¡No! Es precisamente una historia de salvación», a través de la cual «el Señor te toma, te hace ir adelante y luego te llama; y la historia continúa». Humildad es, por lo tanto, ser consciente de que «la historia de la Iglesia comenzó antes de nosotros y seguirá después de nosotros». Porque «somos una pequeña parte de un gran pueblo que sigue el camino del Señor».

La fidelidad, el segundo pilar, está «relacionada con la obediencia». Al respecto, el Papa Francisco volvió a proponer la figura de David que «obedece al Señor y también es fiel a su doctrina, a su ley»: por lo tanto «fidelidad a la Iglesia, fidelidad a su enseñanza, fidelidad al Credo, fidelidad a la doctrina y custodiar esta doctrina». Así, «humildad y fidelidad» van juntas. «También Pablo VI nos recordaba —dijo— que nosotros recibimos el mensaje del Evangelio como un don. Y debemos transmitirlo como un don. Pero no como algo nuestro. Es un don recibido que damos». Y «en esta transmisión» es necesario «ser fieles, porque nosotros hemos recibido y debemos dar un Evangelio que no es nuestro, es de Jesús. Y no tenemos que convertirnos en dueños del Evangelio, en dueños de la doctrina recibida para usarla a nuestro gusto».

Con humildad y fidelidad, «el tercer pilar es el servicio: servicio en la Iglesia. Está el servicio a Dios, el servicio al prójimo, a los hermanos», explicó el Santo Padre, «pero yo aquí hago referencia sólo al servicio a Dios». Punto de partida es una vez más la actitud de David: cuando «termina su reflexión ante Dios, que es una oración, ora por el pueblo de Dios». Precisamente «éste es el tercer pilar: rezar por la Iglesia».

Se lee en el pasaje del Antiguo Testamento: «Tú, mi Dueño y Señor, eres Dios, tus palabras son verdad y has prometido a tu siervo este bien». También a nosotros, comentó el Papa, el Señor nos aseguró que «la Iglesia no será destruida» y las puertas del infierno no prevalecerán «contra ella». El pasaje

del segundo libro de Samuel sigue así: «Dígnate, pues, bendecir esta casa de tu siervo, para que permanezca para siempre ante ti». Son palabras que sugieren una pregunta: «¿Cómo es nuestra oración por la Iglesia? ¿Rezamos por la Iglesia? En la misa, todos los días, ¿y en nuestra casa? ¿Cuándo recitamos nuestras oraciones?». Se debe orar al Señor por «toda la Iglesia, por todas las partes del mundo». He aquí la esencia de «un servicio ante Dios que es oración por la Iglesia».

Por lo tanto, resumió el Pontífice, la humildad nos hace comprender que «estamos integrados en una comunidad como una gracia grande» y que «la historia de la salvación no comenzará conmigo, no acabará conmigo: cada uno de nosotros puede decir esto». La fidelidad nos recuerda, en cambio, que «hemos recibido un Evangelio, una doctrina» a los cuales hay que ser fieles y custodiar. Y el servicio nos impulsa a ser constantes en la «oración por la Iglesia». Que el Señor, fue su deseo como conclusión, «nos ayude a seguir por este camino para profundizar nuestra pertenencia a la Iglesia y nuestro sentir con la Iglesia».

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 6, viernes 7 de febrero de 2014

Liberarse del peligro de ser cristianos «demasiado seguros», de perder el «sentido del pecado», seducidos por «una visión antropológica superpotente» y mundana capaz de impulsar al hombre a considerar que puede hacer todo por sí mismo. Esta es la exhortación que el Papa Francisco hizo durante la misa del viernes 31 de enero, refiriéndose al episodio bíblico de la tentación de David, quien, enamorado de Betsabé, esposa de su fiel soldado Urías, la tomó consigo y mandó a su marido a combatir, provocándole la muerte. La pérdida del sentido del pecado, dijo el Pontífice, es signo de cómo disminuye el significado del reino de Dios. Hace olvidar que la salvación viene de él «y no de la astucia» de los hombres.

Partiendo de la liturgia del día, el Papa centró su homilía en el reino de Dios. El pasaje de Marcos (4, 26-34), dijo el Pontífice, «nos habla del reino de Dios», de cómo crece. En realidad, se lee en el Evangelio, «ni siquiera el sembrador sabe» cómo sucede esto. Pero en otro pasaje, explicó, Jesús dice que es precisamente Dios quien hace crecer su reino en nosotros. «Y este crecimiento —precisó— es un don de Dios que debemos pedir». Y lo pedimos cada día cuando rezamos «el Padrenuestro: venga tu reino». Es una invocación, observó, que «quiere decir: que crezca tu reino dentro de nosotros, en la sociedad. Que crezca el reino de Dios».

Pero «así como el reino de Dios crece —advirtió—, así también puede disminuir». Y «de esto nos habla la primera lectura», tomada del segundo libro de Samuel (11, 1-4a. 5-10a. 13-17), que narra la tentación de David. Para explicar el pasaje, el Papa Francisco se remitió a las lecturas del día anterior, en particular a la «hermosa oración de David al Señor: la oración por su pueblo». «El rey reza por su pueblo, es la oración de un santo». Pero al año siguiente, destacó, «sucedió lo que acabamos de escuchar» en el segundo libro de Samuel: precisamente la tentación de David. Y esto fue lo que alteró a un reino que, a fin de cuentas, era tranquilo a pesar de pequeñas guerras por el control de los confines. También «David estaba tranquilo», llevaba «una vida normal». Pero un día, «después del almuerzo, durmió la siesta, se levantó, dio un paseo y se le presentó una tentación. Y David cayó en tentación» al ver a Betsabé, la esposa de Urías.

«A todos nosotros —comentó el Papa— nos puede suceder lo mismo», porque «todos somos pecadores y todos somos tentados. Y la tentación es el pan

nuestro de cada día». Hasta tal punto que, observó, «si alguno de nosotros dijera: jamás he tenido tentaciones», la respuesta justa sería: «o eres un ángel o eres un tonto». En efecto, «es normal la lucha en la vida: el diablo no está tranquilo, y quiere su victoria».

En realidad, «el problema más grave de este pasaje —precisó— no es tanto la tentación o el pecado contra el noveno mandamiento, sino más bien cómo actuó David». En efecto, en aquella circunstancia perdió la conciencia del pecado y habló sencillamente de «un problema» por resolver. Y su actitud «era un signo», porque «cuando el reino de Dios disminuye, uno de los signos es la pérdida del sentido del pecado». David, explicó el Papa, cometió «un grave pecado» y, sin embargo, «no lo sintió» como tal. Para él era sólo un «problema». Por eso, «no pensó en pedir perdón». Solo se preocupó por resolver un problema —después de su relación con Betsabé, la mujer quedó embarazada—, y se preguntó: «¿Cómo hago para cubrir el adulterio?».

Así, elaboró una estrategia y la aplicó de modo tal que indujo a Urías a pensar que el hijo que esperaba su mujer era efectivamente suyo. Urías, explicó el Pontífice, «era un buen israelita, pensaba en sus compañeros y no quería festejar mientras el ejército de Israel luchaba». Pero David, tras inútilmente intentar convencerlo «con un banquete, con vino», como «hombre resuelto, hombre de gobierno, tomó una decisión»: escribió una carta a Joab, el capitán del ejército, ordenándole que mandara a Urías al lugar más reñido de la batalla, para que muriera. «Y así sucedió. Urías pereció. Y pereció porque lo pusieron precisamente allí para que muriera»: se trató de «un homicidio». Sin embargo, «cuando el rey David supo cómo había terminado la historia, permaneció tranquilo y continuó su vida». ¿La razón? David «había perdido el sentido del pecado, y en aquel momento el reino de Dios comenzaba a disminuir» en su horizonte. Lo demuestra el hecho de que David no «hizo referencia a Dios», no dijo: «Señor, mira qué hice: ¿cómo hacemos?». En él, en cambio, predominó «esta visión antropológica superpotente: ¡yo puedo hacer todo!». Es la actitud de la «mundanidad».

El Pontífice dijo que lo mismo «puede sucedernos a nosotros cuando perdemos el sentido del reino de Dios y, en consecuencia, el sentido del pecado». Al respecto, recordó las palabras de Pío XII: «en la pérdida del sentido del pecado consiste el mal de esta civilización: se puede todo, resolvemos todo. La potencia del hombre en lugar de la gloria de Dios».

Este modo de pensar, afirmó el Papa, «es el pan de cada día». De ahí nuestra «oración de todos los días a Dios: venga tu reino, crezca tu reino». Porque «la salvación no vendrá de nuestra habilidad, de nuestra astucia, de nuestra inteligencia en hacer negocios». No, «la salvación vendrá por la gracia de Dios y del ejercicio diario que hacemos de esta gracia», es decir, «la vida cristiana». El Papa Francisco enumeró luego «los numerosos personajes» nombrados en el

pasaje bíblico: David, Betsabé, Joab, pero también a «los cortesanos», que estaban alrededor de David y «sabían todo: un verdadero escándalo, pero no se escandalizaban», porque también ellos habían «perdido el sentido del pecado». Y estaba «el pobre Urías, quien pagó la cuenta del banquete». Precisamente la figura de Urías suscitó la reflexión conclusiva del Santo Padre: «Os confieso que cuando veo estas injusticias, esta soberbia humana», o «cuando advierto el peligro, que yo mismo» puedo correr «de perder el sentido del pecado —admitió—, creo que hace bien pensar en los numerosos Urías de la historia, en los numerosos Urías que también hoy sufren nuestra mediocridad cristiana». Una mediocridad cristiana que predomina cuando «perdemos el sentido del pecado y dejamos que el reino de Dios caiga». Las personas como Urías, dijo, «son los mártires no reconocidos de nuestros pecados». Así, añadió el Papa, «nos hará bien hoy rezar por nosotros, para que el Señor nos dé siempre la gracia de no perder el sentido del pecado y para que el reino no disminuya en nosotros». Y concluyó invitando «también a llevar una flor espiritual a la tumba de esos Urías contemporáneos que pagan la cuenta del banquete de los seguros, de los cristianos que se sienten seguros y que, sin querer o queriendo, matan al prójimo».

**Homilías del Papa Francisco, en la Misa de la mañana en santa Marta.
Año 2014.**



Textos tomados de: www.vatican.va

Compuestos por: alphonsus2002@googlemail.com

FEBRERO

3 de febrero de 2014. Instrucciones para los momentos de tinieblas.

4 de febrero de 2014. Cuando Dios llora.

6 de febrero de 2014. Lo que dejamos a los demás.

7 de febrero de 2014. Volver a la primera Galilea.

10 de febrero de 2014. En misa sin reloj.

13 de febrero de 2014. El rey y la mujer.

14 de febrero de 2014. Adelante más allá de los obstáculos.

17 de febrero de 2014. Santa paciencia.

18 de febrero de 2014. Para no dejarse contagiar por la tentación.

20 de febrero de 2014. Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?

21 de febrero de 2014. La fe no es casuística.

24 de febrero de 2014. Regreso a casa.

25 de febrero de 2014. Quien hace fiesta para hacer la guerra.

27 de febrero de 2014. El escándalo de la incoherencia.

28 de febrero de 2014. Cuando fracasa un amor.

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 6, viernes 7 de febrero de 2014

En los momentos difíciles de la vida no se debe «negociar a Dios» usando a los demás para salvarse a sí mismo: la actitud correcta es hacer penitencia, reconociendo los propios pecados y encomendándose al Señor, sin ceder a la tentación de «hacer justicia con las propias manos». En la misa celebrada el lunes 3 de febrero el Papa Francisco propuso nuevamente el testimonio del rey David, «santo y pecador», en el «momento de oscuridad» de la huida de Jerusalén por la traición del hijo Absalón. Al término de la celebración, el día de la memoria litúrgica de san Blas, dos sacerdotes impartieron al Papa y a todos los presentes la tradicional bendición con dos candelas puestas en la garganta en forma de cruz.

Para su meditación el Pontífice partió de la primera lectura, tomada del segundo libro de Samuel (15, 13-14.30; 16, 5-13a). «Hemos escuchado —dijo— la historia de ese momento tan triste de David, cuando tuvo que huir porque su hijo lo traicionó». Son elocuentes las palabras de David, que llama a Absalón «hijo nacido de mis entrañas». Estamos ante «una gran traición»: incluso la mayor parte del pueblo se agrupa «con el hijo contra el rey». Se lee, en efecto, en la Escritura: «el corazón de los israelitas sigue a Absalón». Verdaderamente para David era «como si este hijo estuviese muerto». ¿Qué hace David ante la traición del hijo? El Papa indicó «tres actitudes». Ante todo, explicó, «David, hombre de gobierno, acoge la realidad como es. Sabe que esta guerra será muy dura, sabe que allí habrá muchos muertos del pueblo», porque está «una parte del pueblo contra la otra». Y con realismo realiza «la opción de no hacer morir a su pueblo». Cierto, hubiese podido «luchar en Jerusalén contra las fuerzas de su hijo. Pero dijo: no, no quiero que Jerusalén sea destruida». Y se opuso incluso a los suyos que querían llevar el arca, ordenándoles que la dejaran en su sitio: «Que el arca de Dios permanezca en la ciudad». Todo esto muestra «la primera actitud» de David, que «para defenderse no usa ni a Dios ni a su pueblo», porque sentía por ambos un «amor muy grande».

«En los momentos malos de la vida —destacó el Pontífice— sucede que, tal vez, en la desesperación uno busca defenderse como puede», incluso «usando a Dios y a la gente». En cambio David nos muestra cómo su «primera actitud» es precisamente «la de no usar a Dios y a su pueblo».

La segunda es una «actitud penitencial», que David asume mientras huye de

Jerusalén. Se lee en el pasaje del libro de Samuel: «Subía llorando» por la montaña «y caminaba con la cabeza cubierta y descalzo». Pero, comentó el Papa, «pensad lo que significa subir el monte descalzo». Lo mismo hacía la gente que estaba con él: «llevaban cubierta la cabeza y subían llorando». Se trata de «un camino penitencial». Tal vez, continuó el Pontífice, David en ese momento «en su corazón» pensaba en «muchas cosas malas» y en los «numerosos pecados que había cometido». Y probablemente se decía a sí mismo: «Pero yo no soy inocente. No es justo que mi hijo me haga esto, pero yo no soy santo». Con este espíritu David «elige la penitencia: llora, hace penitencia». Y su «subida al monte», indicó una vez más el Papa, «nos hace pensar en la subida de Jesús. También Él dolido y descalzo, con su cruz, subía al monte».

David, sin embargo, vive una «actitud penitencial». Cuando a nosotros, en cambio, dijo el Papa, «nos sucede algo por el estilo en nuestra vida, siempre buscamos —es un instinto que tenemos— justificarnos». Al contrario, «David no se justifica. Es realista. Busca salvar el arca de Dios, a su pueblo. Y hace penitencia» subiendo al monte. Por esta razón «es un grande: un gran pecador y un gran santo». Ciertamente, añadió el Santo Padre, «cómo vayan juntas estas dos cosas» sólo «Dios lo sabe. Pero ésta es la verdad».

A lo largo de su camino penitencial el rey encuentra a un hombre de nombre Semeí, que le «arrojaba piedras» a él y a quienes le acompañaban. Es «un enemigo» que «lanzaba maldiciones» dirigidas a David. Así, Abisay, «uno de los amigos de David», propuso al rey capturarlo y matarlo: «Éste es un perro muerto» le dijo con el lenguaje de su tiempo para remarcar en qué sentido Semeí era «una persona mala». Pero David se lo impidió y «en lugar de elegir la venganza contra tantos insultos, eligió encomendarse a Dios». Se lee, en efecto, en el pasaje bíblico: «Un hijo mío, salido de mis entrañas, busca mi vida. Cuánto más este benjaminita —este Semeí—. Dejadle que me maldiga, si se lo ha ordenado el Señor. Quizá el Señor vea mi humillación y me pague con bendiciones la maldición de este día». He aquí la tercera actitud: David «se encomienda al Señor».

Precisamente «estas tres actitudes de David en el momento de la oscuridad, en el momento de la prueba, pueden ayudarnos a todos nosotros» cuando nos encontramos en situaciones difíciles. No se debe «negociar nuestra pertenencia». Luego, repitió el Pontífice, es necesario «aceptar la penitencia», comprender las razones por las cuales se «necesita hacer penitencia», y así saber «llorar sobre nuestros errores, sobre nuestros pecados». Por último, no se debe buscar hacer justicia con las propias manos, sino más «encomendarse a Dios».

El Papa Francisco concluyó la homilía invitando a invocar a David, que nosotros «veneramos como santo», pidiéndole que nos enseñe a vivir «estas

actitudes en los momentos difíciles de la vida». Para que cada uno sea «un hombre que ama a Dios, que ama a su pueblo y no lo negocia; un hombre que sabe que es pecador y hace penitencia; un hombre que está seguro de su Dios y se encomienda a Él».

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 6, viernes 7 de febrero de 2014

Todo buen padre «necesita del hijo: le espera, le busca, le ama, le perdona, le quiere cerca de sí, tan cerca como la gallina quiere a sus polluelos». Lo dijo el Papa Francisco en la homilía de la misa del martes 4 de febrero.

Al comentar las lecturas de la liturgia el Pontífice afrontó el tema de la paternidad, relacionándolo a las dos figuras principales descritas en el Evangelio de san Marcos (5, 21-43) y en el segundo libro de Samuel (18, 9-10.14.24-25.30; 19, 1-4): o sea Jairo, uno de los jefes de la sinagoga en tiempos de Jesús, «que fue a pedir la salud para su hija», y David, «que sufría por la guerra que estaba haciendo su hijo». Dos hechos que, según el obispo de Roma, muestran cómo todo padre tiene «una unción que viene del hijo: no se puede comprender a sí mismo sin el hijo».

Deteniéndose primero en el rey de Israel, el Papa recordó que a pesar de que el hijo Absalón se había convertido en su enemigo, David «esperaba noticias de la guerra. Estaba sentado entre las dos puertas del palacio y miraba». Y si bien todos estaban seguros de que esperaba «noticias de una buena victoria», en realidad «esperaba otra cosa: esperaba al hijo. Le interesaba el hijo. Era rey, era jefe del país, pero» sobre todo «era padre». Y así, «cuando llegó la noticia del final de su hijo», David «se estremeció. Subió a la habitación superior y se puso a llorar. Decía al subir: "¡Hijo mío, Absalón, hijo mío! ¡Hijo mío, Absalón! ¡Quién me diera haber muerto en tu lugar! ¡Absalón, hijo mío, hijo mío!"».

Éste —comentó el Papa Francisco— «es el corazón de un padre, que no reniega jamás de su hijo», incluso si «es un bandido o un enemigo», y llora por él. Al respecto, el Pontífice hizo notar cómo en la Biblia, David llora dos veces por los hijos: en esta circunstancia y en la que estaba por morir el hijo del adulterio: «también en esa ocasión hizo ayuno y penitencia para salvar la vida del hijo», porque «era padre».

Volviendo luego a la descripción del pasaje bíblico, el obispo de Roma destacó otro elemento de la escena: el silencio. «Los soldados regresaron a la ciudad tras la batalla en silencio» —destacó— mientras que cuando David era joven, al volver a la ciudad después de matar al Filisteo, todas las mujeres salieron de las casas para «alabarle, en fiesta; porque así volvían los soldados después de una victoria». En cambio, con ocasión de la muerte de Absalón, «la victoria fue disimulada porque el rey lloraba»; en efecto, «más que rey y vencedor»

David era sobre todo «un padre afligido».

En cuanto al personaje evangélico, el jefe de la sinagoga, el Papa Francisco destacó en qué sentido se trataba de una «persona importante», que, sin embargo, «ante la enfermedad de la hija» no tuvo vergüenza de tirarse a los pies de Jesús e implorarle: «Mi niña está en las últimas; ven, impón las manos sobre ella, para que se cure y viva». Este hombre no reflexiona acerca de las consecuencias de su gesto. No se detiene a pensar si Cristo «en lugar de un profeta fuese un brujo», se arriesgaba a hacer el ridículo. Al ser «padre —dijo el Pontífice— no piensa: arriesga, se lanza y pide». Y también en esta escena, cuando los protagonistas entran en la casa encuentran llantos y gritos. «Había personas que gritaban fuerte porque era su trabajo: trabajaban así, llorando en las casas de los difuntos». Pero su llanto «no era el llanto de un padre». He aquí entonces la relación entre las dos figuras de padres. Para ellos la prioridad son los hijos. Y esto «hace pensar en la primera cosa que decimos a Dios en el Credo: “Creo en Dios padre”. Hace pensar en la paternidad de Dios. Dios es así con nosotros». Alguien podría observar: «Pero padre, Dios no llora». Objeción a la que el Papa respondió: «¡Cómo no! Recordemos a Jesús cuando lloraba contemplando Jerusalén: «Jerusalén, Jerusalén, cuántas veces intenté reunir a tus hijos», como la gallina reúne a sus polluelos bajo las alas». Por lo tanto, «Dios llora; Jesús lloró por nosotros». Y en ese llanto está la representación del llanto del padre, «que nos quiere a todos consigo en los momentos difíciles».

El Pontífice recordó también que en la Biblia hay al menos «dos momentos en los que el padre responde» al llanto del hijo. El primero es el episodio de Isaac conducido al monte por Abrahán para ofrecerlo en holocausto: él se da cuenta de «que llevaban la leña y el fuego, pero no el cordero para el sacrificio». Por ello «tenía angustia en el corazón. ¿Y qué dice? «Padre». Y de inmediato la respuesta: “Aquí estoy, hijo”». El segundo episodio es el de «Jesús en el huerto de los Olivos, con esa angustia en el corazón: «Padre, si es posible aleja de mí este cáliz». Y los ángeles vinieron a darle fuerza. Así es nuestro Dios: es padre».

Pero no es sólo esto: la imagen de David que espera noticias sentado entre las dos puertas del palacio trae a la memoria la parábola del capítulo 15 del evangelio de san Lucas, la del padre que esperaba al hijo pródigo, «que se había marchado con todo el dinero, con toda la herencia. ¿Cómo sabemos que le esperaba?», se preguntó el Papa Francisco. Porque —es la respuesta que nos dan las Escrituras— «lo vio de lejos. Y porque todos los días subía a esperar» a que el hijo volviese. En ese padre misericordioso, en efecto, está «nuestro Dios», que «es padre». De aquí el deseo de que la paternidad física de los padres de familia y la paternidad espiritual de los consagrados, de los sacerdotes, de los obispos, sean siempre como la de los dos protagonistas de

las lecturas: «dos hombres, que son padres».

Como conclusión, el Pontífice invitó a meditar sobre estos dos «iconos» — David que llora y el jefe de la sinagoga que se postra ante Jesús sin ninguna vergüenza, sin temor de pasar por ridículo, porque estaban «en juego sus hijos»— y pidió a los fieles que renovasen la profesión de fe, diciendo «Creo en Dios Padre» y pidiendo al Espíritu Santo que nos enseñe a decir «Abbá, Padre». Porque —concluyó— «es una gracia poder decir a Dios: Padre, con el corazón».

6 de febrero de 2014. Lo que dejamos a los demás.

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 7, viernes 14 de febrero de 2014

Vivir durante toda la vida en el seno de la Iglesia, como pecadores pero no como traidores corruptos, con una actitud de esperanza que nos lleva a dejar una herencia hecha no de riqueza material sino de testimonio de santidad. Son las «grandes gracias» que el Papa Francisco indicó durante la misa celebrada el jueves 6 de febrero, por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta. El obispo de Roma centró su reflexión en el misterio de la muerte, partiendo de la primera lectura —tomada del primer libro de los Reyes (2, 1-4.10-12)— en la que, dijo, «hemos escuchado el relato de la muerte de David». Y «recordamos el inicio de su vida, cuando fue elegido por el Señor, ungido por el Señor». Era un «jovencito»; y «después de algunos años comenzó a reinar», pero era siempre «un muchacho, tenía veintidós o veintitrés años». Por lo tanto, toda la vida de David es «un recorrido, un camino al servicio de su pueblo». Y «así como comenzó, así terminó». Sucede lo mismo en nuestra vida, señaló el Papa, que «comienza, camina, sigue adelante y termina». El relato de la muerte de David sugirió al Pontífice tres reflexiones surgidas «del corazón». En primer lugar puso en evidencia que «David muere en el seno de la Iglesia, en el seno de su pueblo. Su muerte no lo encuentra fuera de su pueblo» sino «dentro». Y así vive «su pertenencia al pueblo de Dios». Sin embargo David «había pecado: él mismo se llama pecador». Pero «jamás se apartó del pueblo de Dios: pecador sí, traidor no». Ésta, dijo el Papa, «es una gracia»: la gracia de «permanecer hasta el final en el pueblo de Dios» y «morir en el seno de la Iglesia, precisamente en el seno del pueblo de Dios». Al subrayar dicho aspecto, el Papa invitó «a pedir la gracia de morir en casa: morir en casa, en la Iglesia». Y remarcó que «ésta es una gracia» y «no se compra», porque «es un regalo de Dios». Nosotros «debemos pedirlo: Señor dame el regalo de morir en casa, en la Iglesia». Aunque fuésemos «todos pecadores», no debemos ser ni «traidores» ni «corruptos». La Iglesia, precisó el Pontífice, es «madre y nos quiere también así», quizás incluso «muchas veces sucios». Porque es ella quien «nos limpia: es madre, sabe cómo hacerlo». Pero está «en nosotros pedir esta gracia: morir en casa». El Papa Francisco propuso luego una segunda reflexión sobre la muerte de David. «En este relato —apuntó— se ve que David está tranquilo, en paz, sereno». Hasta el punto que «llama a su hijo y le dice: yo emprendo el camino de todo hombre sobre la tierra». En otras palabras David reconoce: «¡Ahora

me toca a mí!». Y después, se lee en la Escritura, «David se durmió con sus padres». He aquí, explicó el Pontífice, el rey que «acepta su muerte con esperanza, con paz». Y «ésta es otra gracia: la gracia de morir con esperanza», con la «consciencia de que esto es un paso» y que «del otro lado nos esperan». Incluso después de la muerte, en efecto, «continúa la casa, continúa la familia: no estaré solo». Se trata de una gracia que hay que pedir sobre todo «en los últimos momentos de la vida: nosotros sabemos que la vida es una lucha y el espíritu del mal quiere el botín».

El obispo de Roma recordó también el testimonio de santa Teresita del Niño Jesús, quien «decía que, en sus últimos momentos, había en su alma una lucha y cuando pensaba en el futuro, a lo que le esperaba después de la muerte, en el cielo, sentía como una voz que le decía: pero no, no seas tonta, te espera la oscuridad, te espera sólo la oscuridad de la nada». Ese, precisó el Papa, «era el demonio que no quería que se confiara a Dios».

De aquí la importancia de «pedir la gracia de morir con esperanza y morir confiándose a Dios». Pero el «confiarse a Dios —afirmó el Pontífice— comienza ahora, en las pequeñas cosas de la vida y también en los grandes problemas: confiarse siempre al Señor. De esta manera uno coge este hábito de confiarse al Señor y crece la esperanza». Por lo tanto, explicó, «morir en casa, morir con esperanza» son «dos cosas que nos enseña la muerte de David».

La tercera idea sugerida por el Papa fue «el problema de la herencia». Al respecto «la Biblia —precisó— no nos dice que cuando murió David vinieron todos los nietos y bisnietos a pedir la herencia». A menudo existen «muchos escándalos sobre la herencia, muchos escándalos que dividen en las familias». Pero no es la riqueza la herencia que deja David. Se lee, de hecho, en la Escritura: «Y el reino quedó establecido sólidamente». David, más bien, «deja la herencia de cuarenta años de gobierno por su pueblo y el pueblo consolidado, fuerte».

Al respecto el Pontífice recordó «un dicho popular» según el cual «cada hombre debe dejar en la vida un hijo, debe plantar un árbol y debe escribir un libro: y ésta es la mejor herencia». El Papa invitó a cada uno a preguntarse: «¿Qué herencia dejo yo a los que vienen detrás de mí? ¿Una herencia de vida? ¿He hecho tanto bien que la gente me quiere como padre o como madre?». Tal vez no «planté un árbol» o «escribí un libro», «pero ¿he dado vida, sabiduría?». La auténtica «herencia es la que David» revela dirigiéndose ya a las puertas de la muerte a su hijo Salomón con estas palabras: «Ten valor y sé hombre. Guarda lo que el Señor tu Dios manda guardar siguiendo sus caminos, observando sus preceptos».

Así las palabras de David ayudan a entender que la verdadera «herencia es nuestro testimonio de cristianos que dejamos a los demás». Existen, en efecto, algunas personas que «dejan una gran herencia: pensemos en los santos que

vivieron el Evangelio con tanta fuerza» y precisamente por esto «nos dejan un camino de vida, un modo de vivir como herencia».

Al concluir, el Papa resumió los tres puntos de su reflexión transformándolos en una oración a san David, a fin de que «nos conceda a todos estas tres gracias: pedir la gracia de morir en casa, morir en la Iglesia; pedir la gracia de morir en esperanza, con esperanza; y pedir la gracia de dejar una hermosa herencia, una herencia humana, una herencia hecha con el testimonio de nuestra vida cristiana».

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 7, viernes 14 de febrero de 2014

A Jesús se le debe anunciar y testimoniar con fuerza y claridad, sin medias tintas, volviendo siempre a la fuente del «primer encuentro» con Él y sabiendo vivir también la experiencia de la «oscuridad del alma». La «imagen del discípulo» trazada por el Papa Francisco corresponde a los elementos esenciales de Juan el Bautista. Y precisamente en la figura del precursor el Pontífice centró la meditación en la misa celebrada el viernes 7 de febrero en la capilla de la Casa Santa Marta.

Partiendo del relato de su predicación y su muerte, narrado por el Evangelio de Marcos (6, 14-29), el Papa dijo que Juan era «un hombre que tuvo un breve tiempo de vida, un breve tiempo para anunciar la Palabra de Dios». Él era «el hombre que Dios envió a preparar el camino a su Hijo».

Pero «Juan acabó mal», decapitado por orden de Herodes. Se convirtió en «el precio de un espectáculo para la corte en un banquete». Y, comentó el Papa, «cuando existe la corte es posible hacer de todo: la corrupción, los vicios, los crímenes. Las cortes favorecen estas cosas».

El Pontífice trazó el perfil de Juan el Bautista indicando tres características fundamentales. «¿Qué hizo Juan? Ante todo —explicó— anunció al Señor. Anunció que estaba cerca el Salvador, el Señor; que estaba cerca el reino de Dios». Un anuncio que él «había realizado con fuerza: bautizaba y exhortaba a todos a convertirse». Juan «era un hombre fuerte y anunciaba a Jesucristo: fue el profeta más cercano a Jesucristo. Tan cercano que precisamente él lo indicó» a los demás. Y, en efecto, cuando vio a Jesús, exclamó: «¡Es aquél!». La segunda característica de su testimonio, explicó el Papa, «es que no se adueñó de su autoridad moral» aunque se le había ofrecido «en una bandeja la posibilidad de decir: yo soy el mesías». Juan, en efecto, «tenía mucha autoridad moral, mucha. Toda la gente iba a él. El Evangelio dice que los escribas» se acercaban para preguntarle; «¿Qué debemos hacer?». Lo mismo hacía el pueblo y los soldados. «¡Convertíos!» era la respuesta de Juan, y «no estaféis»

También «los fariseos y los doctores» miran la «fuerza» de Juan, reconociendo en él a «un hombre recto. Por ello fueron a preguntarle: ¿pero eres tú el mesías?». Para Juan fue «el momento de la tentación y de la vanidad». Hubiese podido responder: «No puedo hablar de esto...», terminando por «dejar la pregunta en el aire. O podía decir: no lo sé... con falsa humildad». En

cambio, Juan «fue claro» y afirmó: «No, yo no soy. Detrás de mí viene el que es más fuerte que yo y no soy digno de agacharme para desatarle la correa de sus sandalias».

Así no cayó en la tentación de robar «el título, no se adueñó del oficio». Dijo claramente: «Yo soy una voz, sólo eso. La palabra viene después. Yo soy una voz». Y «ésta —resumió el Papa— es la segunda cosa que hizo Juan: no robar la dignidad». Fue un «hombre de verdad».

«La tercera cosa que hizo Juan —continuó el Pontífice— fue imitar a Cristo, imitar a Jesús. En tal medida que, en aquellos tiempos, los fariseos y los doctores creían que él era el mesías». Incluso «Herodes, que lo había asesinado, creía que Jesús fuese Juan». Precisamente esto muestra hasta qué punto el Bautista «siguió el camino de Jesús, sobre todo en el camino del abajamiento».

En efecto «Juan se humilló, se abajó hasta el final, hasta la muerte». Y fue al encuentro del «mismo estilo vergonzoso de muerte» del Señor: «Jesús como un malhechor, como un ladrón, como un criminal, en la cruz», y Juan víctima de «un hombre débil y lujurioso» que se dejó llevar «por el odio de una adúltera, por el capricho de una bailarina». Son dos «muertes humillantes». Como Jesús, dijo de nuevo el Papa, «también Juan tuvo su huerto de los olivos, su angustia en la cárcel cuando creía haberse equivocado». Por ello «manda a sus discípulos a preguntar a Jesús: dime, ¿eres tú o me equivoqué y existe otro?». Es la experiencia de la «oscuridad del alma», de la «oscuridad que purifica». Y «Jesús respondió a Juan como el Padre respondió a Jesús: consolándole».

Precisamente hablando de la «oscuridad del hombre de Dios, de la mujer de Dios», el Papa Francisco recordó el testimonio «de la beata Teresa de Calcuta. La mujer a la que todo el mundo alababa, el premio Nobel. Pero ella sabía que en un momento de su vida, largo, existió sólo la oscuridad dentro». También «Juan pasó por esta oscuridad», pero fue «anunciador de Jesucristo; no se adueñó de la profecía», convirtiéndose en «imitador de Jesucristo».

En Juan está, por lo tanto, «la imagen» y «la vocación de un discípulo». La «fuente de esta actitud de discípulo» ya se reconoce en el episodio evangélico de la visita de María a Isabel, cuando «Juan saltó de alegría en el seno» de su madre. Jesús y Juan, en efecto, «eran primos» y «tal vez se encontraron después». Pero ese primer «encuentro llenó de alegría, de mucha alegría el corazón de Juan. Y lo transformó en discípulo», en el «hombre que anuncia a Jesucristo, que no se pone en el lugar de Jesucristo y que sigue el camino de Jesucristo».

En conclusión, el Papa Francisco sugirió un examen de conciencia «acerca de nuestro discipulado» a través de algunas preguntas: «¿Anunciamos a Jesucristo? ¿Progresamos o no progresamos en nuestra condición de cristianos

como si fuese un privilegio?». Al respecto es importante mirar el ejemplo de Juan que «no se adueñó de la profecía».

Y luego un interrogante: «¿Vamos por el camino de Jesucristo, el camino de la humillación, de la humildad, del abajamiento para el servicio?».

Según el Pontífice, si nos damos cuenta de no estar «firmes en esto», es bueno «preguntarnos: ¿cuándo tuvo lugar mi encuentro con Jesucristo, ese encuentro que me llenó de alegría?». Es un modo para volver espiritualmente a ese primer encuentro con el Señor, «volver a la primera Galilea del encuentro: todos nosotros hemos tenido una». El secreto, dijo el Papa, es precisamente «volver allí: reencontrarnos con el Señor y seguir adelante por esta senda tan hermosa, en la que Él debe crecer y nosotros disminuir».

10 de febrero de 2014. En misa sin reloj.

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 7, viernes 14 de febrero de 2014

A misa no se va con el reloj en la mano, como si se debieran contar los minutos o asistir a una representación. Se va para participar en el misterio de Dios. Y esto es válido también para quienes vienen a Santa Marta a la misa celebrada por el Papa, que, dijo en efecto el Pontífice el lunes 10 de febrero, a los fieles presentes en la capilla de su residencia, «no es un paseo turístico. ¡No! Vosotros venís aquí y nos reunimos aquí para entrar en el misterio. Y ésta es la liturgia».

Para explicar el sentido de este encuentro cercano con el misterio, el Papa Francisco recordó que el Señor habló a su pueblo no sólo con palabras. «Los profetas —dijo— referían las palabras del Señor. Los profetas anunciaban. El gran profeta Moisés dio los mandamientos, que son palabra del Señor. Y muchos otros profetas decían al pueblo aquello que quería el Señor». Sin embargo, «el Señor —añadió— habló también de otra manera y de otra forma a su pueblo: con las teofanías. Cuando Él se acerca al pueblo y se hace sentir, hace sentir su presencia precisamente en medio del pueblo». Y recordó, además del episodio propuesto por la primera lectura (*1 Re 8, 1-7.9-13*), algunos pasajes referidos a otros profetas.

«Sucede lo mismo también en la Iglesia» —explicó el Papa—. El Señor nos habla a través de su Palabra, recogida en el Evangelio y en la Biblia; y a través de la catequesis, de la homilía. No sólo nos habla, sino que también «se hace presente —precisó— en medio de su pueblo, en medio de su Iglesia. Es la presencia del Señor. El Señor que se acerca a su pueblo; se hace presente y comparte con su pueblo un poco de tiempo». Esto es lo que sucede durante la celebración litúrgica que ciertamente «no es un buen acto social —explicó una vez más el obispo de Roma— y no es una reunión de creyentes para rezar juntos. Es otra cosa» porque «en la liturgia eucarística Dios está presente» y, si es posible, se hace presente de un modo aún «más cercano». Su presencia, dijo nuevamente el Papa, «es una presencia real».

Y «cuando hablo de liturgia —puntualizó el Pontífice— me refiero principalmente a la santa misa. Cuando celebramos la misa, no hacemos una representación de la Última Cena». La misa «no es una representación; es otra cosa. Es propiamente la Última Cena; es precisamente vivir otra vez la pasión y la muerte redentora del Señor. Es una teofanía: el Señor se hace presente en el altar para ser ofrecido al Padre para la salvación del mundo».

Así, el Papa Francisco volvió a proponer, como lo hace a menudo, un comportamiento común en los fieles: «Nosotros escuchamos o decimos: “pero, yo no puedo ahora, debo ir a misa, debo ir a escuchar misa”. La misa no se escucha, se participa. Y se participa en esta teofanía, en este misterio de la presencia del Señor entre nosotros». Es algo distinto de las otras formas de nuestra devoción, precisó nuevamente poniendo el ejemplo del belén viviente «que hacemos en las parroquias en Navidad, o el vía crucis que hacemos en Semana Santa». Éstas, explicó, son representaciones; la Eucaristía es «una conmemoración real, es decir, es una teofanía. Dios se acerca y está con nosotros y nosotros participamos en el misterio de la redención».

El Pontífice se refirió luego a otro comportamiento muy común entre los cristianos: «Cuántas veces —dijo— contamos los minutos... “tengo apenas media hora, tengo que ir a misa...”». Ésta «no es la actitud propia que nos pide la liturgia: la liturgia es tiempo de Dios y espacio de Dios, y nosotros debemos entrar allí, en el tiempo de Dios, en el espacio de Dios y no mirar el reloj. La liturgia es precisamente entrar en el misterio de Dios; dejarnos llevar al misterio y estar en el misterio».

Y, dirigiéndose precisamente a los presentes en la celebración continuó así: «Por ejemplo, yo estoy seguro de que todos vosotros venís aquí para entrar en el misterio. Tal vez, sin embargo, alguno dijo “yo tengo que ir a misa a Santa Marta, porque el itinerario turístico de Roma incluye ir a visitar al Papa a Santa Marta todas las mañanas....”. ¡No! Vosotros venís aquí, nosotros nos reunimos aquí, para entrar en el misterio. Y esto es la liturgia, el tiempo de Dios, el espacio de Dios, la nube de Dios que nos envuelve a todos».

El Papa Francisco compartió con los presentes algunos recuerdos de su infancia: «Recuerdo que siendo niño, cuando nos preparábamos para la Primera Comunión, nos hacían cantar “Oh santo altar custodiado por los ángeles”, y esto nos hacía comprender que el altar estaba custodiado por los ángeles, nos daba el sentido de la gloria de Dios, del espacio de Dios, del tiempo de Dios. Y luego, cuando hacíamos el ensayo para la Comunión, llevábamos las hostias para el ensayo y nos decían: “mirad que éstas no son las que recibiréis; éstas no valen nada, porque luego estará la consagración”. Nos hacían distinguir bien una cosa de la otra: el recuerdo de la conmemoración». Por lo tanto, celebrar la liturgia significa «tener esta disponibilidad para entrar en el misterio de Dios», en su espacio, en su tiempo. Y, llegando ya a la conclusión, el Pontífice invitó a los presentes a «pedir hoy al Señor que nos done a todos este sentido de lo sagrado, este sentido que nos haga comprender que una cosa es rezar en casa, rezar en la iglesia, rezar el rosario, recitar muchas y hermosas oraciones, hacer el vía crucis, leer la Biblia; y otra cosa es la celebración eucarística. En la celebración entramos en el misterio de Dios, en esa senda que nosotros no podemos controlar: sólo Él

es el único, Él es la gloria, Él es el poder. Pidamos esta gracia: que el Señor nos enseñe a entrar en el misterio de Dios».

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 8, viernes 21 de febrero de 2014

«Dos imágenes» para una verdad: pecadores sí, corruptos no. De este riesgo el Papa Francisco alertó en la misa del jueves 13 de febrero en la Casa Santa Marta. Indicando dos figuras emblemáticas de las Escrituras —el rey Salomón y la mujer que invoca la intervención de Jesús para curar a la hija endemoniada— el Pontífice quiso alentar el camino de quienes, silenciosamente, van cada día en búsqueda del Señor, pasando de la idolatría a la fe auténtica.

Las «dos imágenes» elegidas por el Papa para la homilía fueron tomadas de la liturgia del día. En el primer libro de los Reyes (11, 4-13) se narra sobre Salomón, mientras que el Evangelio de Marcos (7, 24-30) presenta la figura de la mujer «de lengua griega y de origen siro-fenicio» que suplica a Jesús «que expulse el demonio de su hija». Salomón y la mujer, explicó el Pontífice, recorren dos sendas opuestas y, precisamente a través de ellos, «hoy la Iglesia nos hace reflexionar sobre el camino del paganismo y de la idolatría al Dios viviente, y del camino del Dios viviente a la idolatría».

La mujer, dirigiéndose a Jesús, se lee en el pasaje evangélico, es «valiente», como lo es toda «madre desesperada» que «ante la salud de un hijo» está dispuesta a hacer de todo. «Le habían dicho que existía un hombre bueno, un profeta» —explicó el Papa— y, así, fue a buscar a Jesús, incluso si ella «no creía en el Dios de Israel». Por el bien de su hija «no tuvo vergüenza de la mirada de los apóstoles». Y se acercó a Jesús para suplicarle que ayudara a su hija que estaba poseída por un espíritu impuro. A su petición Jesús respondió que había venido «ante todo para las ovejas de la casa de Israel». Y se lo «explica con un lenguaje duro», diciéndole: «Deja que se sacien primero los hijos. No está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perritos». La mujer —puso de relieve el Santo Padre— no respondió a Jesús «con su inteligencia, sino con sus entrañas de madre, con su amor». Y dijo: «Pero también los perros, debajo de la mesa, comen las migajas que tiran los niños». Queriendo decir: «Dame estas migajas a mí». Impresionado por su fe «el Señor hizo un milagro». Y, así, «al llegar a su casa, se encontró a la niña acostada en la cama, y el demonio se había marchado».

Es, en esencia, la historia de una madre que «se había expuesto al riesgo de hacer un mal papel, pero insistió» por amor a su hija. Viniendo «del

paganismo y de la idolatría, encontró la salud para su hija»; y para sí misma «encontró al Dios viviente». Su camino, explicó el Papa, «es el camino de una persona de buena voluntad que busca a Dios y lo encuentra». Por su fe «el Señor la bendice». Pero es también la historia de mucha gente que aún hoy «recorre este camino». Y «el Señor espera» a estas personas, movidas por el Espíritu Santo. «Cada día en la Iglesia del Señor hay personas que recorren este camino, silenciosamente, para encontrar al Señor», precisamente «porque se dejan conducir por el Espíritu Santo».

Sin embargo, advirtió el Pontífice, está «el camino contrario», representado por la imagen de Salomón, «el hombre más sabio de la tierra, con muchas bendiciones, enormes, grandes; con la herencia de su patria unida, esta unión que había construido su padre David». El rey Salomón tenía «una fama universal». Y era también «un creyente en Dios». ¿Pero por qué perdió la fe? La respuesta está en el pasaje bíblico: «Sus mujeres le hicieron desviar el corazón para seguir a otros dioses y su corazón no permaneció íntegro con el Señor, su Dios, como el corazón de David, su padre».

A Salomón, dijo el Papa, «le gustaban las mujeres. Tenía muchas concubinas y las tomaba de aquí y de allá: cada una con su dios, con su ídolo».

Precisamente «estas mujeres debilitaron el corazón de Salomón, lentamente». Así, cuando «una mujer le pedía un templo pequeño» para «su dios», él lo construía «en el monte». Y cuando otra mujer le pedía incienso para un ídolo, él se lo compraba. Pero obrando así «su corazón se debilitó y perdió la fe». Quien perdió la fe de este modo, destacó el Pontífice, fue «el hombre más sabio del mundo», que se dejó corromper «por un amor indiscreto, sin discreción, por sus pasiones». Sin embargo, dijo el Papa, se podría objetar: «Pero, padre, Salomón no perdió la fe, él creía en Dios, era capaz de recitar la Biblia» de memoria. A esta objeción el Papa respondió que «tener fe no significa ser capaces de recitar el Credo: puedes recitar el Credo y haber perdido la fe».

Salomón, prosiguió el Papa, «al inicio era pecador como su padre David. Pero luego siguió adelante y de pecador» llegó a ser «corrupto: su corazón era corrupto por esa idolatría». También su padre David «era pecador, pero el Señor le había perdonado todos los pecados porque era humilde y pedía perdón». En cambio, «la vanidad y sus pasiones llevaron» a Salomón «a la corrupción». Es «precisamente en el corazón donde se pierde la fe».

El rey, sin embargo, recorre «el camino contrario al de la mujer siro-fenicia: ella de la idolatría del paganismo llegó al Dios viviente», él, en cambio, «del Dios viviente llegó a la idolatría: ¡pobre hombre! Ella era una pecadora, seguro, porque todos lo somos. Pero él era corrupto».

Citando luego un pasaje de la Carta a los Hebreos, el Papa expresó el deseo de que «ninguna semilla maligna crezca» en el corazón del hombre. Es «la

semilla maligna de las pasiones, que creció en el corazón de Salomón» y le «condujo a la idolatría». Para no dejar que esta semilla crezca, el obispo de Roma indicó «el buen consejo» sugerido por la liturgia en la aclamación al Evangelio: «Acoged con docilidad la Palabra que fue sembrada en vosotros y puede llevaros a la salvación». Con esta certeza, concluyó, «hagamos el camino de la mujer cananea, de esa mujer pagana, acogiendo la Palabra de Dios que fue sembrada en nosotros y que nos conducirá a la salvación». Precisamente la Palabra de Dios, que es «poderosa, nos custodie en este camino y no permita que acabemos en la corrupción y ésta nos lleve a la idolatría».

Viernes.

Fuente: L'Osservatore Romano, ed. sem. en lengua española, n. 8, viernes 21 de febrero de 2014

Caminar, seguir adelante, más allá de los obstáculos. Es ésta la actitud adecuada para el buen cristiano porque forma parte de su identidad. Es más, un cristiano que no camina, que no sigue adelante «está enfermo en su identidad». El Papa Francisco —durante la misa del viernes 14 de febrero— volvió a repetir la invitación que a menudo dirige a los fieles que encuentra: «adelante, seguid adelante». Y lo hizo al recordar a los patronos de Europa, Cirilo y Metodio, de quienes se celebraba su memoria. Como discípulos, fueron enviados a llevar el mensaje y su caminar, destacó el Papa, «nos hace reflexionar sobre la identidad del discípulo».

Pero, se preguntó el Pontífice, «¿quién es el cristiano?», «¿cómo se comporta el cristiano?». Su respuesta fue: El cristiano «es un discípulo. Es un discípulo que es enviado. El Evangelio es claro: El Señor los envió, id, seguid adelante! Esto significa que el cristiano es un discípulo del Señor que camina, que va siempre adelante. No se puede pensar en un cristiano quieto. Un cristiano que permanece quieto está enfermo en su identidad cristiana».

Sin embargo, caminar para el cristiano significa también «ir más allá de las dificultades». Para explicar esta afirmación el Papa Francisco hizo referencia a la lectura del día tomada de los Hechos de los Apóstoles (13, 46-49), en la que Pablo y Bernabé al ver que en Antioquía de Pisidia los judíos no les seguían «se marcharon con los gentiles: ¡adelante!». Por lo demás, prosiguió el Pontífice, también Jesús en las bodas «obró así, siguió adelante: los invitados no llegaron, todos encontraron un motivo para no ir. ¿Dice Jesús que no hagamos fiesta? No. Id a los cruces de los caminos, de las calles e invitad a todos, buenos y malos. Así dice el Evangelio. ¿Pero también a los malos? Incluso los malos. ¡A todos!».

Un segundo aspecto de la identidad del cristiano es que «debe permanecer siempre como un cordero». El Papa Francisco se refirió al pasaje del Evangelio de Lucas proclamado poco antes (10, 1-9) y dijo: «El cristiano es un cordero y debe conservar esta identidad de cordero: "¡Poneos en camino! Mirad que os mando como corderos en medio de lobos"». Es necesario, por lo tanto, permanecer como corderos y «no convertirse en lobos, porque a veces — precisó el Santo Padre— la tentación nos hace pensar: "esto es difícil, estos lobos son astutos y yo también seré más astuto que ellos"». Por lo tanto permanecer como «cordero, no como tonto, sino cordero. Cordero, con la

astucia cristiana, pero siempre cordero. Porque si tú eres cordero Él te defiende. Pero si te sientes fuerte como el lobo, Él no te defiende, te deja solo. Y los lobos te comerán crudo».

«¿Cuál es el estilo del cristiano en este caminar como cordero?» se preguntó después el Papa ilustrando el tercer elemento que caracteriza la identidad cristiana. «La alegría», fue su respuesta. Y continuó: «La alegría es el estilo del cristiano. El cristiano no puede caminar sin alegría. No se puede caminar como corderos sin alegría». Una actitud que hay que mantener siempre, incluso ante los problemas, también «con los propios errores y pecados» porque «está la alegría de Jesús que siempre perdona y ayuda».

El Evangelio, repitió el obispo de Roma, debe ser llevado al mundo por estos corderos que caminan con alegría. «No hacen un favor al Señor en la Iglesia — advirtió— esos cristianos que tienen un tiempo de adagio quejumbroso, que viven siempre así, lamentándose de todo, tristes. Éste no es el estilo de un discípulo. San Agustín dice: ¡sigue, sigue adelante, canta y camina, con la alegría! Éste es el estilo del cristiano: anunciar el Evangelio con alegría». En cambio «demasiada tristeza y también amargura nos llevan a vivir un así llamado cristianismo sin Cristo». El cristiano no está nunca quieto: es un hombre, una mujer que camina siempre, que va más allá de las dificultades. Y lo hace con sus fuerzas y con alegría. «Que el Señor —concluyó— nos conceda la gracia de vivir como cristianos que caminan como corderos y con alegría».

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 8, viernes 21 de febrero de 2014

Hay personas que saben sufrir con la sonrisa y conservan «la alegría de la fe» a pesar de las pruebas y enfermedades. Son estas personas quienes «llevan adelante la Iglesia con su santidad de cada día», hasta llegar a ser auténticos puntos de referencia «en nuestras parroquias, en nuestras instituciones». En la reflexión del Papa Francisco, propuesta el lunes 17 de febrero, están los ecos de los encuentros del domingo por la tarde con la comunidad parroquial de la periferia romana del «Infernetto».

«Cuando vamos a las parroquias —dijo, en efecto, el obispo de Roma— encontramos personas que sufren, que tienen problemas, que tienen un hijo discapacitado o tienen una enfermedad, pero llevan adelante la vida con paciencia». Son personas que no piden «un milagro» sino que viven con «la paciencia de Dios» leyendo «los signos de los tiempos». Y precisamente de este santo pueblo de Dios «el mundo no era digno de ellos», afirmó el Papa citando el capítulo 11 de la Carta a los Hebreos y afirmando que también «de esta gente de nuestro pueblo —gente que sufre, que sufre tantas cosas pero no pierde la sonrisa de la fe, que tienen la alegría de la fe— podemos decir que de ellos no es digno el mundo: ¡es indigno!».

La reflexión del Papa sobre el valor de la paciencia partió, como es habitual, de la liturgia del día: el pasaje de la Carta de Santiago (1, 1-11) y del Evangelio de Marcos (8, 11-13).

«Considerad, hermanos míos, un gran gozo cuando os veáis rodeados de toda clase de pruebas»: al comentar estas palabras de la primera lectura, el Papa destacó que «parece un poco extraño lo que dice el apóstol Santiago». Parece casi —indicó— «una invitación a hacer de faquir». En efecto, se preguntó, «sufrir una prueba, ¿cómo nos puede causar gozo?». El Pontífice prosiguió la lectura del pasaje de Santiago: «Sabiedo que la autenticidad de vuestra fe produce paciencia. Pero que la paciencia lleve consigo una obra perfecta, para que seáis perfectos e íntegros, sin ninguna deficiencia».

La sugerencia, explicó, es «llevar la vida en este ritmo de paciencia». Pero «la paciencia —advirtió— no es resignación, es otra cosa». Paciencia quiere decir, en efecto, «soportar sobre los hombros las cosas de la vida, las cosas que no son buenas, las cosas malas, las cosas que no queremos. Y será precisamente esta paciencia la que hará madura nuestra vida». Quien en cambio no tiene paciencia «quiere todo inmediatamente, todo de prisa». Y «quien no conoce

esta sabiduría de la paciencia es una persona caprichosa», que termina comportándose precisamente «como los niños caprichosos», quienes dicen: «yo quiero esto, quiero aquello, esto no me gusta», y no se contentan nunca con nada.

«¿Por qué esta generación reclama un signo?», pregunta el Señor en el pasaje evangélico de Marcos respondiendo a la petición de los fariseos. Y así quería decir, afirmó el Papa, que «esta generación es como los niños que escuchan música de alegría y no bailan, escuchan música de luto y no lloran. Nada está bien». En efecto, continuó, «la persona que no tiene paciencia es una persona que no crece, que permanece en los caprichos de los niños, que no sabe tomar la vida como se presenta», y sólo sabe decir: «o esto o nada».

Cuando no se tiene paciencia, «ésta es una de las tentaciones: convertirse en caprichosos» como niños. Y otra tentación de aquellos «que no tienen paciencia es la omnipotencia», encerrada en la pretensión: «¡Quiero las cosas de inmediato!». Precisamente a esto se refiere el Señor cuando los fariseos le piden «un signo del cielo». En realidad, destacó el Pontífice, «¿qué querían? Querían un espectáculo, un milagro». Al fin de cuentas es la misma tentación que el diablo propuso a Jesús en el desierto, pidiéndole hacer algo —así todos creerían y la piedra se convertiría en pan— o tirarse desde el templo para mostrar su poder.

Los fariseos, sin embargo, al pedir un signo a Jesús, «confunden el modo de obrar de Dios con el modo de obrar de un brujo». Pero, precisó el Santo Padre, «Dios no actúa como un brujo. Dios tiene su modo de ir adelante: la paciencia de Dios». Y nosotros «cada vez que nos acercamos al sacramento de la reconciliación cantamos un himno a la paciencia de Dios. ¡Cómo nos lleva el Señor sobre los hombros, con cuánta paciencia!».

«La vida cristiana —sugirió el Papa— debe desarrollarse desde esta música de la paciencia, porque fue precisamente la música de nuestros padres: el pueblo de Dios». La música de «aquellos que creyeron en la Palabra de Dios, que siguieron el mandamiento que el Señor había dado a nuestro padre Abrahán: camina en mi presencia y sé irreprochable».

El pueblo de Dios, prosiguió citando una vez más el capítulo 11 de la Carta a los Hebreos, «sufrió mucho: fueron perseguidos, asesinados, debían esconderse en las cuevas, en las cavernas. Y tuvieron la alegría, el gozo — como dice el apóstol Santiago— de saludar desde lejos las promesas». Es precisamente ésta «la paciencia que nosotros debemos tener en las pruebas». Es «la paciencia de una persona adulta; la paciencia de Dios que nos conduce, nos sostiene sobre los hombros; y la paciencia de nuestro pueblo» destacó el Pontífice exclamando: «¡Cuán paciente es nuestro pueblo aún ahora!».

El obispo de Roma recordó, por lo tanto, que son muchas las personas que sufren y son capaces de llevar «adelante la vida con paciencia. No piden un

signo», como los fariseos, «pero saben leer los signos de los tiempos». Así, «saben que cuando brota la higuera se acerca la primavera». En cambio, las personas «impacientes» que presenta el Evangelio «querían un signo» pero «no sabían leer los signos de los tiempos. Por ello no reconocieron a Jesús». La Carta a los Hebreos, dijo el Papa, dice claramente que «el mundo era indigno del pueblo de Dios». Pero hoy «podemos decir lo mismo de esta gente de nuestro pueblo: gente que sufre, que sufre muchas, muchas cosas, pero no pierde la sonrisa de la fe, que tiene la alegría de la fe». Sí, también de todos ellos «no es digno el mundo». Es precisamente «esta gente, nuestro pueblo, en nuestras parroquias, en nuestras instituciones», quienes llevan «adelante la Iglesia con su santidad de todos los días, de cada día».

Como conclusión, el Papa releyó el pasaje de Santiago que había propuesto al inicio de la homilía. Y pidió al Señor que nos diera «a todos nosotros la paciencia: la paciencia alegre, la paciencia del trabajo, de la paz», donándonos «la paciencia de Dios» y «la paciencia de nuestro pueblo fiel que es tan ejemplar».

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 8, viernes 21 de febrero de 2014

La tentación se nos presenta de modo solapado, contagia todo el ambiente que nos rodea, nos impulsa a buscar siempre una justificación. Y al final nos hace caer en el pecado, cerrándonos en una jaula de la cual es difícil salir. Para resistir a la tentación es necesario escuchar la Palabra del Señor, porque «Él nos espera», nos da siempre confianza y abre ante nosotros un nuevo horizonte. Es éste, en síntesis, el sentido de la reflexión propuesta por el Papa Francisco el martes 18 de febrero.

El Pontífice partió, como es costumbre, de la liturgia del día, en especial de la Carta de Santiago (12-18) en la que el apóstol «tras habernos hablado ayer de la paciencia —destacó— nos habla hoy de la resistencia. Resistencia a las tentaciones. Y nos explica que cada uno es tentado por las propias pasiones, que le atraen y le seducen. Luego, las pasiones engendran, generan el pecado. Y el pecado, una vez cometido, genera la muerte».

¿Pero de dónde viene la tentación? ¿Cómo actúan dentro de nosotros? Para responder a estos interrogantes, el Papa recurrió nuevamente al texto de la Carta de Santiago. «El apóstol —indicó— nos dice que no viene de Dios sino de nuestras pasiones, de nuestras debilidades interiores, de las heridas que dejó en nosotros el pecado original. De allí vienen las tentaciones». Y al respecto se centró en las características de la tentación, que, dijo, «crece, contagia y se justifica».

Inicialmente, por lo tanto, la tentación «comienza con un aire tranquilizador», pero «luego crece. Jesús mismo lo decía cuando contó la parábola del trigo y la cizaña (Mateo 13, 24-30). El trigo crecía, pero crecía también la cizaña sembrada por el enemigo. Y así también la tentación crece, crece, crece. Y si uno no la detiene, ocupa todo». Después tiene lugar el contagio. La tentación «crece —explicó el obispo de Roma—, pero no ama la soledad»; por lo tanto, «busca a otro para que le acompañe, contagia a otro y así acumula personas». Y la tercera característica es la justificación, porque nosotros, hombres, «para estar tranquilos nos justificamos».

Al respecto, el Pontífice observó que la tentación se justifica desde siempre, «desde el pecado original», cuando Adán culpó a Eva por haberle convencido de comer el fruto prohibido. Y en este crecer, contagiar y justificarse, la tentación «nos encierra en un ambiente desde el que no se puede salir con facilidad». Para explicarlo, el Papa se refirió al pasaje del Evangelio de Marcos

(8, 14-21): «Es lo que sucedió a los apóstoles que estaban en la barca: se les olvidó tomar el pan» y se pusieron a discutir culpándose mutuamente por haberlo olvidado. «Jesús les miraba. Yo pienso —comentó— que Él sonreía mientras les miraba. Y les dijo: ¿Recordáis la levadura de los fariseos, de Herodes? Estad atentos, mirad a vuestro alrededor». Sin embargo, ellos «no entendían nada, porque estaban tan cerrados culpándose que no tenían ya espacio para otra cosa, no tenían más luz para la Palabra de Dios».

Lo mismo sucede «cuando caemos en tentación. No escuchamos la Palabra de Dios. No comprendemos. Y Jesús tuvo que recordar la multiplicación de los panes para ayudar a los discípulos a salir de ese ambiente». Esto sucede, explicó el Pontífice, porque la tentación nos cierra todo horizonte «y así nos conduce al pecado». Cuando somos tentados, «sólo la Palabra de Dios, la palabra de Jesús nos salva. Escuchar esa Palabra nos abre el horizonte», porque «Él está siempre dispuesto a enseñarnos a cómo salir de la tentación. Jesús es grande porque no sólo nos hace salir de la tentación, sino que nos da más confianza».

Al respecto, el Papa Francisco recordó el episodio relatado por el Evangelio de Lucas (22, 31- 32) a propósito del diálogo entre Jesús y Pedro, durante el cual el Señor «dice a Pedro que el diablo quería cribarlo»; pero al mismo tiempo le revela que había rezado por él y le confía una nueva misión: «Cuando te hayas convertido, confirma a tus hermanos». Por lo tanto, Jesús, destacó el Santo Padre, no sólo nos espera para ayudarnos a salir de la tentación, sino que confía en nosotros. Y «ésta es una gran fuerza», porque «Él nos abre siempre nuevos horizontes», mientras que el diablo con la tentación «cierra y hace crecer el ambiente donde se riñe», por lo cual «se buscan justificaciones acusándose uno a otro».

«No nos dejemos aprisionar por la tentación», fue la exhortación del obispo de Roma. Desde el círculo donde nos encierra la tentación «se sale sólo escuchando la Palabra de Jesús» recordó, concluyendo: «Pidamos al Señor que siempre, como hizo con los discípulos, con su paciencia, cuando seamos tentados nos diga: Detente. Tranquilízate. Levanta los ojos, mira el horizonte, no te cierres, sigue adelante. Esta palabra nos salvará de caer en el pecado en el momento de la tentación».

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 9, viernes 28 de febrero de 2014

«Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?». La pregunta de Jesús a sus discípulos alcanza, después de dos mil años, a cada uno de nosotros y pide una respuesta. Una respuesta que no se encuentra en los libros como una fórmula, sino en la experiencia de quien sigue de verdad a Jesús, con la ayuda de un «gran trabajador», el Espíritu Santo. Es éste el perfil del discípulo trazado por el Papa Francisco en la misa del jueves 20 de febrero en la Casa Santa Marta. En el centro de la meditación del Papa está Pedro, así como lo presenta el pasaje evangélico de Marcos (8, 27-33). Precisamente Pedro, explicó, «fue ciertamente el más valiente ese día, cuando Jesús preguntó a los discípulos: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?». Pedro respondió con firmeza: «Tú eres el Mesías». Y después de esta confesión, comentó el Pontífice, probablemente se sintió «satisfecho dentro de sí: ¡he respondido bien!».

Sin embargo, el diálogo con Jesús no termina así. En efecto, «el Señor —dijo el Papa— comenzó a explicar lo que tenía que suceder». Pero «Pedro no estaba de acuerdo» con lo que había oído: «no le gustaba ese camino» proyectado por Jesús.

También hoy, prosiguió el obispo de Roma, «escuchamos muchas veces dentro de nosotros» la misma pregunta dirigida por Jesús a los apóstoles. Jesús «se dirige a nosotros y nos pregunta: para ti, ¿quién soy yo? ¿Quién es Jesucristo para cada uno de nosotros, para mí? ¿Quién es Jesucristo?». Y, destacó el Pontífice, también «nosotros seguramente daremos la misma respuesta de Pedro, la que hemos aprendido en el catecismo: ¡Tú eres el Hijo de Dios vivo, Tú eres el Redentor, Tú eres el Señor!».

Diferente es la reacción de Pedro «cuando Jesús comenzó a explicar lo que tenía que suceder: el Hijo del hombre tenía que padecer mucho, ser reprobado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar a los tres días». A Pedro, afirmó el Papa, «ciertamente no le gustaba este discurso». Él razonaba así: «¡Tú eres el Cristo! ¡Tú vences y vamos adelante!». Por esta razón «no comprendía este camino» de sufrimiento indicado por Jesús. Así que, como relata el Evangelio, «se lo llevó aparte» y «se puso a increparlo». Estaba «tan contento de haber dado aquella respuesta —“Tú eres el Mesías”— que se sintió con la fuerza para reprender a Jesús».

El Papa Francisco releyó palabra por palabra la respuesta de Jesús a Pedro: «Pero Él se volvió y, mirando a los discípulos, increpó a Pedro: “Aléjate de mí,

Satanás! ¡Tú piensas como los hombres, no como Dios"».

Por lo tanto, para «responder a esa pregunta que todos nosotros percibimos en el corazón —quién es Jesús para nosotros— no es suficiente lo que hemos aprendido, estudiado en el catecismo». Es ciertamente «importante estudiarlo y conocerlo, pero no es suficiente», insistió el Santo Padre. Porque para conocerlo de verdad «es necesario hacer el camino que hizo Pedro». En efecto, «después de esta humillación, Pedro siguió adelante con Jesús, contempló los milagros que hacía Jesús, vio sus poderes...».

Sin embargo, «a un cierto punto Pedro negó a Jesús, traicionó a Jesús».

Precisamente en ese momento «aprendió esa difícil ciencia —más que ciencia, sabiduría— de las lágrimas, del llanto». Pedro «pidió perdón» al Señor.

E incluso, «en la incertidumbre de aquel domingo de Pascua, Pedro no sabía qué pensar» de lo dicho por las mujeres acerca del sepulcro vacío. Y así también él «fue al sepulcro». En el Evangelio, recordó el Papa, no se recoge «explícitamente el momento, pero se dice que el Señor encontró a Pedro», se dice que Pedro «encontró al Señor vivo, solo, cara a cara». Y así «esa mañana, en la playa del Tiberíades, Pedro fue interrogado otra vez. Tres veces. Y él sintió vergüenza, recordó aquella tarde del jueves santo: las tres veces que había negado a Jesús». Recordó «el llanto». Según el Papa, «en la playa del Tiberíades, Pedro lloró no amargamente como el jueves, pero lloró».

Por lo tanto, «la pregunta a Pedro —¿Quién soy yo para vosotros, para ti?— se comprende sólo a lo largo del camino, después de un largo camino. Una senda de gracia y de pecado». Es «el camino del discípulo». En efecto, «Jesús no dijo a Pedro y a sus apóstoles: iconóceme! Dijo: ¡sígueme!». Y precisamente «este seguir a Jesús nos hace conocer a Jesús. Seguir a Jesús con nuestras virtudes» y «también con nuestros pecados. Pero seguir siempre a Jesús».

Para conocer a Jesús, reafirmó el Santo Padre, «no es necesario un estudio de nociones sino una vida de discípulo». De este modo, «caminando con Jesús aprendemos quién es Él, aprendemos esa ciencia de Jesús. Conocemos a Jesús como discípulos». Lo conocemos en el «encuentro cotidiano con el Señor, todos los días. Con nuestras victorias y nuestras debilidades».

Se trata de «un camino que no podemos hacer solos», precisó el Papa. Por lo tanto, se conoce a Jesús «como discípulos por el camino de la vida, siguiéndole a Él». Pero esto «no es suficiente», advirtió el Papa, porque «conocer a Jesús es un don del Padre: es Él quien nos hace conocer a Jesús». En realidad, puntualizó, esto «es un trabajo del Espíritu Santo, que es un gran trabajador: no es un sindicalista, es un gran trabajador. Y trabaja siempre en nosotros; y realiza esta gran labor de explicar el misterio de Jesús y darnos este sentido de Cristo».

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 9, viernes 28 de febrero de 2014

Preguntarse qué puede hacer y qué no puede hacer la Iglesia, o bien, qué es lícito y qué no, es caer en la casuística que, junto con la ideología, es el signo de reconocimiento de una persona que conoce de memoria la doctrina y la teología pero sin fe. Porque la fe jamás es abstracta: se testimonia.

Precisamente del riesgo de una fe sin obras el Papa Francisco alertó el viernes 21 de febrero. Punto de partida de la reflexión del Pontífice fue el pasaje de la carta de Santiago (2, 14-24.26) según el cual así como el cuerpo sin el espíritu está muerto, así también la fe sin las obras está muerta. «El apóstol Santiago —explicó el Papa— hace esta catequesis» que «es una exhortación sobre la fe: quiere explicar bien cómo es la fe». Y para hacerlo «juega con esta contraposición entre la fe y las obras». La afirmación de Santiago «es clara: una fe que no da fruto en las obras no es fe».

«También nosotros —advirtió el Papa— nos equivocamos muchas veces acerca de este punto». Y «oímos decir: ¡yo tengo tanta fe!», o bien «¡yo creo en todo!», pero precisamente «la persona que dice esto tal vez tiene una vida tibia, débil». En tal medida que «su fe es como una teoría, pero no está viva en su vida».

En la carta, prosiguió el Pontífice, «cuando el apóstol Santiago habla de fe habla precisamente de la doctrina, del contenido de la fe». Es como si dijera a cada uno de nosotros: «vosotros podéis conocer todos los mandamientos, todas las profecías, todas las verdades de fe, pero si esto» no se traduce «en la práctica y en las obras, no sirve».

Así, precisó el Papa, «podemos recitar el Credo, teóricamente, incluso sin fe. Y hay muchas personas que lo hacen. También los demonios». En efecto, añadió, «los demonios conocen muy bien lo que se dice en el Credo y saben que es verdad. “Tiemblan” dice el apóstol Santiago, porque saben que es verdad» incluso sin tener fe. Por lo demás, afirmó el Pontífice, «tener fe no es tener un conocimiento: tener fe es recibir el mensaje de Dios que nos trajo Jesucristo, vivirlo y llevarlo adelante».

El Papa Francisco indicó «los signos» para reconocer «a una persona que sabe lo que se debe creer, pero no tiene fe»; y señaló dos en particular, que se encuentran en el Evangelio. Un primer signo que revela el conocimiento de la teología sin fe «es la casuística». Y recordó a todos aquellos que se acercaban a Jesús para presentarle casuísticas como: «¿es lícito pagar los impuestos al

César?», o bien el caso de «la mujer viuda, pobrecita, que según la ley del levirato, tuvo que casarse, para tener un hijo, con los hermanos de su marido». Esta es «la casuística». Y «la casuística —dijo el Papa— es precisamente el sitio adonde van todos los que creen tener fe», pero sólo conocen el contenido.

El segundo signo indicado por el Papa es la ideología. No se puede ser, dijo, precisamente «cristianos que piensan la fe como un sistema de ideas». Es un riesgo que existía «también en el tiempo de Jesús» y lo representaban los gnósticos. De este modo, explicó el Papa, quienes «caen en la casuística o en la ideología son cristianos que conocen la doctrina, pero sin fe. Como los demonios. Con la diferencia que aquellos tiemblan, éstos no: viven tranquilos».

Así, el Papa Francisco propuso tres figuras concretas, tomadas del Evangelio, que, en cambio, «no conocen la doctrina, pero tienen mucha fe». Y habló de la mujer cananea, una pagana, que tenía fe en Jesús «porque el Espíritu Santo le había tocado el corazón». Luego, la samaritana, que «antes no creía en nada» o creía de modo equivocado, pero tuvo «fe tras el encuentro con Jesús». Tuvo fe «porque encontró a Jesucristo y no verdades abstractas».

La tercera figura evangélica que volvió a proponer el Papa es la del «ciego de nacimiento que fue a pedir a Jesús la gracia de ver». Ese hombre «no sabía teología, tal vez conocía los mandamientos». Sin embargo, reconoció en Jesús al Hijo de Dios «y de rodillas adoró al Señor».

He aquí, por lo tanto, las dos realidades contrapuestas: por una parte «los que tienen doctrina o saben las cosas» y por otra «los que tienen fe». Con una certeza: «la fe conduce siempre al testimonio. La fe es un encuentro con Jesucristo, con Dios». Y este encuentro «conduce al testimonio», como destaca el apóstol Santiago en su carta, y remarca que «una fe sin obras, una fe que no te implica y no te lleva al testimonio, no es fe. Son palabras. Y nada más que palabras».

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 10, viernes 7 de marzo de 2014

Con sus gestos de ternura Jesús no nos deja nunca solos y siempre nos hace regresar a casa, llamándonos a formar parte de su pueblo, de su familia: la Iglesia. Lo afirmó el Papa Francisco en la misa del lunes 24 de febrero en la Casa Santa Marta.

Para su meditación, el Pontífice se inspiró en el pasaje evangélico de Marcos (9, 14-29) que relata la curación de un joven poseído por el demonio. Y el Papa insistió en la presentación del marco donde tiene lugar este episodio. «Jesús —recordó— bajaba del monte donde se había transfigurado y se encontró con esta gente inquieta, en desorden: discutían, gritaban». Así, «Jesús preguntó qué sucedía, el alboroto disminuyó» y comenzó un diálogo con el papá del muchacho poseído, mientras «todos escuchaban en silencio». Cuando Jesús lo libera, «el muchacho parecía como muerto» se lee en el Evangelio, tanto que muchos lo creían como tal. Pero «Jesús lo tomó de la mano, le hizo levantar y lo puso en pie». El muchacho estaba curado y podía volver a casa.

Así, destacó el Santo Padre, «todo ese desorden, esa discusión, acabó en un gesto: Jesús se abaja y toma al niño». Son precisamente «estos gestos de Jesús los que nos hacen pensar». En efecto, «cuando Jesús cura, cuando va entre la gente y cura a una persona, jamás la deja sola». Porque «no es un mago, un brujo, un curandero que va y cura» pero luego sigue por su camino. Él, en cambio, «hace que cada uno vuelva a su sitio, no lo deja por el camino». El Papa Francisco quiso volver a proponer algunos de estos «gestos bellísimos del Señor» narrados en el Evangelio. «Pensemos —dijo— en aquella muchacha, la hija de Jairo. Cuando hace que vuelva a la vida, mira a los padres y les dice: dadle de comer». Con ese gesto tranquiliza al padre, como diciéndole: «Tu hija vuelve a casa, vuelve a la familia». Lo mismo hace con «Lázaro cuando sale de la tumba», invitando a los presentes a liberarlo de las vendas y a ayudarlo a caminar. Y el Pontífice recordó también «al muchacho muerto, con la madre viuda detrás del ataúd: el Señor lo resucitó y lo volvió a llevar con su madre».

Con todos estos gestos «Jesús siempre nos hace volver a casa, jamás nos deja solos por el camino». Es un estilo que se encuentra «también en las parábolas». Así, por ejemplo, «la moneda perdida terminó con las demás en la cartera de la mujer. Y la oveja perdida fue llevada nuevamente al corral».

Por lo demás, explicó el Papa, «Jesús es hijo de un pueblo. Jesús es la promesa hecha a un pueblo». Por su actitud se reconoce, entonces, «su identidad, también su pertenencia a ese pueblo que desde Abrahán camina hacia la promesa». Y precisamente «estos gestos de Jesús nos enseñan que cada curación, cada perdón, siempre nos hace volver a nuestro pueblo que es la Iglesia».

Para hacer aún más clara su reflexión, el Pontífice hizo referencia a otros dos ejemplos evangélicos. «Muchas veces —afirmó— a quienes se habían alejado, porque eran condenados vivos por sus conciudadanos, Jesús realizó gestos inexplicables, que no se entendían bien. Pero eran gestos revolucionarios». Entre otros, «pensemos en Zaqueo, que verdaderamente era un gran estafador y también traidor de la patria»; sin embargo Jesús «hizo fiesta en su casa». Y «pensemos en Mateo, otro traidor de la patria». Y de nuevo Jesús «hizo fiesta en su casa: una buena comida». La enseñanza práctica es que «cuando Jesús perdona, siempre hace volver a casa». Por ello «no se puede comprender a Jesús sin el pueblo de donde proviene, el pueblo elegido de Dios, el pueblo de Israel. Y sin el pueblo que Él llamó en torno a sí: la Iglesia». El Papa Francisco repitió luego un pensamiento de Pablo VI muy querido por él: «Es absurdo amar a Cristo sin la Iglesia; escuchar a Cristo pero no a la Iglesia; seguir a Cristo al margen de la Iglesia». Porque «Cristo y la Iglesia están unidos. La teología más profunda, más grande, nos habla de bodas: Cristo el esposo, la Iglesia la esposa». Así, «cada vez que Cristo llama a una persona, la conduce a la Iglesia».

«Estos gestos de tanta ternura de Jesús —continuó— nos hacen comprender que nuestra doctrina, digamos así, o nuestro seguimiento de Cristo, no es una idea. Es un continuo permanecer en casa. Y si cada uno de nosotros tiene la posibilidad, y la realidad, de marcharse de casa por un pecado o por un error, Dios lo sabe, la salvación es volver a casa: con Jesús en la Iglesia».

El Pontífice invitó a los presentes a pensar «en estos gestos de Jesús: imaginemos cómo hacía Jesús con tantos» que encontraba en su camino. Son «pequeños gestos», pero son «gestos de ternura que nos hablan de un pueblo, de una familia, de una madre». A «nuestra madre, la Virgen», el Papa, como conclusión, pidió «la gracia de comprender este misterio».

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 10, viernes 7 de marzo de 2014

Escandalizarse por los millones de muertos de la primera guerra mundial tiene poco sentido si uno no se escandaliza también por los muertos de las numerosas pequeñas guerras de hoy. Y son guerras que hacen morir de hambre a muchísimos niños en los campos de refugiados, mientras que los mercaderes de armas hacen fiesta. Es un llamamiento a no ser indiferentes frente a los conflictos que siguen ensangrentando el planeta el que hizo el Pontífice en la misa del martes 25 de febrero.

El hilo conductor fueron las dos lecturas de la liturgia, tomadas de la carta de Santiago (4, 1-10) y del Evangelio de san Marcos (9, 30-37). Precisamente el pasaje evangélico, explicó el Papa, nos induce a la reflexión. En él se narra que los discípulos «discutían» e incluso «disputaban por el camino. Lo hacían para aclarar quién era el más grande entre ellos: por ambición». Así, dijo el Pontífice, «su corazón se alejó». Los discípulos tenían «el corazón alejado», y «cuando el corazón se aleja, nace la guerra». Precisamente ésta es la esencia —subrayó— de la «catequesis que el apóstol Santiago nos propone hoy», haciéndonos esta pregunta directa: «Hermanos míos: ¿de dónde proceden los conflictos y las luchas que se dan entre vosotros?».

Son palabras que «hacen reflexionar» por su actualidad. En efecto, observó el Papa, «todos los días encontramos guerras en los diarios». Hasta tal punto que ya «los muertos parecen formar parte de una contabilidad diaria». Y nos «hemos acostumbrado a leer estas cosas». Por eso, «si tuviéramos la paciencia de enumerar todas las guerras que en este momento hay en el mundo, seguramente llenaríamos varias páginas».

Ahora «parece que el espíritu de la guerra se ha apoderado de nosotros». Así, «se celebran actos para conmemorar el centenario de aquella gran guerra», con «muchos millones de muertos», y están «todos escandalizados»; sin embargo, también hoy sucede «lo mismo: en lugar de una gran guerra», hay «pequeñas guerras por doquier».

«¿De dónde proceden los conflictos y las luchas que se dan entre vosotros? ¿No es precisamente de esos deseos de placer que pugnan dentro de vosotros?», se preguntaba Santiago. Sí, respondió el Papa, la guerra nace «dentro», porque «las guerras, el odio, la enemistad no se compran en el mercado. Están aquí, en el corazón». Y recordó que, «cuando éramos niños y en el catecismo nos explicaban la historia de Caín y Abel, todos nos

escandalizábamos: ¡éste mató a su hermano, no se puede entender!». Y, sin embargo, «hoy tantos millones de hermanos se matan entre sí. Pero, ¡estamos acostumbrados!». Así, «la gran guerra de 1914 nos escandaliza», mientras que «esta gran guerra casi por doquier, casi escondida —digo—, no nos escandaliza».

«La pasión —dijo de nuevo el Pontífice— nos lleva a la guerra, al espíritu del mundo». Así, «habitualmente, frente a un conflicto, nos encontramos en una situación curiosa», que nos impulsa a «ir adelante para resolverlo discutiendo, con un lenguaje de guerra». En cambio, debería prevalecer «el lenguaje de paz». ¿Y cuáles son las consecuencias? La respuesta del Papa fue neta: «Pensad en los niños hambrientos en los campos de refugiados; pensad solamente en ello. ¡Éste es el fruto de la guerra!». Pero su reflexión fue más allá. Y añadió: «Y, si queréis, pensad en los grandes salones, en las fiestas que hacen los propietarios de las industrias de armas, los que fabrican armas». Por lo tanto, las consecuencias de la guerra son, por una parte, «el niño enfermo, hambriento, en un campo de refugiados», y, por otra, «las grandes fiestas» y la buena vida que se dan los fabricantes de armas.

«Pero, ¿qué sucede en nuestro corazón?», se preguntó el Papa volviendo a proponer la idea fundamental de la carta de Santiago. «El consejo que nos da el apóstol —dijo— es muy sencillo: Acercaos a Dios y Él se acercará a vosotros». Un consejo que se refiere a cada uno, porque este «espíritu de guerra que nos aleja de Dios no está sólo lejos de nosotros», sino que «está incluso en nuestra casa». Como demuestran, por ejemplo, las numerosas «familias destruidas porque el papá y la mamá no son capaces de encontrar el camino de la paz y prefieren la guerra, hacer un juicio». En verdad, «la guerra destruye».

De ahí la invitación del Papa Francisco a «rezar por la paz», por esa «paz que parece haberse convertido solamente en una palabra y nada más». Rezar, pues, «para que esta palabra tenga la capacidad de actuar». Rezar y seguir la exhortación del apóstol Santiago a reconocer «vuestra miseria». De esta miseria —observó el Papa— «provienen las guerras, las guerras en las familias, las guerras en los barrios, las guerras por doquier».

Las palabras de Santiago indican el camino de la verdadera paz. Se lee en la carta del apóstol: «Lamentad vuestra miseria, haced duelo y llorad. Que vuestra risa se convierta en llanto y vuestra alegría en aflicción». Palabras fuertes, que el Pontífice comentó proponiendo un examen de conciencia: «¿Quién de nosotros ha llorado cuando lee un diario, cuando en la televisión ve las imágenes de tantos muertos?».

Por eso, según el Papa Francisco, lo que «debe hacer hoy —hoy, ¡eh!, 25 de febrero, hoy— un cristiano frente a tantas guerras por doquier» es esto: debe humillarse, como escribió Santiago, «ante el Señor»; debe «llorar,

entristecerse, humillarse». El Pontífice concluyó su meditación sobre la paz con una invocación al Señor para que nos haga «comprender esto», salvándonos «de acostumbrarnos a las noticias de guerra».

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 10, viernes 7 de marzo de 2014

Los cristianos incoherentes suscitan escándalo porque dan un antitestimonio a quien no cree. Precisamente al tema de la coherencia cristiana, sugerido por la administración del sacramento de la Confirmación, el Papa Francisco dedicó la homilía en la misa del 27 de febrero. «Ser cristiano —aclaró el Papa— significa dar testimonio de Jesucristo».

El Pontífice delineó después el perfil espiritual del cristiano, indicando precisamente en la coherencia su elemento central. En todas las cosas de la vida, dijo, es necesario «pensar como cristiano, sentir como cristiano y actuar como cristiano». Ésta es «la coherencia de vida de un cristiano que, cuando actúa, siente y piensa», reconoce la presencia del Señor.

El Papa también puso en guardia del hecho que «si falta una de estas» características, «no existe el cristiano». Por lo demás, «uno también puede decir: yo soy cristiano». Pero «si tú no vives como cristiano, si no actúas como cristiano, si no piensas como cristiano y no sientes como cristiano, hay algo que no está bien. Hay una cierta incoherencia». Todos nosotros cristianos, observó el Pontífice, «estamos llamados a dar testimonio de Jesucristo». En cambio, los cristianos que «viven ordinaria y comúnmente, con incoherencia, hacen mucho mal».

A ellos se refiere expresamente el apóstol Santiago en su carta leída en la liturgia del día (5, 1-6). Reprocha directamente «a algunos incoherentes que se enorgullecían de ser cristianos, pero explotaban a sus obreros».

«Es fuerte el Señor», comentó el Papa después de haber releído el texto de Santiago. Tan fuerte que «si uno escucha» estas palabras, «puede pensar que las pronunció un comunista. No, no —precisó el Pontífice—, las dijo el apóstol Santiago: es palabra del Señor». El problema, pues, es «la incoherencia», y «los cristianos que no son coherentes, dan escándalo».

El Pontífice, refiriéndose al pasaje evangélico de Marcos (9, 41-50) leído en la liturgia, recordó que Jesús habló con fuerza contra el escándalo y «dijo: “El que escandalice a uno de estos pequeñuelos que creen —uno solo de estos hermanos y hermanas que tienen fe—, más le valdría que le encajasen en el cuello una piedra de molino y le echasen al mar”». En verdad, explicó el Papa, «el cristiano incoherente hace mucho mal», y la imagen fuerte usada por Jesús es muy elocuente. Por lo tanto, prosiguió, «la vida del cristiano está en la senda de la coherencia», pero también tiene que vérselas «con la tentación de

no ser coherente y de dar tanto escándalo. Y el escándalo mata». Las consecuencias, además, saltan a la vista. Todos los cristianos, comentó el Papa, han oído decir: «Yo creo en Dios, pero no en la Iglesia, porque vosotros cristianos decís una cosa y hacéis otra». Son palabras que «todos hemos escuchado: yo creo en Dios, pero no en vosotros». Y esto sucede «por la incoherencia» de los cristianos, explicó el Papa.

Afirmó después que las dos lecturas del día nos ayudan «a rezar por la coherencia cristiana, para actuar, sentir y pensar como cristianos». Y «para vivir con coherencia cristiana —reafirmó— es necesaria la oración, porque la coherencia cristiana es un don de Dios». Es un don que debemos esforzarnos por pedir, diciendo: «Señor, que yo sea coherente. Señor, que no escandalice nunca. Que sea una persona que piense como cristiano, que sienta como cristiano, que actúe como cristiano». Y «ésta —dijo el Papa— es la oración de hoy para todos nosotros: tenemos necesidad de coherencia».

Significativo fue el ejemplo práctico que sugirió: «Si te encuentras ante un ateo que te dice que no cree en Dios, puedes leerle toda una biblioteca donde se dice que Dios existe, y aunque se pruebe que Dios existe, él no tendrá fe». Pero, prosiguió el Papa, «si delante de este ateo das testimonio de coherencia y de vida cristiana, algo comenzará a trabajar en su corazón». Y «será precisamente tu testimonio el que le creará la inquietud sobre la cual trabajará el Espíritu Santo».

El Papa Francisco recordó que «todos nosotros, toda la Iglesia», debemos pedir al Señor «la gracia de ser coherentes», reconociéndonos pecadores, débiles, incoherentes, pero siempre dispuestos a pedir perdón a Dios.

Se trata de «ir adelante en la vida con coherencia cristiana», dando testimonio de que creemos en Jesucristo y sabiendo que somos pecadores. Pero con «la valentía de pedir perdón cuando nos equivocamos» y «teniendo mucho miedo de escandalizar». Y que «el Señor —fue el deseo conclusivo del Papa— nos conceda esta gracia a todos nosotros».

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 10, viernes 7 de marzo de 2014

Cuando un amor fracasa las personas no se deben condenar sino acompañar. Lo recomendó el Papa Francisco en la misa del viernes 28 de febrero. La belleza y la grandeza del amor, explicó el Pontífice, se reconocen desde la obra maestra de la creación, narrada en el Génesis, y elegido por Dios mismo como «icono» para explicar la esencia del amor entre el hombre y la mujer. Pero también entre Cristo y la Iglesia.

«Jesús estaba siempre con la gente», explicó el Papa refiriéndose al pasaje evangélico de Marcos (10, 1-12) propuesto por la liturgia. Y en medio de la gente el Señor enseñaba, escuchaba y curaba a los enfermos. Alguna vez, sin embargo, entre la multitud, se presentaban también los doctores de la ley que querían, en realidad, «ponerlo a prueba», buscando, en cierto sentido, hacerle caer. La razón se dice inmediatamente: «Ellos —destacó el Pontífice— veían la autoridad moral que tenía Jesús». Un hecho evidente que, sin embargo, percibían como «un reproche para ellos». Y así, «buscaban hacerlo caer para quitarle esa autoridad moral».

El Evangelio de san Marcos relata que los fariseos, precisamente «para ponerlo a prueba», plantearon a Jesús «esta cuestión sobre el divorcio». Una cuestión con su acostumbrado «estilo» basado en la «casuística». Quienes querían poner en dificultad a Jesús, en efecto, no le planteaban jamás «una problemática abierta». Preferían recurrir a la «casuística, siempre al caso pequeño», preguntándole: «¿Es lícito esto o no?».

La «trampa» que querían tender a Jesús está implícita en este modo de ver las cosas. Porque, advirtió el Papa, «detrás de la casuística, detrás del pensamiento casuístico, siempre hay una trampa, siempre». Una trampa, prosiguió, «contra la gente, contra nosotros y contra Dios, siempre». Así, relata el evangelista Marcos, la pregunta que los fariseos hicieron a Jesús: «si era lícito a un marido repudiar a la propia mujer». Y Jesús respondió ante todo preguntándoles «lo que decía la ley y explicando por qué Moisés hizo esa ley de ese modo».

El Señor no se detiene en esta primera respuesta y «de la casuística va al centro del problema». Es más, precisó el Santo Padre, «va precisamente a los días de la creación»: «Desde el inicio de la creación, Dios los hizo varón y mujer; por ello el hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer y los dos serán una sola carne. Así ya no son dos, sino una sola carne».

El Papa Francisco releyó este pasaje, explicando que «el Señor se refiere a la obra maestra de la creación». En efecto, Dios «creó la luz y vio que era buena». Luego «creó los animales, los árboles, las estrellas: todo era bueno». Pero «cuando creó al hombre» llegó a decir «que era muy bueno». En efecto, «la creación del hombre y de la mujer es la obra maestra de la creación». También porque Dios «no quería al hombre solo: lo quería con su compañera, su compañera de camino».

Éste es también el momento, dijo el Pontífice, del «inicio del amor». Y «muy poético» es precisamente el encuentro entre Adán y Eva. A ellos Dios les recomendó seguir adelante juntos «como una sola carne». He aquí entonces que «el Señor toma siempre el pensamiento casuístico y lo conduce al inicio de la revelación». Pero, advirtió el Papa, «esta obra maestra del Señor no acabó allí, en los días de la creación». En efecto, el Señor eligió precisamente «esta imagen para explicar el amor que Él tiene hacia su pueblo, el amor que Él tiene con su pueblo». Un amor grande «hasta el punto que cuando el pueblo no es fiel», de todos modos «Él habla con palabras de amor».

Así «el Señor —explicó— toma este amor de la obra maestra de la creación para explicar el amor que tiene con su pueblo. Y un paso más: cuando Pablo necesitó explicar el misterio de Cristo, lo hizo también en relación, en referencia a su esposa. Porque Cristo está casado: se casó con la Iglesia, su pueblo». Y precisamente «como el Padre se había casado con el pueblo de Israel, Cristo se casó con su pueblo».

«Ésta —afirmó el Papa— es la historia del amor. Ésta es la historia de la obra maestra de la creación. Y ante este itinerario de amor, ante este icono, la casuística cae y se convierte en dolor». Dolor ante el fracaso: «Cuando dejar al padre y la madre para unirse a una mujer, hacerse una sola carne y seguir adelante, cuando este amor fracasa —porque muchas veces fracasa— debemos sentir el dolor del fracaso». Y precisamente en ese momento debemos también «acompañar a esas personas que tuvieron ese fracaso en su amor». No hay que «condenar» sino «caminar con ellos». Y sobre todo «no hacer casuística con su situación».

Todo esto, continuó el Pontífice, hace pensar en un «designio de amor», en el «camino de amor del matrimonio cristiano que Dios bendijo en la obra maestra de su creación, con una bendición que jamás fue retirada. Ni siquiera el pecado original la destruyó». Y «cuando uno piensa en esto», precisó el Papa, encuentra natural reconocer «cuán hermoso es el amor, cuán hermoso es el matrimonio, cuán hermosa es la familia, cuán hermoso es este camino». Pero también «cuánto amor, y cuánta cercanía, también nosotros debemos tener con los hermanos y la hermanas que en su vida tuvieron la desgracia de un fracaso en el amor». Un amor, recordó, que «comienza poéticamente, porque la segunda narración de la creación del hombre es poética, en el libro del

Génesis». Y que «termina en la Biblia, poéticamente, en las cartas de san Pablo, cuando habla del amor que Cristo tiene por su esposa, la Iglesia». Sin embargo, alertó el Papa, «también aquí debemos estar atentos que no fracase el amor», terminando tal vez por «hablar de un Cristo demasiado "soltero": Cristo se casó con la Iglesia. Y no se puede comprender a Cristo sin la Iglesia» como «no se puede comprender a la Iglesia sin Cristo». Precisamente «esto —afirmó— es el gran misterio de la obra maestra de la creación». El Papa Francisco concluyó su meditación pidiendo al Señor la gracia de comprender este misterio «y también la gracia de no caer nunca en estas actitudes casuísticas de los fariseos y de los doctores de la ley».

**Homilías del Papa Francisco, en la Misa de la mañana en santa Marta.
Año 2014.**



Textos tomados de: www.vatican.va

Compuestos por: alphonsus2002@googlemail.com

Marzo.

3 de marzo de 2014. **Religiosas y sacerdotes libres de la idolatría.**

4 de marzo de 2014. **El martirio no pertenece sólo al pasado.**

6 de marzo de 2014. **El estilo cristiano.**

7 de marzo de 2014. **El fantasma de la hipocresía.**

17 de marzo de 2014. **Nadie puede juzgarte.**

18 de marzo de 2014. **Cristianos sin maquillaje.**

20 de marzo de 2014. **Quien no tiene nombre.**

21 de marzo de 2014. **La palabra encarcelada.**

24 de marzo de 2014. **Marginados, por lo tanto salvados.**

25 de marzo de 2014. **La salvación es un regalo.**

28 de marzo de 2014. **Regreso a casa.**

31 de marzo de 2014. **Para no ser turistas existenciales.**

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 11, viernes 14 de marzo de 2014

Pedir al Señor que mande a su Iglesia religiosas y sacerdotes libres «de la idolatría de la vanidad, de la idolatría de la soberbia, de la idolatría del poder, de la idolatría del dinero». Rezar con la consciencia de que las vocaciones están, pero se necesitan jóvenes valientes, capaces de responder a la llamada siguiendo a Jesús «de cerca» y teniendo el corazón sólo para Él. Es ésta la «oración por las vocaciones» que el Papa Francisco indicó durante la misa que celebró el lunes 3 de marzo, por la mañana, en Santa Marta.

La meditación del Pontífice se inspiró en el tema del pasaje evangélico que relata el encuentro de Jesús con el joven rico (Mc 10, 17-27). Es «una historia», dijo, que «hemos escuchado muchas veces»: un hombre «busca a Jesús y se postra de rodillas ante Él». Y lo hace «delante de la multitud» porque «tenía muchas ganas de escuchar las palabras de Jesús» y «en su corazón algo lo impulsaba». Así, «de rodillas delante de Él», le preguntó que debía hacer para heredar la vida eterna. El corazón de este hombre, destacó el Papa, estaba movido «por el Espíritu Santo». Era, en efecto, «un hombre bueno —explicó trazando su perfil— porque desde su juventud había cumplido los mandamientos». Ser «bueno», sin embargo, «no era suficiente para él: quería más. El Espíritu Santo lo impulsaba».

En efecto, continuó el Pontífice, «Jesús fijó la mirada en él, contento al oír estas cosas». Tan fue así que «el Evangelio dice que lo amó». Por lo tanto, «incluso Jesús sentía este entusiasmo. Y le hace la propuesta: vende todo y ven conmigo a predicar el Evangelio». Pero, se lee en el relato del evangelista, «el hombre, al escuchar estas palabras, frunció el ceño y se marchó triste». Ese hombre bueno «había venido con esperanza, con alegría, a encontrarse con Jesús. Hizo su petición. Escuchó las palabras de Jesús. Y tomó una decisión: marcharse». Así, «aquella alegría que lo impulsaba, la alegría del Espíritu Santo, se convierte en tristeza». Marcos cuenta, en efecto, que «se marchó de allí porque poseía muchos bienes».

El problema, comentó el Papa, era que «su corazón inquieto» por obra del «Espíritu Santo, que lo impulsaba a acercarse a Jesús y a seguirlo, era un corazón que estaba lleno». Pero «no tuvo el valor de vaciarlo. E hizo la elección: el dinero». Tenía «un corazón lleno de dinero». Y eso que no «era un ladrón, un malhechor. Era un hombre bueno: jamás había robado, jamás había estafado». Su dinero «era dinero honesto». Pero «su corazón estaba

encarcelado allí, estaba atado al dinero y no tenía la libertad de elegir». Así, al final, «el dinero eligió por él».

El Evangelio de Marcos continúa con el discurso de Jesús sobre la riqueza. Pero el Pontífice se centró en particular en el discurso de la vocación. Y dirigió el pensamiento a todos aquellos jóvenes que «sienten en su corazón esta llamada a acercarse a Jesús. Y están entusiasmados, no tienen miedo de ir ante Jesús, no tienen vergüenza de postrarse». Precisamente como hizo el joven rico, con un «signo público», con «una demostración pública de su fe en Jesucristo».

Para el Papa Francisco también hoy son muchos los jóvenes que quieren seguir a Jesús. Pero «cuando tienen el corazón lleno de otra cosa, y no son tan valientes para vaciarlo, dan un paso atrás». Y así «esa alegría se convierte en tristeza». Cuántos jóvenes, constató, tienen esa alegría de la que habla san Pedro en la primera carta (1, 3-9) proclamada durante la liturgia: «y así os alegráis con un gozo inefable y radiante, alcanzando así la meta de vuestra fe». En verdad, estos jóvenes son «muchos, pero hay algo en medio que los detiene».

En realidad, destacó el Pontífice, «cuando pedimos al Señor» que envíe «vocaciones para que anuncien el Evangelio, Él las envía». Está quien dice desconsolado: «Padre, pero que mal va el mundo: no hay vocaciones religiosas, no hay vocaciones sacerdotales, estamos perdidos». En cambio, subrayó el Papa, vocaciones «hay muchas». Pero entonces —se preguntó— «si hay muchas, ¿por qué debemos rezar para que el Señor las envíe?». La respuesta del Papa fue clara: «Debemos rezar para que el corazón de estos jóvenes se pueda vaciar: vaciarse de otros intereses, de otros amores. Para que su corazón llegue a ser libre». He aquí la auténtica, gran «oración por las vocaciones: Señor, envíanos religiosas, envíanos sacerdotes; defiéndelos de la idolatría de la vanidad, de la idolatría de la soberbia, de la idolatría del poder, de la idolatría del dinero». Entonces, «nuestra oración es para preparar estos corazones para poder seguir de cerca a Jesús».

Volviendo al pasaje evangélico, el Santo Padre no ocultó que la figura del joven rico suscita una cierta participación, que nos lleva a decir: «Pobrecito, tan bueno y luego tan infeliz, porque no se marchó feliz», tras el diálogo con Jesús. Y hoy hay muchos jóvenes como él. Pero —y ésta fue la pregunta del Papa— «¿qué hacemos por ellos?». La primera cosa que se debe hacer es rezar: «Ayuda, Señor, a estos jóvenes a ser libres y no esclavos», de modo «que tengan el corazón sólo para Ti». De este modo «la llamada del Señor puede llegar, puede dar fruto».

El Papa Francisco concluyó su meditación invitando a recitar con frecuencia «esta oración por las vocaciones». Con la consciencia de que «las vocaciones están»: nos corresponde a nosotros rezar y hacer que «aumenten, que el

Señor pueda entrar en esos corazones y dar esta “alegría indecible y gloriosa” que tiene toda persona que sigue de cerca a Jesús».

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 11, viernes 14 de marzo de 2014

La persecución de los cristianos no es un hecho que pertenece al pasado, a los albores del cristianismo. Es una triste realidad de nuestros días. Más aún, «hay más mártires hoy que en los primeros tiempos de la Iglesia». El Papa Francisco está convencido de ello, y lo reafirmó el martes 4 de marzo durante la misa celebrada en Santa Marta, pidiendo que se reflexione sobre el testimonio de estos hermanos y estas hermanas en la fe. Pero el Papa recordó que Jesús nos había advertido: seguirlo significa gozar de su generosidad, pero también «sufrir persecuciones en su nombre», como escribió Marcos en el pasaje del Evangelio propuesto por la liturgia (10, 28-31).

«Jesús había terminado de hablar del peligro de las riquezas —comenzó el Pontífice—, de cuán difícil es que un rico entre en el reino de los cielos. Y Pedro le preguntó: “Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido. ¿Cuál será nuestra recompensa?”. Jesús es generoso, comenzó a decirle a Pedro: “En verdad os digo que quien deje casa, o hermanos o hermanas, o madre o padre, o hijos o tierras por mí y por el Evangelio, recibirá ahora, en este tiempo, cien veces más —casas y hermanos y hermanas y madres e hijos y tierras...”».

Quizá —prosiguió el Pontífice— Pedro pensaba: «Ésta es una buena actividad comercial, seguir a Jesús nos hará ganar tanto, cien veces más». Pero Jesús «añadió tres palabritas: “junto con persecuciones”. Y después llegará la vida eterna». En realidad, quiere decirles: «Sí, vosotros habéis dejado todo y recibiréis aquí en la tierra muchas cosas, pero con la persecución». Es «como una ensalada —comentó el Santo Padre— con el aceite de la persecución. Ésta es la ganancia del cristiano, y éste es el camino de quien quiera seguir a Jesús. Porque es el camino que recorrió Él: Él fue perseguido».

Es el camino del abajamiento —recordó el obispo de Roma—, el mismo que san Pablo indicó a los filipenses cuando afirmó que Jesús, haciéndose hombre, se despojó a sí mismo hasta la muerte de cruz. «Precisamente esta es la tonalidad de la vida cristiana», que es también alegría. En efecto, «seguir a Jesús es una alegría. En las bienaventuranzas, Jesús dijo: bienaventurados vosotros cuando os insulten, cuando os persigan a causa de mi nombre».

Por lo tanto, la persecución —precisó el Pontífice— es una de las bienaventuranzas. Hasta tal punto que «los discípulos, inmediatamente después de la venida del Espíritu Santo, comenzaron a predicar y comenzaron las persecuciones. Pedro fue a la cárcel, Esteban dio testimonio con la muerte,

tal como Jesús, con testigos falsos. Y después hubo muchos otros testigos, hasta el día de hoy. La cruz está siempre en el camino cristiano».

Ciertamente —continuó el Papa Francisco—, podemos contar con muchos religiosos, muchas religiosas, «muchas madres, muchos padres, muchos hermanos en la Iglesia, en la comunidad cristiana. Y eso —observó— es hermoso. Pero también tendremos persecución, porque el mundo no acepta la divinidad de Cristo, no acepta el anuncio del Evangelio, no acepta las bienaventuranzas». Precisamente de aquí nace la persecución, que también pasa a través de las palabras, las calumnias. Así sucedía con los cristianos de los primeros siglos, que sufrían la difamación y padecían la prisión.

«Pero nosotros —observó el Santo Padre— olvidamos fácilmente. Pensemos en los numerosos cristianos que hace sesenta años estaban encerrados en los campos, en las cárceles de los nazis, de los comunistas: muchos, sólo porque eran cristianos». Y esto es lo que sucede «también hoy», se lamentó, a pesar de que estamos convencidos de haber alcanzado un grado de civilización diferente y una cultura más madura.

«Os digo —afirmó el Papa— que hoy hay más mártires que en los primeros tiempos de la Iglesia. Numerosos hermanos y hermanas nuestros dan testimonio de Jesús y son perseguidos, son condenados porque poseen una Biblia. No pueden llevar el signo de la cruz». Este es «el camino de Jesús, pero es un camino gozoso, porque jamás el Señor nos pone a prueba más de lo que podemos soportar».

Ciertamente, «la vida cristiana no es una ventaja comercial» —puntualizó el Pontífice—, sino sencillamente es «seguir a Jesús. Cuando seguimos a Jesús, sucede esto. Pensemos si tenemos dentro de nosotros la voluntad de ser valientes en el testimonio de Jesús». Y añadió: «Pensemos también, nos hará bien, en los numerosos hermanos y hermanas que hoy no pueden rezar juntos porque son perseguidos, no pueden tener un libro del Evangelio o una Biblia porque son perseguidos. Pensemos en estos hermanos y hermanas que no pueden ir a misa porque está prohibido. ¡Cuántas veces llega un sacerdote a escondidas entre ellos y simulan estar sentados a la mesa tomando un té, y celebran la misa a escondidas! Esto sucede hoy». De ahí la invitación conclusiva: «Pensemos: ¿estoy dispuesto a llevar la cruz como Jesús, a soportar persecuciones para dar testimonio de Jesús, como hacen estos hermanos y hermanas que hoy son humillados y perseguidos? Este pensamiento nos hará bien a todos».

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 11, viernes 14 de marzo de 2014

El redescubrimiento de la fecundidad de una vida según el estilo cristiano es la propuesta del Papa Francisco para la Cuaresma. Habló de ello el jueves 6 de marzo durante la celebración de la misa en Santa Marta. Al comentar el pasaje del evangelio de Lucas (9, 22-25) propuesto por la liturgia, el Pontífice lo presentó como una reflexión relacionada con la narración del joven rico, que quería seguir a Jesús, «pero que después se alejó entristecido porque tenía mucho dinero y estaba muy apegado para renunciar a él». Y Jesús también habló del «riesgo de tener tanto dinero», terminando con un mensaje preciso: «No se puede servir a dos señores, a Dios y al dinero».

Al inicio de la Cuaresma, la Iglesia «nos hace leer, nos hace escuchar este mensaje», dijo el Pontífice. Un mensaje que –afirmó– «podríamos titularlo el estilo cristiano: “Si alguien quiere seguirme, es decir, ser cristiano, ser mi discípulo, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame”. Porque Él, Jesús, fue el primero en recorrer este camino». El obispo de Roma volvió a proponer las palabras del evangelio de Lucas: «El Hijo del hombre tenía que padecer mucho, ser desechado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar al tercer día». Nosotros «no podemos pensar en la vida cristiana —especificó— fuera de este camino, de este camino que Él recorrió primero». Es «el camino de la humildad, incluso de la humillación, de la negación de sí mismo», porque «el estilo cristiano sin cruz no es de ninguna manera cristiano», y «si la cruz es una cruz sin Jesús, no es cristiana».

Asumir un estilo de vida cristiano significa, pues, «tomar la cruz con Jesús e ir adelante». Cristo mismo nos mostró este estilo negándose a sí mismo. Él, aun siendo igual a Dios —observó el Pontífice—, no se glorió de ello, no lo consideró «un bien irrenunciable, sino que se humilló a sí mismo» y se hizo «siervo por todos nosotros».

Este es el estilo de vida que «nos salvará, nos dará alegría y nos hará fecundos, porque este camino que lleva a negarse a sí mismo está hecho para dar vida; es lo contrario del camino del egoísmo», es decir, «el que lleva a sentir apego a todos los bienes solo para sí». En cambio, este es un camino «abierto a los demás, porque es el mismo que recorrió Jesús». Por lo tanto, es un camino «de negación de sí para dar vida. El estilo cristiano está precisamente en este estilo de humildad, de docilidad, de mansedumbre. Quien quiera salvar su vida, la perderá. En el Evangelio, Jesús repite esta idea.

Recordad cuando habla del grano de trigo: si esta semilla no muere, no puede dar fruto» (cf. *Jn* 12, 24).

Se trata de un camino que hay que recorrer «con alegría, porque —explicó el Papa— Él mismo nos da la alegría. Seguir a Jesús es alegría». Pero es necesario seguirlo con su estilo —insistió—, «y no con el estilo del mundo», haciendo lo que cada uno puede: lo que importa es hacerlo «para dar vida a los demás, no para dar vida a uno mismo. Es el espíritu de generosidad». Entonces, el camino a seguir es éste: «Humildad, servicio, ningún egoísmo, sin sentirse importante o adelantarse a los demás como una persona importante. ¡Soy cristiano...!»». Con este propósito, el Papa Francisco citó la imitación de Cristo, subrayando que «nos da un consejo bellísimo: *ama nesciri et pro nihilo reputari*, “ama pasar desapercibido y ser considerado una nulidad”». Es la humildad cristiana. Es lo que Jesús hizo antes».

«Pensemos en Jesús que está delante de nosotros —prosiguió—, que nos guía por ese camino. Ésta es nuestra alegría y ésta es nuestra fecundidad: ir con Jesús. Otras alegrías no son fecundas, piensan solamente, como dice el Señor, en ganar el mundo entero, pero al final se pierde y se arruina a sí mismo». Por eso, «al inicio de la Cuaresma —fue su invitación conclusiva— pidamos al Señor que nos enseñe este estilo cristiano de servicio, de alegría, de negación de nosotros mismos y de fecundidad con Él, como Él la quiere».

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 11, viernes 14 de marzo de 2014

El «fantasma de la hipocresía» nos hace olvidar cómo se acaricia a un enfermo, a un niño o a un anciano. Y no nos hace mirar a los ojos a la persona a quien damos apresuradamente la limosna retirando inmediatamente la mano para no ensuciarnos. Es un llamamiento a «no avergonzarnos» nunca de la «carne del hermano», dirigido por el Papa Francisco durante la misa celebrada el 7 de marzo.

El viernes después de Ceniza, la Iglesia, explicó el Pontífice, propone una meditación sobre el verdadero significado del ayuno. Y lo hace a través de dos lecturas incisivas, tomadas del libro del profeta Isaías (58, 1-9a) y del Evangelio de Mateo (9, 14-15). «Detrás de las lecturas de hoy —afirmó inmediatamente el Pontífice— está el fantasma de la hipocresía, de la formalidad en cumplir los mandamientos, en este caso el ayuno». Por lo tanto «Jesús vuelve al tema de la hipocresía muchas veces cuando ve que los doctores de la ley piensan que son perfectos: cumplen todo lo que está en los mandamientos como si fuese una formalidad».

Y aquí, advirtió el Papa, hay «un problema de memoria», que se refiere «a esta doble cara al ir por el camino de la vida». Los hipócritas, en efecto, «han olvidado que fueron elegidos por Dios en un pueblo, no individualmente. Han olvidado la historia de su pueblo, la historia de salvación, de elección, de alianza, de promesa» que viene directamente del Señor.

Y actuando así, continuó, «han reducido esa historia a una ética. La vida religiosa era para ellos una ética». Así «se explica que en el tiempo de Jesús, dicen los teólogos, había trescientos mandamientos más o menos» que cumplir. Pero «recibir del Señor el amor de un padre, recibir del Señor la identidad de un pueblo y luego transformarla en una ética» significa «rechazar ese don de amor». Por lo demás, precisó, los hipócritas «son personas buenas, hacen todo lo que se debe hacer, parecen buenas». Pero «son moralistas, moralistas sin bondad, porque han perdido el sentido de pertenencia a un pueblo».

«El Señor da la salvación —explicó el Pontífice— dentro de un pueblo, en la pertenencia a un pueblo». Y «así se comprende cómo el profeta Isaías nos habla del ayuno, de la penitencia: ¿cuál es el ayuno que quiere el Señor? El ayuno que tiene una relación con el pueblo, pueblo al que nosotros pertenecemos: nuestro pueblo, en el que hemos sido llamados, del cual

formamos parte».

El Papa Francisco releyó, en especial, este pasaje del libro de Isaías: «Éste es el ayuno que yo quiero: soltar las cadenas injustas, desatar las correas del yugo, liberar a los oprimidos, quebrar todos los yugos, partir tu pan con el hambriento, hospedar a los pobres sin techo, cubrir a quien ves desnudo y no desentenderte de los tuyos».

He aquí, por lo tanto, el sentido del auténtico «ayuno que —reafirmó el obispo de Roma— se preocupa de la vida del hermano, que no se avergüenza de la carne del hermano, como dice Isaías mismo». En efecto, «nuestra perfección, nuestra santidad va adelante con nuestro pueblo, en el cual somos elegidos e introducidos». Y «nuestro acto de santidad más grande es precisamente en la carne del hermano y en la carne de Jesucristo».

Así, subrayó, incluso «el acto de santidad de hoy —nosotros aquí en el altar— no es un ayuno hipócrita. Es no avergonzarse de la carne de Cristo que viene hoy aquí: es el misterio del cuerpo y de la sangre de Cristo. Es ir a partir el pan con el hambriento, asistir a los enfermos, a los ancianos, a quienes no pueden darnos nada a cambio: eso es no avergonzarse de la carne».

«La salvación de Dios —reafirmó el Pontífice— está en un pueblo. Un pueblo que sigue adelante, un pueblo de hermanos que no se avergüenzan unos de otros». Pero precisamente esto, advirtió, «es el ayuno más difícil: el ayuno de la bondad. La bondad nos conduce a esto». Y «tal vez —explicó citando el Evangelio— el sacerdote que pasó cerca de ese hombre herido pensó», refiriéndose a los mandamientos de la época: «Pero si yo toco esa sangre, esa carne herida, quedo impuro y no puedo celebrar el sábado. Y se avergonzó de la carne de ese hombre. ¡Ésta es la hipocresía!». En cambio, destacó el Santo Padre, «ese pecador pasó y lo vio: vio la carne de su hermano, la carne de un hombre de su pueblo, hijo de Dios como él. Y no se avergonzó».

«La propuesta de la Iglesia hoy» sugiere, por ello, un auténtico examen de conciencia que el Papa planteó a los presentes a través de una serie de preguntas: «¿Me avergüenzo de la carne de mi hermano, de mi hermana? Cuando doy limosna, ¿dejo caer la moneda sin tocar la mano? Y si por casualidad la toco, ¿lo hago de prisa?», preguntó haciendo el gesto de quien se lava las manos. Y dijo: «Cuando doy limosna, ¿miro a los ojos de mi hermano, de mi hermana? Cuando sé que una persona está enferma, ¿voy a visitarla? ¿La saludo con ternura?».

Para completar este examen de conciencia, precisó el Papa, «hay un signo que tal vez nos ayudará». Se trata de «una pregunta: ¿sé acariciar a los enfermos, a los ancianos, a los niños? ¿O he perdido el sentido de la caricia?». Los hipócritas, continuó, no saben acariciar, olvidaron cómo se hace. He aquí, entonces, la recomendación de «no avergonzarse de la carne de nuestro hermano: es nuestra carne». Y «seremos juzgados», concluyó el Pontífice,

precisamente sobre nuestro comportamiento hacia «este hermano, esta hermana» y no ciertamente «sobre el ayuno hipócrita».

17 de marzo de 2014. Nadie puede juzgarte.

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 12, viernes 21 de marzo de 2014

¿Quién soy yo para juzgar a los demás? Es la pregunta que debemos hacernos a nosotros mismos para dejar espacio a la misericordia, la actitud precisa para construir la paz entre las personas, las naciones y dentro de nosotros. Y para ser mujeres y hombres misericordiosos es necesario, ante todo, reconocerse pecadores y, luego, ampliar el corazón hasta olvidar las ofensas recibidas. Precisamente en la misericordia el Papa centró la homilía de la misa del lunes 17 de marzo, por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta. Remitiéndose a los pasajes del libro del profeta Daniel (9, 4-10) y del Evangelio de Lucas (6, 36-38), el Santo Padre explicó que «la invitación de Jesús a la misericordia es para acercarnos, para imitar mejor a nuestro Dios Padre: sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso». Pero, reconoció inmediatamente el Pontífice, «no es fácil comprender esta actitud de la misericordia, porque estamos acostumbrados a pasar la cuenta a los demás: tú has hecho esto, ahora debes hacer esto». En pocas palabras, «juzgamos, tenemos esta costumbre, y no somos personas» que dejan «un poco de espacio a la comprensión y también a la misericordia».

«Para ser misericordioso son necesarias dos actitudes», afirmó el Papa. La primera es «el conocimiento de sí mismo». En la primera lectura Daniel relata el momento de la oración del pueblo que confiesa ser pecador ante Dios y dice: «Nosotros hicimos esto, pero tú eres justo. A ti conviene la justicia, a nosotros la vergüenza». Así, explicó el Pontífice comentando el pasaje, «la justicia de Dios ante el pueblo arrepentido se transforma en misericordia y perdón». Y nos interpela también a nosotros, invitándonos a «dejar un poco de espacio a esta actitud». Por lo tanto, el primer paso «para llegar a ser misericordioso es reconocer que hemos hecho muchas cosas no buenas: ¡somos pecadores!». Es necesario saber decir: «Señor, me avergüenzo de esto que hice en mi vida». Porque, incluso si «ninguno de nosotros mató a nadie», hemos cometido, de todos modos, «muchos pecados cotidianos». Es sencillo —pero al mismo tiempo «muy difícil»— decir: «Soy pecador y mi avergüenzo ante Ti y te pido perdón».

«Nuestro padre Adán —afirmó el Papa— nos dio un ejemplo de lo que no se debe hacer». Es él, en efecto, quien culpa a la mujer de haber comido el fruto y se justifica diciendo: «Yo no pequé», es ella «quien me hizo ir por este camino». Pero lo mismo hizo luego Eva, que culpa a la serpiente. En cambio,

reafirmó el Santo Padre, es importante reconocer el hecho de haber pecado y necesitar el perdón de Dios. No se deben encontrar excusas y «descargar la culpa sobre los demás». Incluso, continuó el Pontífice, «tal vez el otro me ha ayudado» a pecar, «ha facilitado el camino para hacerlo: pero lo hice yo». Y «si nosotros hacemos esto, cuántas cosas buenas habrá: ¡seremos hombres!». Además, «con esta actitud de arrepentimiento somos más capaces de ser misericordiosos, porque sentimos en nosotros la misericordia de Dios». Tan es así que en el Padrenuestro no rezamos sólo: «perdona nuestros pecados», sino que decimos: «perdona como nosotros perdonamos». En efecto, «si yo no perdono estoy un poco fuera de juego».

La segunda actitud para ser misericordiosos «es ampliar el corazón». Precisamente «la vergüenza, el arrepentimiento, amplía el corazón pequeño, egoísta, porque deja espacio a Dios misericordioso para perdonarnos». ¿Pero cómo ampliar el corazón? Ante todo, al reconocerse pecadores, no se mira a lo que hicieron los demás. Y la pregunta de fondo es esta: «¿Quién soy yo para juzgar esto? ¿Quién soy yo para criticar sobre esto? ¿Quién soy yo, que hice las mismas cosas o peores?». Por lo demás, «el Señor lo dice en el Evangelio: no juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados. Dad y se os dará: una medida generosa, colmada, remecida, rebosante, pues con la medida con que mediréis se os medirá a vosotros». Esta es la «generosidad del corazón» que el Señor presenta a través de «la imagen de las personas que iban a buscar el trigo y estiraban el delantal para recibir de más». En efecto, «si tienes el corazón amplio, grande, puedes recibir más». Y un «corazón grande no se enreda en la vida de los demás, no condena, sino que perdona y olvida», precisamente como «Dios ha olvidado y perdonado mis pecados».

Para ser misericordiosos es necesario, por lo tanto, invocar al Señor —«porque es una gracia»— y «tener estas dos actitudes: reconocer los propios pecados avergonzándose» y olvidar los pecados y las ofensas de los demás. He aquí que así «el hombre y la mujer misericordiosos tienen un corazón amplio: siempre disculpan a los demás y piensan en los propios pecados». Y si alguien les dice: «¿has visto lo que hizo aquel?», tienen la misericordia de responder: «pero yo ya tengo bastante con lo que hice».

Es este, sugirió el Papa, «el camino de la misericordia que debemos pedir». Si «todos nosotros, los pueblos, las personas, las familias, los barrios, tuviésemos esta actitud —exclamó—, ¡cuánta paz habría en el mundo, cuánta paz en nuestros corazones, porque la misericordia nos conduce a la paz!».

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 12, viernes 21 de marzo de 2014

El cristiano que piensa que puede salvarse por sí solo «es un hipócrita», un «cristiano maquillado». La Cuaresma es el tiempo propicio para cambiar de vida y acercarse a Jesús pidiendo perdón, arrepentidos y dispuestos a testimoniar su luz ocupándose de los necesitados. Una nueva reflexión cuaresmal propuso el Papa Francisco el martes 18 de marzo en la misa celebrada en Santa Marta.

«Esto es la Cuaresma —así, en efecto, introdujo la homilía—, es un tiempo para acercarnos más al Señor». Por lo demás, explicó, lo dice la palabra misma, ya que Cuaresma significa conversión. Y precisamente con una invitación a la conversión, destacó refiriéndose al pasaje de Isaías (1, 10.16-20), «comienza la primera lectura de hoy. El Señor, en efecto, llama a la conversión; y curiosamente llama a dos ciudades pecadoras», Sodoma y Gomorra, a las que dirige la invitación: «Convertíos, cambiad de vida, acercaos al Señor». Esta, explicó, «es la invitación de la Cuaresma: son cuarenta días para acercarnos al Señor, para estar más cerca de Él. Porque todos nosotros necesitamos cambiar la vida». Y es inútil decir: «Pero, padre, yo no soy tan pecador...», porque «todos tenemos dentro alguna cosa y si miramos en nuestra alma encontraremos alguna cosa que no funciona, todos».

La Cuaresma, por lo tanto, «nos invita a ajustar, a acomodar nuestra vida» indicó el Pontífice. Es precisamente esto lo que nos permite acercarnos al Señor.

Al respecto, el Papa citó una vez más las palabras de la primera lectura: «Aunque vuestros pecados sean como escarlata, quedarán blancos como nieve». Y continuó: «“Yo te cambio el alma”: esto nos dice Jesús. ¿Y qué nos pide? Que nos acerquemos. Que nos acerquemos a Él. Dios es Padre; nos espera para perdonarnos. Y nos da un consejo: “No seáis como los hipócritas”». Para explicarlo, el Papa Francisco luego hizo referencia al pasaje del Evangelio de Mateo (23, 1-12) poco antes proclamado: «Lo hemos leído en el Evangelio: este tipo de acercamiento el Señor no lo quiere. Él quiere un acercamiento sincero, auténtico. En cambio, ¿qué hacen los hipócritas? Se maquillan. Se maquillan de buenos. Ponen cara de estampa, rezan mirando al cielo, haciéndose ver, se sienten más justos que los demás, despreciando a los demás». Y presumen de ser buenos católicos porque tienen conocidos entre bienhechores, obispos y cardenales.

«Esto es la hipocresía —destacó—. Y el Señor dice no», porque nadie debe sentirse justo por su juicio personal. «Todos necesitamos ser justificados — repitió el obispo de Roma— y el único que nos justifica es Jesucristo. Por ello debemos acercarnos: para no ser cristianos maquillados». Cuando la apariencia se desvanece «se ve la realidad y éstos no son cristianos. ¿Cuál es la piedra de toque? Lo dice el Señor mismo en la primera lectura: “Lavaos, purificaos, apartad de mi vista vuestras malas acciones. Dejad de hacer el mal, aprended a hacer el bien”». Esta, repitió, es la invitación.

Pero, «¿cuál es la señal de que estamos en el buen camino? Lo dice la Escritura: socorrer al oprimido, cuidar al prójimo, al enfermo, al pobre, a quien tiene necesidad, al ignorante. Esta es la piedra de toque». Y aún más: «Los hipócritas no pueden hacer esto, porque están tan llenos de sí mismos que son ciegos para mirar a los demás». Pero «cuando uno camina un poco y se acerca al Señor, la luz del Padre hace ver estas cosas y va a ayudar a los hermanos. Este es el signo de la conversión».

Cierto, añadió, esta «no es toda la conversión; porque la conversión —explicó— es el encuentro con Jesucristo. Pero la señal de que estamos con Jesús es precisamente esta: atender a los hermanos, a los pobres, a los enfermos como el Señor nos enseña en el Evangelio».

Por lo tanto, la Cuaresma sirve para «cambiar nuestra vida, para ajustar la vida, para acercarnos al Señor». Mientras que la hipocresía es «el signo de que estamos lejos del Señor». El hipócrita «se salva por sí mismo, al menos así piensa», continuó el Santo Padre. Así, la conclusión: «Que el Señor nos dé a todos luz y valor: luz para conocer lo que sucede dentro de nosotros y valor para convertirnos, para acercarnos al Señor. Es hermoso estar cerca del Señor».

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 13, viernes 28 de marzo de 2014

Existe una palabra «más que mágica», capaz de abrir «la puerta de la esperanza que ni siquiera vemos» y restituir el propio nombre a quien lo perdió por haber confiado sólo en sí mismo y en las fuerzas humanas. Esta palabra es «Padre» y se debe pronunciar con la certeza de escuchar la voz de Dios que nos responde llamándonos «hijo». Es una meditación cuaresmal que remite a la esencialidad de la fe la propuesta por el Papa en la misa del jueves 20 de marzo en la Casa Santa Marta.

La invitación a «confiar siempre en el Señor» viene, dijo el Pontífice, de los textos de la liturgia. En efecto, «la primera lectura de hoy (*Jeremías 17, 5-10*) comienza con una maldición: “Maldito quien confía en el hombre”». Se define «maldita a la persona» que confía sólo en las propias fuerzas, «porque lleva dentro de sí una maldición».

En cambio, continuó el Pontífice remarcando «la contraposición», es «bendito quien confía en el Señor», porque —como se lee en la Escritura— «será un árbol plantado junto al agua, que alarga a la corriente sus raíces; no teme la llegada del estío, su follaje siempre está verde; en año de sequía no se inquieta, ni dejará por eso de dar fruto».

Precisamente «esta imagen —explicó— nos hace pensar en las palabras de Jesús acerca de la casa: bienaventurado el hombre que edifica su casa sobre la roca, en terreno seguro. En cambio es infeliz quien edifica sobre la arena: no tiene consistencia». Por lo tanto, «la Palabra de Dios hoy nos enseña que sólo en el Señor está nuestra confianza segura: otras confianzas no sirven, no nos salvan, no nos dan vida, no nos dan alegría».

Es una enseñanza clara que nos halla a todos de acuerdo, puntualizó el Pontífice. «Pero nuestro problema es que nuestro corazón es poco de fiar», como dice la Escritura. Y, así, incluso si sabemos que nos equivocamos, de todos modos «nos gusta confiar en nosotros mismos o confiar en ese amigo o confiar en esa situación buena que tengo o en esa ideología», favoreciendo «la tendencia» a decidir nosotros mismos dónde poner «nuestra confianza». Con la consecuencia de que «el Señor queda un poco a un lado».

Pero, se preguntó el Papa, «¿por qué es maldito el hombre que confía en el hombre, en sí mismo? Porque —fue su respuesta— esa confianza le hace mirar sólo a sí mismo; lo cierra en sí mismo, sin horizontes, sin puertas abiertas, sin ventanas».

El Pontífice hizo referencia luego al pasaje evangélico de Lucas (16, 19-31), que cuenta la historia de «un hombre rico que tenía todo, llevaba vestimenta de púrpura, comía todos los días grandes banquetes, y se daba a la buena vida». Y «estaba tan contento que no se daba cuenta de que en la puerta de su casa, lleno de llagas, estaba un tal Lázaro: un pobrecito, un vagabundo, y como un buen vagabundo con los perros». Lázaro «estaba allí, hambriento, y comía sólo lo que caía de la mesa del rico: las migajas».

El pasaje del Evangelio, dijo el Santo Padre, propone una reflexión: «Nosotros sabemos el nombre del vagabundo: se llamaba Lázaro. Pero, ¿cómo se llamaba este hombre, el rico? ¡No tiene nombre!». Precisamente «esta es la maldición más fuerte» para la persona que «confía en sí mismo o en las fuerzas o en las posibilidades de los hombres y no en Dios: ¡perder el nombre!».

Y «mirando a estas dos personas» propuestas en el Evangelio —«el pobre que tiene nombre y confía en el Señor y el rico que ha perdido el nombre y confía en sí mismo»— «decimos: es verdad, debemos confiar en el Señor». En cambio, «todos nosotros tenemos esta debilidad, esta fragilidad de poner nuestras esperanzas en nosotros mismos o en los amigos o en las posibilidades humanas solamente. Y nos olvidamos del Señor». Es una actitud que nos lleva lejos del Señor, «por el camino de la infelicidad», como el rico del Evangelio que «al final es un infeliz porque se condenó por sí mismo».

Se trata de una meditación especialmente en consonancia con la Cuaresma, dijo el Papa. Así, «hoy nos hará bien preguntarnos: ¿dónde está mi confianza? ¿Está en el Señor o soy un pagano que confío en las cosas, en los ídolos que yo he hecho? ¿Tengo aún un nombre o he comenzado a perder el nombre y me llamo “yo”?», con todas las varias declinaciones: “mi, conmigo, para mí, sólo yo: siempre en el egoísmo, yo”». Esto, afirmó, es un modo de vivir que ciertamente «no nos da salvación».

Refiriéndose una vez más al Evangelio, el Papa Francisco indicó que, a pesar de todo, «hay una puerta de esperanza para todos los que se arraigaron en la confianza en el hombre o en sí mismos, que perdieron el nombre». Porque «al final, al final, al final siempre hay una posibilidad». Y lo testimonia precisamente el rico, que «cuando se da cuenta que ha perdido el nombre, ha perdido todo, eleva los ojos y dice una sola palabra: “¡Padre!”. La respuesta de Dios es una sola palabra: “¡Hijo!”». Y, así, es también para todos los que en la vida se inclinan por «poner la confianza en el hombre, en sí mismos, terminando por perder el nombre, por perder esta dignidad: existe aún la posibilidad de decir esta palabra que es más que mágica, es más, es fuerte: “¡Padre!”». Y sabemos que «Él siempre nos espera para abrir una puerta que nosotros no vemos. Y nos dirá: “¡Hijo!”».

Como conclusión, el Pontífice pidió «al Señor la gracia de que a todos nosotros nos dé la sabiduría de tener confianza sólo en Él y no en las cosas, en las

fuerzas humanas: sólo en Él». Y a quien pierde esta confianza, que Dios conceda «al menos la luz» de reconocer y de pronunciar «esta palabra que salva, que abre una puerta y le hace escuchar la voz del Padre que lo llama: hijo».

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 13, viernes 28 de marzo de 2014

Humildad y oración, en la Iglesia, son el antídoto contra las alteraciones de la Palabra de Dios y la tentación de adueñarse de ella, interpretándola al propio gusto y enjaulando al Espíritu Santo. Es la síntesis de la meditación que propuso el Pontífice en la misa del viernes 21 de marzo.

Precisamente «durante estos días de Cuaresma el Señor se hace cercano a nosotros y la Iglesia nos conduce hacia el triduo pascual, hacia la muerte y resurrección de Jesús», dijo el Papa refiriéndose a las dos lecturas de la liturgia. En la primera, tomada del Génesis (37, 3-4.12-13.17-28), se relata la historia de «José, que es una profecía y una imagen de Jesús: vendido por veinte monedas por sus hermanos». Y luego el Evangelio de Mateo (21, 33-43.45) presenta «esta parábola que Jesús mismo dice a la gente y a los fariseos, a los sacerdotes, a los ancianos del pueblo para hacer comprender dónde han caído». Nos encontramos, explicó, ante el «drama no del pueblo — porque el pueblo entendía que Jesús era un gran profeta— sino de algunos jefes del pueblo, de algunos sacerdotes de ese tiempo, de los doctores de la ley, de los ancianos que no tenían el corazón abierto a la Palabra de Dios». En efecto, ellos «escuchaban a Jesús, pero en lugar de ver en Él la promesa de Dios, o de reconocerlo como un gran profeta, tenían miedo».

En el fondo, destacó el Pontífice, es «el mismo sentimiento de Herodes». También ellos decían: «Este hombre es un revolucionario, detengámoslo a tiempo, debemos detenerlo». Por esto, «trataban de capturarlo, trataban de ponerlo a prueba, para que cayese y poder arrestarlo: es la persecución contra Jesús». ¿Pero por qué esta persecución? «Porque esta gente —fue la respuesta del Papa— no estaba abierta a la Palabra de Dios, estaban cerrados en su egoísmo».

Es precisamente en este contexto que «Jesús cuenta esta parábola: Dios dio en herencia un terreno con una viña que hizo con sus manos». Se lee en el Evangelio que el dueño «plantó una viña, la rodeó con un cercado, allí excavó un hueco para el lagar y construyó una torre». Y luego dio «la viña en alquiler a los campesinos».

Exactamente lo que «hizo Dios con nosotros: nos dio la vida en alquiler» y, con ella, «la promesa» que vendría a salvarnos. «En cambio, esta gente — destacó el Papa— vio aquí un buen negocio, una buena oportunidad: la viña es hermosa, tomémosla, es nuestra». Y, así, «cuando llegó el momento de

recoger los frutos, fueron los empleados de este señor a retirar la cosecha. Pero los campesinos, que ya se habían adueñado de la viña, dijeron: no, saquémosles fuera, esto es nuestro».

La parábola de Jesús, explicó, relata precisamente «el drama de esta gente, pero también nuestro drama». Esas personas, en efecto, «se adueñaron de la Palabra de Dios. Y la Palabra de Dios se convirtió en su palabra. Una palabra según su interés, sus ideologías, sus teologías, a su servicio». Hasta tal punto que «cada uno la interpretaba según la propia voluntad, según el propio interés». Y «mataron para conservar esto». Es lo que le pasó también a Jesús, porque «los jefes de los sacerdotes y los fariseos comprendieron que hablaba de ellos cuando escucharon esta parábola» y, así, «trataron de arrestarlo para que muriese».

Pero de este modo «la Palabra de Dios se convierte en algo muerto, encarcelado». Y «el Espíritu Santo está enjaulado en los deseos de cada uno de ellos. Lo mismo nos pasa a nosotros, cuando no estamos abiertos a la novedad de la Palabra de Dios, cuando no somos obedientes a la Palabra de Dios». Pero desobedecer a la Palabra de Dios es como querer afirmar que «esta palabra ya no es de Dios: ahora es nuestra».

Así, como «la Palabra de Dios está muerta en el corazón de esta gente, también puede morir en nuestro corazón». Sin embargo, afirmó el Santo Padre, la palabra «no se acaba porque está viva en el corazón de los sencillos, de los humildes, del pueblo de Dios». En efecto, los que buscaban capturar a Jesús tenían miedo del pueblo que lo consideraba un profeta. Era «la multitud sencilla, que iba detrás de Jesús porque lo que Jesús decía hacía bien y caldeaba el corazón». Esta gente «no usaba la Palabra de Dios para el propio interés», sino que sencillamente «sentía y trataba de ser un poco más buena». A este punto el Papa sugirió pensar en «lo que podemos hacer nosotros para no matar la Palabra de Dios, para no adueñarnos de esta palabra, para ser dóciles, para no enjaular al Espíritu Santo». E indicó dos sencillos caminos: humildad y oración.

Ciertamente, destacó, no era humilde «esta gente que no aceptaba la Palabra de Dios, pero decía: sí, la Palabra de Dios es esta, pero la interpreto según mi interés». Con este modo de obrar «eran soberbios, eran suficientes, eran los “doctores” entre comillas»: personas que «creían tener todo el poder para cambiar el significado de la Palabra de Dios». En cambio, «sólo los humildes tienen el corazón preparado para recibir la Palabra de Dios». Pero es necesario precisar, evidenció, que «estaban también los buenos y humildes sacerdotes, humildes fariseos que habían recibido bien la Palabra de Dios: por ejemplo los Evangelios nos hablan de Nicodemo». Por lo tanto, «la primera actitud para escuchar la Palabra de Dios» es la humildad, porque «sin humildad no se puede recibir la Palabra de Dios». Y la segunda es la oración. Las personas de

las que habla la parábola, en efecto, «no rezaban, no tenían necesidad de rezar: se sentían seguros, se sentían fuertes, se sentían dioses».

Por lo tanto, «con la humildad y la oración sigamos adelante para escuchar la Palabra de Dios y obedecerle en la Iglesia». Y, «así, no nos sucederá a nosotros lo que le pasó a esta gente: no mataremos para defender esa palabra que nosotros creemos que es la Palabra de Dios» sino que, en cambio, se ha convertido «en una palabra totalmente alterada por nosotros».

Como conclusión, el Pontífice pidió «al Señor la gracia de la humildad, de contemplar a Jesús como el Salvador que nos habla: ¡me habla a mí! Cada uno de nosotros debe decir: ¡me habla a mí!». Y «cuando leemos el Evangelio: ¡me habla a mí!». De aquí la invitación a «abrir el corazón al Espíritu Santo que da fuerza a esta Palabra» y a «rezar, rezar mucho para tener la docilidad de recibir esta palabra y obedecerle».

24 de marzo de 2014. Marginados, por lo tanto salvados.

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 13, viernes 28 de marzo de 2014

Es en el camino de la marginación donde Dios nos encuentra y nos salva. Lo recordó el Papa Francisco en la misa del lunes 24 de marzo, centrando su homilía en un fuerte llamamiento a la humildad.

Para explicar lo que significa estar «en los márgenes» para ser salvados, el Pontífice se refirió a la liturgia del día, que presenta dos pasajes especialmente elocuentes, tomados del segundo Libro de los Reyes (5, 1-15a) y del Evangelio de Lucas (4, 24-30). En el pasaje evangélico, destacó el Santo Padre, Jesús afirma que no podía hacer milagros en su Nazaret «por falta de fe»: justamente allí, donde había crecido, «no tenían fe». Precisamente, añadió, Jesús dice: «Ningún profeta es aceptado en su pueblo». Y recordó luego la historia de Naamán el sirio con el profeta Eliseo, narrada en la primera lectura, y la de la viuda de Sidón con el profeta Elías.

«Los leprosos y las viudas en ese tiempo eran marginados», destacó el Papa. En especial «las viudas vivían de la caridad pública, no entraban en la normalidad de la sociedad», mientras que los leprosos tenían que vivir fuera, lejos del pueblo.

Así, en la sinagoga de Nazaret, relata el Evangelio, «Jesús dice que allí no se harán milagros: aquí vosotros no aceptáis al profeta porque no lo necesitáis, estáis demasiado seguros». Las personas que Jesús tenía delante, en efecto, «estaban muy seguras en su "fe" entre comillas, muy seguras en su observancia de los mandamientos, que no necesitaban otra salvación». Una actitud que revela, explicó el Pontífice, «el drama del cumplimiento de los mandamientos sin fe: yo me salvo por mí mismo porque voy a la sinagoga todos los sábados, trato de cumplir los mandamientos»; y «que no venga éste a decirme que son mejores que yo ese leproso y esa viuda, esos marginados». Pero la palabra de Jesús va en sentido contrario. Él dice: «Mira, si tú no te sientes en zona marginal, no tendrás salvación. Esta es la humildad, la senda de la humildad: sentirse tan marginado» de tener «necesidad de la salvación del Señor. Sólo Él salva; no nuestra observancia de los preceptos».

Esta enseñanza de Jesús, sin embargo, que se lee en el pasaje de Lucas, no le gustó a la gente de Nazaret, tanto que «se enfadaron y querían matarlo». Es «la misma rabia» que siente también Naamán el sirio. Para ser curado de la lepra, explicó el obispo de Roma, Naamán «va al rey con muchos dones, con muchas riquezas: se siente seguro, es el jefe del ejército». Pero el profeta

Eliseo lo invita a marginarse y a bañarse «siete veces» en el río Jordán. Una invitación que, reconoció el Papa, le tuvo que haber parecido «un poco ridícula». Tanto que Naamán «se sintió humillado, se molestó y se marchó», precisamente como «los de la sinagoga de Nazaret». La Escritura, destacó el Pontífice, usa el mismo verbo para las dos situaciones: indignarse. Por lo tanto, a Naamán se le pide «un gesto de humildad, de obedecer como un niño: ¡hacer el ridículo!». Pero él reacciona, precisamente, con indignación: «Nosotros tenemos muchos ríos hermosos en Damasco, como el Abaná y el Farfar, ¿y yo voy a bañarme siete veces en este riachuelo? ¡Hay algo que no funciona!». Pero sus colaboradores, con buen sentido, «le ayudaron a marginarse, a realizar un acto de humildad». Y Naamán salió del río curado de la lepra.

Precisamente este, subrayó el Papa, es «el mensaje de hoy, en esta tercera semana de Cuaresma: si queremos ser salvados, debemos elegir el camino de la humildad, de la humillación». Testimonio de ello es María, que «en su cántico no dice estar contenta porque Dios miró su virginidad, su bondad, su dulzura, las muchas virtudes que ella tenía», sino que exulta «porque el Señor miró la humildad de su esclava, su pequeñez». Es precisamente «la humildad lo que mira el Señor».

Así también nosotros, afirmó el Pontífice, «debemos aprender esta sabiduría de marginarnos para que el Señor nos encuentre». En efecto, Dios «no nos encontrará en el centro de nuestras seguridades. No, allí no va el Señor. Nos encontrará en la marginación, en nuestros pecados, en nuestros errores, en nuestras necesidades de ser curados espiritualmente, de ser salvados. Es allí donde nos encontrará el Señor».

Y este, precisó una vez más, «es el camino de la humildad. La humildad cristiana no es una virtud» que nos hace decir «yo no sirvo para nada» y así nos hace «esconder la soberbia»; en cambio, «la humildad cristiana es decir la verdad: soy pecador, soy pecadora». Se trata, en esencia, sencillamente de «decir la verdad; y esta es nuestra verdad». Pero, concluyó el Papa, está también «la otra verdad: Dios nos salva. Pero nos salva allí, cuando estamos marginados. No nos salva en nuestra seguridad». Por ello la oración a Dios para que nos dé «la gracia de tener esta sabiduría de marginarnos; la gracia de la humildad para recibir la salvación del Señor».

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 13, viernes 28 de marzo de 2014

La salvación «no se compra y no se vende» porque «es un regalo totalmente gratuito». Pero para recibirla Dios nos pide tener «un corazón humilde, dócil, obediente». Lo dijo el Papa Francisco, en la misa del martes 25 de marzo, invitando «a hacer fiesta y a dar gracias a Dios» porque «hoy conmemoramos una etapa definitiva en el camino» hacia la salvación «que el hombre ha realizado desde el día que salió del paraíso».

Precisamente «por esto hoy hacemos fiesta: la fiesta de este camino de una madre a otra madre, de un padre a otro padre», explicó el Pontífice. E invitó a contemplar «el icono de Eva y Adán, el icono de María y Jesús», y a mirar el curso de la historia con Dios que camina siempre junto a su pueblo.

En su reflexión, el Pontífice partió del mandato dado a Adán y Eva: el compromiso de trabajar y dominar la tierra, y ser fecundos. «Es la promesa de la redención —explicó— y con este mandamiento, con esta promesa, comenzaron a caminar, a hacer camino». Un «camino largo», de «muchos siglos», pero que comenzó «con una desobediencia». Adán y Eva, en efecto, «fueron engañados, fueron seducidos. Fueron seducidos por satanás: seréis como Dios». En ellos prevalecieron «el orgullo y la soberbia», en tal medida que «cayeron en la tentación: ocupar el sitio de Dios, con la soberbia suficiente». Es precisamente «esa actitud que sólo satanás tiene totalmente en sí».

Adán y Eva «hicieron un pueblo». Y «este camino no lo hicieron solos: con ellos estaba el Señor», que ha acompañado a la humanidad a lo largo de un itinerario «iniciado con una desobediencia y que acabó con una obediencia». Para explicarlo, recordó el Papa Francisco, «el Concilio Vaticano II toma una hermosa frase de san Ireneo de Lyon que dice: el nudo que hizo Eva con su desobediencia lo desató María con su obediencia».

Dios, por lo tanto, permanece siempre «con su pueblo en camino: envía a los profetas y envía a las personas que explican la ley». Pero «¿por qué —se preguntó el Pontífice— el Señor caminaba con su pueblo con tanta ternura? Para ablandar nuestro corazón» es la respuesta. Y, en efecto, la Escritura lo recuerda explícitamente: haré de tu corazón de piedra un corazón de carne. El Señor, en sustancia, quiere «ablandar nuestro corazón» para que pueda recibir «la promesa que Él había hecho en el paraíso: por un hombre entró el pecado, por otro Hombre viene la salvación». Y precisamente este «camino tan

largo» nos ayudó «a todos a tener un corazón más humano, más cercano a Dios; no tan soberbio, no tan suficiente».

«Hoy —explicó el Papa— la liturgia nos habla de este camino de restauración, de esta etapa en el camino de restauración. Y nos habla de obediencia, de docilidad a la Palabra de Dios». Un pensamiento, destacó el Pontífice, que «es muy claro» en la segunda lectura, tomada de la Carta a los Hebreos (10, 4-10): «Es imposible que la sangre de los toros y de los machos cabríos quite los pecados».

He aquí, por lo tanto, la afirmación que «la salvación no se compra ni se vende. Se regala, es gratuita». Y porque «nosotros no podemos salvarnos por nosotros mismos, la salvación es un regalo, totalmente gratuita». Como escribe san Pablo, no se compra con «la sangre de los toros y machos cabríos». Y si «no se puede comprar», para «que esta salvación entre en nosotros pide un corazón humilde, un corazón dócil, un corazón obediente, como el de María». Así «el modelo de este camino de salvación es Dios mismo, su Hijo, que no estimó un bien irrenunciable ser igual a Dios —lo dice Pablo— sino que se anonadó a sí mismo y obedeció hasta la muerte y una muerte de cruz».

¿Qué significa entonces «el camino de la humildad, de la humillación»?

Significa sencillamente, concluyó el Papa Francisco, «decir: yo soy hombre, yo soy mujer y tú eres Dios. Y seguir adelante, en presencia de Dios, como hombre, como mujer, en la obediencia y en la docilidad del corazón».

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 14, viernes 4 de abril de 2014

«Si quieres conocer la ternura de un padre, prueba a dirigirte a Dios. Prueba, ¡y después me cuentas!». Es el consejo espiritual que el Papa Francisco dio en la misa que celebró el viernes 28 de marzo, por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta. Por más pecados que hayamos cometido, afirmó el Pontífice, Dios nos espera siempre y está dispuesto a acogernos y hacer fiesta con nosotros y por nosotros. Porque es un Padre que jamás se cansa de perdonar y no tiene en cuenta si, al final, el «balance» es negativo: Dios no sabe hacer otra cosa que amar.

Esta actitud, explicó el Papa, se describe bien en la primera lectura de la liturgia, tomada del libro del profeta Oseas (14, 2-10). Es un texto que «nos habla de la nostalgia que Dios, nuestro Padre, siente por todos nosotros que nos hemos ido lejos y nos hemos alejado de Él». Sin embargo, «¡con cuánta ternura nos habla!».

Y el Pontífice quiso remarcar precisamente la ternura del Padre. «Cuando oímos la palabra que nos invita a la conversión —¡conviértíos!—, quizá nos parezca algo fuerte, porque nos dice que tenemos que cambiar de vida, es verdad». Pero dentro de la palabra conversión está precisamente «esta nostalgia amorosa de Dios». Es la palabra apasionada de un «Padre que dice a su hijo: vuelve, vuelve, ¡es hora de volver a casa!».

«Solamente con esta palabra podemos pasar muchas horas en oración», afirmó el Pontífice, notando cómo «Dios no se cansa» nunca: lo vemos en «tantos siglos» y «con muchas apostasías del pueblo». Sin embargo, «Él regresa siempre, porque nuestro Dios es un Dios que espera». Y así también «Adán salió del Paraíso con una pena y también con una promesa. Y el Señor es fiel a su promesa, porque no puede negarse a sí mismo, ¡es fiel!».

Por esta razón «Dios nos ha esperado a todos nosotros, a lo largo de la historia». En efecto, «es un Dios que nos espera siempre». Y, al respecto, el Papa invitó a contemplar «el hermoso icono del padre y del hijo pródigo». El evangelio de Lucas (15, 11-32) «nos dice que el padre vio al hijo desde lejos, porque lo esperaba y todos los días iba a la terraza para ver si volvía su hijo». El padre, pues, esperaba el regreso de su hijo, y así, «cuando lo vio llegar, salió corriendo y se echó a su cuello». El hijo, en el camino de retorno, había preparado incluso las palabras que iba a decir para presentarse de nuevo en casa: «Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme

hijo tuyo». Pero «el padre no lo dejó hablar», y «con su abrazo letapó la boca».

La parábola de Jesús nos permite comprender quién «es nuestro Padre: el Dios que nos espera siempre». Alguien podría decir: «Pero padre, ¡yo tengo tantos pecados que no sé si Él estará contento!». La respuesta del Papa es: «¡Prueba! Si quieres conocer la ternura de este Padre, ¡ve a Él y prueba! Después, me cuentas». Porque «el Dios que nos espera es también el Dios que perdona: el Dios de la misericordia». Y «no se cansa de perdonar; somos nosotros los que nos cansamos de pedir perdón. Pero Él no se cansa: ¡setenta veces siete! ¡Siempre! ¡Adelante con el perdón!».

Ciertamente, prosiguió el Papa, «desde el punto de vista de una empresa el balance es negativo, ¡es verdad! Él pierde siempre, pierde en el balance de las cosas. Pero gana en el amor, porque Él es el primero que cumple el mandamiento del amor: Él ama, ¡no sabe hacer otra cosa!», como recuerda el pasaje evangélico de la liturgia del día (*Mc 12, 28-34*).

Es un Dios que nos dice, como se lee en el libro de Oseas: «Yo te sanaré porque mi cólera se ha alejado de ti». Así habla Dios: «¡Yo te llamo para sanarte!». Hasta tal punto que, explicó el Pontífice, «los milagros que Jesús hacía a muchos enfermos eran también un signo del gran milagro que cada día el Señor nos hace a nosotros cuando tenemos la valentía de levantarnos e ir a Él».

El Dios que espera y perdona es también «el Dios que hace fiesta», pero no organizando un banquete, como «aquel hombre rico en cuyo portal estaba el pobre Lázaro. No, ¡esa fiesta no le agrada!», afirmó el Santo Padre. En cambio, Dios prepara «otro banquete, como el padre del hijo pródigo». En el texto de Oseas, explicó, Dios nos dice que «también tú florecerás como el lirio». Es su promesa: hará fiesta por ti, hasta tal punto que «brotarán tus retoños y tendrás el esplendor del olivo y la fragancia del Líbano».

El Papa Francisco concluyó su meditación reafirmando que «la vida de toda persona, de todo hombre y de toda mujer que tiene la valentía de acercarse al Señor, encontrará la alegría de la fiesta de Dios». De ahí su deseo final: «Que estas palabras nos ayuden a pensar en nuestro Padre, el Padre que nos espera siempre, que nos perdona siempre y que hace fiesta cuando volvemos».

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 14, viernes 4 de abril de 2014

Ni «cristianos errantes como turistas existenciales» ni «cristianos inmóviles», sino testigos de una «fe que camina» siguiendo las promesas de Dios. Es la identidad cristiana así como la trazó el Papa Francisco el lunes 31 de marzo en la misa celebrada en la capilla de la Casa Santa Marta.

El Pontífice habló del valor que —en la vida de un cristiano— tiene la confianza en Jesús «que no defrauda nunca». Está escrito en el Evangelio y el Papa Francisco lo puso de relieve al comentar las lecturas de la liturgia. «En la primera lectura —comenzó citando a Isaías (65, 17-21)— está la promesa de Dios, lo que nos espera. Lo que Dios ha preparado para nosotros: “Yo creo cielos nuevos y tierra nueva...”. No recordará ya el pasado, las fatigas... será todo nuevo. “Creó Jerusalén para la alegría...”. Habrá alegría. Es la promesa de la alegría».

El Señor, explicó el obispo de Roma, antes de pedir algo promete. Y por ello el fundamento principal de la virtud de la esperanza es precisamente fiarse de las promesas del Señor. También porque «esta esperanza —aseguró— no defrauda; porque Él es fiel y no falla». El Señor, continuó, no pidió nunca a nadie ir, actuar, sin antes haberle hecho una promesa. «Incluso Adán —recordó al respecto— cuando fue expulsado del Paraíso recibió una promesa». Y este «es nuestro destino: caminar en la perspectiva de las promesas, seguros de que llegarán a ser realidad. Es hermoso leer el capítulo once de la Carta a los Hebreos, donde se relata el camino del pueblo de Dios hacia las promesas: cómo esta gente amaba mucho estas promesas y las buscaba incluso con el martirio. Sabía que el Señor era fiel. La esperanza no defrauda nunca».

Para ayudar a comprender mejor el valor de la confianza en las promesas del Padre, el Papa hizo referencia al episodio narrado por el Evangelio de san Juan (4, 43-54) proclamado poco antes, en el cual se habla del funcionario del rey que, al enterarse de la llegada de Jesús a Caná, va a su encuentro para pedirle que salve al hijo enfermo que estaba muriéndose en Cafarnaún. Fue suficiente, recordó el Pontífice, que Jesús dijera: «Anda, tu hijo vive» para que ese hombre creyese en su palabra y se pusiese en camino: «Esta es nuestra vida: creer y ponerse en camino» como hizo Abrahán, que «confió en el Señor y caminó incluso en momentos difíciles», cuando, por ejemplo, su fe «fue probada» con la petición del sacrificio del hijo. Incluso en esa ocasión él

«caminó. Se fio del Señor —destacó el Pontífice— y siguió adelante. La vida cristiana es esto: caminar hacia las promesas». Por ello «la vida cristiana es esperanza».

Sin embargo, se puede incluso no caminar en la vida. «Y, de hecho —apuntó el obispo de Roma— hay muchos, incluso cristianos y católicos de comunidad, que no caminan. Está la tentación de detenerse», de considerar ser un buen cristiano sólo porque, precisó, se forma parte de movimientos eclesiales y se sienten en ellos como en la propia «casa espiritual», casi «cansados» de caminar.

«Contamos con muchos cristianos inmóviles. Tienen una esperanza débil. Sí, creen que existe el cielo pero no lo buscan. Siguen los mandamientos —evidenció el Pontífice—, cumplen los preceptos, todo, todo; pero están inmóviles. Y el Señor no puede sacar levadura de ellos para hacer crecer a su pueblo. Y esto es un problema: los inmóviles».

«Luego —añadió— están los otros, los que se equivocan de camino. Todos nosotros algunas veces nos hemos equivocado de camino». Pero el problema, precisó, «no es equivocarse de camino. El problema es no volver cuando uno se da cuenta de que se ha equivocado. Es nuestra condición de pecadores lo que nos hace errar el camino. Caminamos, pero a veces cometemos esta equivocación de camino. Se puede volver: el Señor nos da esta gracia, de poder regresar».

Y «hay otro grupo que es más peligroso —dijo— porque se engaña a sí mismo». Son «los que caminan pero no hacen camino. Son los cristianos errantes: dan vueltas, dan vueltas como si la vida fuese un turismo existencial, sin meta, sin tomar en serio las promesas. Los que dan vueltas y se engañan porque dicen: “Yo camino...”. No; tú no caminas, tú das vueltas. En cambio el Señor nos pide que no nos detengamos, que no nos equivoquemos de camino y que no demos vueltas por la vida. Nos pide que miremos las promesas, que sigamos adelante con las promesas», como el hombre del Evangelio de Juan, que «creyó en las promesas de Jesús y se puso en camino». Y la fe se pone en camino.

La Cuaresma, dijo como conclusión, es un tiempo propicio para pensar si estamos en camino o si estamos «demasiado inmóviles» y entonces debemos convertirnos; o bien si «nos hemos equivocado de camino» y entonces debemos ir a confesarnos «para retomar el camino»; o, por último, si somos «turistas teologales», como los que dan vueltas por la vida «pero que nunca dan un paso hacia adelante».

«Pidamos al Señor la gracia —esta fue la exhortación del Papa Francisco— de retomar el camino, de ponernos en camino hacia las promesas. Mientras pensamos en esto, nos hará bien releer el capítulo once de la Carta a los Hebreos, para comprender bien lo que significa caminar hacia las promesas

que nos hizo el Señor».

**Homilías del Papa Francisco, en la Misa de la mañana en santa Marta.
Año 2014.**



Textos tomados de: www.vatican.va
Compuestos por: alphonsus2002@googlemail.com
Abril.

1 de abril de 2014. Más allá de los formalismos.

3 de abril de 2014. Un amigo con quien rezar.

4 de abril de 2014. Donde está prohibido rezar.

7 de abril de 2014. El perdón en una caricia.

8 de abril de 2014. La miseria y la gloria.

10 de abril de 2014. La dictadura del pensamiento único.

11 de abril de 2014. Seguramente el diablo.

24 de abril de 2014. Ningún miedo a la alegría.

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 14, viernes 4 de abril de 2014

A los numerosos heridos que son acogidos en ese gran «hospital de campo símbolo de la Iglesia» uno se debe acercar sin acedia espiritual y sin formalismos. Es lo que recomendó el Papa Francisco en la misa del martes 1 de abril en la Casa Santa Marta. Invitó también a los cristianos a «no vivir bajo anestesia» y a superar las tentaciones «de la resignación, de la tristeza» y del «no implicarse».

«El agua —explicó al comentar las lecturas— es el símbolo en la liturgia de hoy: el agua que cura, el agua que trae la salud». E hizo referencia sobre todo al pasaje del Evangelio de san Juan (5, 1-16): es «la historia del hombre paralítico de treinta y ocho años» que estaba con otros muchos enfermos junto a la piscina en Jerusalén esperando ser curado. Y, así, cuando «Jesús vio a ese hombre le preguntó: ¿quieres quedar sano?». Su respuesta está preparada: «"Claro Señor, estoy aquí para esto. Pero no tengo a nadie que me sumerja en la piscina cuando el agua se agita. Mientras estoy llegando al lugar, otro baja antes que yo"». Existía «la idea —explicó el Pontífice— que cuando las aguas se agitaban era el ángel del Señor que venía a curar». La reacción de Jesús es una orden: «Levántate, toma tu camilla y echa a andar». Y el hombre fue curado.

Luego, continuó el Papa, «el apóstol cambia el tono de la narración y recuerda que ese día era sábado». Así recoge las reacciones de los que riñeron al hombre que fue curado precisamente porque llevaba su camilla un día de sábado, a pesar de la prohibición. Un modo de actuar, afirmó el Pontífice, que se refiere «también a nuestra actitud ante las numerosas enfermedades físicas y espirituales de la gente». Y en especial, destacó, «encuentro aquí» la imagen de «dos enfermedades fuertes, espirituales» sobre las cuales «nos hará bien reflexionar».

La «primera enfermedad» es la que aflige al hombre paralítico y que ya «estaba como resignado» y tal vez se decía «a sí mismo "la vida es injusta, otros tienen más suerte que yo"». En su forma de hablar «hay un tono de lamento: está resignado pero también amargado». Una actitud, destacó el Papa, que hace pensar también en «muchos católicos sin entusiasmo y amargados» que se repiten «a sí mismos "yo voy a misa todos los domingos pero es mejor no comprometerse. Yo tengo fe para mi salud, pero no siento la necesidad de darla a otro: cada uno en su casa, tranquilo"», también porque si «en la vida tú haces algo luego te reprochan: es mejor no implicarse».

Precisamente esta es «la enfermedad de la acedia de los cristianos», una «actitud que es paralizante para el celo apostólico» y «que hace de los cristianos personas inmóviles, tranquilas, pero no en el buen sentido de la palabra: personas que no se preocupan por salir para anunciar el Evangelio, personas anestesiadas». Una anestesia espiritual que lleva a la consideración «negativa de que es mejor no comprometerse» para vivir «así con esa acedia espiritual. Y la acedia es tristeza». Es el perfil de «cristianos tristes en el fondo» a quienes les gusta saborear la tristeza hasta llegar a ser «personas no luminosas y negativas». Y esta, alertó el Papa, «es una enfermedad para nosotros cristianos». Tal vez «vamos a misa todos los domingos» pero también decimos «por favor, no molestar». Los cristianos «sin celo apostólico no sirven y no hacen bien a la Iglesia». Lamentablemente, dijo el Pontífice, hoy son muchos los «cristianos egoístas» que cometen «el pecado de la acedia contra el celo apostólico, contra las ganas de llevar la novedad de Jesús a los demás; esa novedad que me ha sido donada gratuitamente».

El otro pecado indicado hoy por el Papa es «el formalismo» de los judíos. Se la toman con el hombre que acababa de ser curado por Jesús por llevar su camilla un día de sábado. La contestación de los judíos es seca: «Aquí las cosas son así, se debe hacer esto». A ellos les «interesaba sólo las formalidades: era sábado y no se podían hacer milagros el sábado. La gracia de Dios no puede trabajar el sábado». Es la misma actitud de aquellos «cristianos hipócritas que no dejan espacio a la gracia de Dios». Tanto que para «esta gente la vida cristiana es tener todos los documentos en regla, todos los certificados». Actuando así «cierran la puerta a la gracia de Dios». Y, añadió, «tenemos muchos de ellos en la Iglesia».

He aquí, por lo tanto, los dos pecados. Por una parte están «los del pecado de la acedia» porque «no son capaces de ir adelante con su celo apostólico y decidieron detenerse en sí mismos, en las propias tristezas y resentimientos». Por otro lado están los que «no son capaces de llevar la salvación porque cierran la puerta» y se preocupan «sólo de las formalidades» hasta el punto que «ino se puede!», es la palabra que usan con más frecuencia.

«Son tentaciones que también tenemos nosotros y que debemos conocer para defendernos». Y «ante estas dos tentaciones» en ese «hospital de campo, símbolo de la Iglesia hoy, con mucha gente herida», Jesús ciertamente no cede ni a la acedia ni al formalismo. Sino que «se acerca a ese hombre y le dice: “¿quieres quedar sano?”». Al hombre que responde sólo sí «le da la gracia y se marcha». Jesús, explicó el Papa, «no le soluciona la vida: le da la gracia y la gracia lo hace todo». Luego, relata el Evangelio, cuando poco después se encuentra nuevamente con ese hombre en el templo, le dirige una vez más la palabra para decirle «“mira, estás curado, no peques más”». Estas, afirmó el Pontífice, son «las dos palabras cristianas: “¿quieres quedar sano?” - “No

peques más”». Jesús primero cura al enfermo y luego lo invita «a no pecar más». Es precisamente «este el camino cristiano, la senda del celo apostólico» para «acercarnos a las numerosas personas heridas en este hospital de campo. Y también muchas veces heridas por hombres y mujeres de la Iglesia». Es necesario, por lo tanto, hablar como un hermano y una hermana, invitando a curarse y luego a «no pecar más». Y sin lugar a dudas estas «dos palabras de Jesús —concluyó el Papa— son más bonitas que la actitud de la acedia y la actitud de la hipocresía».

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 15, viernes 11 de abril de 2014

Rezar es como hablar con un amigo: por ello «la oración debe ser libre, valiente, insistente», incluso a costa de llegar a “reñir” al Señor. Con la consciencia de que el Espíritu Santo está siempre y nos enseña cómo proceder. Es el estilo de la oración de Moisés lo que el Papa Francisco volvió a proponer en la misa del jueves 3 de abril, por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta.

Este pequeño «manual» de oración se lo sugirió la lectura del pasaje del libro del Éxodo (32, 7-14), que narra «la oración de Moisés por su pueblo que había caído en el gravísimo pecado de la idolatría». El Señor —explicó el Papa— «reprende precisamente a Moisés» y le dice: «Anda, baja de la montaña, que se ha pervertido tu pueblo, el que tú sacaste de Egipto».

Es como si en este diálogo Dios quisiera tomar distancias, diciendo a Moisés: «Yo no tengo nada que ver con este pueblo; es el tuyo, ya no es el mío». Pero Moisés responde: «¿Por qué, Señor, se va a encender tu ira contra el pueblo, que tú sacaste de Egipto, con gran poder y mano robusta?».

He aquí, entonces, que Moisés inicia su oración, «una verdadera lucha con Dios». Es «la lucha del jefe del pueblo para salvar a su pueblo, que es el pueblo de Dios». Moisés «habla libremente ante el Señor». Y actuando así «nos enseña cómo rezar: sin miedo, libremente, incluso con insistencia». Moisés «insiste, es valiente: la oración debe ser así».

Decir palabras y nada más no quiere decir rezar. Se debe saber también «“negociar” con Dios». Precisamente «como hacía Moisés, recordando a Dios, con argumentaciones, la relación que tiene con el pueblo». Así, «trata de “convencer” a Dios» de que si desencadenaba su ira contra el pueblo haría «un mal papel ante todos los egipcios».

En resumen, Moisés «trataba de “convencer” a Dios de cambiar de actitud con muchas argumentaciones. Y estas argumentaciones las busca en la memoria». Así, «dice a Dios: tú has hecho esto, esto y esto por tu pueblo, pero si ahora lo dejas morir en el desierto, ¿qué dirán nuestros enemigos?». Dirán —continúa— «que tú eres malo, que tú no eres fiel». De este modo Moisés «trata de “convencer” al Señor», emprendiendo una «lucha» en la que pone en el centro dos elementos: «tu pueblo y mi pueblo».

La oración tiene éxito porque «Moisés logra “convencer” al Señor». El Papa destacó que «es hermoso el modo como termina este pasaje»: «Entonces se

arrepintió el Señor de la amenaza que había pronunciado contra su pueblo». Ciertamente, explicó, «el Señor estaba un poco cansado de este pueblo infiel». Pero «cuando uno lee, en la última palabra del pasaje, que el Señor se arrepintió» y «cambió de actitud» se debe preguntar: ¿Quién cambió verdaderamente aquí? ¿Cambió el Señor? «Yo creo que no», fue la respuesta del obispo de Roma: quien cambió fue Moisés. Porque él —afirmó— creía que el Señor habría destruido al pueblo. Y «busca en su memoria cómo había sido bueno el Señor con su pueblo, cómo lo había sacado de la esclavitud de Egipto para llevarlo adelante con una promesa».

Es «con estas argumentaciones que trata de “convencer” a Dios. En este proceso encuentra la memoria de su pueblo y la misericordia de Dios». Realmente, continuó el Papa, «Moisés tenía miedo de que Dios hiciese esta cosa» terrible. Pero «al final baja del monte» con una gran certeza en el corazón: «nuestro Dios es misericordioso, sabe perdonar, vuelve atrás con sus decisiones, es un padre».

Son todas cosas que Moisés ya «sabía, pero las sabía más o menos oscuramente. Es en la oración donde las vuelve a encontrar». Y es también «esto lo que hace la oración en nosotros: nos cambia el corazón, nos hace comprender mejor cómo es nuestro Dios». Pero para esto, añadió el Pontífice, «es importante hablar al Señor no con palabras vacías como hacen los paganos». Es necesario, en cambio, «hablar con la realidad: pero, mira, Señor, tengo este problema en la familia, con mi hijo, con este o con el otro... ¿Qué se puede hacer? Pero mira que tú no me puedes dejar así».

La oración necesita y requiere tiempo. En efecto, «rezar es también “negociar” con Dios para obtener lo que pido al Señor» pero sobre todo para conocerlo mejor. De ello brota una oración «como de un amigo a otro amigo». Por lo demás, «la Biblia dice que Moisés hablaba al Señor cara a cara, como un amigo». Y «así debe ser la oración: libre, insistente, con argumentaciones». Incluso «“reprendiendo” un poco al Señor: pero tú me has prometido esto y no lo has hecho».

El Papa Francisco recordó también que, después del cara a cara con Dios, «Moisés bajó del monte radiante. Había conocido aún más al Señor. Y con esa fuerza que le había dado retoma su trabajo de guiar al pueblo hacia la tierra prometida».

El Pontífice concluyó pidiendo al Señor que «nos dé a todos nosotros la gracia, porque rezar es una gracia». E invitó a recordar siempre que «cuando rezamos a Dios, no es un diálogo entre dos», porque «siempre en toda oración está el Espíritu Santo». Por lo tanto, «no se puede rezar sin el Espíritu Santo: es Él quien reza en nosotros, es Él quien nos cambia el corazón, es Él quien nos enseña a decir a Dios “padre”». Es al Espíritu Santo, añadió el Papa, a quien debemos pedir que nos enseñe a orar «como oró Moisés, a “negociar” con Dios

con libertad de espíritu, con valentía».

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 15, viernes 11 de abril de 2014

Hoy los cristianos mártires y perseguidos son más que en los primeros tiempos de la Iglesia. Tanto que en algunos países está prohibido incluso rezar juntos. Sobre esta dramática realidad el Papa Francisco basó su meditación el viernes 4 de abril.

El pasaje del libro de la Sabiduría (2, 1.12-22), proclamado en la liturgia, revela «cómo es el corazón de los impíos, de las personas que se han alejado de Dios y se han adueñado en este caso de la religión». Y cómo es su «actitud respecto a los profetas», incluso hasta la persecución. Son personas, dijo el Pontífice, que saben bien lo que tienen que hacer con un justo. Tanto que la Escritura refiere así su pensamiento: «Acechemos al justo, que nos resulta fastidioso: se opone a nuestro modo de actuar». No pueden aceptar que haya un hombre justo que, afirma el Antiguo Testamento, «se opone a nuestro modo de actuar, nos reprocha las faltas contra la ley y nos echa en cara las transgresiones contra la educación recibida». Palabras que trazan el perfil de los profetas, perseguidos «en toda la historia de la salvación». Jesús mismo, recordó el Pontífice, «lo dijo a los fariseos», y es explícito, «vuestros padres — dice— han matado a los profetas, pero vosotros para quitaros la culpa, para limpiaros, habéis edificado un hermoso sepulcro a los profetas».

También Jesús fue perseguido. Querían matarlo, como revela el Evangelio de la liturgia (*Jn 7, 1-2.10.25-30*). Él ciertamente «sabía cuál sería su fin». Las persecuciones comienzan enseguida, cuando «al inicio de su predicación regresa a su país, va a la sinagoga y predica». Entonces, «inmediatamente después de una gran admiración, comienzan» las murmuraciones, como refiere el Evangelio.

En una palabra, es la misma actitud de siempre: «desacreditan al Señor, desacreditan al profeta para quitarle autoridad». Y «el profeta lucha contra las personas que enjaulan al Espíritu Santo». Precisamente por esto «siempre es perseguido».

En la Iglesia, en efecto, están los «perseguidos desde fuera y los perseguidos desde dentro». Los santos mismos «han sido perseguidos». En efecto, notó el obispo de Roma, «cuando leemos la vida de los santos» nos encontramos ante muchas «incomprensiones y persecuciones». Porque, siendo profetas, decían cosas que resultaban «demasiado duras». De esta manera «también muchos pensadores en la Iglesia fueron perseguidos». Y al respecto el Papa afirmó:

«Pienso en uno ahora, en este momento, no muy lejano de nosotros: un hombre de buena voluntad, un profeta de verdad, que con sus libros reprochaba a la Iglesia de alejarse del camino del Señor. Enseguida fue llamado, sus libros fueron colocados en el índice, le quitaron la cátedra y este hombre terminó así su vida, no hace mucho tiempo. Ha pasado el tiempo y hoy es beato». ¿Pero cómo —se podría objetar— «ayer fue un hereje y hoy es beato?». Sí, «ayer los que tenían el poder querían silenciarlo porque no agradaba lo que decía. Hoy la Iglesia, que gracias a Dios sabe arrepentirse, dice: no, este hombre es bueno. Aún más, está en el camino de la santidad». De este modo, la historia nos testimonia que «todas las personas que el Espíritu Santo elige para decir la verdad al pueblo de Dios sufren persecuciones». Y aquí el Pontífice recordó «la última bienaventuranza de Jesús: bienaventurados vosotros cuando os persigan por mi nombre». He aquí que «Jesús es precisamente el modelo, el icono: ha sufrido mucho el Señor, ha sido perseguido»; y al actuar así «ha asumido todas las persecuciones de su pueblo».

Pero «aún hoy los cristianos son perseguidos», advirtió el Papa. Y son perseguidos «porque a esta sociedad mundana, a esta sociedad tranquila que no quiere problemas, dicen la verdad y anuncian a Jesucristo». De verdad «hoy hay mucha persecución».

Incluso hoy en algunas partes «existe la pena de muerte, existe la prisión por tener el Evangelio en casa, por enseñar el catecismo», destacó el Papa, confiando luego: «Me decía un católico de estos países que ellos no pueden rezar juntos: ¡está prohibido! Sólo se puede rezar a solas y en secreto». Si quieren celebrar la Eucaristía organizan «una fiesta de cumpleaños, aparentan celebrar el cumpleaños y allí tienen la Eucaristía antes de la fiesta». Y si, como «ha sucedido, ven llegar a la policía, enseguida ocultan todo, continúan la fiesta» entre «alegría y felicidad»; luego, cuando los agentes «se van, terminan la Eucaristía».

En efecto, reafirmó el Pontífice, «esta historia de persecución, de incompreensión», continúa «desde el tiempo de los profetas hasta hoy». Este, por lo demás, es también «el camino del Señor, el camino de quienes siguen al Señor». Un camino que «termina siempre como para el Señor, con una resurrección, pero pasando por la cruz». Así, pues, el Papa recomendó «no tener miedo a las persecuciones, a las incompreensiones», incluso si por causa de ellas «siempre se pierden muchas cosas».

Para los cristianos «siempre habrá persecuciones, incompreensiones». Pero hay que afrontarlas con la certeza de que «Jesús es el Señor y éste es el desafío y la cruz de nuestra fe». Así, recomendó el Santo Padre, «cuando esto suceda en nuestras comunidades o en nuestro corazón, miremos al Señor y pensemos» en el pasaje del libro de la Sabiduría que habla de las acechanzas que los

impíos ponen a los justos. Y concluyó pidiendo al Señor «la gracia de seguir por su camino y, si sucede, también con la cruz de la persecución»

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 15, viernes 11 de abril de 2014

«Dios perdona no con un decreto sino con una caricia». Y con la misericordia «Jesús va incluso más allá de la ley y perdona acariciando las heridas de nuestros pecados». A esta gran ternura divina el Papa Francisco dedicó la homilía de la misa del lunes 7 de abril.

«Las lecturas de hoy —explicó el Pontífice— nos hablan del adulterio», que junto a la blasfemia y la idolatría era considerado «un pecado gravísimo en la ley de Moisés», sancionado «con la pena de muerte» por lapidación. El adulterio, en efecto, «va contra la imagen de Dios, la fidelidad de Dios», porque «el matrimonio es el símbolo, y también una realidad humana de la relación fiel de Dios con su pueblo». Así, «cuando se arruina el matrimonio con un adulterio, se ensucia esta relación entre Dios y el pueblo». En ese tiempo era considerado «un pecado grave» porque «se ensuciaba precisamente el símbolo de la relación entre Dios y el pueblo, de la fidelidad de Dios».

En el pasaje evangélico propuesto en la liturgia (*Jn 8, 1-11*), que relata la historia de la mujer adúltera, «encontramos a Jesús que estaba sentado allí, entre mucha gente, y hacía las veces de catequista, enseñaba». Luego «se acercaron los escribas y los fariseos con una mujer que llevaban delante de ellos, tal vez con las manos atadas, podemos imaginar». Y, así, «la colocaron en medio y la acusaron: ¡he aquí una adúltera!». Se trataba de una «acusación pública». Y, relata el Evangelio, hicieron una pregunta a Jesús: «¿Qué tenemos que hacer con esta mujer? Tú nos hablas de bondad pero Moisés nos dijo que tenemos que matarla». Ellos «decían esto —destacó el Pontífice— para ponerlo a prueba, para tener un motivo para acusarlo». En efecto, «si Jesús decía: sí, adelante con la lapidación», tenían la ocasión de decir a la gente: «pero este es vuestro maestro tan bueno, mira lo que hizo con esta pobre mujer». Si, en cambio, «Jesús decía: no, pobrecilla, perdonadla», he aquí que podían acusarlo «de no cumplir la ley». Su único objetivo era «poner precisamente a prueba y tender una trampa» a Jesús. «A ellos no les importaba la mujer; no les importaban los adulterios». Es más, «tal vez algunos de ellos eran adúlteros».

Por su parte, a pesar de que había mucha gente alrededor, «Jesús quería permanecer solo con la mujer, quería hablar al corazón de la mujer: es la cosa más importante para Jesús». Y «el pueblo se había marchado lentamente» tras escuchar sus palabras: «El que esté sin pecado, que tire la primera piedra».

«El Evangelio con una cierta ironía —comentó el obispo de Roma— dice que todos se marcharon, uno por uno, comenzando por los más ancianos». He aquí, entonces, «el momento de Jesús confesor». Queda «solo con la mujer», que permanecía «allí en medio». Mientras tanto, «Jesús estaba inclinado y escribía con el dedo en el polvo de la tierra. Algunos exegetas dicen que Jesús escribía los pecados de estos escribas y fariseos. Tal vez es una imaginación». Luego «se levantó y miró» a la mujer, que estaba «llena de vergüenza, y le dijo: Mujer, ¿dónde están tus acusadores? ¿Ninguno te ha condenado? Estamos solos, tú y yo. Tú ante Dios. Sin acusaciones, sin críticas: tú y Dios». La mujer no se proclama víctima de «una falsa acusación», no se defiende afirmando: «yo no cometí adulterio». No, «ella reconoce su pecado» y responde a Jesús: «Ninguno, Señor, me ha condenado». A su vez Jesús le dijo: «Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más, para no pasar un mal momento, para no pasar tanta vergüenza, para no ofender a Dios, para no ensuciar la hermosa relación entre Dios y su pueblo».

Así, pues, «Jesús perdona. Pero aquí hay algo más que el perdón. Porque como confesor Jesús va más allá de la ley». En efecto, «la ley decía que ella tenía que ser castigada». Pero Él «va más allá. No le dice: no es pecado el adulterio. Ni tampoco la condena con la ley». Precisamente «este es el misterio de la misericordia de Jesús».

Y «Jesús para tener misericordia» va más allá de «la ley que mandaba la lapidación»; y dice a la mujer que se marche en paz. «La misericordia —explicó el Papa— es algo difícil de comprender: no borra los pecados», porque para borrar los pecados «está el perdón de Dios». Pero «la misericordia es el modo como perdona Dios». Porque «Jesús podía decir: yo te perdono, anda. Como dijo al paralítico: tus pecados están perdonados». En esta situación «Jesús va más allá» y aconseja a la mujer «que no peque más». Y «aquí se ve la actitud misericordiosa de Jesús: defiende al pecador de los enemigos, defiende al pecador de una condena justa».

Esto, añadió el Pontífice, «vale también para nosotros». Y afirmó: «¡Cuántos de nosotros tal vez mereceríamos una condena! Y sería incluso justa. Pero Él perdona». ¿Cómo? «Con esta misericordia» que «no borra el pecado: es el perdón de Dios el que lo borra», mientras que «la misericordia va más allá». Es «como el cielo: nosotros miramos al cielo, vemos muchas estrellas, pero cuando sale el sol por la mañana, con mucha luz, las estrellas no se ven». Y «así es la misericordia de Dios: una gran luz de amor, de ternura». Porque «Dios perdona no con un decreto, sino con una caricia». Lo hace «acariciando nuestras heridas de pecado porque Él está implicado en el perdón, está involucrado en nuestra salvación».

Con este estilo, concluyó el Papa, «Jesús es confesor». No humilla a la mujer adúltera, «no le dice: qué has hecho, cuándo lo has hecho, cómo lo has hecho

y con quién lo has hecho». Le dice en cambio «que se marche y que no peque más: es grande la misericordia de Dios, es grande la misericordia de Jesús: nos perdona acariciándonos».

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 15, viernes 11 de abril de 2014

La Cruz no es sólo un ornamento para nuestras iglesias, ni sólo un símbolo que nos distingue de los demás. Es el misterio del amor de Dios que se humilla por nuestra salvación. Lo recordó el Papa Francisco el martes 8 de abril durante la celebración de la misa.

Al comentar el Evangelio de Juan (8, 21-30) el Pontífice recordó que «en tres ocasiones en este pasaje del Evangelio Jesús habla de morir en el propio pecado: "moriréis en vuestros pecados...". Y este era nuestro destino. También el destino de la gente que atravesó el mar Rojo, que habló mal del Señor y dijo contra Dios, contra Moisés: "¿Por qué nos habéis hecho salir de Egipto...?". Luego llegaron las serpientes y el pueblo dijo: "Hemos pecado porque hemos hablado contra el Señor...". Y si el Señor no hubiese dado un signo para salvarlos se hubiesen muerto en su pecado. No hay posibilidad de salir por nosotros mismos de nuestro pecado».

Los «doctores de la ley, estas personas —continuó el Papa— enseñaban la ley pero no tenían una idea clara de la misma. Pensaban, sí, en el perdón de Dios, pero se sentían fuertes, autosuficientes. Sabían todo y, al final, habían hecho de la religión, de la adoración de Dios una cultura con valores propios, con ciertas reflexiones y también con normas de conducta para ser educados. Pensaban, sí, que el Señor puede perdonar, lo sabían. Pero lo tenían lejano». Refiriéndose luego al pasaje del libro de los Números (21, 4-9), el Santo Padre destacó que «el Señor en el desierto mandó a Moisés a hacer una serpiente y ponerla sobre un estandarte, y, luego, "cuando una serpiente mordía a alguien, este miraba a la serpiente de bronce y salvaba la vida"».

¿Pero qué es la serpiente? «La serpiente —explicó el Pontífice— es el signo del pecado. Pensemos en el libro del Génesis: la serpiente sedujo a Eva, le propuso el pecado». Y Dios manda elevar la serpiente, es decir el pecado, como bandera de victoria. Es algo que, admitió el Santo Padre, «no se comprende bien si no se percibe lo que Jesús nos dice en el Evangelio. Jesús dijo a los judíos: "Cuando levantéis en alto al Hijo del hombre, sabréis que 'Yo soy', y que no hago nada por mi cuenta, sino que hablo como el Padre me ha enseñado"». Y, luego, al haber elevado el símbolo de su pecado y haberlo transformado en instrumento de salvación representa precisamente la redención que viene del Cristo elevado en la cruz.

«El cristianismo —continuó el obispo de Roma— no es una doctrina filosófica,

no es un programa de vida para ser educados, para construir la paz. Estas son las consecuencias. El cristianismo es una persona, una persona elevada en la cruz. Una persona que se anonadó a sí misma para salvarnos. Cargó sobre sí el pecado. Y, así, como en el desierto fue elevado el pecado, aquí fue elevado Dios hecho hombre por nosotros. Y todos nuestros pecados estaban allí». Por ello, advirtió, «no se comprende el cristianismo sin comprender esta humillación profunda del hijo de Dios que se humilló a sí mismo haciéndose siervo hasta la muerte de cruz. Para servir».

Como lo hizo san Pablo, también nosotros podemos hablar de aquello en lo que nos gloriamos. Pero, especificó el Papa Francisco, podemos gloriarnos «por nuestra parte sólo de nuestros pecados. No tenemos otras cosas en las que podamos gloriarnos: esta es nuestra miseria». Sin embargo, «gracias a la misericordia de Dios, nos gloriamos en Cristo crucificado. Y por ello no existe un cristianismo sin cruz, y no existe una cruz sin Jesucristo».

Por lo tanto, «el corazón de la salvación de Dios —afirmó el Pontífice— es su hijo que carga sobre sí todos nuestros pecados, nuestras soberbias, nuestras seguridades, nuestras vanidades, nuestras ganas de llegar a ser como Dios. Un cristiano que no sabe gloriarse en Cristo crucificado, no ha comprendido lo que significa ser cristiano. Nuestras llagas, las que deja el pecado en nosotros, se curan sólo con las llagas del Señor, con las llagas de Dios hecho hombre, humillado, anonadado. Este es el misterio de la cruz. No es sólo un ornamento que debemos poner en las iglesias, sobre el altar; no es sólo un símbolo que nos debe distinguir de los demás. La cruz es un misterio: el misterio del amor de Dios que se humilla, que se anonada» para salvarnos de nuestros pecados. «¿Dónde está tu pecado?», preguntó a este punto el Santo Padre. «Tu pecado —fue su respuesta— está allí en la cruz. Ve a buscarlo allí, en las llagas del Señor, y tu pecado será curado, tus llagas serán sanadas, tu pecado será perdonado. El perdón que nos da Dios no es cancelar una cuenta que nosotros tenemos con Él. El perdón que nos da Dios son las llagas de su hijo, elevado en la cruz». Y su deseo final fue que el Señor «nos atraiga hacia Él y que nos dejemos curar».

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 16, viernes 18 de abril de 2014

«También hoy existe la dictadura del pensamiento único». Si no se piensa de un modo determinado no se es considerado moderno, abierto. Y peor aún es «cuando algunos gobernantes piden una ayuda financiera» y se les responde: «pero si tú quieres esta ayuda debes pensar de esta forma y debes hacer esta ley y esta otra». El riesgo del pensamiento único que debilita la relación con Dios fue el centro de la homilía del Papa Francisco durante la misa que celebró el jueves 10 de abril, por la mañana, en la Casa Santa Marta. «El fenómeno del pensamiento único» siempre ha causado «desgracias en la historia de la humanidad», afirmó el Santo Padre recordando incluso las tragedias de las dictaduras del siglo XX. Pero, dijo, se puede reaccionar: rezando y vigilando. Refiriéndose a las lecturas del día el Papa destacó cómo la liturgia «nos hace ver la promesa de Dios a Abrahán nuestro padre». La referencia es al pasaje del Génesis (17, 3-9), en el que Dios promete a Abrahán que llegará a ser «padre de una muchedumbre de pueblos». Y «el pueblo de Dios desde ese momento —explicó el Papa— comenzó a caminar tratando» de hacer realidad esa promesa, de convertirla en una realidad. Es «una promesa que, también por parte de Abrahán con Dios, tiene la forma de alianza».

Y así, continuó el Santo Padre, «se comprende que los mandamientos no son una ley fría; los mandamientos nacieron de esta relación de amor, de esta promesa, de esta alianza». Y, partiendo del pasaje del Evangelio de Juan (8, 51-59) proclamado en la liturgia, el Pontífice continuó su reflexión indicando que «el error de esos doctores de la ley que no eran buenos y querían lapidar a Jesús —en ese tiempo existían también fariseos y doctores de la ley buenos— fue el hecho de separar los mandamientos de la promesa, de la alianza». Es decir, «separar los mandamientos del corazón de Dios que mandó a Abrahán a caminar siempre hacia adelante».

Para el Papa Francisco «el error, la equivocación de esta gente» nace de no haber «comprendido el camino de la esperanza: creían que con los mandamientos todo era pleno, todo se cumplía». Pero «los mandamientos nacidos del amor de esta fidelidad de Dios son normas para seguir adelante, indicaciones para no errar: nos ayudan a caminar y a terminar en el encuentro con Jesús». En cambio, «esta gente de la que hoy habla el Evangelio no sabe relacionar el cumplimiento de los mandamientos con la alianza de Dios con su padre Abrahán». Y repiten continuamente que «hay leyes que tenemos que

cumplir». Lo hacen porque «tienen el corazón cerrado, su mente está cerrada a toda novedad e incluso a lo que habían prometido los profetas».

He aquí, destacó el Pontífice, «el drama del corazón cerrado, el drama de la mente cerrada. Y cuando el corazón está cerrado, este corazón cierra la mente. Y cuando corazón y mente están cerrados no hay sitio para Dios». Sí, explicó el Papa, estamos «sólo nosotros» y, por lo demás, convencidos al decir que «se debe hacer sólo lo que yo creo», seguros además de hacer exactamente «lo que dicen los mandamientos». Pero «los mandamientos conducen a una promesa y los profetas despiertan esta promesa».

Ante la «mente cerrada, según Jesús no es posible convencer, no es posible dar una mensaje de novedad». Que, además, «no es nuevo» sino que «es lo que había sido prometido por la fidelidad de Dios y por los profetas». Sin embargo, los interlocutores de Jesús «no comprenden: tienen la mente cerrada, el pensamiento cerrado, porque en su egoísmo, en sus pecados, cerraron su corazón». Seguramente, añadió el Pontífice, «esta gente no había escuchado a los profetas y no escuchaba a Jesús». Su terquedad, sin embargo, «era algo más que una simple testarudez. No, es algo más. Es la idolatría del propio pensamiento: yo lo pienso así, esto debe ser así y nada más».

Los fariseos presentes hoy en el pasaje evangélico «tenían un pensamiento único y querían imponer este pensamiento al pueblo de Dios. Por ello Jesús los reprende porque cargan sobre los hombros del pueblo muchos mandamientos. Reprende su incoherencia» que se desprende del pensamiento: «ise debe hacer así!». De este modo tienen una «teología que se hace esclava de este esquema de su pensamiento único». Termina con que «no hay posibilidad de diálogo, de abrirse a las novedades que Dios trae con los profetas».

El «fenómeno del pensamiento único» causó siempre «desgracias en la historia de la humanidad», afirmó el Pontífice. Pero «incluso hoy —alertó el Papa— existe la idolatría del pensamiento único. Hoy se debe pensar así y si tú no piensas así no eres moderno, no eres abierto». Por lo tanto, «también hoy está la dictadura del pensamiento único y esta dictadura es la misma de esta gente» de la que habla el Evangelio. El modo de actuar es el mismo. Es gente que «toma las piedras para lapidar la libertad de los pueblos, la libertad de la gente, la libertad de las conciencias, la relación de la gente con Dios. Y hoy Jesús está crucificado otra vez».

El Pontífice concluyó exhortando a «no ser tontos», a no comprar cosas que no sirven. Y a «ser humildes y rezar para que el Señor nos dé siempre la libertad del corazón abierto para recibir su Palabra que es promesa y alegría. Es alianza. Y con esta alianza seguir adelante».

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 16, viernes 18 de abril de 2014

«El diablo existe también en el siglo XXI y debemos aprender del Evangelio cómo luchar» contra él para no caer en la trampa. Para hacerlo no hay que ser «ingenuos», por ello se deben conocer sus estrategias para las tentaciones, que siempre tienen «tres características»: comienzan despacio, luego crecen por contagio y al final encuentran la forma para justificarse. El Papa alertó acerca del considerar que hablar del diablo hoy sea cosa «de antiguos» y en esto centró su meditación en la misa del viernes 11 de abril.

El Pontífice habló expresamente de «lucha». Por lo demás, explicó, también «la vida de Jesús fue una lucha: Él vino para vencer el mal, para vencer al príncipe de este mundo, para vencer al demonio». Jesús luchó con el demonio que lo tentó muchas veces y «sintió en su vida las tentaciones y también las persecuciones». Así «también nosotros cristianos que queremos seguir a Jesús, y que por medio del Bautismo estamos precisamente en la senda de Jesús, debemos conocer bien esta verdad: también nosotros somos tentados, también nosotros somos objeto del ataque del demonio». Esto sucede «porque el espíritu del mal no quiere nuestra santidad, no quiere el testimonio cristiano, no quiere que seamos discípulos de Jesús».

Pero, se preguntó el Papa, «¿cómo hace el espíritu del mal para alejarnos del camino de Jesús con su tentación?». La respuesta a este interrogante es decisiva. «La tentación del demonio —explicó el Pontífice— tiene tres características y nosotros debemos conocerlas para no caer en las trampas». Ante todo «la tentación comienza levemente pero crece, siempre crece». Luego «contagia a otro»: se «transmite a otro, trata de ser comunitaria». Y «al final, para tranquilizar el alma, se justifica». De este modo las características de la tentación se expresan en tres palabras: «crece, se contagia y se justifica».

Pero si «se rechaza la tentación», luego «crece y vuelve más fuerte». Jesús, explicó el Papa, lo dice en el Evangelio de Lucas y advierte que «cuando se rechaza al demonio, da vueltas y busca algunos compañeros y vuelve con esta banda». Y he aquí que «la tentación es más fuerte, crece. Pero crece incluso involucrando a otros». Es precisamente eso lo que sucedió con Jesús, como relata el pasaje evangélico de Juan (10, 31-42) propuesto por la liturgia. «El demonio —afirmó el Pontífice— involucra a estos enemigos de Jesús que, a este punto, hablan con Él con las piedras en las manos», listos para matarlo.

La tercera característica de la tentación del demonio es que «al final se justifica». El Papa Francisco, al respecto, recordó la reacción del pueblo cuando Jesús volvió «por primera vez a su casa en Nazaret» y fue a la sinagoga. Primero todos quedaron asombrados por sus palabras, luego, inmediatamente, la tentación: «¿Pero no es éste el hijo de José, el carpintero, y de María? ¿Con qué autoridad habla si nunca fue a la universidad y jamás estudió?». De este modo buscaron justificar su propósito de «matarlo en ese momento, lanzarlo desde el monte».

También en el pasaje de Juan los interlocutores de Jesús querían matarlo, tanto que «tenían las piedras en las manos y discutían con Él». Así, «la tentación implicó a todos en contra de Jesús»; y todos «se justificaban» por esto. Para el Papa Francisco «el punto más alto, más fuerte de la justificación es el del sacerdote» que dice: «Pero acabemos con Él de una vez, vosotros no entendéis nada. ¿No sabéis que es mejor que un hombre muera por el pueblo? Debe morir para salvar al pueblo». Y todos los demás le daban la razón: es «la justificación total».

También nosotros, advirtió el Pontífice, «cuando somos tentados, vamos por este mismo camino. Tenemos una tentación que crece y contagia a otro». Basta pensar en las habladurías: si tenemos «un poco de envidia», no la mantenemos dentro sino que la compartimos. Y es así que la crítica «trata de crecer y contagia a otro y a otro...». Precisamente «este es el mecanismo de las habladurías y todos nosotros hemos sido tentados de criticar», reconoció el Papa, confesando: «¡También yo he sido tentado de criticar! Es una tentación cotidiana», que «comienza así, suavemente, como el hilo de agua». He aquí por qué, afirmó una vez más el Papa, se debe estar «atentos cuando en nuestro corazón sentimos algo que acabará por destruir a las personas, destruir la fama, destruir nuestra vida, llevándonos a la mundanidad, al pecado». Se debe estar «atentos —añadió— porque si no detenemos a tiempo ese hilo de agua, cuando crece y contagia llega a ser una marea tal que llevará a justificarnos del mal».

«Todos somos tentados —afirmó el Pontífice— porque la ley de nuestra vida espiritual, de nuestra vida cristiana, es una lucha». Y lo es en consecuencia del hecho que «el príncipe de este mundo no quiere nuestra santidad, no quiere que sigamos a Cristo».

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 19, viernes 9 de mayo de 2014

Hay muchos cristianos que tienen «miedo a la alegría». Cristianos «murciélagos», los definió «con un poco de humor» el Papa Francisco, que van con «cara de funeral», moviéndose en la sombra en lugar de dirigirse «a la luz de la presencia del Señor».

El hilo conductor de la meditación del jueves 24 de abril en la capilla de la Casa Santa Marta fue precisamente el contraste entre los sentimientos que experimentaron los Apóstoles después de la resurrección del Señor: por una parte, la alegría de saber que había resucitado, y, por otra, el miedo de verlo de nuevo en medio de ellos, de entrar en contacto real con su misterio viviente. Inspirándose en san Lucas (24, 35-48) propuesto por la liturgia, el Papa recordó, en efecto, que «la tarde de la resurrección los discípulos estaban contando lo que habían visto»: los dos discípulos de Emaús hablaban de su encuentro con Jesús durante el camino, y así también Pedro. En resumen, «todos estaban contentos porque el Señor había resucitado: estaban seguros de que el Señor había resucitado». Pero precisamente «estaban hablando de estas cosas», relata el Evangelio, «cuando se presenta Jesús en medio de ellos» y les dice: «Paz a vosotros».

En ese momento, observó el Papa, sucedió algo diferente de la paz. En efecto, el Evangelio describe a los apóstoles «aterrorizados y llenos de miedo». No «sabían qué hacer y creían ver un fantasma». Así, prosiguió el Papa, «todo el problema de Jesús era decirles: Pero mirad, no soy un fantasma; palpadme, imirad mis heridas!».

Se lee además en el texto: «Como no acababan de creer por la alegría...». Este es el punto focal: los discípulos «no podían creer porque tenían miedo a la alegría». En efecto, Jesús «los llevaba a la alegría: la alegría de la resurrección, la alegría de su presencia en medio de ellos». Pero precisamente esta alegría se convirtió para ellos en «un problema para creer: por la alegría no creían y estaban atónitos».

En resumen, los discípulos «preferían pensar que Jesús era una idea, un fantasma, pero no la realidad».

«El miedo a la alegría es una enfermedad del cristiano». También nosotros, explicó el Pontífice, «tenemos miedo a la alegría», y nos decimos a nosotros mismos que «es mejor pensar: sí, Dios existe, pero está allá, Jesús ha resucitado, ¡está allá!». Como si dijéramos: «Mantengamos las distancias». Y

así «tenemos miedo a la cercanía de Jesús, porque esto nos da alegría». Esta actitud explica también por qué hay «tantos cristianos de funeral», cuya «vida parece un funeral permanente». Cristianos que «prefieren la tristeza a la alegría; se mueven mejor en la sombra que en la luz de la alegría». Precisamente «como esos animales —especificó el Papa— que logran salir solamente de noche, pero que a la luz del día no ven nada. ¡Como los murciélagos! Y con sentido del humor diríamos que son “cristianos murciélagos”, que prefieren la sombra a la luz de la presencia del Señor». En cambio, «muchas veces nos sobresaltamos cuando nos llega esta alegría o estamos llenos de miedo; o creemos ver un fantasma o pensamos que Jesús es un modo de obrar». Hasta tal punto que nos decimos a nosotros mismos: «Pero nosotros somos cristianos, ¡y debemos actuar así!». E importa muy poco que Jesús no esté. Más bien, habría que preguntar: «Pero, ¿tú hablas con Jesús? ¿Le dices: Jesús, creo que estás vivo, que has resucitado, que estás cerca de mí, que no me abandonas?». Este es el «diálogo con Jesús», propio de la vida cristiana, animado por la certeza de que «Jesús está siempre con nosotros, está siempre con nuestros problemas, con nuestras dificultades y con nuestras obras buenas».

Por eso, reafirmó el Pontífice, es necesario superar «el miedo a la alegría» y pensar en cuántas veces «no somos felices porque tenemos miedo». Como los discípulos que, explicó el Papa, «habían sido derrotados» por el misterio de la cruz. De ahí su miedo. «Y en mi tierra —añadió— hay un dicho que dice así: el que se quema con leche, ve una vaca y llora». Y así los discípulos, «quemados con el drama de la cruz, dijeron: no, ¡detengámonos aquí! Él está en el cielo, está muy bien así, ha resucitado, pero que no venga otra vez aquí, ¡porque ya no podemos más!».

El Papa Francisco concluyó su meditación invocando al Señor para que «haga con todos nosotros lo que hizo con los discípulos, que tenían miedo a la alegría: abrir nuestra mente». En efecto, se lee en el Evangelio: «Entonces les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras». Así pues, el Papa deseó «que el Señor abra nuestra mente y nos haga comprender que Él es una realidad viva, que tiene cuerpo, está con nosotros y nos acompaña, que ha vencido: pidamos al Señor la gracia de no tener miedo a la alegría».

**Homilías del Papa Francisco, en la Misa de la mañana en santa Marta.
Año 2014.**



Textos tomados de: www.vatican.va
Compuestos por: alphonsus2002@googlemail.com
Mayo.

2 de mayo de 2014. También hoy se mata en nombre de Dios.

5 de mayo de 2014. Quien tiene sitio en la Iglesia.

6 de mayo de 2014. El testimonio del cristiano.

8 de mayo de 2014. Nada de burocracia en la sacristía.

9 de mayo de 2014. Quien disminuye y quien crece.

12 de mayo de 2014. Todos somos ostiarios.

13 de mayo de 2014. Aquellos que abren las puertas.

15 de mayo de 2014. Entre memoria y esperanza.

16 de mayo de 2014. Tres puertas.

19 de mayo de 2014. Entre movimiento y firmeza.

20 de mayo de 2014. Como niños ante un regalo.

22 de mayo de 2014. La obra de Jesús.

30 de mayo de 2014. De la tristeza a la alegría.

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 19, viernes 9 de mayo de 2014

El Papa Francisco lloró al recibir la noticia de los cristianos que en estos días fueron crucificados en un país no cristiano. Lo dijo él mismo en la celebración de la misa en la capilla de la Casa Santa Marta, el viernes 2 de mayo, por la mañana. También hoy, dijo, hay gente que piensa en adueñarse de las conciencias y así «en nombre de Dios mata, persigue». Y hay cristianos que, como los apóstoles, «son dichosos al ser juzgados dignos de sufrir ultrajes por el nombre de Jesús».

Precisamente esta «alegría de los mártires cristianos» es una de las «tres imágenes» propuestas por el Pontífice. Mártires «hoy —afirmó— hay muchos: pensad que en algunos países sólo por llevar el Evangelio vas a la cárcel. No puedes llevar una cruz, te harán pagar la multa. Pero el corazón está alegre». Una imagen, la de la «alegría del testimonio», que ve precisamente juntos a los apóstoles con los mártires de hoy. Y de la predicación de los apóstoles el Papa quiso hablar en la homilía, al recordar que cuando fueron arrestados y flagelados se sentían dichosos por haber dado testimonio del Señor.

Las otras dos imágenes presentadas por el Pontífice son: Jesús con todo su amor por la gente y «la hipocresía de los dirigentes eclesiásticos con todas sus maniobras políticas» para oprimir al pueblo.

El pasaje del Evangelio de san Juan (6, 1-15) relata que a Jesús le seguía «mucha gente, porque habían visto los signos que hacía con los enfermos, con los endemoniados». Pero lo seguían también para escucharlo, explicó el Papa, «porque la gente decía de Él: ¡éste habla con autoridad! No como los demás, los doctores de la ley, los saduceos, toda esta gente que hablaba pero sin autoridad». Estas eran personas, en efecto, que «no tenían un discurso fuerte como el de Jesús». Y «fuerte no porque Jesús gritase: fuerte en su mansedumbre, en su amor, fuerte en la mirada» con la que el Señor «miraba a la gente, con mucho amor». La fuerza es precisamente el amor: he aquí la autoridad de Jesús, y por eso «la gente lo seguía». «Jesús ama a la gente» y «piensa en el hambre de la gente: "Los que están aquí tienen hambre, ¿cómo podemos darles de comer?"». Jesús «se ocupa de los problemas de la gente. A Él no se le pasa por la cabeza hacer, por ejemplo, un censo: veamos cuántos nos siguen, ¿ha crecido la Iglesia?». Jesús «habla, predica, ama, acompaña, camina con la gente». Es «manso, humilde». Hasta tal punto que «cuando la gente, dejándose llevar un poco por el entusiasmo de ver a una persona tan

buena que habla con autoridad, que ama tanto, quiere hacerlo rey, Él los detiene. Y les dice: ¡no, esto no! Y se marcha».

El Papa Francisco hizo referencia también a la primera lectura (*Hch 5, 34-42*), que presenta a los discípulos con el «problema del Sanedrín, cuando los saduceos lo detienen tras la curación de un enfermo». Y recordó que, después de la curación, «el sumo sacerdote con los que estaban de su parte, es decir, la secta de los saduceos, llenos de celos, tomaron a los apóstoles y los llevaron a la prisión pública». Pero «sabemos que el ángel hizo salir a los apóstoles de la prisión»; y así fueron inmediatamente al templo a enseñar. La reacción del sumo sacerdote y de su gente, fue la de llevar a los apóstoles ante el sanedrín. «Pero yo —dijo el Papa— quisiera detenerme un poco en esta palabra: llenos de celos». Estaban celosos porque «no toleraban que la gente siguiese a Jesús. No lo soportaban», y por ello «estaban celosos». Pero se trata de «una mala actitud»: de los celos, en efecto, se pasa a la envidia.

Sin embargo, continuó, «esta gente sabía bien quién era Jesús, lo sabía». Por lo demás, «esta gente era la misma que había pagado a los guardias para que dijeran que los apóstoles habían robado el cuerpo de Jesús. Habían pagado para silenciar la verdad». Y «cuando se paga para esconder la verdad, estamos en una maldad muy grande». También el pueblo sabía quiénes eran estas personas y, en efecto, no las seguían. Más bien las «toleraban, porque tenían la autoridad: la autoridad del culto, la autoridad de la disciplina eclesiástica en ese tiempo, la autoridad del pueblo».

En cambio «la gente seguía a Jesús», quien les dice claramente a los poderosos que «cargaban pesos opresores sobre los fieles y los ponían sobre los hombros de la gente». Poderosos que no toleraban la mansedumbre de Jesús, no toleraban la mansedumbre del Evangelio, no toleraban el amor y llegaban incluso a pagar por envidia, por odio.

He aquí, por lo tanto, «dos imágenes» que se contraponen. La imagen de Jesús conmovido con la gente porque, dice el Evangelio, veía a las personas «como ovejas que no tienen pastor». Y luego «éstos con sus maniobras políticas, con sus maniobras eclesiásticas para seguir dominando al pueblo».

En definitiva, destacó el Papa, «algo tenían que hacer» y decidieron: «les daremos unos buenos bastonazos y después, ¡a casa!». Cometieron una injusticia, porque se consideraban «dueños de las conciencias» y «se sentían con el poder de hacerlo». Y, añadió el Pontífice, «también hoy en el mundo son muchos» los que se comportan así.

Precisamente al respecto el Papa Francisco confesó haber llorado al recibir la noticia de los «cristianos crucificados en cierto país no cristiano». Sí, afirmó, «también hoy esta gente en nombre de Dios mata, persigue». Pero «también hoy hay gente» con la misma actitud de los apóstoles que —se lee en los Hechos— «se marcharon del Sanedrín alegres de haber sido juzgados dignos

de sufrir ultrajes por el nombre de Jesús». Y precisamente esta es «la tercera imagen de hoy» propuesta por el obispo de Roma: «la alegría del testimonio». Son tres imágenes para observar bien, porque tienen relación con la cuestión central de «nuestra historia de salvación».

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 19, viernes 9 de mayo de 2014

En la Iglesia no hay sitio para quien sigue a Jesús sólo por vanidad, por deseo de poder y por deseo de acumular dinero. Sólo hay sitio para quien lo ama y lo sigue precisamente porque lo ama. Ha sido muy claro el Papa Francisco al reafirmar la actitud justa del cristiano que se pone en camino por la senda del Señor. Y el lunes 5 de mayo, por la mañana, en la misa que celebró en la capilla de Santa Marta, pidió que nos preguntemos de qué modo seguimos a Jesús.

El Pontífice partió del pasaje de san Juan (6, 22-29) en el que se dice que la multitud, que comió gracias al milagro de la multiplicación de los panes y de los peces realizado por Jesús, al no verlo ya, lo va a buscar «a la otra orilla del mar». Jesús, dijo el Papa, «llama la atención de la gente sobre algunas actitudes que no son buenas y, es más, hacen mal». Después de la multiplicación de los panes «la gente estaba alegre» por lo que había hecho Jesús, hasta el punto que «querían convertirlo en rey». Pero Él «huyó, solo. Fue a rezar al monte. Luego, esta gente, que lo seguía con el corazón, lo amaba, al enterarse que Jesús estaba en la otra orilla, fueron a buscarlo. Jesús los reprende por esta actitud: “En verdad os digo: vosotros me buscáis no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros”». Es como si dijese: «Vosotros me buscáis por un interés». Y «creo —añadió el Pontífice— que nos hace siempre bien preguntarnos: ¿por qué busco a Jesús? ¿Por qué sigo a Jesús?».

«Nosotros somos todos pecadores», explicó el Santo Padre. Y, por lo tanto, siempre tenemos algún interés, algo «que purificar al seguir a Jesús; debemos trabajar interiormente para seguirlo, por Él, por amor».

Pero también la gente de la que habla el Evangelio lo amaba. «Lo amaba de verdad», destacó el Papa, porque «hablaba como uno que tiene autoridad». Sin embargo había también ventajas. Y «en mi seguimiento de Jesús —se preguntó de nuevo el obispo de Roma— ¿busco algo que no es precisamente Jesús? ¿Tengo rectitud de intención o no?». La respuesta se puede encontrar en las enseñanzas mismas de Jesús, el cual «indica tres actitudes que no son buenas al seguirlo a Él o al buscar a Dios».

La primera es la vanidad, en relación a la cual el obispo de Roma hizo referencia a las advertencias de Jesús contenidas en el Evangelio de Mateo (6, 3-5; 16-17). Y esto, destacó, «lo dice sobre todo a los dirigentes, que querían

hacerse ver, porque les gustaba —para decir la palabra justa— darse importancia. Y se comportaban como auténticos pavos reales. Pero Jesús dice: no, esto no funciona. La vanidad no hace bien».

Algunas veces también «nosotros hacemos cosas buscando sobresalir» por vanidad. Pero, advirtió el Pontífice, la vanidad es peligrosa porque puede hacernos resbalar hacia el orgullo, la soberbia. Y cuando sucede esto, «todo se acaba». Por ello, sugirió, siempre debemos preguntarnos: «¿Cómo hago las cosas? Las cosas buenas que hago, ¿las hago a escondidas o para que me vean?». Y si Jesús dice esto a los dirigentes, a los jefes, es como si «lo dijese a nosotros, a nosotros pastores. Un pastor que es vanidoso no hace bien al pueblo de Dios». A esos dirigentes de los que habla Jesús en el Evangelio les gustaba vestirse con trajes de lujo, destacó entre otras cosas el Papa. Y confesó que cuando ve «a un pastor, a un sacerdote, a un obispo que va por la calle vestido majestuosamente, como si fuese a una fiesta mundana», se pregunta: «¿Qué piensa la gente de esto? Que ese pastor no sigue a Jesús; sea sacerdote u obispo, no sigue a Jesús. Luego le sigue un poco pero le gusta la vanidad».

Esta es una de las cosas que Jesús reprocha. Y del mismo modo reprende a quien busca el poder. «Algunos siguen a Jesús porque inconscientemente buscan el poder», explicó el Santo Padre. Y recordó las peticiones de Juan y Santiago, los hijos de Zebedeo, que querían un sitio de poder cuando llegase el reino prometido. «En la Iglesia hay trepadores, y son muchos...», comentó el Papa. Pero sería mejor, añadió, que fuesen «hacia el norte e hicieran alpinismo. Y más sano. Pero no vengan a la Iglesia para trepar». Jesús, recordó también, «reprende a esos trepadores que buscan el poder. A Santiago y a Juan, a quienes tanto quería, que buscaban el poder, les dijo: pero vosotros no sabéis lo que pedís, no lo sabéis».

El deseo de poder por parte de los discípulos de Jesús, recordó una vez más el Santo Padre, se prolongó hasta el último instante, hasta el momento en el que Jesús estaba a punto de subir al cielo. Ellos pensaban que estaba casi llegando el momento del reino y su pregunta al Señor era: «¿Ahora llega el reino, el momento de nuestro poder?». Sólo cuando desciende sobre ellos el Espíritu Santo, explicó, los discípulos comprenden y cambian de actitud. En nuestra vida cristiana, sin embargo, «el pecado —destacó el obispo de Roma— permanece. Y por ello nos hará bien hacernos la pregunta: ¿cómo sigo yo a Jesús? ¿Sólo por Él, incluso hasta la cruz, o busco el poder y uso a la Iglesia, a la comunidad cristiana, a la parroquia, a la diócesis para tener un poco de poder?».

La tercera cuestión «que nos aleja de la rectitud de intención es el dinero». Están, en efecto, «los que siguen a Jesús por el dinero —afirmó sin medias tintas el Papa— y con el dinero. Buscan aprovecharse económicamente de la

parroquia, de la diócesis, de la comunidad cristiana, del hospital, del colegio... Esta tentación existió desde el inicio. Y hemos conocido muchos buenos católicos, buenos cristianos, amigos, bienhechores de la Iglesia, incluso con varias honorificencias, muchas. Y que luego se descubrió que hicieron negocios un poco oscuros. Eran auténticos especuladores e hicieron mucho dinero. Se presentaban como bienhechores de la Iglesia, pero acumulaban mucho dinero y no siempre era dinero limpio».

Y aquí el Santo Padre repitió las preguntas: «¿Cómo sigo yo a Jesús? ¿Hay vanidad en mi seguimiento de Jesús? ¿Hay deseo de poder? ¿Hay deseo de dinero? Nos hará bien —exhortó— examinar un poco nuestro corazón, nuestra conciencia sobre la rectitud de intención en el seguimiento de Jesús. ¿Lo sigo sólo por Él? Y este es el camino de la santidad. ¿O lo sigo por Él pero también para tener alguna ventaja para mí?». Y esto no es cristiano. Por lo tanto, concluyó, «pidamos al Señor la gracia de enviarnos el Espíritu Santo para seguirlo con rectitud de intención: sólo por Él, sin vanidad, sin deseo de poder, y sin deseo de dinero».

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 20, viernes 16 de mayo de 2014

Testimoniar a Cristo es la esencia de la Iglesia que, de otro modo, acabaría siendo sólo una estéril «universidad de la religión» impermeable a la acción del Espíritu Santo. Lo volvió a afirmar el Papa Francisco en la misa del martes 6 de mayo, en la Casa Santa Marta.

La meditación sobre la fuerza del testimonio surgió del pasaje de los Hechos de los apóstoles (7, 51-8,1a) que relata el martirio de Esteban. A sus perseguidores, que no creían, Esteban dijo: «Duros de cerviz, incircuncisos de corazón y de oídos. Vosotros siempre resistís al Espíritu Santo». Y precisamente «estas palabras —comentó el Pontífice—, de una forma u otra, las había dicho Jesús, incluso literalmente: como eran vuestros padres así sois vosotros; ¿hubo un profeta que vuestros padres no persiguieran?».

Los perseguidores, destacó el Santo Padre, ciertamente no eran personas serenas, con el corazón en paz. No es que no estaban de acuerdo con lo que Esteban predicaba: ¡odiaban!». Y «este odio —explicó el Papa— había sido sembrado en su corazón por el diablo. Es el odio del demonio contra Cristo». Precisamente «en el martirio —continuó— se ve clara esta lucha entre Dios y el demonio. Se ve en este odio. No era una discusión serena». Por lo demás, hizo notar, «ser perseguidos, ser mártires, dar la vida por Jesús es una de las bienaventuranzas». Tanto que «Jesús no dijo a los suyos: "Pobrecillos si os suceden estas cosas". No, Él dijo: "Bienaventurados vosotros cuando os insulten y os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. ¡Alegraos!"».

Es evidente, pues, que «el demonio no puede soportar la santidad de la Iglesia». Y en contra de Esteban —dijo el Papa— suscitó odio en el corazón de esas personas, para perseguir, para insultar, para calumniar. Y así mataron a Esteban», el cual «murió como Jesús, perdonando».

«Martirio, en la tradición de la palabra griega, significa testimonio», explicó el Pontífice. Y «así podemos decir que para un cristiano el camino va por las huellas de este testimonio de Jesús para dar testimonio de Él». Un testimonio que muchas veces termina con el sacrificio de la vida.

La cuestión central, argumentó el Pontífice, es que el cristianismo no es una religión «de sólo ideas, de pura teología, de estética, de mandamientos. Nosotros somos un pueblo que sigue a Jesucristo y da testimonio, quiere dar testimonio de Jesucristo. Y este testimonio algunas veces llega a costar la

vida». Al respecto, el relato del martirio de Esteban es elocuente. Así, pues, «al morir Esteban, se desató la persecución contra todos». Los perseguidores «se sentían fuertes: el demonio suscitaba en ellos el desatar esta violenta persecución». Una persecución tan brutal que, «a excepción de los apóstoles que permanecieron allí, en el lugar, los cristianos se dispersaron por la región de Judea y Samaría». Precisamente «la persecución hizo que los cristianos fuesen lejos». Y a las personas que encontraban les «decían el por qué» de su fuga, «explicaban el Evangelio, daban testimonio de Jesús. Y comenzó la misión de la Iglesia. Muchos se convertían al escuchar a esta gente».

El obispo de Roma recordó al respecto que «uno de los padres de la Iglesia dijo: la sangre de los mártires es semilla de los cristianos». Y es precisamente eso lo que sucede: «Se desata la persecución, los cristianos se dispersan y con su testimonio predicán la fe». Porque, destacó el Papa, «el testimonio siempre es fecundo»: lo es cuando tiene lugar en la vida cotidiana, pero también cuando se vive en las dificultades o cuando conduce incluso a la muerte. La Iglesia, por lo tanto, «es fecunda y madre cuando da testimonio de Jesucristo. En cambio, cuando la Iglesia se cierra en sí misma, se cree —digámoslo así— una universidad de la religión con muchas ideas hermosas, con muchos hermosos templos, con muchos bellos museos, con muchas cosas hermosas, pero no da testimonio, se hace estéril».

Los Hechos de los apóstoles puntualizan «que Esteban estaba lleno del Espíritu Santo». Y, en efecto, «no se puede dar testimonio sin la presencia del Espíritu Santo en nosotros. En los momentos difíciles, cuando tenemos que elegir la senda justa, cuando tenemos que decir que “no” a tantas cosas que tal vez intentan seducirnos, está la oración al Espíritu Santo: es Él quien nos hace fuertes para caminar por la senda del testimonio».

El Papa Francisco, como conclusión, recordó cómo de las «dos imágenes» propuestas por la liturgia —Esteban que muere y los cristianos que dan testimonio por doquier— brotan para cada uno algunas preguntas: «¿Cómo es mi testimonio? ¿Soy un cristiano testigo de Jesús o soy un simple miembro de esta secta? ¿Soy fecundo porque doy testimonio o permanezco estéril porque no soy capaz de dejar que el Espíritu Santo me lleve adelante en mi vocación cristiana?».

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 20, viernes 16 de mayo de 2014

Existen a veces actitudes negativas que oscurecen la docilidad a la llamada del Señor, el diálogo atento a la realidad del otro y la fuerza de la gracia, o sea, los tres momentos fundamentales de la evangelización. Actitudes negativas que se concretan en la Iglesia cuando la «burocracia» la convierte en algo semejante a «una empresa que fabrica impedimentos que alejan a la gente de los sacramentos». Es, pues, una llamada a ser «facilitadores de los sacramentos» la que el Papa hizo en la misa del jueves 8 de mayo.

El pasaje de los Hechos de los Apóstoles (8, 26-40) propuesto en la liturgia del día, presenta de modo claro, notó el Pontífice, los tres momentos de la evangelización. «El primero —explicó— es la docilidad de Felipe que va a anunciar a Jesucristo». Estaba comprometido «con su trabajo de evangelizar» cuando «el ángel del Señor le dice: levántate, deja esto y ve allí, por ese camino». Y Felipe obedece y va donde lo llama el Señor. Y «esto nos hace ver que sin esta docilidad a la voz de Dios nadie puede evangelizar, nadie puede anunciar a Jesucristo. En todo caso se anunciará a sí mismo».

El diálogo, prosiguió el Papa, es el «segundo momento de la evangelización». Los Hechos de los Apóstoles relatan que durante el camino Felipe encontró a «un etíope, eunuco, funcionario de Candaces, reina de Etiopía», una zona donde gobernaban las mujeres, señaló el Papa. Ese hombre era «administrador de todos los tesoros» del reino» e iba «a Jerusalén para el culto porque era judío». Los Hechos refieren que el ministro «sentado en la carroza leía al profeta Isaías». Y he aquí que «el Señor dijo a Felipe "acércate y pégate a la carroza"». Al escuchar, entonces, que ese hombre «leía al profeta», Felipe «armándose de valor preguntó: ¿entiendes lo que estás leyendo?». Eh aquí el punto exacto que nos lleva al «segundo momento del proceso de evangelización: el diálogo». Pero dialogar, advirtió, no significa decir sólo «lo que yo pienso» y pretender que el otro nos crea. Sino que, el verdadero diálogo «parte del otro: tú que estás leyendo, ¿entiendes esto?». En definitiva, el evangelizador toma del otro la ocasión para el diálogo. «No va a imponer ideas, doctrinas» diciendo «las cosas son así». El auténtico evangelizador sale al encuentro del otro «para ofrecer precisamente la salvación de Jesús» y lo «hace humildemente con el diálogo». Consciente de que «no se puede evangelizar sin el diálogo» y que no se puede prescindir del camino de la persona «que debe ser evangelizada». Por lo tanto, se necesita «perder tiempo

con la otra persona porque esa persona es la que Dios quiere que tú evangelices». Y es importante también, que el diálogo se establezca con la persona «tal como es ahora» y «no como debe ser».

Y volviendo al relato de los Hechos de los Apóstoles, el Pontífice quiso hacer notar precisamente que el diálogo entre Felipe y el ministro etíope debió ser largo y centrado en el bautismo, porque «cuando llegaron donde había agua el eunuco dice: “mira, agua. ¿Qué dificultad hay en que me bautice?”». Esta constatación, destacó el Papa, nos lleva al tercer momento de la evangelización. «Este hombre sintió la fuerza de Dios dentro» Estamos ante la «fuerza del sacramento, la fuerza de la gracia» —subrayó el Papa—. Así se completa también el proceso de la evangelización: docilidad del evangelizador, diálogo con la persona y la fuerza de la gracia.

«Muchas veces —fue éste un punto de reflexión del Papa— alejamos a la gente del encuentro con Dios, alejamos a la gente de la gracia», porque no nos comportamos como «facilitadores de los sacramentos».

El relato de los Hechos de los Apóstoles continúa y muestra el final mismo de la evangelización. En efecto, «cuando salieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe y el eunuco no lo vio más». Es la confirmación de que Dios estaba en este proceso de evangelización. Por una parte, explicó el obispo de Roma, «el eunuco lleno de alegría siguió su camino», por otra «Felipe se encontró en Azoto para evangelizar a la gente». He aquí la moraleja: ese hombre que venía de lejos, no tenía mucha cultura, leía la Biblia porque se le enseñó en la Sinagoga, pero tenía buena voluntad, y sintió después la alegría de la gracia, de esta gracia que «es gratis, que no se puede comprar porque no se vende: se da». Y precisamente «con esta alegría ese hombre incapaz de generar, porque era eunuco, lleva en sí la semilla de vida a su pueblo y genera un pueblo de cristianos».

El pasaje de los Hechos, remarcó el Pontífice, «nos ayudará a comprender mejor que, quien realiza la evangelización es Dios».

Para concluir el Papa invitó a pensar «en estos tres momentos de la evangelización: la docilidad de evangelizar» haciendo la voluntad de Dios, «el diálogo con las personas» así como se encuentran, y «confiarse a la gracia» porque «es más importante la gracia que toda la burocracia».

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 21, viernes 23 de mayo de 2014

El testimonio de san Juan Pablo II, como el de «tantos grandes santos» en la historia de la Iglesia, muestra que la regla de la santidad es «disminuir para que el Señor crezca». Y «todos hemos visto los últimos días de san Juan Pablo II: allí no podía hablar, el gran atleta de Dios, el gran guerrero de Dios, termina así. Aniquilado por la enfermedad. Humillado como Jesús».

Recordando el testimonio del Papa Wojtyla —canonizado el pasado 27 de abril junto con Juan XXIII—, el Pontífice trazó el perfil de la santidad en la homilía de la misa celebrada el viernes 9 de mayo, por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta. Los santos, dijo, no son héroes, sino mujeres y hombres que viven la cruz en la cotidianidad: son personas elegidas por Dios precisamente para mostrar que la Iglesia es santa, aun estando formada por pecadores.

«La Iglesia es santa»: partiendo de esta verdad el Papa Francisco comenzó su homilía. Y formuló en seguida una pregunta: ¿cómo puede ser santa la Iglesia, si dentro de ella estamos todos nosotros que somos pecadores? En efecto, afirmó, «nosotros somos pecadores, pero la Iglesia es santa, es la esposa de Jesucristo, y Él la ama, la santifica: la santifica cada día con su sacrificio eucarístico, porque la ama mucho». Por eso, «nosotros somos pecadores, pero en una Iglesia santa».

Precisamente mediante «esta pertenencia a la Iglesia también nosotros nos santificamos: somos hijos de la Iglesia y la madre Iglesia nos santifica con su amor, con los sacramentos de su Esposo». En la práctica, prosiguió el obispo de Roma, «esta es la santidad diaria, esta es la santidad de todos nosotros. Hasta tal punto que en los *Hechos de los apóstoles*, cuando se hablaba de los cristianos, se decía “el pueblo de los santos”». También san Pablo «habla a los santos: a nosotros, pecadores pero hijos de la Iglesia santa, santificada por el cuerpo y la sangre de Jesús, como hemos oído ahora en el Evangelio» de Juan (6, 52-59).

«En esta Iglesia santa —afirmó el Papa Francisco— el Señor elige a algunas personas para mostrar mejor la santidad, para mostrar que es Él quien santifica; que nadie se santifica a sí mismo; que no hay un curso para llegar a ser santo; que ser santo no es hacerse faquir» o algo parecido. Más bien, «la santidad es un don de Jesús a su Iglesia; y para manifestarlo, elige a personas» en las que «se ve claramente su trabajo para santificar».

Al respecto, la liturgia del día presenta «la santificación de Saulo, de Pablo», narrada en los *Hechos de los apóstoles* (9, 1-20). No se trata de un caso aislado, porque en el Evangelio hay muchas figuras de santidad. Por ejemplo, prosiguió el Papa, «está Magdalena: san Marcos, en su evangelio, dice que Jesús había expulsado de ella siete demonios», y así «la santifica: ide lo peor a la santidad!». También «está Mateo, que era un traidor de su pueblo y tomaba dinero para dárselo a los romanos»; pero «el Señor lo saca de su negocio» y lo lleva consigo adelante. Y también «está Zaqueo, que quiere ver a Jesús. Y Él lo llama —“ven conmigo, ¡ven!”— y lo santifica».

«Pero, ¿por qué el Señor, en la historia de la Iglesia, elige a estas personas?», se preguntó el Pontífice, recordando que en dos mil años de cristianismo «hay tantos santos, reconocidos como santos por la Iglesia». El Señor elige a estas personas —fue su respuesta— para que den testimonio más claro de la primera regla de la santidad: es necesario que Cristo crezca y nosotros disminuyamos. En definitiva, se necesita «nuestra humillación para que el Señor crezca». En esta perspectiva, el Señor «elige a Saulo, enemigo de la Iglesia», como narran los *Hechos de los apóstoles*: Saulo, profiriendo todavía amenazas contra los discípulos del Señor, «se presentó al sumo sacerdote y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, a fin de que lo autorizara a llevar encadenados a Jerusalén a todos los que hubiera encontrado, hombres y mujeres, pertenecientes a este Camino».

Palabras fuertes, que muestran cuánto Saulo odiaba y perseguía a la Iglesia: un odio que, observó el obispo de Roma, «hemos visto» también «en la lapidación de Esteban», en la que, por lo demás, Saulo estuvo presente. Cegado por ese odio, «va a pedir la autorización» para perseguir a los cristianos. «Pero el Señor lo espera: lo espera y le hace sentir su poder», observó el Papa. Y Saulo «se queda ciego y obedece» cuando, en el camino de Damasco, el Señor le dice: «Levántate, entra en la ciudad y se te dirá lo que debes hacer».

Así, «de hombre que tenía todo claro, que sabía qué debía hacer contra esa secta de los cristianos, se transforma en un niño y obedece: se levanta, va y espera». Pero Saulo «no espera con el móvil en la mano», diciendo: «Pero ven..., qué debo hacer..., pero dime..., pero estoy esperando desde hace dos días...». En cambio, «espera como era él: rezando y ayunando. Su corazón había cambiado».

El relato de los *Hechos* presenta, luego, al discípulo Ananías, que bautiza a Pablo. Y así, finalmente, «Pablo se levanta, toma alimento y va a las sinagogas a anunciar que Jesús es el Hijo de Dios». Su vida se convierte en «otra vida». Al llegar a este punto, el Papa remarcó la diferencia entre los héroes y los santos, repitiendo las palabras que el Señor dijo a Ananías: «Anda, ve; que ese hombre es un instrumento elegido por mí para llevar mi nombre a pueblos

y reyes, y a los hijos de Israel».

Por tanto, explicó el Pontífice, «la diferencia entre los héroes y los santos es el testimonio, la imitación de Jesucristo: ir por el camino de Jesucristo». Por eso, «Pablo predica el Evangelio, es perseguido, es golpeado, es juzgado, y termina su vida con un grupúsculo de amigos en Roma, víctima de sus discípulos». Así, Pablo «disminuye, disminuye, disminuye», precisamente según la regla de la santidad. Y al respecto, el Papa también volvió a proponer la figura de Juan Bautista, «el hombre más grande nacido de mujer, que acaba en la cárcel por el capricho de una bailarina y el odio de una adúltera».

Por consiguiente, «Pablo termina de manera común. Seguramente durante la mañana fueron tres, cuatro o cinco soldados a donde él estaba», y le ordenaron: «¡Ven con nosotros!». Después, «lo llevaron y le cortaron la cabeza. Simplemente». Pablo, «el grande, el que había ido por todo el mundo, termina así». Y «esta —repitió el Papa— es la diferencia entre el héroe y el santo: el santo es aquel que sigue a Jesús por el camino de Jesús, con la cruz».

«Muchos santos canonizados en la Iglesia —afirmó el Pontífice— terminan muy humildemente». Son «los grandes santos». Y a propósito de esto, el Papa Francisco propuso de nuevo el testimonio de Juan Pablo II. Precisamente «este es el itinerario de la santidad de los grandes». Pero es «también el itinerario de nuestra santidad». Porque, explicó, ciertamente «no seremos santos si no nos dejamos convertir el corazón por este camino de Jesús: llevar la cruz todos los días, la cruz ordinaria, la cruz sencilla, y dejar que Jesús crezca. Si no vamos por este camino, no seremos santos, pero si vamos por este camino, todos nosotros daremos testimonio de Jesucristo, que nos ama mucho. Y daremos testimonio de que, aunque seamos pecadores, la Iglesia es santa, es la esposa de Jesús».

Por tanto, «hoy —concluyó el Papa—, quizá nos haga bien, en la misa, sentir esta alegría: el sacrificio de Jesús aquí, en el altar, nos santifica a todos, nos hace crecer en la santidad, nos hace más auténticamente hijos de su esposa, la Iglesia, nuestra madre que es santa».

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 21, viernes 23 de mayo de 2014

En la Iglesia todos, indistintamente, estamos encargados de practicar el antiguo ministerio de ostiario, o sea, de «aquel que abre las puertas» y «acoge a la gente». Y, además, en la historia de la Iglesia no ha existido jamás el ministerio de «aquel que cierra las puertas» en la cara a las personas. Es, por lo tanto, una invitación a no «enjaular» al Espíritu Santo la que el Pontífice dirigió en la misa que celebró el 12 de mayo, por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta. En la homilía el obispo de Roma propuso inmediatamente una página de los *Hechos de los apóstoles* (11, 1-18), que, confesó, considera «uno de los pasajes más bellos» y que «enseña mucho a nosotros obispos». Ya el íncipit, explicó, es muy fuerte: «Los apóstoles y los hermanos que estaban en Judea supieron que incluso los paganos habían acogido la palabra de Dios. Y, cuando Pedro subió a Jerusalén, los fieles circuncisos le reprocharon diciendo: "has entrado en casa de incircuncisos y has comido con ellos"».

A sus ojos «esto era precisamente un escándalo», algo que no habrían «jamás pensado» que pudiese ocurrir. Para ellos, en efecto, no era tampoco concebible entrar en la casa o incluso sentarse en la mesa con personas incircuncisas, por una cuestión de impureza. En cambio, Pedro no sólo lo había hecho, sino que además había bautizado a esa gente. En pocas palabras, puso de relieve el Papa, lo habían considerado «un loco». Como si «mañana llegase una expedición de marcianos verdes, con la nariz larga y las orejas grandes como los pintan los niños». Y si uno de ellos dijera «yo quiero el bautismo», ¿qué ocurriría?

Así pues Pedro, refieren los *Hechos de los apóstoles*, «relata lo que había sucedido, cómo había sido precisamente el Espíritu» quien le impulsaba. Es «el mismo Espíritu que había dicho a Felipe que fuera a bautizar al ministro de economía de Candaces», como se lee también en los *Hechos*.

Fue precisamente el Espíritu quien «impulsó a Pedro a seguir» adelante, lo alentó, porque «no hay cosas impuras». Y Pedro obedeció. Luego, recordó el Pontífice, «sucedió lo que sabemos: el bautismo de Cornelio y de toda su familia». Pero a los reproches de los «hermanos de la Iglesia de Jerusalén» Pedro replica «con esta frase: Pues, si Dios les ha dado a ellos el mismo don que a nosotros, por haber creído en el Señor Jesucristo, ¿quién era yo para oponerme a Dios?».

Una pregunta que hoy, afirmó el Papa, llega a cada uno de nosotros, porque

«cuando el Señor nos hace ver el camino, ¿quién somos nosotros para decir: no, Señor, no es prudente, no, hagamos así?». Es Pedro quien «toma esta decisión» y dice: «¿Quién soy yo para oponerme?». Se trata verdaderamente de «una hermosa palabra —explicó el Pontífice— para los obispos, los sacerdotes y también para los cristianos: ¿quiénes somos nosotros para cerrar las puertas?». No por casualidad en la Iglesia ha existido siempre el «ministerio de ostiario», que es el que abre la puerta, recibe a la gente y la hace entrar, pero «nunca ha existido el ministerio del que cierra la puerta, ¡nunca!».

Además, prosiguió el Papa, el Señor había dicho a los discípulos que enviaría al «Paráclito» el cual, aseguró, «os guiará a la verdad plena». Por tanto, «el Señor deja la guía de su Iglesia al Espíritu Santo». Y esto vale aún hoy, porque «la guía de la Iglesia la ha dejado el Señor en las manos del Espíritu Santo: es Él quien nos guía a todos con la gracia recibida en el bautismo y en los sacramentos».

El Espíritu Santo no había agotado la misión en el día de Pentecostés —afirmó el Pontífice— cuando descendió sobre ellos y hubo «gran alboroto», hasta el punto «que se decía: pero esta gente quizás no tenía café con leche y ha tomado un poco de vino para el desayuno». En realidad «no estaban ebrios»: la historia «comenzó» ese día y desde entonces «el Espíritu sigue adelante, llevando la Iglesia adelante».

Y es «curioso», hizo notar al respecto el Papa, el comportamiento de los «cristianos de Jerusalén que eran buenos creyentes»: tras haber reprochado y dado por «loco» a Pedro, escucharon su explicación y luego «se calmaron y comenzaron a glorificar a Dios diciendo: “Así pues, también a los gentiles les ha otorgado Dios la conversión que lleva a la vida”».

Por eso «el Espíritu Santo es el que, como dice Jesús, nos enseñará todo». Y hará también «que nos acordemos de lo que Jesús nos ha enseñado». El Espíritu «es la presencia viva de Dios en la Iglesia, es el que hace avanzar a la Iglesia, el que la hace caminar cada vez más, más allá de los límites, más adelante». Es Él «con sus dones quien guía a la Iglesia. No se puede comprender a la Iglesia de Jesús sin este Paráclito que el Señor nos envía» y que lleva «a estas decisiones impensables». Para usar «una palabra de san Juan XXIII: es precisamente el Espíritu Santo quien actualiza a la Iglesia y la hace seguir adelante».

El Pontífice invitó a los cristianos «a pedir al Señor la gracia de la docilidad al Espíritu Santo, la docilidad a este Espíritu que nos habla en el corazón, nos habla en las circunstancias de la vida, nos habla en la vida eclesial, en la comunidad cristiana, nos habla siempre: sigue adelante, toma decisiones, haz esto...». Y sugirió también recordar siempre la pregunta de Pedro: «¿Quién soy yo para oponerme al Espíritu Santo? ¿Quién soy yo para cambiar el

ministerio de ostiario en la Iglesia que, en vez de abrir, cierra las puertas? ¿Quién soy yo para decir hasta aquí y no más? ¿Quién soy yo para enjaular al Espíritu Santo?».

Al responder a estas preguntas, el obispo de Roma deseó que, «el Señor nos dé esa calma que tuvieron los cristianos de Judea» tras haber escuchado a Pedro, «y nos dé también la gracia de glorificar a Dios». Esos cristianos dijeron: «Así pues, también a los gentiles les ha otorgado Dios la conversión que lleva a la vida». Y nosotros hoy, concluyó el Papa Francisco, decimos que también a esta gente tan alejada de la Iglesia y que tal vez tiene una opinión negativa de ella «Dios le ha otorgado la conversión, para que tengan la vida, porque el Espíritu Santo es soberano».

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 21, viernes 23 de mayo de 2014

El Espíritu Santo siempre está en acción. Corresponde al cristiano acogerlo o no. Pero la diferencia está y se ve: si se le acoge con docilidad, de hecho, se vive en la alegría y en la apertura a los demás; en cambio un modo de actuar cerrado, de «aristocracia intelectual», que pretende comprender las cosas de Dios sólo con la cabeza, conduce a una separación de la realidad de la Iglesia. A tal punto que ya no se cree, ni siquiera ante un milagro. Son estas las dos actitudes, opuestas entre sí, que el Papa Francisco presentó en la misa que celebró el martes 13 de mayo, por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta.

Las lecturas de la liturgia (*Hechos de los apóstoles* 11, 19-26 y Juan 10, 22-30), como explicó el obispo de Roma, «muestran un díptico: dos grupos de personas». En el pasaje de los *Hechos* se encuentran, ante todo, quienes «se habían dispersado con motivo de la persecución que se desató» tras el martirio de Esteban. «Se habían dispersado» pero «llevaron por todas partes la semilla del Evangelio», dirigiéndose, sin embargo, sólo a los judíos. «Y luego, de modo natural», continuó el Pontífice, «algunos de ellos, gente de Chipre y de Cirene, al llegar a Antioquía, se pusieron a hablar también a los griegos, anunciándoles que Jesús es el Señor». Y «así, lentamente, abrieron las puertas a los griegos, a los paganos».

Cuando esta noticia llegó a la Iglesia de Jerusalén, mandaron a Bernabé a Antioquía «para realizar una visita de inspección» y verificar personalmente lo que estaba sucediendo. Los *Hechos* refieren que «todos se alegraron» y que «una multitud considerable se adhirió al Señor».

En pocas palabras, afirmó el Papa, para evangelizar a «esta gente no dijo: vayamos primero a los judíos, luego a los griegos, luego a los paganos y más tarde a todos», sino que «se dejó conducir por el Espíritu Santo: fue dócil al Espíritu Santo». Obrando así, «una cosa surge de la otra», y luego «la otra, la otra también», y así «acaban abriendo las puertas a todos». Incluso «a los paganos —precisó— que, en su mentalidad, eran impuros». Esos cristianos «abrían las puertas a todos» sin hacer distinciones.

Y «este —explicó el Pontífice— es el primer grupo de personas» que presenta la liturgia. Quienes lo componen son personas «dóciles al Espíritu Santo», que «van adelante como lo hizo Pablo», con una «cierta naturalidad». Porque, destacó, «algunas veces el Espíritu Santo nos impulsa a hacer cosas grandes,

como impulsó a Felipe a bautizar a ese señor de Etiopía» y «como impulsó a Pedro a ir a bautizar a Cornelio». Otras «veces el Espíritu Santo nos conduce suavemente». Por ello la verdadera virtud, afirmó, «está en dejarse conducir por el Espíritu Santo: no poner resistencia al Espíritu Santo, ser dóciles al Espíritu Santo». Seguros, sin embargo, de que «el Espíritu Santo actúa hoy en la Iglesia, actúa hoy en nuestra vida». Tal vez, continuó el Papa, «alguno de vosotros podrá decirme: inunca lo he visto! Presta atención a lo que sucede, a lo que te viene a la mente, a lo que surge en el corazón: cosas buenas, es el Espíritu quien te invita a ir por ese camino». Pero, cierto, «es necesaria la docilidad al Espíritu Santo».

He aquí, luego, el segundo grupo de personas del «díptico» propuesto por la liturgia. Un grupo, explicó el obispo de Roma, compuesto por «intelectuales que se acercan a Jesús en el templo: los doctores de la ley». Son hombres que tenían «siempre un problema porque no acababan de comprender, daban vueltas sobre las mismas cosas, porque creían que la religión era una cosa sólo de cabeza, de ley, de hacer mandamientos, de cumplir mandamientos y nada más». Ellos, continuó el Pontífice, «no imaginaban que existiese el Espíritu Santo». Y, así, —se lee en el Evangelio de Juan— «rodeándolo, le preguntaban: ¿hasta cuándo nos vas a tener en suspenso? Si tú eres el Mesías, dínoslo francamente». A lo que «Jesús respondió con toda naturalidad: “Os lo he dicho, y no creéis; las obras que yo hago en nombre de mi Padre, esas dan testimonio de mí”». Como si dijera: «Mirad a quienes recibieron un milagro, mirad las cosas que yo hago, las palabras que digo». Esos hombres, en cambio, miraban «sólo lo que tenían en la cabeza». Y así, «daban vueltas con argumentaciones, querían discutir». Para ellos, en efecto, «todo estaba en la cabeza, todo es intelecto».

La cuestión, afirmó el Pontífice, es que «en esta gente no está el corazón, no está el amor a la belleza, no está la armonía. Es gente que sólo quiere explicaciones». Pero si también «tú les das explicaciones» he aquí que inmediatamente «ellos, no convencidos, vuelven con otra pregunta». De este modo «dan vueltas, dan vueltas, como dieron vueltas alrededor de Jesús toda la vida, hasta el momento en que lograron detenerlo y matarlo». Se trata, continuó, de personas que «no abren el corazón al Espíritu Santo» y que «creen que las cosas de Dios se pueden comprender sólo con la cabeza, con las ideas, con las propias ideas: son orgullosos, creen saberlo todo y lo que no entra en su inteligencia no es verdad». Hasta el punto que «puedes resucitar a un muerto delante de ellos, pero no creen».

En el Evangelio se ve que «Jesús va más allá y dice algo muy fuerte: ¿por qué no creéis? Vosotros no creéis porque no formáis parte de mis ovejas. Vosotros no creéis porque no sois del pueblo de Israel, habéis salido del pueblo». Y continuó: «Os consideraréis puros, y no podéis creer así». El Señor evidencia

claramente su actitud que «cierra el corazón»: por esto «negaron al pueblo». Jesús les dijo: «Vosotros sois como vuestros padres que mataron a los profetas». Porque «cuando llegaba un profeta que decía algo que no les gustaba, lo mataban».

El verdadero problema, destacó el Pontífice, es que «esta gente se había separado del pueblo de Dios y por ello no podía creer». En efecto, «la fe es un don de Dios, pero la fe viene si tú estás en su pueblo; si tú estás ahora en la Iglesia; si tú eres ayudado por los sacramentos, por la asamblea; si tú crees que esta Iglesia es el pueblo de Dios». En cambio, «esta gente se había separado, no creía en el pueblo de Dios: creía sólo en sus cosas y así había construido todo un sistema de mandamientos que arrojaban fuera a la gente y no la dejaban entrar en la Iglesia, en el pueblo». Con esta actitud «no podían creer» y este es el pecado de «resistir al Espíritu Santo».

He aquí, ratificó el Papa, estos «dos grupos de gente». Por una parte están «los de la dulzura: la gente dulce, humilde, abierta y dócil al Espíritu Santo». Por otra parte, en cambio, está la «gente orgullosa, suficiente, soberbia, alejada del pueblo, aristocrática intelectualmente, que ha cerrado las puertas y resiste al Espíritu Santo». Su actitud «no es terquedad, es algo más: es tener el corazón duro». Y esto es incluso «más peligroso». Jesús les alerta diciendo expresamente: «Vosotros tenéis el corazón endurecido»; y lo dijo «también a los discípulos de Emaús».

Precisamente «mirando a estos dos grupos», concluyó el Papa Francisco, «pidamos al Señor la gracia de la docilidad al Espíritu Santo para seguir adelante en la vida, ser creativos, ser alegres». Los duros de corazón, en cambio, no son alegres sino que están siempre serios. Y, advirtió el Pontífice, «cuando hay tanta seriedad no está el Espíritu de Dios». Por lo tanto, al Señor «pidamos la gracia de la docilidad y que el Espíritu Santo nos ayude a defendernos de este otro mal espíritu de la suficiencia, del orgullo, de la soberbia, de la cerrazón del corazón al Espíritu Santo».

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 21, viernes 23 de mayo de 2014

Jesús no es un héroe solitario que vino del cielo para salvarnos, sino que es el punto central y el fin último de la historia que Dios inició con su pueblo. Por ello el cristiano debe ser siempre un hombre eucarístico que camina entre memoria y esperanza, nunca una mónada solitaria. Si no se camina con el pueblo, si no se pertenece a la Iglesia, la fe es sólo algo artificial de laboratorio. Lo dijo el Papa Francisco en la misa que celebró el jueves 15 de mayo en la capilla de la Casa Santa Marta.

«Es curioso —destacó el Papa— que cuando los apóstoles anuncian a Jesucristo nunca comienzan por Él», por su persona, «diciendo: Jesucristo es el salvador». No, los apóstoles comienzan su testimonio, en cambio, partiendo siempre «de la historia del pueblo». Y lo vemos hoy, dijo, en el pasaje de los *Hechos de los apóstoles* (13, 13-25) que relata, precisamente, el testimonio de san Pablo en Antioquía de Pisidia. Pero «lo mismo hace Pedro en sus primeros discursos y lo mismo había hecho Esteban».

Así, cuando se les pregunta a los apóstoles: «¿por qué creéis en este hombre?», he aquí que ellos comienzan a hablar de «Abrahán y de toda la historia del pueblo». La razón de esta actitud es clara: «No se comprende a Jesús sin esta historia, Jesús es precisamente el fin de esta historia hacia quien esta historia se orienta, camina».

Por lo tanto, se lee en los *Hechos de los apóstoles*, Pablo se puso de pie en la sinagoga y dijo: «Israelitas... el Dios de este pueblo, Israel, eligió a nuestros padres». Pablo dijo precisamente «eligió a nuestros padres», comenzando por ello su discurso «con la elección que Dios hizo de un hombre, Abrahán», a quien dio la orden de salir de su tierra, de la casa de sus padres. Dios eligió, explicó el Papa, dando inicio de este modo a «un camino de elección: el pueblo de Dios es un pueblo escogido, elegido, pero siempre en camino».

He aquí por qué, afirmó el Pontífice, «no se puede entender a Jesucristo sin esta historia de preparación hacia Él». Y, como consecuencia, «no se puede comprender a un cristiano fuera del pueblo de Dios». Porque «el cristiano no es una mónada, allí solo. No, él pertenece al pueblo, a la Iglesia». A tal punto que «un cristiano sin Iglesia es algo puramente ideal, no es real».

Nos encontramos, continuó el Papa, ante la «promesa de Dios»: yo haré de ti un gran pueblo. Así, «este pueblo camina con una promesa». Y aquí entra la dimensión de la memoria: «Es importante que nosotros, en nuestra vida,

tengamos presente la dimensión de la memoria», destacó el Pontífice. En efecto, añadió, «un cristiano es un “memorioso” de la historia de su pueblo; es “memorioso” del camino que el pueblo ha realizado; es “memorioso” de su Iglesia». Un cristiano, por lo tanto, es un hombre que tiene «la memoria» del pasado.

En esta dimensión de la memoria «el pueblo camina hacia la promesa definitiva, hacia la plenitud; es un pueblo elegido que tiene una promesa en el futuro y camina hacia esta promesa, hacia la realización de esta promesa». Por ello, explicó también, «un cristiano en la Iglesia es un hombre, una mujer, con esperanza. Tiene esperanza en la promesa, que no es expectativa: ¡es otra cosa! Es precisamente esperanza: ¡adelante! ¡Es la esperanza que no defrauda!». Y así, «mirando hacia atrás, el cristiano es una persona “memoriosa”; pide la gracia de la memoria, ¡siempre!». En cambio, «mirando hacia adelante, el cristiano es un hombre y una mujer de esperanza». Entre memoria y esperanza, «en el presente el cristiano sigue el camino de Dios y renueva la alianza con Dios». En concreto, «dice al Señor continuamente: sí, yo quiero los mandamientos; yo quiero tu voluntad; yo quiero seguirte». Actuando así «es un hombre de alianza». Precisamente «esa alianza —dijo el Papa— la celebramos nosotros todos los días aquí», en el altar. Por lo tanto, el cristiano es siempre «una mujer, un hombre eucarístico».

En este contexto, precisó el obispo de Roma «no se puede comprender a un cristiano solo». Como, por lo demás, «no se puede comprender a Jesucristo solo». En efecto, «Jesucristo no cayó del cielo como un héroe que vino a salvarnos. No, Jesucristo tiene historia». Y «podemos decir —y esto es verdad— que Dios tiene historia porque quiso caminar con nosotros». He aquí, entonces, por qué «no se puede entender a Jesucristo sin historia». Y he aquí también por qué «un cristiano sin historia, un cristiano sin pueblo, un cristiano sin Iglesia no se puede entender: es una cosa de laboratorio, una cosa artificial, una cosa que no puede tener vida».

La meditación del Papa Francisco condujo luego a un examen de conciencia: ¿cómo es nuestra identidad cristiana? Preguntémonos, sugirió, «si nuestra identidad cristiana es pertenencia a un pueblo, a la Iglesia». Porque si no fuese así, «nosotros no somos cristianos». En cambio, «hemos entrado en la Iglesia con el Bautismo».

Al respecto, es importante, dijo también el Papa, «tener el hábito de pedir la gracia de la memoria del camino que hizo el pueblo de Dios». La gracia también de la «memoria personal: ¿qué ha hecho Dios conmigo en mi vida?, ¿cómo me ha hecho caminar?». Y, continuó, es necesario saber también «pedir la gracia de la esperanza que no es optimismo: es otra cosa». Y, por último, «pedir la gracia de renovar todos los días la alianza con el Señor que nos ha llamado». Que el Señor, concluyó el Papa, «nos dé estas tres gracias que son

necesarias para la identidad cristiana».

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 21, viernes 23 de mayo de 2014

Orar, celebrar, imitar a Jesús: son las tres «puertas» —que hay que abrir para encontrar «el camino, para ir hacia la verdad y la vida»— que el Papa Francisco indicó el viernes 16 de mayo, durante la misa en la Casa Santa Marta. Según el Pontífice, de hecho, Jesús no se deja estudiar teóricamente y quien intenta hacerlo se arriesga a caer en la herejía. Al contrario es necesario preguntarse continuamente cómo van en nuestra vida la oración, la celebración y la imitación de Cristo. «Pensemos en estas tres puertas y nos harán bien a todos» dijo, sugiriendo iniciar con la lectura del Evangelio, que muy a menudo permanece «lleno de polvo, porque jamás se abre. Tómallo, ábrelo —exhortó— y encontrarás a Jesús».

Después de haber recordado que la reflexión precedente se había centrado en el hecho de que «la vida cristiana es siempre seguir el camino y no ir solos», siempre «en la Iglesia, en el pueblo de Dios», el obispo de Roma hizo notar cómo en las lecturas de la liturgia del día —tomadas de los *Hechos de los apóstoles* (13, 26-33) y del Evangelio de san Juan (14, 1-6)— es Jesús mismo quien nos dice «que Él es el camino: Yo soy el camino, la verdad y la vida. Todo. Yo te doy la vida, yo me manifiesto como verdad y si tú vienes conmigo, soy el camino». He aquí entonces que para conocer a quien se presenta como «camino, verdad y vida», es necesario ponerse «en camino». Es más, según el Papa Francisco «el conocimiento de Jesús es el trabajo más importante de nuestra vida». También porque conociéndole se llega a conocer al Padre. Pero, se preguntó el Pontífice, ¿cómo podemos conocer a Jesús?». Con quienes responden que «se debe estudiar mucho» el obispo de Roma dijo estar de acuerdo e invitó a «estudiar el catecismo: un hermoso libro, el *Catecismo de la Iglesia católica*, debemos estudiarlo». Pero, en seguida añadió, que no se puede limitar a «creer que conoceremos a Jesús sólo con el estudio». Alguno, de hecho, tiene esta fantasía de que las ideas, sólo las ideas, nos llevarán al conocimiento de Jesús». También «entre los primeros cristianos» algunos pensaban de ese modo «y al final acabaron un poco enredados en sus pensamientos». Porque «las ideas solas no dan vida» y, por lo tanto, quien va por este camino «termina en un laberinto» del que «no sale más».

Precisamente por este motivo, desde los inicios, en la Iglesia «existen las herejías», las cuales son este «buscar entender sólo con nuestra mente quién es Jesús». Al respecto el Papa recordó las palabras de «un gran escritor

inglés», Gilbert Keith Chesterton, que definía la herejía como una idea convertida en locura. En efecto, dijo el Papa, «es así: cuando las ideas están solas, se convierten en locuras».

De aquí la indicación de las tres puertas que hay que abrir para «conocer a Jesús». Deteniéndose en la primera —orar— el Pontífice reafirmó que «el estudio sin la oración no sirve. Los grandes teólogos hacen teología de rodillas». Si, «con el estudio nos acercamos un poco, sin la oración jamás conoceremos a Jesús».

En cuanto a la segunda —celebrar— el obispo de Roma afirmó que también la oración sola «no basta; es necesaria la alegría de la celebración: celebrar a Jesús en sus sacramentos, porque ahí nos da la vida, nos da la fuerza, nos da la comida, nos da el consuelo, nos da la alianza, nos da la misión. Sin la celebración de los sacramentos no llegaremos a conocer a Jesús. Y esto es propio de la Iglesia».

Al final, para abrir la tercera puerta, la de la imitación de Cristo, la consigna es coger el Evangelio para descubrir allí «qué hizo Él, cómo era su vida, qué nos dijo, qué nos enseñó», para poder «intentar imitarle».

Como conclusión el Papa explicó que atravesar estas tres puertas significa «entrar en el misterio de Jesús». De hecho nosotros «podemos conocerlo solamente si somos capaces de entrar en su misterio». Y no hay que tener miedo de hacerlo. Al final de la homilía el Papa Francisco invitó a pensar «durante la jornada, cómo va la puerta de la oración en mi vida: pero —precisó— la oración del corazón», la verdadera.

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 22, viernes 30 de mayo de 2014

Movimiento y firmeza. Son las dos actitudes que el Papa Francisco —durante la misa que celebró en Santa Marta el lunes 19 de mayo por la mañana— sugirió a los cristianos para no dejarse arrastrar por las vicisitudes y las dificultades que deben afrontar cotidianamente.

Al referirse a la lectura de los Hechos de los apóstoles (14, 5-18), el obispo de Roma volvió a proponer el relato del intento de lapidar a Pablo y Bernabé en Iconio por parte de los gentiles y judíos. Intento del cual los dos huyen. Pablo, en especial, «huye —explicó el Pontífice— y comienza a evangelizar», mostrando así «la capacidad de comenzar siempre, de no dedicarse a lamentarse». Él tiene el corazón firme en lo que sabe que es su misión, evangelizar. Y su actitud es justamente la del cristiano. El Papa lo explicó indicando que en la oración colecta recitada poco antes está la petición de obtener del Señor la gracia a fin de que «en medio de las vicisitudes del mundo, nuestros corazones estén firmes en la verdadera alegría». E indicó dos requisitos necesarios para la vida del cristiano: «movimiento y firmeza. Corazón fijo, corazón firme, pero en movimiento continuo. Y esto se ve claramente en el trabajo de Pablo en la evangelización». En realidad ocurrió una pequeña «revolución», porque todos creían que «Bernabé era Zeus y Pablo Hermes. A Pablo le costó trabajo convencerles de que eran hombres». Les habla «del Dios creador», mostrando que sabe discernir el modo justo con el que hablar.

«Estas son las vicisitudes humanas —afirmó el Pontífice—, estamos entre tantas vicisitudes que nos mueven de un lado a otro, pero hemos pedido la gracia de tener el corazón firme como lo tenía Pablo para no lamentarse de la persecución, para ir a buscar otra ciudad, para comenzar a predicar allí, para sanar a un enfermo, para darse cuenta de que ese hombre tenía la fe suficiente para ser curado. Y luego calmar a esta gente entusiasta que quería un sacrificio. Después proclamar que hay un solo Dios con su lenguaje cultural».

Pablo hace una cosa detrás de la otra, sin detenerse. «Y esto —indicó el Papa— viene solamente de un corazón firme» orientado a la misión de evangelizar: un corazón capaz de «hacer muchos cambios en poco tiempo», afrontando las situaciones «de un modo adecuado».

«En el Evangelio (*Jn* 14, 21-26), Jesús nos dice una cosa: "Os he hablado de

esto ahora que estoy a vuestro lado, pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho"». Por lo tanto, el corazón debe estar «firme en el Espíritu Santo», un don «que Jesús nos ha mandado. Pablo tenía su corazón firme en el Espíritu Santo y todos nosotros, si queremos encontrar firmeza en nuestra vida entre las vicisitudes humanas que todos nosotros tenemos, debemos ir a Él. Él está en nuestro corazón, lo hemos recibido en el bautismo».

Al respecto, «Jesús dice dos cosas de este Espíritu Santo: os enseñará todo y os recordará todo esto —especificó el Papa Francisco—. Hemos visto cómo enseña a Pablo lo que debe hacer con esta capacidad de cambiar de escenario». Él enseña y recuerda. Le «recuerda el mensaje de salvación: Dios ha querido salvarnos. Es el Espíritu Santo quien da firmeza al corazón de Pablo en medio de las persecuciones, problemas, discusiones, envidias y celos». En este capítulo de los Hechos de los apóstoles, en efecto, hay «una palabra que se repite: son los celos. Los celos de los jefes de las sinagogas» que obstaculizaban a Pablo. Pero él logra de todas formas seguir adelante y superar «muchos problemas, porque tiene el corazón firme en el Espíritu Santo».

Este episodio, según el Papa, debe impulsar al cristiano a preguntarse: «¿Cómo está mi corazón? ¿Es un corazón que parece un bailarín, que va de un lado al otro, que parece una mariposa a la que hoy le gusta este, luego va con aquel, y está siempre en movimiento? ¿Es un corazón que se espanta de las vicisitudes de la vida, se esconde y tiene miedo de dar testimonio de Jesucristo? ¿Es un corazón valiente o es un corazón que tiene mucho temor y trata siempre de esconderse? ¿De qué se ocupa nuestro corazón? ¿Cuál es el tesoro al que está apegado nuestro corazón? ¿Es un corazón fijado en las creaturas, en los problemas que todos tenemos? ¿Es un corazón fijado en los dioses de todos los días o es un corazón firme en el Espíritu Santo? ¿Dónde está la firmeza de nuestro corazón?».

Nos hará bien —añadió— preguntarnos esto. Y también hacer memoria de tantas vicisitudes que tenemos cada día: en casa, en el trabajo, con los hijos, con la gente que vive con nosotros, con los compañeros de trabajo, con todos». Nosotros, es la pregunta del obispo de Roma, ¿nos dejamos llevar por cada una de «estas vicisitudes» o las afrontamos «con el corazón firme que sabe dónde está el único que da firmeza a nuestro corazón, el Espíritu Santo?». Ciertamente, concluyó, «nos hará bien pensar que tenemos un hermoso don que Jesús nos ha dejado: este Espíritu de fortaleza, de consejo, que nos ayuda a seguir adelante. Seguir adelante en medio de las vicisitudes de todos los días. Hagamos hoy este ejercicio de preguntarnos cómo está nuestro corazón. ¿Está firme o no? Y si está firme, ¿dónde se detiene, en las

cosas o en el Espíritu Santo?».

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 22, viernes 30 de mayo de 2014

La verdadera paz es una persona: el Espíritu Santo. Y es «un don de Dios» que hay que acoger y custodiar, precisamente como hace «un niño cuando recibe un regalo». Atención, sin embargo, a las varias «paces» que ofrece el mundo, proponiendo las falsas seguridades del dinero, del poder y de la vanidad: estas son sólo «paces» aparentes e inseguras. Es para vivir precisamente la paz verdadera que el Papa Francisco sugirió algunos consejos prácticos en la misa celebrada el 20 de mayo, en la capilla de la Casa Santa Marta.

Inició su meditación con san Juan: «La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy yo como la da el mundo. Que no se turbe vuestro corazón ni se acobarde» (14, 27-31).

Por ello, afirmó el Pontífice, «el Señor nos da la paz: es un regalo antes de encaminarse a la pasión». Pero, advirtió Jesús, «está claro que mi paz no es la que da el mundo». Es, en efecto, «otra paz»; ¿cómo es «la paz que nos da el mundo?».

La paz del mundo, dijo, ante todo «es un poco superficial», es «una paz que no llega al fondo del alma». Por ello, «es una paz» que procura una «cierta tranquilidad y también un cierto gozo», pero sólo «hasta un cierto nivel».

Un tipo de paz que ofrece el mundo, por ejemplo, es «la paz de las riquezas»: «Pero yo estoy en paz porque tengo todo organizado, tengo para vivir durante toda mi vida, no debo preocuparme». Pero mirad que existen los ladrones, ¿eh? Y los ladrones pueden robar tus riquezas». He aquí por qué «no es una paz definitiva la que te da el dinero».

Por lo demás, añadió el Papa, no olvidemos «que el metal se oxida». Y basta un «bajón de la bolsa y todo el dinero se pierde», dijo también para recalcar cómo la paz del dinero «no es una paz segura», sino sólo «una paz superficial y temporal». Para hacerlo comprender mejor, Jesús mismo relata la paz efímera del hombre «que tenía todos sus graneros llenos de trigo» y mientras tanto ya pensaba construir otros para después descansar «en paz y tranquilo». Pero el Señor le dijo «Necio, esta noche te van a reclamar el alma». He aquí, entonces cómo la paz de la riqueza «no sirve» aunque «ayuda».

Otra paz que da el mundo, prosiguió el Papa, «es la del poder». Y así se llega a pensar: «yo tengo poder, estoy seguro, ordeno esto, ordeno aquello, soy respetado: estoy en paz». En esta situación se encontraba el rey Herodes; pero «cuando llegaron los magos y le dijeron que había nacido el rey de

Israel», en ese mismo instante «su paz se le escapó de repente». Confirmando que «la paz del poder no funciona: un golpe de Estado te la quita de repente». Un tercer tipo de paz «que da el mundo» es la de la «vanidad», que nos dice: «soy una persona estimada, tengo muchos valores, soy una persona que todo el mundo respeta y cuando voy a las recepciones, todos me saludan». Sin embargo tampoco ésta «es una paz definitiva, porque –advirtió el Papa Francisco– hoy eres estimado y mañana serás insultado». El Pontífice invitó a pensar «qué sucedió a Jesús: la misma gente que el domingo de ramos decía una cosa», acogiéndolo en Jerusalén, «el viernes decía otra».

«La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy como la da el mundo». La paz que da Jesús, «es una persona, es el Espíritu Santo», explicó el Papa, es «un gran regalo». Porque «cuando el Espíritu Santo está en nuestro corazón, nadie puede quitar la paz. ¡Ninguno! ¡Es una paz definitiva!».

Debemos «custodiar esta paz», aconsejó el Pontífice. Se trata, en efecto, «de una gran paz, una paz que no es mía.

Y «¿cómo se recibe esta paz del Espíritu Santo?» se preguntó también el Papa. Dos fueron las respuestas: sobre todo, «se recibe en el bautismo, porque viene el Espíritu Santo, y también en la confirmación, porque viene el Espíritu Santo». Y «se acoge como un niño cuando recibe un regalo». El mismo «Jesús había dicho: quien no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él». Así, «sin condiciones, con corazón abierto».

Depende de nosotros «custodiarlo, no enjaularlo, escucharlo, pedirle ayuda: Él está dentro de nosotros». A la posible objeción de que «hay muchos problemas» el Pontífice respondió con las mismas palabras de Jesús: «No se turbe vuestro corazón y no tengáis miedo».

También san Pablo, explicó, «nos decía que para entrar en el reino de los cielos es necesario pasar por muchas tribulaciones». La experiencia, además, nos confirma que tribulaciones «todos nosotros tenemos muchas, más grandes y más pequeñas. ¡Todos!». Pero la paz de Jesús nos tranquiliza. En efecto «la presencia del Espíritu hace que nuestro corazón esté en paz, consciente y no anestesiado, con esa paz que sólo la presencia de Dios nos da».

Para comprobar qué tipo de paz vivimos, sugirió el Pontífice, «podemos hacernos algunas preguntas: ¿creo que el Espíritu Santo está dentro de mí? ¿creo que el Señor me lo ha regalado? ¿Lo recibo como un regalo, como un niño recibe un regalo, con corazón abierto? ¿Custodio al Espíritu Santo que está en mí para no entristecerlo?». Sin embargo, hizo notar el Papa, hay otra pregunta en sentido opuesto: «¿Prefiero la paz que me da el mundo, la del dinero, la del poder, la de la vanidad?». Pero «ésta –recalcó– son “paces” con miedo, siempre»: el miedo de que acaben. En cambio, «la paz de Jesús es definitiva: solamente es necesario recibirla como niños y custodiarla». Que el Señor, fue la oración conclusiva del Papa Francisco, «nos ayude a entender

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 23, viernes 6 de junio de 2014

«Paz, amor y alegría» son «las tres palabras clave» que Jesús nos ha confiado. Quien las realiza en nuestra vida, no según los criterios del mundo, es el Espíritu Santo. A esto el Papa Francisco dedicó la homilía del jueves 22 de mayo, por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta.

«Jesús, en el discurso de despedida, en los últimos días antes de subir al cielo, habló de muchas cosas», pero siempre sobre el mismo punto, representado por «tres palabras clave: paz, amor y alegría».

Sobre la primera, recordó el Papa, «hemos ya reflexionado» en la misa de anteayer, reconociendo que el Señor «no nos da una paz como la da el mundo, nos da otra paz: ¡una paz para siempre!». Respecto a la segunda palabra clave, «amor», Jesús, destacó el Papa, «había dicho muchas veces que el mandamiento es amar a Dios y amar al prójimo». Y «habló de ello también en diversas ocasiones» cuando «enseñaba cómo se ama a Dios, sin los ídolos». Y también «cómo se ama al prójimo». En resumen, Jesús encierra todo este discurso en el capítulo 25 del Evangelio de Mateo, en él se nos dice cómo seremos juzgados. Allí el Señor explica cómo «se ama al prójimo».

Pero, en el pasaje evangélico de san Juan (15, 9-11), «Jesús dice una cosa nueva sobre el amor: no sólo amad, sino permaneced en mi amor». En efecto, «la vocación cristiana es permanecer en el amor de Dios, o sea, respirar y vivir de ese oxígeno, vivir de ese aire».

Pero ¿cómo es este amor de Dios? El Papa Francisco respondió con las mismas palabras de Jesús: «Como el Padre me ha amado, así os he amado yo». Por eso, observó, es «un amor que viene del Padre». Y la «relación de amor entre Él y el Padre» llega a ser una «relación de amor entre Él y nosotros». Así, «nos pide permanecer en ese amor que viene del Padre». Luego, «el apóstol Juan seguirá adelante —dijo el Pontífice— y nos dirá también cómo debemos dar este amor a los demás» pero lo primero es «permanecer en el amor». Y esta es, por lo tanto, también la «segunda palabra que Jesús nos deja.

Y ¿cómo se permanece en el amor? Nuevamente el Papa respondió a la pregunta con las palabras del Señor: «Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, lo mismo que yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor». Y, exclamó el Pontífice, «es algo bello esto: yo sigo los mandamientos en mi vida». Hermoso hasta el punto, explicó, que «cuando no permanecemos en el amor son los mandamientos que vienen, solos, por el amor». Y «el amor nos lleva a cumplir los mandamientos, así naturalmente» porque «la raíz del amor florece en los mandamientos» y los mandamientos son el «hilo conductor» que sujeta, en «este amor que llega», la cadena que une al Padre, a Jesús y a nosotros.

La tercera palabra que indicó el Papa es la «alegría». Al recordar la expresión de Jesús propuesta en la lectura del Evangelio —«Os he hablado de esto para

que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud»—, el Pontífice evidenció que precisamente «la alegría es el signo del cristiano: un cristiano sin alegría o no es cristiano o está enfermo», su salud cristiana «no está bien». Y, añadió, «una vez dije que hay cristianos con la cara avinagrada: siempre con la cara roja e incluso el alma está así. ¡Y esto es feo!». Estos «no son cristianos», porque «un cristiano sin alegría no es cristiano».

Para el cristiano, en efecto, la alegría está presente «también en el dolor, en las tribulaciones, incluso en las persecuciones». Al respecto el Papa invitó a mirar a los mártires de los primeros siglos —como las santas Felicidad, Perpetua e Inés— que «iban al martirio como si fuesen a las bodas». He aquí entonces, «la gran alegría cristiana» que «es también la que custodia la paz y custodia el amor».

Por lo tanto tres palabras clave: paz, amor y alegría. No vienen, de hecho, «del mundo» sino del Padre. Por lo demás, explicó, es el Espíritu Santo «quien realiza esta paz; quien realiza este amor que viene del Padre; quien lleva a cabo el amor entre el Padre y el Hijo y que luego llega a nosotros; que nos da la alegría». Sí, dijo, «es el Espíritu Santo, siempre el mismo; ¡el gran olvidado de nuestra vida!». Y al respecto el Papa, dirigiéndose a los presentes, confesó su deseo de preguntar, pero «¡no lo haré!» especificó, cuántos rezan al Espíritu Santo. «¡No, no alcéis la mano!» y añadió en seguida con una sonrisa; la cuestión, repitió, es que el Espíritu Santo es verdaderamente «¡el gran olvidado!». Pero es «Él el don que nos da la paz, que nos enseña a amar y nos colma de alegría».

Y, como conclusión, el Pontífice repitió la oración inicial de la misa, en la que «hemos pedido al Señor: ¡custodia tu don!». Juntos, dijo, «hemos pedido la gracia para que el Señor custodie siempre el Espíritu Santo en nosotros, el Espíritu que nos enseña a amar, nos colma de alegría y nos da la paz».

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 23, viernes 6 de junio de 2014

«No tener miedo», sobre todo en los momentos difíciles: he aquí el mensaje que el Papa Francisco volvió a proponer en la misa que celebró el viernes 30 de mayo en la capilla de la Casa Santa Marta. Un mensaje de esperanza que impulsa a ser valientes y a tener «la paz del alma» precisamente en las pruebas —la enfermedad, la persecución, los problemas de cada día en familia— seguros que después se vivirá el gozo verdadero, porque «después de la oscuridad siempre llega el sol».

En esta perspectiva san Pablo —un hombre «muy valiente», explicó— «hizo tantas cosas porque tenía la fuerza del Señor, su vocación para llevar adelante la Iglesia, para predicar el Evangelio». Y, sin embargo, parece que también él algunas veces tenía temor. Tanto que el Señor una noche, en una visión, le invitó expresamente a «no tener miedo».

Por lo tanto, también san Pablo «conocía lo que sucede a todos nosotros en la vida», es decir, tener «un poco de miedo». Un miedo que nos lleva incluso a revisar nuestra vida cristiana, preguntándonos quizás si, en medio de tantos problemas, en el fondo «no fuera mejor bajar un poco el nivel» para ser «no tan cristiano», buscando «negociar con el mundo», para que «las cosas no sean tan difíciles».

Un razonamiento, sin embargo, que no fue el de san Pablo, que «sabía que lo que hacía no era del agrado ni de los judíos ni de los paganos». Y los Hechos de los apóstoles describen las consecuencias: fue llevado al tribunal, y he aquí «las persecuciones, los problemas». Todo esto, continuó el Pontífice, nos remite también «a nuestros miedos, nuestros temores». Y surge preguntarnos si el tener miedo sea propio de un cristiano. Por lo demás, recordó el Papa, «Jesús mismo lo tuvo. Pensad en la oración en Getsemaní. Tenía angustia». Pero Jesús dice también: «No te asustes, sigue adelante». Precisamente de esto habla san Juan (16, 20-23), cuando les dice claramente: «Vosotros lloraréis y os lamentaréis, mientras el mundo estará alegre», es más, se burlará de vosotros.

Lo que, después sucedió puntualmente. «Pensemos, —recalcó el obispo de Roma— en aquellos espectáculos del Coliseo, por ejemplo con los primeros mártires» que fueron llevados «a morir mientras la gente se alegraba» diciendo: «Estos tontos que creen en el Resucitado ahora que acaben así». Para muchos el martirio de los cristianos «era una fiesta: ver cómo morían». Sucedió, pues, precisamente lo que Jesús había dicho a los discípulos: «el mundo se alegrará» mientras «vosotros os entristeceréis».

Existe, entonces, «el miedo del cristiano, la tristeza del cristiano». Por lo demás, explicó el Pontífice, «nosotros debemos decir la verdad: no toda la vida cristiana es una fiesta. No toda. Se llora, muchas veces se llora». Las situaciones difíciles de la vida son múltiples: por ejemplo, hizo notar, «cuando

tú estás enfermo, cuando tienes un problema en familia, con los hijos, con la hija, con la esposa, con el marido. Cuando ves que el sueldo no llega a fin de mes y tienes un hijo enfermo y ves que no puedes pagar el préstamo de la casa y tienes que irte». Son «muchos problemas los que tenemos». Y sin embargo, «Jesús nos dice: no tengáis miedo».

Existe además «otra tristeza», añadió el Papa Francisco: la «que nos viene a todos nosotros cuando vamos por un camino que no es bueno». O cuando, «por decirlo sencillamente, compramos, vamos a comprar el gozo, la alegría del mundo, la del pecado». Con el resultado de que «al final está el vacío dentro de nosotros, está la tristeza». Es ésta, precisamente, «la tristeza de la alegría mala».

Pero si el Señor no esconde la tristeza, no nos deja, sin embargo, sólo con esta palabra. Sigue adelante y dice: «Pero si vosotros sois fieles, vuestra tristeza se convertirá en alegría». He aquí el punto clave: «El gozo cristiano es un gozo en esperanza que llega. Pero en el momento de la prueba nosotros no la vemos».

Es, de hecho, «un gozo que se purifica con las pruebas, también por las pruebas de cada día». Dice el Señor: «Vuestra tristeza se convertirá en alegría». Un discurso difícil de hacer comprender, reconoció el Papa. Esto se ve, por ejemplo, «cuando vas con un enfermo, con una enferma que sufre mucho, para decir: ¡ánimo, ánimo, mañana tendrás alegría!». Se trata de hacer sentir a esa persona que sufre, «como le ha hecho sentir Jesús». Es «un acto de fe en el Señor» y lo es también para nosotros «cuando estamos precisamente en la oscuridad y no vemos nada». Un acto que nos hace decir: «Lo sé, Señor, que esta tristeza se convertirá en alegría. No sé cómo, pero lo sé».

En estos días, observó el Pontífice, en la liturgia la Iglesia celebra el momento en el que «el Señor se fue y dejó a sus discípulos solos». En ese momento «quizá algunos de ellos habrán sentido miedo». Pero en todos «estaba la esperanza, la esperanza de que aquel miedo, aquella tristeza se convertiría en alegría». Y «para hacernos entender bien que esto es cierto, el Señor pone el ejemplo de la mujer que da a luz», explicando: «Sí, es verdad, en el parto la mujer sufre mucho, pero después cuando tiene al niño consigo se olvida» de todo el dolor. Y «lo que queda es la alegría», la alegría «de Jesús: una alegría purificada en el fuego de las pruebas, de las persecuciones, de todo lo que se debe hacer para ser fiel».

He aquí, entonces, «el mensaje de la Iglesia hoy: no tener miedo», ser «valerosos en el sufrimiento y pensar que después viene el Señor; después viene el gozo, después de la oscuridad llega el sol». El Pontífice expresó, luego, el deseo de que «el Señor dé a todos nosotros este gozo en esperanza». Y explicó que la paz es «el signo de que nosotros tenemos esta alegría en esperanza». Dan testimonio de esta «paz del alma» especialmente, tantos «enfermos al final de la vida, con los dolores». Porque precisamente «la paz — concluyó el Papa— es la semilla de la alegría, es la alegría en esperanza». Si, en efecto, «tienes paz en el alma en el momento de la oscuridad, en el momento de las dificultades, en el momento de las persecuciones, cuando todos se alegran de tu mal», es el signo claro de que «tú tienes la semilla de

aquella alegría que vendrá después».

**Homilías del Papa Francisco, en la Misa de la mañana en santa Marta.
Año 2014.**



*Textos tomados de: www.vatican.va
Compuestos por: alphonsus2002@googlemail.com
Junio.*

- 2 de junio de 2014. **Tres amores para un matrimonio.**
- 3 de junio de 2014. **Un buen abogado.**
- 5 de junio de 2014. **Una casa que no se alquila.**
- 6 de junio de 2014. **El primer amor jamás se olvida.**
- 9 de junio de 2014. **El carné de identidad del cristiano.**
- 12 de junio de 2014. **Cuando el odio mata.**
- 13 de junio de 2014. **Una brisa suave.**
- 16 de junio de 2014. **Cuando pagan los pobres.**
- 17 de junio de 2014. **Pecadores con guantes blancos.**
- 20 de junio de 2014. **Caza al tesoro.**
- 23 de junio de 2014. **Nadie puede juzgar.**
- 24 de junio de 2014. **Cristianos que saben abajarse.**
- 26 de junio de 2014. **Los que hablan sin autoridad.**
- 27 de junio de 2014. **La canción de cuna de Dios.**
- 30 de junio de 2014. **Martirio de guante blanco.**

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 23, viernes 6 de junio de 2014

Ha sido una pequeña fiesta, para quince parejas de esposos que recordaban el aniversario de matrimonio, la misa celebrada por el Papa el lunes 2 de junio, por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta. Precisamente partiendo de la experiencia vivida por estas familias, el Pontífice indicó las líneas esenciales del sacramento del matrimonio y «del amor esponsal de Jesús para la Iglesia», es decir, «para todos nosotros»: fidelidad, perseverancia, fecundidad.

Reflexión sobre el amor nacida ante todo del discurso de despedida de Jesús a los apóstoles (*Jn 16, 29-33*). Jesús, explicó el Papa, «vuelve sobre el mismo tema: el mundo, el espíritu del mundo, que nos hace tanto mal, y el Espíritu que Él trae, el Espíritu de las bienaventuranzas, el Espíritu del Padre». Él dice expresamente: «El Padre está conmigo». Y es por esto que «vence al mundo». «El Padre nos envió a Jesús», afirmó el obispo de Roma, porque «ha tanto amado al mundo que, para salvarlo, envió a su Hijo, por amor». Por lo tanto, «Jesús es enviado por amor y Jesús ama». ¿Cuál es el amor de Jesús? «Muchas veces —destacó— hemos leído tonterías sobre el amor de Jesús. Pero el amor de Jesús es grande». Y, en especial, indicó «tres amores de Jesús». Ante todo Jesús «ama mucho al Padre en el Espíritu Santo». Es un amor «misterioso» y «eterno». Tanto que «nosotros no podemos imaginar cuán grande, cuán hermoso es este amor»; podemos «sólo pedir la gracia de poder verlo una vez, cuando nosotros estaremos allí». El «segundo amor de Jesús es su Madre». Lo vemos «al final: con tantos dolores, tantos sufrimientos, desde la cruz pensó en su mamá y dijo: "Cuida de ella"». Por último, «el tercer amor de Jesús es la Iglesia, su esposa por amor: hermosa, santa, pecadora, pero la ama igualmente».

La presencia de las quince parejas inspiró al Papa la segunda parte de la meditación. «San Pablo —explicó— cuando se refiere al sacramento del matrimonio, lo llama sacramento grande, porque Jesús se casó con su Iglesia y cada matrimonio cristiano es un reflejo de estas bodas de Jesús con la Iglesia». El Papa confesó luego que querría preguntar a cada una de las parejas que contara «lo sucedido en este tiempo, en estos sesenta años, cincuenta años, veinticinco años». Pero, añadió inmediatamente, «no acabaríamos ni siquiera a mediodía: así que lo dejamos». Sin embargo, continuó, «podemos decir algo sobre el amor esponsal de Jesús con la Iglesia». Un amor que tiene «tres

características: es fiel; es perseverante, no se cansa nunca de amar a su Iglesia; es fecundo».

Ante todo «es un amor fiel. Jesús es el fiel», como nos recuerda también san Pablo. «La fidelidad —afirmó el Pontífice— es precisamente el ser del amor de Jesús. Y el amor de Jesús a su Iglesia es fiel. Esta fidelidad es como una luz sobre el matrimonio: la fidelidad del amor, siempre». El Papa reconoció que «hay momentos malos, muchas veces se litiga. Pero al final se vuelve, se pide perdón y el amor matrimonial sigue adelante».

La vida matrimonial, además, es «también un amor perseverante», porque, si falta esta determinación «el amor no puede seguir adelante». Es necesaria «la perseverancia en el amor, en los buenos momentos y en los momentos difíciles, cuando hay problemas con los hijos, los problemas económicos».

También en estas circunstancias «el amor persevera, sigue siempre adelante, tratando de resolver las cosas para salvar la familia». Y dirigiéndose nuevamente a los esposos presentes, sobre todo a los que festejaban sus sesenta años de vida matrimonial, el obispo de Roma subrayó que es hermosa esta experiencia de la perseverancia, testimoniada por el «hombre y la mujer que se levantan cada mañana y llevan adelante la familia».

El Pontífice indicó en la fecundidad «el tercer rasgo del amor de Jesús hacia su esposa, la Iglesia. El amor de Jesús hace fecunda a su esposa, hace fecunda a la Iglesia con nuevos hijos, bautismos. Y la Iglesia crece con esta fecundidad nupcial del amor de Jesús». Sin embargo «algunas veces el Señor no envía hijos: es una prueba». Y «existen otras pruebas: cuando viene un hijo enfermo, muchos problemas». Y «estas pruebas llevan adelante los matrimonios, cuando miran a Jesús y toman la fuerza de la fecundidad que Jesús tiene con su Iglesia, del amor que Jesús tiene con su Iglesia».

El Papa Francisco recordó al respecto «que a Jesús no le gustan esos matrimonios que no quieren hijos, que quieren permanecer sin fecundidad». Son el producto de la «cultura del bienestar de hace diez años», según la cual «es mejor no tener hijos, así puedes ir a conocer el mundo en vacaciones, puedes tener un chalé en el campo y estás tranquilo». Es una cultura que sugiere que «es más cómodo tener un perrito y dos gatos», así «el amor se dirige a los dos gatos y al perrito». Pero obrando así «este matrimonio, al final, llega a la vejez en soledad, con la amargura de una mala soledad: no es fecundo, no hace lo que Jesús hace con su Iglesia».

Como conclusión, el Papa rezó por las parejas de esposos pidiendo «al Señor que vuestro matrimonio sea hermoso, con las cruces pero hermoso, como el de Jesús con la Iglesia: fiel, perseverante y fecundo».

3 de junio de 2014. **Un buen abogado.**

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 23, viernes 6 de junio de 2014

Tenemos de nuestra parte el mejor abogado defensor, que «no habla mucho pero ama» y que «precisamente en este momento» está intercediendo por cada uno de nosotros mostrando «al Padre sus llagas» para recordarle «el precio pagado para salvarnos». Precisamente en la certeza de que «Jesús intercede por nosotros» el Papa Francisco centró la homilía de la misa que celebró el martes 3 de junio en la capilla de la Casa Santa Marta.

«Te ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por estos que tú me diste, porque son tuyos», son las palabras de Jesús al Padre (*Jn 17, 1-11*). La primera lectura nos presenta otro «discurso de despedida»: desde Mileto san Pablo manda llamar a Éfeso a los ancianos de la Iglesia para despedirse, según lo relatado por los Hechos de los apóstoles (20, 17-27).

San Pablo les dice que no conoce su destino: «No sé lo que me pasará allí — afirma— salvo que el Espíritu Santo, de ciudad en ciudad, me da testimonio de que me aguardan cadenas y tribulaciones». El relato continúa con la noticia de que «todos comenzaron a llorar y, echándose al cuello de Pablo, lo besaban; lo que más pena les daba de lo que había dicho era que no volverían a ver su rostro. Y lo acompañaron hasta la nave» (*Hch 20, 22-23.37-38*). Pablo los alentó a seguir adelante, a predicar el Evangelio, a no cansarse.

También el de Jesús —destacó el Papa— es «un discurso de despedida, antes de ir a Getsemaní y comenzar la pasión». Y «los discípulos estaban tristes» por esto. Pero Jesús exclama «Te ruego por ellos». Por lo tanto, «Jesús ruega por nosotros». Jesús ruega por Pedro, por Lázaro. Y en este «mismo discurso de despedida ruega por todos los discípulos que vendrán y que creerán» en Él. Al respecto, san Pablo (*Rm 8*), explicó el Papa, «nos dice que es una oración de intercesión». De este modo, «hoy, mientras nosotros rezamos aquí, Jesús ruega por nosotros, ruega por su Iglesia». Y «el apóstol Juan» nos tranquiliza diciendo que, cuando pecamos, sabemos que «tenemos un abogado ante el Padre: alguien que ruega por nosotros, nos defiende ante el Padre, nos justifica».

Es importante, subrayó el Pontífice, «pensar que Jesús está orando por mí. Yo puedo seguir adelante en la vida porque tengo un abogado que me defiende. Si soy culpable, si tengo muchos pecados», Jesús «es un buen abogado defensor y hablará al Padre de mí». Y precisamente «para destacar que Él es el primer abogado, nos dice: Os enviaré otro Paráclito, otro abogado. Pero Él es

el primero. Y ruega por mí, en la oración de intercesión que hoy después de la Ascensión al cielo Jesús hace por cada uno de nosotros». Del mismo modo como «cuando nosotros en la parroquia, en casa, en la familia tenemos algunas necesidades, algunos problemas, decimos "reza por mí", lo mismo debemos decir a Jesús: "Señor Jesús, ruega por mí"».

¿Y cómo ruega hoy Jesús? «Yo creo que no habla demasiado con el Padre: ama», respondió el Pontífice. Y añadió: «Pero hay una cosa que Jesús hace hoy, estoy seguro que lo hace: muestra al Padre sus llagas. Y Jesús con sus llagas ruega por nosotros. Como si dijese: "Padre, este es el precio. Ayúdales, protégelos, son tus hijos a quienes yo he salvado"».

De lo contrario, advirtió el Papa Francisco, «no se comprende por qué Jesús después de la resurrección tuvo este cuerpo glorioso, hermosísimo: no estaban las señales de los golpes, no estaban las heridas de la flagelación, todo hermoso, pero estaban las cinco llagas». Y «Jesús quiso llevarlas al cielo para rogar por nosotros, para mostrarle al Padre el precio», como si dijese: «Este es el precio, ahora no los dejes solos, ayúdales».

Y al rezar pidamos: Jesús ayúdame, Jesús dame fuerza, resuelve este problema, perdóname». Rezar así, precisó, «está bien», pero al mismo tiempo no hay que olvidar decir también: «Jesús ruega por mí, muestra al Padre tus llagas que son también las mías; son las llagas de mi pecado, son las llagas de mi problema en este momento». Así Jesús es el «intercesor que sólo muestra al Padre las llagas: esto sucede hoy, en este momento».

El Pontífice concluyó proponiendo de nuevo las palabras de Jesús a Pedro, su oración «para que su fe no decaiga». Con la seguridad de que Él está rogando del mismo modo por «cada uno de nosotros: "Yo ruego por ti hermano, hermana, ruego por ti, para que tu fe no decaiga"». Por ello debemos tener «confianza en esta oración de Jesús, con sus llagas, ante el Padre».

5 de junio de 2014. **Una casa que no se alquila.**

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 24, viernes 13 de junio de 2014

«Uniformistas, alternativistas y ventajosos»: son los tres neologismos que el Papa Francisco acuñó –«martirizando un poco el italiano» como él mismo lo admite– para describir las tres categorías de cristianos que crean divisiones en la Iglesia. El Pontífice habló de ello el jueves 5 de junio, por la mañana, durante la misa en la capilla de la Casa Santa Marta.

Partiendo del evangelio de san Juan (17, 20-26), el Pontífice se detuvo en la imagen «de Jesús que ora: ora por sus discípulos; ora por todos los que vendrán, que vendrán por la predicación de los apóstoles; ora por la Iglesia. Y ¿qué pide el Señor al Padre?», se preguntó. La respuesta fue: «La unidad de la Iglesia: que la Iglesia sea una, que no haya divisiones, que no haya altercados». Para esto, comentó, «es necesaria la oración del Señor, porque la unidad en la Iglesia no es fácil». He aquí la referencia a «muchos» que «dicen estar en la Iglesia, pero están dentro sólo con un pie», mientras el otro queda «fuera».

«Para esta gente –explicó el Papa Francisco– la Iglesia no es la casa propia». Se trata de personas, añadió, que viven como arrendatarios: «un poco aquí, un poco allá». Es más, «hay algunos grupos que alquilan la Iglesia, pero no la consideran su casa».

Entre estos, el obispo de Roma indicó de hecho tres categorías, comenzando por «los que quieren que todos sean iguales en la Iglesia»: los «uniformistas», cuyo estilo es «uniformar todo: todos iguales». Están presentes desde «el inicio», es decir, «desde que el Espíritu Santo quiso hacer entrar en la Iglesia a los paganos», recordó el Papa haciendo referencia a cuantos pretendían que los paganos antes de formar parte de la Iglesia se hiciesen judíos. Esto demuestra que la uniformidad va de la mano con la rigidez; y no por casualidad el Papa Francisco definió a estos cristianos «rígidos», porque «no tienen la libertad que da el Espíritu Santo. Y confunden lo que Jesús predicó en el Evangelio» y «su doctrina de igualdad», mientras que «Jesús nunca quiso que su Iglesia fuera rígida». Estos, por lo tanto, a causa de su «actitud no entran en la Iglesia. Se dicen cristianos, se dicen católicos, pero su actitud rígida les aleja de la Iglesia».

En cuanto al segundo grupo, los «alternativistas», el obispo de Roma los catalogó entre los que piensan: «Yo entro en la Iglesia, pero con esta idea, con esta ideología». Ponen condiciones «y así su pertenencia a la Iglesia es

parcial». También ellos «tienen un pie fuera de la Iglesia; alquilan la Iglesia» pero no la sienten propia; y también ellos están presentes desde el inicio de la predicación evangélica, como testimonian «los gnósticos, que el apóstol Juan ataca muy fuerte: “Somos... sí, sí... somos católicos, pero con estas ideas”». Buscan una alternativa, porque no comparten el sentir común de la Iglesia. Por último el tercer grupo es el de aquellos que «buscan ventajas». Ellos «van a la Iglesia, pero para ventaja personal y acaban haciendo negocios en la Iglesia». Son los especuladores, presentes también ellos desde los inicios: como Simón el mago, Ananías y Safira, que «se aprovechaban de la Iglesia para su beneficio». Actualizando el discurso, el Papa Francisco denunció cómo personajes de este tipo se encuentren regularmente «en las comunidades parroquiales o diocesanas, en las congregaciones religiosas», ocultándose bajo las apariencias de «bienhechores de la Iglesia». Hemos visto muchos de ellos, dijo en sustancia: «se pavoneaban de ser bienhechores y al final, detrás de la mesa, hacían sus negocios». También ellos, naturalmente, «no sienten a la Iglesia como madre».

Pero el mensaje de Cristo es completamente distinto: a todas estas categorías, prosiguió el Pontífice, Jesús dice que «la Iglesia no es rígida, es libre. En la Iglesia hay tantos carismas, hay una gran diversidad de personas y de dones del Espíritu. Jesús dice: en la Iglesia tú debes dar tu corazón al Evangelio, a lo que el Señor enseñó, y no guardarte una alternativa. El Señor nos dice: si quieres entrar en la Iglesia», hazlo «por amor, para dar todo, todo el corazón y no para hacer negocios en tu favor». De hecho, «la Iglesia no es una casa de alquiler» para quienes «quieren hacer su voluntad»; por el contrario, «es una casa para vivir».

Y a cuantos objetan que «no es fácil», estar con ambos pies en la Iglesia, porque «las tentaciones son muchas», el obispo de Roma recordó al que «hace la unidad en la Iglesia, la unidad en la diversidad, en la libertad, en la generosidad», es decir, al Espíritu Santo, cuya «tarea» específica es precisamente construir «la armonía en la Iglesia». Porque «la unidad de la Iglesia es armonía. Todos –comentó con una broma– somos diversos, no somos iguales, gracias a Dios», de lo contrario «sería un infierno». Pero «todos estamos llamados a la docilidad al Espíritu Santo». Y es precisamente la virtud la que nos salvará de ser rígidos, de ser alternativistas» y del ser «ventajistas» o especuladores en la Iglesia: la docilidad al Espíritu Santo, aquel «que hace la Iglesia».

Es esta docilidad la que transforma la Iglesia de una casa “de alquiler” en una casa que cada uno siente como propia. «Yo estoy en casa –explicó el Papa– porque es el Espíritu Santo quien me concede esta gracia». De aquí, la invitación a pedir durante la misa «la gracia de la unidad de la Iglesia: ser hermanos y hermanas en unidad», sintiéndose «en casa propia. Unidad en la

diversidad de cada uno» pero «diversidad libre», sin poner condiciones. «Que el Señor nos envíe el Espíritu Santo –fue la petición conclusiva del Papa Francisco– y cree esta armonía en nuestras comunidades parroquiales, diocesanas, de los movimientos, porque como decía un padre de la Iglesia: “El Espíritu, él mismo es armonía”».

6 de junio de 2014. **El primer amor jamás se olvida.**

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 24, viernes 13 de junio de 2014

El primer amor jamás se olvida. Y esto vale para los obispos y los sacerdotes, que deben siempre recordar la belleza de su primer encuentro con Jesús. Y deben después ser pastores que siguen paso a paso al Señor, sin preocuparse de cómo acabará su propia vida. Son los puntos esenciales del ministerio episcopal y sacerdotal que el Papa Francisco indicó durante la misa que celebró el viernes 6 de junio.

Inició la meditación con el diálogo entre Jesús y Pedro citado en la conclusión del Evangelio de san Juan (21, 15-19). Es uno de los muchos diálogos «bellos» de Jesús, en la línea de aquellos con «el ciego, la samaritana, el enfermo en la piscina». El coloquio con Pedro es «tranquilo», se desarrolla «después de la resurrección» y también «después de un buen desayuno». Y precisamente en este pasaje del Evangelio, el Pontífice confesó haber encontrado además «el estilo de diálogo que nosotros sacerdotes, es decir, sacerdotes y obispos, debemos tener con el Señor». Así, con explícita referencia a «nuestro diálogo con Jesús», propuso cuatro puntos de reflexión.

Juan cuenta que «tres veces el Señor pregunta a Pedro si lo ama, si lo quiere». Esto significa, explicó el obispo de Roma, que «el amor que el Señor quiere de un obispo, de un sacerdote es más grande que el de los demás: es único, siempre más». A la tercera pregunta de Jesús –recordó– Pedro «se entristeció, quizá porque imaginaba cuando había negado a Jesús. Y todavía más, se entristece por la duda: ¿por qué me pregunta estas cosas?».

La respuesta es clara: el Señor quería llevarlo de nuevo «a tiempos pasados, a aquella primera tarde, cuando encontró a su hermano Andrés», quien después encontró a Pedro y le dijo: «¡Hemos encontrado al Mesías!». En una palabra Jesús quería llevar de nuevo a Pedro «al primer amor». Así «cuando el Señor nos pregunta a nosotros sacerdotes si lo amamos, quiere llevarnos al primer amor». Al respecto, el Papa se refirió al libro de Jeremías: «Me acuerdo de ti, recuerdo tu cariño juvenil, el amor que me tenías de novia, cuando ibas tras de mí por el desierto» (2, 2).

Se trata, por lo tanto de regresar a «ese primer amor que todos hemos tenido». Y es precisamente «para renovar este amor de hoy, que el Señor quiere que nosotros nos acordemos del primer amor».

A la misa matutina en Santa Marta, dijo el Pontífice, «vienen de las parroquias» muchas parejas de esposos «que celebran el quincuagésimo o

sexagésimo aniversario de matrimonio». Y «yo siempre les pregunto: ¿pero cómo les fue?». Su «respuesta, hemos vivido de todo: uno dice una cosa, uno dice la otra...». Pero en sus testimonios, destacó, hay siempre una expresión: «¡Somos felices!». Y una vez –recordó el Papa– dos esposos, que celebraban sesenta años de matrimonio, respondieron: «hemos discutido» pero estamos «enamorado como el primer día».

Es la misma pregunta que se deben hacer también los obispos y los sacerdotes, para entender cómo va el amor de hoy con Jesús: «¿estoy enamorado como el primer día? ¿O el trabajo, las preocupaciones me hacen un poco mirar a otras cosas y olvidar un poco el amor?». En los matrimonios, reconoció el Papa, reñir es normal, también porque «cuando no hay amor no se riñe, se rompe». He aquí, entonces, el motivo por el que Jesús hace esas tres preguntas a Pedro: «para llevarlo al primer amor». Porque no hay que «olvidar jamás el primer amor, jamás».

El segundo punto que emerge de la narración de Juan es «la invitación: ¡apacienta, sé pastor!». Alguien, hizo notar el Papa, podría quizá objetar: «Pero Señor, sabes, tengo que estudiar porque quiero llegar a ser un intelectual en filosofía, en teología, en patología...». A estos pensamientos es necesario responder: «¡Sé pastor, después viene lo demás! ¡Apacienta! Con la teología, con la filosofía, con la patología, con lo que estudias, pero ¡apacienta! ¡Sé pastor!».

Por lo demás, explicó el Pontífice, «el Señor nos ha llamado para esto» y la imposición de las «manos del obispo sobre nuestra cabeza es para ser pastores». Así, después de aquella pregunta «sobre el primer amor», he aquí una segunda pregunta útil para un examen de conciencia para obispos y sacerdotes: «¿soy pastor o soy un empleado de esta ONG que se llama "Iglesia"?». Una pregunta, advirtió el Papa, que debemos hacérsela todos, respondiendo a nosotros mismos con la exhortación de Jesús: «¡Apacienta! ¡Pastorea! ¡Sigue adelante!».

El tercer punto coincide con otra pregunta, precisamente la que Pedro plantea a Jesús respecto al apóstol Juan: ¿y él cómo acabará? Se trata, destacó el Papa, de «una pregunta interesante», que «Pedro hace por curiosidad, después de este diálogo, cuando mira a Juan: ¿y a él qué le sucederá?».

En el fondo, a Jesús «los apóstoles, precisamente el día de la Ascensión, hicieron la misma pregunta: ¿pero ahora llega el triunfo?». Casi como decir: «¿Cómo terminará este primer amor que ha caminado tanto? ¿Cómo acabará este ser pastores? ¿Terminará con la gloria, con la magnificencia?». La respuesta, sin embargo, es muy distinta: «No, hermano, acabará de modo más común, incluso la más humillante muchas veces». A lo mejor, dijo el Papa Francisco, «acabará en la cama que te dan de comer, que te tienen que vestir, inservible, ahí, enfermo». No sirve repetir: «Pero, Señor, yo he hecho esto por

ti», tuve «un gran amor, he pastoreado como me lo dijiste, ¿y tengo que acabar así?». Sí, explicó el Pontífice, se debe «acabar así como terminó Él! Ese amor muere como el grano de trigo y así, luego vendrá el fruto. ¡Pero yo no lo veré!».

El cuarto y último punto está constituido por «una palabra más fuerte: ¡Sígueme!». Es precisamente lo que dice Jesús «si nosotros hemos perdido la orientación y no sabemos cómo responder al amor, no sabemos cómo responder a este ser pastores o no tenemos la certeza de que el Señor no nos dejará solos en los momentos más duros de la vida, en la enfermedad». Este «¡sígueme!», dijo el Pontífice, debe ser «nuestra certeza», siguiendo los pasos de Jesús, en ese camino».

El Papa Francisco concluyó con una oración «por los obispos, y los sacerdotes: el Señor nos dé a todos nosotros la gracia de encontrar siempre, o recordar siempre, el primer amor; de ser pastores; de no tener vergüenza de acabar humillados en una cama» o de perder la razón. Una oración al Señor «para que siempre nos dé la gracia de caminar detrás de Jesús», siguiendo los pasos de Jesús, y nos dé así «la gracia de seguirlo».

9 de junio de 2014. **El carné de identidad del cristiano.**

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 24, viernes 13 de junio de 2014

Las bienaventuranzas son «el carné de identidad del cristiano». Por ello el Papa Francisco —en la homilía de la misa que celebró el lunes 9 de junio— invitó a retomar esas páginas del Evangelio y releerlas más veces, para poder vivir hasta el final un «programa de santidad» que va «contracorriente» respecto a la mentalidad del mundo.

El Pontífice se refirió punto por punto al pasaje evangélico de Mateo (5, 1-12) propuesto por la liturgia. Y volvió a proponer las bienaventuranzas insertándolas en el contexto de nuestra vida diaria. Jesús, explicó, habla «con toda sencillez» y hace como «una paráfrasis, una glosa de los dos grandes mandamientos: amar al Señor y amar al prójimo». Así, «si alguno de nosotros plantea la pregunta: “¿Cómo se hace para llegar a ser un buen cristiano?”», la respuesta es sencilla: es necesario hacer lo que dice Jesús en el sermón de las bienaventuranzas.

Un sermón, reconoció el Papa, «muy a contracorriente» respecto a lo «que es costumbre, a lo que se hace en el mundo». La cuestión es que el Señor «sabe dónde está el pecado, dónde está la gracia, y Él conoce bien los caminos que te llevan a la gracia». He aquí, entonces, el sentido de sus palabras «bienaventurados los pobres en el espíritu»: o sea «pobreza contra riqueza». «El rico —explicó el obispo de Roma— normalmente se siente seguro con sus riquezas. Jesús mismo nos lo dijo en la parábola del granero», al hablar de ese hombre seguro que, como necio, no piensa que podría morir ese mismo día. «Las riquezas —añadió— no te aseguran nada. Es más: cuando el corazón se siente rico, está tan satisfecho de sí mismo, que no tiene espacio para la Palabra de Dios». Es por ello que Jesús dice: «Bienaventurados los pobres en el espíritu, que tienen el corazón pobre para que pueda entrar el Señor». Y también: «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados». Al contrario, hizo notar el Pontífice, «el mundo nos dice: la alegría, la felicidad, la diversión, esto es lo hermoso de la vida». E «ignora, mira hacia otra parte, cuando hay problemas de enfermedad, de dolor en la familia». En efecto, «el mundo no quiere llorar: prefiere ignorar las situaciones dolorosas, cubrirlas». En cambio «sólo la persona que ve las cosas como son, y llora en su corazón, es feliz y será consolada»: con el consuelo de Jesús y no con el del mundo. «Bienaventurados los mansos», continuó el Pontífice, es una expresión fuerte, sobre todo «en este mundo que desde el inicio es un mundo de guerras; un

mundo donde se riñe por doquier, donde por todos lados hay odio». Sin embargo «Jesús dice: nada de guerras, nada de odio. Paz, mansedumbre». Alguien podría objetar: «Si yo soy tan manso en la vida, pensarán que soy un necio». Tal vez es así, afirmó el Papa, sin embargo dejemos incluso que los demás «piensen esto: pero tú sé manso, porque con esta mansedumbre tendrás como herencia la tierra».

«Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia» es otra gran afirmación de Jesús dirigida a quienes «luchan por la justicia, para que haya justicia en el mundo». La realidad nos muestra, destacó el obispo de Roma, cuán fácil es «entrar en las pandillas de la corrupción», formar parte de «esa política cotidiana del "do ut des"» donde «todo es negocio». Y, añadió, «cuánta gente sufre por estas injusticias». Precisamente ante esto «Jesús dice: son bienaventurados los que luchan contra estas injusticias». Así, aclaró el Papa, «vemos precisamente que es una doctrina a contracorriente» respecto a «lo que el mundo nos dice».

Y más: «bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia». Se trata, explicó, de «los que perdonan, comprenden los errores de los demás». Jesús «no dice: bienaventurados los que planean venganza», o que dicen «ojo por ojo, diente por diente», sino que llama bienaventurados a «aquellos que perdonan, a los misericordiosos». Y siempre es necesario pensar, recordó, que «todos nosotros somos un ejército de perdonados. Todos nosotros hemos sido perdonados. Y por esto es bienaventurado quien va por esta senda del perdón».

«Bienaventurados los limpios de corazón», es una frase de Jesús que se refiere a quienes «tienen un corazón sencillo, puro, sin suciedad: un corazón que sabe amar con esa pureza tan hermosa». Luego, «bienaventurados los que trabajan por la paz» hace referencia a las numerosas situaciones de guerra que se repiten. Para nosotros, reconoció el Papa, «es muy común ser agentes de guerras o al menos agentes de malentendidos». Sucede «cuando escucho algo de alguien y voy a otro y se los digo; e incluso hago una segunda versión un poco más amplia y la difundo». En definitiva, es «el mundo de las habladurías», hecho por «gente que critica, que no construye la paz», que es enemiga de la paz y no es ciertamente bienaventurada.

Por último, proclamando «bienaventurados a los perseguidos por causa de la justicia», Jesús recuerda «cuánta gente es perseguida» y «ha sido perseguida sencillamente por haber luchado por la justicia».

Así, puntualizó el Pontífice, «es el programa de vida que nos propone Jesús». Un programa «muy sencillo pero muy difícil» al mismo tiempo. «Y si nosotros quisiéramos algo más —afirmó— Jesús nos da también otras indicaciones», en especial «ese protocolo sobre el cual seremos juzgados que se encuentra en el capítulo 25 del Evangelio de Mateo: "Tuve hambre y me disteis de comer, tuve

sed y me disteis de beber... estuve enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme"».

He aquí el camino, explicó, para «vivir la vida cristiana al nivel de santidad». Por lo demás, añadió, «los santos no hicieron otra cosa más que» vivir las bienaventuranzas y ese «protocolo del juicio final». Son «pocas palabras, palabras sencillas, pero prácticas para todos, porque el cristianismo es una religión práctica: es para practicarla, para realizarla, no sólo para pensarla». Y práctica es también la propuesta conclusiva del Papa Francisco: «Hoy, si tenéis un poco de tiempo en casa, tomad el Evangelio de Mateo, capítulo quinto, al inicio están estas bienaventuranzas». Y luego en el «capítulo 25, están las demás» palabras de Jesús. «Os hará bien —exhortó— leer una vez, dos veces, tres veces esto que es el programa de santidad».

12 de junio de 2014. **Cuando el odio mata.**

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 25, viernes 20 de junio de 2014

Para practicar la justicia hasta el fondo, viviendo el mandamiento del amor, hay que ser realistas, coherentes y reconocerse hijos del mismo Padre, y por lo tanto hermanos. Son los tres criterios prácticos sugeridos por el Papa Francisco en la misa celebrada el jueves 12 de junio, por la mañana, en la Casa Santa Marta.

En el pasaje evangélico de Mateo (5, 20-26) propuesto por la liturgia, Jesús —explicó el Pontífice— nos habla de «cómo debe ser el amor entre nosotros». Comienza su discurso «diciendo una cosa para entender bien cómo debemos avanzar en el camino del amor fraterno». He aquí sus palabras: «Os digo que si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos».

Por lo tanto, afirma Jesús, «debemos ser justos, debemos amar al prójimo, que es el problema de hoy; pero no como esos doctores de la ley que tenían una filosofía especial»: decir bien «todo lo que se debe hacer» —considerándose «inteligentes» y «buenos»— pero «después no hacerlo». Y por esto, respecto a ellos, «Jesús dice: haced todo lo que os digan; pero no hagáis lo que ellos hacen». Y lo dice «porque no eran coherentes».

Eran, de hecho, personas que «sabían que el primer mandamiento era amar a Dios; sabían que el segundo era amar al prójimo». Sin embargo, «tenían muchos matices de ideas, porque eran ideólogos». Y hacían toda una serie de distinciones sobre lo que significa «amar al prójimo». Acabando, luego, por asumir «una actitud que no era amor», sino más bien «indiferencia hacia el prójimo». He aquí, por lo tanto, que Jesús aconseja superar este modo de proceder, que no es justicia sino equilibrio social».

Y para hacerlo, afirmó el Papa, Jesús nos sugiere «tres criterios». El primero es precisamente «un criterio de sano realismo». En efecto, Jesús dice que «si tú tienes algo contra el otro, y vosotros no podéis resolver» la cuestión y «buscar una solución», es oportuno encontrar el modo «al menos de poneros de acuerdo». Sobre todo, aconseja el Señor, «procura arreglarte enseguida, mientras vais todavía de camino». Quizá «no sea lo ideal, pero el acuerdo es una cosa buena: es realismo».

Y a cuantos objetan que «los acuerdos no duran» tanto que como se suele decir, «se hacen para romperlos», la respuesta es que «el esfuerzo de hacer acuerdos» sirve para «salvar muchas cosas: uno da un paso, el otro da otro

paso» y «así al menos hay paz». Aunque si quizá, reconoció el Papa, sea «una paz muy provisoria» porque nace de un acuerdo.

En síntesis, «Jesús es realista» cuando afirma que «esta capacidad de hacer acuerdos entre nosotros significa también superar la justicia de los fariseos y de los doctores de la ley». Es «el realismo de la vida». Tanto que Jesús recomienda explícitamente llegar «a un acuerdo mientras vas de camino, precisamente para frenar la lucha y el odio entre nosotros. Nosotros, en cambio, muchas veces queremos terminar las cosas, llevarlas al límite».

«Un segundo criterio que nos da Jesús es el criterio de la verdad» explicó el Pontífice. Existe, en efecto, el mandamiento de no matar; pero «también hablar mal de otro es matar, porque la raíz es el mismo odio: no tienes el valor de matarlo o piensas que es demasiado, pero lo matas de otra manera, con las habladurías, las calumnias, la difamación».

En el Evangelio de Mateo, las palabras de Jesús al respecto son claras: «Pero yo os digo: todo el que se deja llevar de la cólera contra su hermano será procesado. Y si uno llama a su hermano "imbécil", tendrá que comparecer ante el Sanedrín y si lo llama "necio" merece la condena de la gehenna del fuego».

Por eso, explicó el Papa, «cuando escuchamos personas que se dicen cosas feas», hay que recordar siempre que llamando "imbécil" o "necio" se mata al hermano, porque el insulto «tiene una raíz de odio». De hecho, «nace de la misma raíz del crimen: es la misma, el odio». En cambio, prosiguió, «buscar insultos es una costumbre muy común entre nosotros». Existen «personas —destacó— que para expresar su odio contra otra persona tienen una capacidad impresionante». Y no piensan cuánto mal haga «desgañitarse e insultar».

El tercer criterio que nos da Jesús «es un criterio de filiación». Nosotros, afirmó el Pontífice, «no debemos matar al hermano» precisamente en cuanto que él es nuestro hermano: «tenemos el mismo padre». Y, se lee en el Evangelio, «no puedo ir con el Padre si no estoy en paz con mi hermano». Jesús, en efecto, dice: «si cuando vas a presentar tu ofrenda sobre el altar, te acuerdas allí mismo de que tu hermano tiene quejas contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano, y entonces vuelve a presentar tu ofrenda». Por lo tanto, recomienda el Señor, «no hablar con el Padre si no estás en paz con tu hermano» o «al menos con un acuerdo».

He aquí, recapituló el Papa, «los tres criterios: un criterio de realismo; un criterio de coherencia, es decir no matar pero también no insultar porque quien insulta mata, asesina; y un criterio de filiación: no se puede hablar con el Padre si no puedo hablar con mi hermano». Son los tres criterios para «superar la justicia de los escribas y fariseos».

Un «programa no fácil», reconoció el obispo de Roma, «pero es el camino que Jesús nos indica para seguir adelante». Y en conclusión el Papa Francisco pidió

al Señor precisamente «la gracia de poder seguir adelante en paz entre nosotros», quizá también «con los acuerdos, pero siempre con coherencia y con espíritu de filiación».

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 25, viernes 20 de junio de 2014

Antes de confiarnos una misión el Señor nos prepara, probándonos con un proceso de purificación y discernimiento. Es la historia del profeta Elías la que sugirió al Papa, durante la misa que celebró el viernes 13 de junio, la reflexión sobre esta regla fundamental de la vida cristiana.

«En la primea lectura —dijo el Pontífice refiriéndose al pasaje tomado del primer libro de los Reyes (19, 9.11-16)— hemos escuchado la historia de Elías: cómo el Señor prepara un profeta, cómo trabaja en su corazón para que este hombre sea fiel a su palabra y haga lo que Él quiere».

El profeta Elías «era una persona fuerte, de gran fe. Había amonestado al pueblo por adorar a Dios y adorar a los ídolos: pero si adoraba a los ídolos, adoraba mal a Dios. Y si adoraba a Dios, adoraba mal a los ídolos». Por eso Elías decía que el pueblo renqueaba «con los dos pies», no tenía estabilidad y no estaba firme en la fe. En su misión «fue valiente» y, al final, lanzó un desafío a los sacerdotes de Baal, sobre el monte Carmelo, y los venció. «Y para terminar la historia los mató a todos», poniendo así fin a la idolatría «en esa parte del pueblo de Israel». Por lo que Elías «estaba contento porque la fuerza del Señor estaba con él».

Pero, prosiguió el Papa, «al día siguiente la reina Jezabel —era la mujer del rey pero era ella la que gobernaba— lo amenazó y le dijo que lo mataría». Ante esta amenaza Elías «tuvo tanto miedo que cayó en depresión: se marchó y quería morir». Precisamente ese profeta que el día anterior «había sido tan valiente y había vencido» contra los sacerdotes de Baal, «hoy está mal, no quiere comer y quiere morir, tanta era la depresión que tenía». Y todo esto, explicó el Pontífice, «por la amenaza de una mujer». Por eso «los cuatrocientos sacerdotes del ídolo Baal no lo habían asustado, pero esta mujer sí».

Es una historia que «nos hace ver cómo el Señor prepara» para la misión. En efecto, Elías «con aquella depresión se retiró al desierto para morir y se recostó esperando la muerte. Pero el Señor lo llama» y lo invita a comer un poco de pan y a beber porque, le dice, «tú debes aún caminar mucho». Y así Elías «come, bebe, pero después se vuelve a recostar. Y el Señor de nuevo lo llama: sigue adelante, sigue adelante».

La cuestión es que Elías «no sabía qué hacer, pero escuchó que debía subir al monte para encontrar a Dios. Fue valiente y se dirigió hacia allá, con la

humildad de la obediencia. Porque era obediente». A pesar de encontrarse en un estado de desaliento y «con mucho miedo», Elías «subió al monte para esperar el mensaje de Dios, la revelación de Dios: oraba, porque era bueno, pero no sabía qué sucedería. No lo sabía, estaba allí y esperaba al Señor». Se lee en el Antiguo Testamento: «Entonces pasó el Señor y hubo un huracán tan violento que hendía las montañas y quebraba las rocas ante el Señor, aunque en el huracán no estaba el Señor». Elías, comentó el Papa, se «dio cuenta de que el Señor no estaba allí». Continúa la Escritura: «Después del huracán, un terremoto, pero en el terremoto no estaba el Señor». Así que, continuó el Pontífice, Elías «supo discernir que el Señor no estaba en el terremoto y no estaba en el viento». Y aún más, cuenta el primer Libro de los Reyes: «después del terremoto fuego, pero en el fuego tampoco estaba el Señor. Después del fuego el susurro de una brisa suave». Y he aquí que «al oírlo, Elías se dio cuenta que era el Señor que pasaba, se cubrió su rostro con el manto y adoró al Señor».

En efecto, afirmó el obispo de Roma, «el Señor no estaba en el huracán, en el terremoto o en el fuego, sino que estaba en aquel susurro de brisa suave: en la paz». O «como dice precisamente el original, una expresión bellísima: el Señor era un hilo de silencio sonoro».

Elías, pues, «sabe discernir dónde está el Señor y el Señor lo prepara con el don del discernimiento». Luego le confía su misión: «Has hecho la prueba, te pusiste a prueba con la depresión», del estar mal, «del hambre: fuiste probado en el discernimiento», pero ahora —se lee en la Escritura— «vuelve a tu camino en dirección al desierto de Damasco. Cuando llegues, unge rey de Siria a Jazael, rey de Israel a Jehú, hijo de Nimsí, y profeta sucesor tuyo a Eliseo». Precisamente esta es la misión que le corresponde a Elías, explicó el Papa. Y el Señor le hizo hacer ese largo recorrido para prepararlo a la misión. Quizá se podría objetar, hubiera sido «mucho más fácil decir: has sido tan valiente al matar a esos cuatrocientos, ahora ve y unge a este». En cambio, «el Señor prepara el alma, prepara el corazón y lo prepara en la prueba, lo prepara en la obediencia, lo prepara en la perseverancia».

Y «así es la vida cristiana», puntualizó el Pontífice. En efecto «cuando el Señor quiere darnos una misión, quiere darnos un trabajo, nos prepara para que lo hagamos bien», precisamente «como preparó a Elías». Lo que es importante «no es que él haya encontrado al Señor» sino «todo el recorrido para llegar a la misión que el Señor confía». Y precisamente «esta es la diferencia entre la misión apostólica que el Señor nos da y un deber humano, honrado, bueno». Por lo tanto, «cuando el Señor da una misión, nos hace siempre entrar en un proceso de purificación, un proceso de discernimiento, un proceso de obediencia, un proceso de oración». Así, insistió, «es la vida cristiana», es decir, «la fidelidad a este proceso, a dejarnos conducir por el Señor».

Del caso de Elías nace una gran enseñanza. El profeta «tuvo miedo, y esto es muy humano», porque Jezabel «era una reina mala que asesinaba a sus enemigos». Elías «tiene miedo, pero el Señor es más poderoso» y le hace comprender que tiene «necesidad de la ayuda del Señor en la preparación a su misión». Así Elías «camina, obedece, sufre, discierne, ora y encuentra al Señor». El Papa Francisco concluyó con una oración: «Que el Señor nos dé la gracia de dejarnos preparar todos los días en el camino de nuestra vida, para que podamos testimoniar la salvación de Jesús».

16 de junio de 2014. **Cuando pagan los pobres.**

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 25, viernes 20 de junio de 2014

Son siempre los pobres quienes pagan el precio de la corrupción. De toda corrupción: la de los políticos y de los empresarios, pero también la de los eclesiásticos que descuidan su «deber pastoral» por el «poder». El Papa Francisco volvió a denunciar con palabras fuertes «el pecado de la corrupción», en el que caen «muchas personas que tienen poder: poder material, político o espiritual». Y durante la misa que celebró el lunes 16 de junio invitó a rezar en especial por «aquellos —muchos, muchos— que pagan la corrupción, que pagan la vida de los corruptos, esos mártires de la corrupción política, de la corrupción económica y de la corrupción eclesiástica».

Partiendo del pasaje del primer libro de los Reyes (21, 1-16) proclamado durante la liturgia, el Pontífice recordó la historia de Nabot de Yezrael, que se negó a ceder al rey Ajab su viña, que había heredado de su padre, y por ello, por instigación de la reina Jezabel, fue lapidado. «Un pasaje muy triste de la Biblia», comentó el obispo de Roma, destacando que el relato sigue la misma estructura del relato del proceso de Jesús o del martirio de Esteban, y haciendo referencia a una frase del Evangelio de Marcos (10, 42): «Sabéis que los que son reconocidos como jefes de los pueblos los tiranizan, y que los grandes los oprimen».

«Este Nabot —destacó el Papa— parece un mártir, un mártir de ese rey, que gobierna tiranizando y oprimiendo». Para apropiarse de la viña, Ajab al principio presenta a Nabot una propuesta honesta: «Yo te la compro, te la cambio por otra». Luego, sin embargo, ante el rechazo del hombre de privarse de la «herencia de sus padres», se marcha a casa «amargado, indignado», comportándose casi como un «niño caprichoso» que hace «berrinches». A este punto su esposa Jezabel —«la misma que había amenazado de muerte al profeta Elías, después de que él había matado a los sacerdotes de Baal»— organizó un simulacro de proceso con falsos testigos e hizo matar a Nabot, permitiendo al marido tomar posesión de la viña. Y Ajab lo hizo, destacó el Pontífice, «tranquilo, como si nada hubiese ocurrido».

Se trata de una historia, advirtió el Papa Francisco, que «se repite continuamente en muchas personas que tienen poder: poder material, político o espiritual. Pero esto es un pecado: es el pecado de la corrupción». Y ¿cómo se corrompe una persona? «Se corrompe —dijo el Papa— por el camino de la propia seguridad. Primero, el bienestar, el dinero, luego el poder, la vanidad,

el orgullo, y desde allí todo: incluso matar».

«En los periódicos —indicó el obispo de Roma— leemos muchas veces: ha sido conducido al tribunal ese político que se enriqueció mágicamente. Ha estado en el tribunal, ha sido llevado al tribunal ese dirigente de empresa que mágicamente se enriqueció, es decir, explotando a sus obreros; se habla mucho de un prelado que se enriqueció demasiado y ha dejado su deber pastoral por atender su poder». Así pues, están «los corruptos políticos, los corruptos de los negocios y los corruptos eclesiásticos». Y están «por todas partes». Porque la corrupción, explicó el Pontífice, «es precisamente el pecado al alcance de la mano, que tiene esa persona que tiene autoridad sobre los otros, sea económica, política o eclesiástica. Todos somos tentados de corrupción. Es un pecado al alcance de la mano».

Por lo demás, añadió, «cuando uno tiene autoridad se siente poderoso, se siente casi Dios». La corrupción, de este modo, «es una tentación de cada día», en la cual puede caer «un político, un empresario o un prelado».

Pero —se preguntó el Papa Francisco— «¿quién paga la corrupción?». Ciertamente no la paga quien «lleva el soborno»: él representa sólo «al intermediario». En realidad, constató el Pontífice, «la corrupción la paga el pobre». No por casualidad la corrupción del rey Ajab «la pagó Nabot, el pobre hombre fiel a su tradición, fiel a sus valores, fiel a la herencia recibida de su padre».

«Si hablamos de los corruptos políticos o de los corruptos en la economía, ¿quién paga esto?», se preguntó de nuevo el Papa. «Pagan —dijo— los hospitales sin medicinas, los enfermos que no tienen remedio, los niños sin educación. Ellos son los modernos Nabot, que pagan la corrupción de los grandes». Y, continuó, «¿quién paga la corrupción de un prelado? La pagan los niños que no saben santiguarse, que no saben la catequesis, que no son atendidos; la pagan los enfermos que no son visitados; la pagan los presos, que no tienen atención espiritual». En definitiva, quien paga la corrupción son siempre los pobres: los «pobres materiales» y los «pobres espirituales».

«Entre vosotros no es así», dice al respecto Jesús a los discípulos, exhortando a quien «tiene poder» a convertirse «en el servidor». Y, en efecto, recordó el Papa Francisco, «el único camino para salir de la corrupción, el único camino para vencer la tentación, el pecado de la corrupción, es el servicio. Porque la corrupción viene del orgullo, de la soberbia, y el servicio te humilla: es precisamente la caridad humilde para ayudar a los demás».

Como conclusión, el Pontífice destacó el valor del testimonio de Nabot, el cual «no quiso vender la herencia de sus padres, de sus antepasados, los valores»: un testimonio muy significativo si se piensa que a menudo, «cuando hay corrupción», también el pobre corre el riesgo de perder «los valores, porque se le imponen costumbres, leyes, que son contrarias a los valores recibidos de

nuestros antepasados». De aquí la invitación a rezar por los numerosos «mártires de la corrupción», para que «el Señor nos acerque a ellos» y dé a estos pobres la «fuerza para seguir adelante» en su testimonio.

17 de junio de 2014. **Pecadores con guantes blancos.**

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 25, viernes 20 de junio de 2014

La puerta de salida de la corrupción es la petición de perdón, el arrepentimiento. Lo destacó el Papa Francisco el martes 17 de junio, por la mañana, al volver a afrontar el tema de la corrupción durante la misa matutina. «Cuando nosotros leemos en los periódicos —dijo al respecto— que este es corrupto, que ese otro es un corrupto, que cometió un delito de corrupción y que la tangente va de aquí y de allá, y también muchas cosas de algunos prelados», es «nuestro deber de cristianos pedir perdón por ellos», pedir al Señor que «les dé la gracia de arrepentirse, que no mueran con el corazón corrupto». Por lo tanto, «condenar a los corruptos, sí; pedir la gracia de no llegar a ser corruptos, sí»; pero «también rezar por su conversión». El pasaje bíblico propuesto por la liturgia que inspiró la reflexión del Pontífice es el del martirio de Nabot, tomado del primer libro de los Reyes (21, 17-29). Del mismo, el Papa Francisco indicó tres aspectos «que hará bien meditar»: la definición de la corrupción, el destino de los corruptos y la posibilidad que estos últimos tienen de salvarse.

Respecto al primero, es el profeta Elías mismo, protagonista del relato, quien dice «claramente lo que hace el corrupto» dirigiéndose al rey Ajab, responsable de la lapidación de Nabot que se negaba a venderle una viña: «Has asesinado y pretendes tomar posesión... Te has vendido». En efecto, comentó el obispo de Roma, «el corrupto, cuando entra en este camino de la corrupción, hoy hace una cosa y mañana hace otra. Quita la vida, usurpa y se vende, continuamente». En práctica, añadió recurriendo a una imagen evocadora, «es como si dejase de ser una persona y se convirtiese en una mercancía». Es más, el corrupto «es precisamente una mercancía. Compra y vende: "Este hombre, sí, cuesta tanto: tú puedes comprarlo y puedes venderlo". Esta es la definición: es una mercancía».

En cuanto al segundo aspecto —qué hará el Señor con los corruptos— el Papa recordó ante todo las tres categorías indicadas en la homilía del día anterior: «el corrupto político, el corrupto especulador y el corrupto eclesiástico», explicando que «los tres hacían daño a los inocentes, a los pobres; porque son los pobres los que pagan la fiesta de los corruptos. La cuenta va a ellos». Así, volviendo a la cuestión del destino de los corruptos, destacó que es el Señor mismo quien dice claramente en la lectura del día «lo que hará: "Yo mismo voy a traer sobre ti el desastre. Barreré tu descendencia y exterminaré en

Israel a todos los varones de la familia de Ajab, del primero al último... Por la irritación que me has producido y por haber hecho pecar a Israel». En efecto, «el corrupto irrita a Dios y hace pecar al pueblo». Por ello el Señor recurre a expresiones fuertes respecto a Ajab, arquetipo de todos los corruptos, cuando Elías le profetiza que «en el mismo lugar donde los perros han lamido la sangre de Nabot, lamerán los perros también tu propia sangre». No por casualidad, continuó el Papa, «María, cuando lee en su canto de alabanza la historia de salvación, dice que el Señor dispersa a los soberbios de corazón y derriba del trono a los poderosos». Y el motivo lo explicó Jesús mismo: «Cada uno de vosotros o alguno de vosotros que dé escándalo, sería mejor para él que lo arrojasen al mar». Precisamente así: «el corrupto escandaliza, escandaliza a la sociedad, escandaliza al pueblo de Dios». Y entonces «el Señor se enfada un poco con los corruptos, porque escandalizan, porque explotan a quienes no pueden defenderse, esclavizan». Como Ajab, pues, «el corrupto se vende para hacer el mal, pero él no sabe: él cree que se vende para tener más dinero, más poder. Pero se vende para hacer el mal, para matar».

Cierto, precisó el Papa Francisco, «cuando nosotros decimos: "Este hombre es un corrupto; esta mujer es una corrupta..."», deberíamos detenernos un poco a reflexionar, preguntándonos si tenemos las pruebas de lo que afirmamos. Porque, explicó, «decir de una persona que es un corrupto o una corrupta, es decir esto; es decir que está condenada; es decir que el Señor la dejó a un lado». Y siendo traidores, gente que roba y que mata, ellos corren el riesgo de atraer la «maldición de Dios, porque han explotado a los inocentes, a aquellos que no pueden defenderse; y lo han hecho con guantes blancos, desde lejos, sin ensuciarse las manos».

En todo caso, existe «una puerta de salida para los corruptos». Es la misma lectura la que la propone: «Ajab, al oír estas palabras, rasgó sus vestiduras, se echó un sayal sobre el cuerpo y ayunó. Con el sayal puesto se acostaba y andaba pesadamente. Comenzó a hacer penitencia». El Pontífice comparó la experiencia de Ajab con la de «ese hombre tan bueno, pero que había caído en la corrupción: el santo David. "¡He pecado!". Y lloraba y hacía penitencia; se arrepentía». Por lo tanto, «pedir perdón» es «la puerta de salida para los corruptos, para los corruptos políticos, para los corruptos especuladores y para los corruptos eclesiásticos». En efecto, «al Señor le gusta esto»: perdona, pero lo hace «cuando los corruptos hacen lo que hizo Zaqueo: "He robado, Señor. Daré cuatro veces aquello que he robado"». De aquí la invitación conclusiva a rezar por todos los corruptos, pidiendo perdón por ellos a fin de que alcancen «la gracia de arrepentirse».

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 26, viernes 27 de junio de 2014

«Dinero, vanidad y poder» no hacen feliz al hombre. Los auténticos tesoros, las riquezas que cuentan, son «el amor, la paciencia, el servicio a los demás y la adoración a Dios». Es este el mensaje que el Papa Francisco propuso en la misa celebrada el 20 de junio en la capilla de la Casa Santa Marta.

El corazón de la meditación del Pontífice fueron las palabras de Jesús propuestas por el Evangelio de Mateo (6, 19-23): «No atesoréis para vosotros tesoros en la tierra, donde la polilla y la carcoma los roen y donde los ladrones abren boquetes y los roban. Haced tesoros en el cielo, donde no hay polilla ni carcoma que los roen, ni ladrones que abren boquetes y roban. Porque donde está tu tesoro allí está tu corazón». En resumen, fue el comentario del Papa, «el consejo de Jesús es sencillo: no acumuléis tesoros en la tierra. Es un consejo de prudencia». Tanto que Jesús añade: «Mira que esto no sirve de nada, no pierdas el tiempo».

Son tres, en particular, los tesoros de los cuales Jesús pone en guardia muchas veces. «El primer tesoro es el oro, el dinero, las riquezas» explicó el obispo de Roma. Y, en efecto, «no estás a salvo con este» tesoro, «porque quizá te lo roben. No estás a salvo con las inversiones: quizá caiga la bolsa y tú te quedas sin nada». Y «después dime: un euro más ¿te hace más feliz o no?». Por lo tanto, prosiguió el Pontífice, «las riquezas son un tesoro peligroso». Cierto, pueden también servir «para hacer tantas cosas buenas», por ejemplo «para poder llevar adelante la familia». Pero, advirtió, «si tú las acumulas como un tesoro, te roban el alma». Por eso «Jesús en el Evangelio vuelve sobre este argumento, sobre las riquezas, sobre el peligro de las riquezas, sobre el poner las esperanzas en las riquezas». Y advierte que hay que estar atentos porque es un tesoro «que no sirve».

El segundo tesoro del que habla el Señor «es la vanidad», es decir, buscar «tener prestigio, hacerse ver». Jesús condena siempre esta actitud: «Pensemos en lo que dice a los doctores de la ley cuando ayunan, cuando dan limosna, cuando oran para hacerse ver». Por lo demás, tampoco «la vanidad sirve, acaba. La belleza acaba». Sobre este concepto el Pontífice citó una expresión —definida «un poco fuerte»— de san Bernardo, según la cual «tu belleza acabará por ser comida por los gusanos».

El orgullo, el poder, «es el tercer tesoro» que Jesús indica como inútil y peligroso. Una realidad evidenciada en la primera lectura de la liturgia tomada

del segundo libro de los Reyes (11, 1-4. 9-18. 20), donde se lee la historia de la «cruel reina Atalía: su gran poder duró siete años, después fue asesinada». En fin, «tú estás ahí y mañana caes», porque «el poder acaba: cuántos grandes, orgullosos, hombres y mujeres de poder han acabado en el anonimato, en la miseria o en la prisión...».

He aquí, pues, la esencia de la enseñanza de Jesús: «¡No acumuléis! ¡No acumuléis dinero, no acumuléis vanidad, no acumuléis orgullo, poder! ¡Estos tesoros no sirven!». Más bien son otros los tesoros para acumular, afirmó el Pontífice. En efecto, «Hay un trabajo para acumular tesoros que es bueno». Lo dice Jesús en la misma página evangélica: «Donde está tu tesoro allí está tu corazón». Este es precisamente «el mensaje de Jesús: tener un corazón libre». En cambio «si tu tesoro está en las riquezas, en la vanidad, en el poder, en el orgullo, tu corazón estará encadenado allí, tu corazón será esclavo de las riquezas, de la vanidad, del orgullo».

Ante esta perspectiva el Papa Francisco exhortó a tener «un corazón libre», precisamente porque «Jesús nos habla expresamente de libertad del corazón». Y «un corazón libre se puede tener sólo con los tesoros del cielo: el amor, la paciencia, el servicio a los demás, la adoración a Dios». Estas «son las verdaderas riquezas que no son robadas». Las otras riquezas —dinero, vanidad, poder— «dan pesadez al corazón, lo encadenan, no le dan libertad». Hay que tender, por lo tanto, a acumular las verdaderas riquezas, las que «liberan el corazón» y te hacen «un hombre y una mujer con esa libertad de los hijos de Dios». Se lee al respecto en el Evangelio que «si tu corazón es esclavo, no será luminoso tu ojo, tu corazón». En efecto, subrayó el Papa Francisco, «un corazón esclavo no es un corazón luminoso: será tenebroso». Por eso «si acumulamos tesoros en la tierra, acumulamos tinieblas que no sirven, no nos dan alegría. Pero sobre todo no nos dan libertad».

En cambio, recalcó el obispo de Roma, «un corazón libre es un corazón luminoso, que ilumina a los demás, que hace ver el camino que lleva a Dios». Es «un corazón luminoso, que no está encadenado, es un corazón que sigue adelante y que además envejece bien, porque envejece como el buen vino: cuando el buen vino envejece es un buen vino añejo». Al contrario, añadió, «el corazón que no es luminoso es como el vino malo: pasa el tiempo y se echa a perder cada vez más y se convierte en vinagre».

El Pontífice concluyó invitando a rezar al Señor para que «nos dé esta prudencia espiritual para comprender bien dónde está mi corazón, a qué tesoro está apegado mi corazón». Y «nos dé también la fuerza de «desencadenarlo», si está encadenado, para que llegue a ser libre, se convierta en luminoso y nos dé esta bella felicidad de los hijos de Dios, la verdadera libertad».

23 de junio de 2014. **Nadie puede juzgar.**

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 26, viernes 27 de junio de 2014

Quien juzga se pone en el lugar de Dios y haciendo esto se encamina a una derrota segura en la vida porque será correspondido con la misma moneda. Y vivirá en la confusión, cambiando «la paja» en el ojo del hermano por la «viga» que le obstruye la vista. Es una invitación a defender a los demás y a no juzgarles la que lanzó el Papa en la misa celebrada el lunes 23 de junio, por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta.

El pasaje evangélico de la liturgia (*Mateo 7, 1-5*), hizo notar el Pontífice, presenta precisamente a Jesús que «quiere convencernos de que no juzguemos»: un mandamiento que repite muchas veces». En efecto, «juzgar a los demás nos lleva a la hipocresía». Y Jesús define precisamente «hipócritas» a quienes se ponen a juzgar. Porque, explicó el Papa, «la persona que juzga se equivoca, se confunde y se convierte en una persona derrotada».

Quien juzga «se equivoca siempre». Y se equivoca, afirmó, «porque se pone en el lugar de Dios, que es el único juez: ocupa precisamente ese puesto y se equivoca de lugar». En práctica, cree tener «el poder de juzgar todo: las personas, la vida, todo». Y «con la capacidad de juzgar» considera que tiene «también la capacidad de condenar».

El Evangelio refiere que «juzgar a los demás era una de las actitudes de esos doctores de la ley a quienes Jesús llama «hipócritas». Se trata de personas que «juzgaban todo». Pero lo más «grave» es que obrando así, «ocupan el lugar de Dios, que es el único juez». Y «Dios, para juzgar, se toma tiempo, espera». En cambio estos hombres «lo hacen inmediatamente: por eso el que juzga se equivoca, simplemente porque toma un lugar que no es para él». Pero, precisó el Papa, «no sólo se equivoca; también se confunde». Y «está tan obsesionado de eso que quiere juzgar, de esa persona —tan, tan obsesionado— que esa pajilla no le deja dormir». Y repite: «Pero yo quiero quitarte esa pajilla». Sin darse cuenta, sin embargo, de la viga que tiene él» en su propio ojo. En este sentido se «confunde» y «cree que la viga sea esa pajilla». Así que quien juzga es un hombre que «confunde la realidad», es un iluso. No sólo. Para el Pontífice el que juzga, «se convierte en un derrotado» y no puede no terminar mal, «porque la misma medida se usará para juzgarle a él», como dice Jesús en el Evangelio de Mateo. Por lo tanto, «el juez soberbio y suficiente que se equivoca de lugar, porque toma el lugar de Dios, apuesta por una derrota». Y ¿cuál es la derrota? «La de ser juzgado con la misma

medida con la que él juzga», recalcó el obispo de Roma. Porque el único que juzga es Dios y aquellos a quienes Dios les da el poder de hacerlo. Los demás no tienen derecho de juzgar: por eso hay confusión, por eso existe la derrota». Aún más, prosiguió el Pontífice, «también la derrota va más allá, porque quien juzga acusa siempre». En el «juicio contra los demás —el ejemplo que pone el Señor es la «pajilla en tu ojo»— siempre hay una acusación». Exactamente lo opuesto de lo que «Jesús hace ante el Padre». En efecto, Jesús «jamás acusa» sino que, al contrario, defiende. Él «es el primer Paráclito. Después nos envía al segundo, que es el Espíritu». Jesús es «el defensor: está ante el Padre para defendernos de las acusaciones».

Pero si existe un defensor, hay también un acusador. «En la Biblia —explicó el Pontífice— el acusador se llama demonio, satanás». Jesús «juzgará al final de los tiempos, pero en el ínterin intercede, defiende». Juan, señaló el Papa, «lo dice muy bien en su Evangelio: no pequéis, por favor, pero si alguno peca, piense que tenemos a uno que abogue ante el Padre».

Así, afirmó, «si queremos seguir el camino de Jesús, más que acusadores debemos ser defensores de los demás ante el Padre». De aquí la invitación a defender a quien sufre «algo malo»: sin pensarlo demasiado, aconsejó, «ve a rezar y defiéndelo delante del Padre, como hace Jesús. Reza por él».

Pero sobre todo, repitió el Papa, «no juzgues, porque si lo haces, cuando tú hagas algo malo, serás juzgado». Es una verdad, sugirió, que es bueno recordar «en la vida de cada día, cuando nos vienen las ganas de juzgar a los demás, de criticar a los demás, que es una forma de juzgar».

En fin, reafirmó el Pontífice, «quien juzga se equivoca de lugar, se confunde y se convierte en un derrotado». Y obrando así «no imita a Jesús, que siempre defiende ante el Padre: es un abogado defensor». Quien juzga, más bien, «es un imitador del príncipe de este mundo, que va siempre detrás de las personas para acusarlas ante el Padre».

El Papa Francisco concluyó orando al Señor para que «nos dé la gracia de imitar a Jesús intercesor, defensor, abogado nuestro y de los demás». Y «no imitar al otro, que al final nos destruirá».

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 26, viernes 27 de junio de 2014

Preparar, discernir, disminuir. En estos tres verbos se encierra la experiencia espiritual de san Juan Bautista, aquel que precedió la venida del Mesías «predicando el bautismo de conversión» al pueblo de Israel. Y el Papa Francisco, durante la misa celebrada en la Casa Santa Marta el martes 24 de junio, solemnidad de la Natividad del Precursor, propuso este trinomio como paradigma de la vocación de todo cristiano, encerrándolo en tres expresiones referidas a la actitud del Bautista con respecto a Jesús: «después de mí, delante de mí, lejos de mí».

Juan trabajó sobre todo para «preparar, sin coger nada para sí». Él, recordó el Pontífice, «era un hombre importante: la gente lo buscaba, lo seguía», porque sus palabras «eran fuertes» como «espadas afiladas», según la expresión de Isaías (49, 2). El Bautista «llega al corazón de la gente». Y si quizá tuvo la tentación de creer que era importante, no cayó en ella», como demuestra la respuesta dada a los doctores que le preguntaban si era el Mesías: «Soy voz, sólo voz —dijo— de uno que grita en el desierto. Yo soy solamente voz, pero he venido para preparar el camino al Señor». Su primera tarea, por lo tanto, es «preparar el corazón del pueblo para el encuentro con el Señor».

Pero ¿quién es el Señor? En la respuesta a esta pregunta se encuentra «la segunda vocación de Juan: discernir, entre tanta gente buena, quién era el Señor». Y «el Espíritu —observó el Papa— le reveló esto». De modo que «él tuvo el valor de decir: "Es éste. Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo"». Mientras «en la preparación Juan decía: "Tras de mí viene uno..."», en el discernimiento, que sabe discernir y señalar al Señor, dice: "Delante de mí... ese es"».

Aquí se inserta «la tercera vocación de Juan: disminuir». Porque precisamente «desde ese momento —recordó el obispo de Roma— su vida comenzó a decrecer, a disminuir para que creciera el Señor, hasta anularse a sí mismo». Esta fue —hizo notar el Papa Francisco— «la etapa más difícil de Juan, porque el Señor tenía un estilo que él no había imaginado, a tal punto que en la cárcel», donde había sido recluido por Herodes Antipa, «sufrió no sólo la oscuridad de la celda, sino la oscuridad de su corazón». Las dudas le asaltaron: «Pero ¿será éste? ¿No me habré equivocado?». A tal grado, recordó el Pontífice, que pide a los discípulos que vayan a Jesús para preguntarle: «Pero, ¿eres tú verdaderamente, o tenemos que esperar a otro?».

«La humillación de Juan —subrayó el obispo de Roma— es doble: la humillación de su muerte, como precio de un capricho», y también la humillación de no poder vislumbrar «la historia de salvación: la humillación de la oscuridad del alma». Este hombre que «había anunciado al Señor detrás de él», que «lo había visto delante de él», que «supo esperarle, que supo discernir», ahora «ve a Jesús lejano. Esa promesa se alejó. Y acaba solo, en la oscuridad, en la humillación». No porque amase el sufrimiento, sino «porque se anonadó tanto para que el Señor creciera». Acabó «humillado, pero con el corazón en paz».

«Es bello —concluyó el Papa Francisco— pensar así la vocación del cristiano». En efecto, «un cristiano no se anuncia a sí mismo, anuncia a otro, prepara el camino a otro: al Señor». Es más «debe saber discernir, debe conocer cómo discernir la verdad de aquello que parece verdad y no es: hombre de discernimiento». Y finalmente «debe ser un hombre que sepa abajarse para que el Señor crezca, en el corazón y en el alma de los demás».

26 de junio de 2014. **Los que hablan sin autoridad.**

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 27, viernes 4 de julio de 2014

La gente necesita del «buen pastor» que sabe entender y llegar al corazón. Precisamente como Jesús. Y es a Él a quien tenemos que seguir de cerca, sin dejarnos influenciar por los que «hablan de cosas abstractas o de casuísticas morales», por los que «sin fe negocian todo con los poderes políticos y económicos», por los «revolucionarios» que quieren emprender «guerras así llamadas de liberación» política o por los «contemplativos alejados del pueblo».

Sobre estas cuatro actitudes el Papa Francisco puso en guardia durante la misa celebrada el jueves 26 de junio. Ante todo destacó cómo tanta gente seguía a Jesús: «Pensemos en el día de la multiplicación de los panes, había más de cinco mil». Era gente que seguía a Jesús de cerca, «por las calles». Y lo seguían, explica el Evangelio, «porque las palabras de Jesús suscitaban estupor en su corazón: el estupor de encontrar algo bueno, grande». Jesús, «en efecto, les enseñaba como uno que tiene autoridad, no como los escribas». Un estupor narrado por el pasaje evangélico de Mateo propuesto por la liturgia (7, 21-29).

«El pueblo —afirmó el Pontífice— necesitaba maestros, predicadores y doctores con autoridad». Y los que «no tenían autoridad» hablaban, pero sus palabras no llegaban al pueblo, «estaban alejados del pueblo». En cambio, la novedad era que «Jesús hablaba un lenguaje que llegaba al corazón del pueblo, era una respuesta a sus preguntas».

El Papa Francisco quiso detenerse precisamente en «estos escribas, que en aquel tiempo hablaban al pueblo» pero «su mensaje no llegaba al corazón del pueblo y el pueblo los escuchaba y se marchaba». E indicó cuatro grupos. Seguramente «el grupo más conocido era el de los fariseos», dijo, subrayando, sin embargo, que «eran además fariseos buenos». Pero «Jesús, cuando se refiere a los fariseos, habla de los fariseos malos, no de los buenos». Eran personas que «hacían del culto a Dios, de la religión, una colección de mandamientos» y de diez «sacaban más de trescientos». En resumen, «cargaban sobre las espaldas del pueblo este peso: «¡Tú debes hacer esto! ¡Tú debes!». Reducían a casuística la fe en el Dios vivo, acabando así en las contradicciones de la casuística más cruel». Y por su parte, señaló el Papa, «el pueblo les respetaba, porque el pueblo es respetuoso, pero no escuchaba a esos predicadores casuísticos».

Otro grupo, continuó el Pontífice, «era el de los saduceos: éstos no tenían fe, habían perdido la fe». Y así «su trabajo religioso lo hacían en la senda de los acuerdos con los poderes: los poderes políticos, los poderes económicos». En pocas palabras, eran hombres de poder y negociaban con todos». Pero «el pueblo no les seguía» ni siquiera a ellos.

«Un tercer grupo —siguió explicando el Papa— era el de los revolucionarios» que en aquel tiempo se llamaban comúnmente zelotes. Eran «los que querían provocar la revolución para liberar al pueblo de Israel de la ocupación romana». Así, «allí estaban también los guerrilleros», pero «el pueblo tiene sentido común y sabe distinguir cuando la fruta está madura o cuando no lo está». Y por ello «no les seguía».

Por último, afirmó el Papa, «el cuarto grupo» estaba compuesto por personas buenas: los esenios. «Eran monjes —dijo—, gente buena que consagraba la vida a Dios, se dedicaba a la contemplación y la oración en los monasterios». Pero «ellos estaban lejanos del pueblo y el pueblo no podía seguirles».

Por lo tanto, recapituló el Papa, «estas eran las voces que llegaban al pueblo». Y, sin embargo, «ninguna de estas voces tenía la fuerza de enardecer los corazones del pueblo». Jesús, en cambio, lo lograba. Y por eso «las multitudes se maravillaban: escuchaban a Jesús y el corazón se caldeaba», porque su mensaje «llegaba al corazón» y Él «enseñaba como uno que tiene autoridad». En efecto, prosiguió, «Jesús se acercaba al pueblo; Jesús curaba el corazón del pueblo; Jesús entendía las dificultades del pueblo; Jesús no tenía vergüenza de hablar con los pecadores, salía a buscarlos; Jesús sentía alegría, le gustaba estar con su pueblo». Y es Él mismo quien lo explica «porque», precisó el Papa citando las palabras del Evangelio de Juan: «Yo soy el buen pastor. Las ovejas escuchan mi voz y me siguen».

Es exactamente «por esto que el pueblo seguía a Jesús: porque era el buen pastor». Ciertamente, destacó el obispo de Roma, «no era ni fariseo casuístico moralista; ni un saduceo que llegaba a acuerdos políticos con los poderosos; ni un guerrillero que buscaba la liberación política de su pueblo; ni un contemplativo del monasterio. Era un pastor». Él, añadió el Pontífice, «hablaba la lengua de su pueblo, se hacía entender, decía la verdad, las cosas de Dios: no negociaba jamás las cosas de Dios. Sino que las decía de tal manera que el pueblo amaba las cosas de Dios. Por esto le seguía».

Otro punto central que puso de relieve el Papa es que «Jesús jamás se aleja del pueblo y jamás se aleja de su Padre: era uno con el Padre». Es así que «tenía esta autoridad y por eso el pueblo le seguía».

Precisamente «contemplando a Jesús buen pastor» es oportuno, explicó el Pontífice, hacer un examen de conciencia: «¿A mí a quién me gusta seguir? ¿A los que me hablan de cosas abstractas o de casuísticas morales? ¿A los que se dicen del pueblo de Dios, pero no tienen fe y negocian todo con los poderosos

políticos y económicos? ¿A los que quieren siempre haber cosas extrañas, cosas destructivas, guerras llamadas de liberación, pero que al final no son los caminos del Señor? ¿O a un contemplativo lejano?».

He aquí, entonces, la pregunta clave para plantearse a sí mismos: «¿A quién me gusta seguir? ¿Quién influye en mí?». Una pregunta, concluyó el Papa Francisco, que nos debe impulsar a pedir «a Dios, el Padre, que nos acerque a Jesús, para seguir a Jesús, para sorprendernos de lo que Jesús nos dice».

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 27, viernes 4 de julio de 2014

Tenemos un Dios «enamorado de nosotros», que nos acaricia tiernamente y nos canta la canción de cuna así como lo hace un papá con su niño. No sólo: Él, primeramente, nos busca, nos espera y nos enseña a ser «pequeños», porque «el amor está más en dar que en recibir» y está «más en las obras que en las palabras». Lo recordó el Papa Francisco durante la misa celebrada el viernes 27 de junio, día de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús.

La meditación del Papa se inspiró en la oración colecta recitada durante la liturgia, en la que, dijo, «hemos agradecido al Señor porque nos da la gracia, la alegría de celebrar en el corazón de su Hijo las grandes obras de su amor». Y «amor», de hecho, es la palabra clave escogida por el obispo de Roma para expresar el significado profundo de la solemnidad del Sagrado Corazón. Porque, señaló, «hoy es la fiesta del amor de Dios, de Jesucristo: es el amor de Dios por nosotros y amor de Dios en nosotros». Una fiesta que «celebramos con alegría».

Dos, en especial, son «los rasgos del amor» según el Pontífice. El primero está contenido en la afirmación: «el amor está más en dar que en recibir»; el segundo en la afirmación de que «el amor está más en las obras que en las palabras».

«Cuando decimos que está más en dar que en recibir —explicó el Papa Francisco— es porque el amor siempre se contagia, siempre contagia, y es recibido por el amado». Y «cuando decimos que está más en las obras que en las palabras», añadió, es porque «el amor siempre da vida, hace crecer». El Pontífice delineó las características fundamentales del amor de Dios a los hombres. Y volvió a proponer así algunos pasajes de las lecturas de la liturgia del día, que, señaló, «dos veces nos habla de los pequeños». En efecto, en la primera lectura, tomada del libro del Deuteronomio (7, 6-11), «Moisés explica por qué el pueblo ha sido elegido y dice: pues sois el pueblo más pequeño». Después, en el Evangelio de san Mateo (11, 25-30), «Jesús alaba al Padre porque ocultó las cosas divinas a los sabios y las reveló a los pequeños». Por lo tanto, afirmó el Papa, «para entender el amor de Dios es necesaria esta pequeñez de corazón». Por lo demás, Jesús lo dice claramente: si no os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los cielos. He aquí, entonces, el camino justo: «Hacerse niños, hacerse pequeños», porque solamente en esa pequeñez, en ese abajarse se puede recibir» el amor de Dios.

No es casual, observó el obispo de Roma, que sea «el mismo Señor» quien, «cuando explica su relación de amor, busca hablar como si hablase con un niño». Y, de hecho, Dios «lo recuerda al pueblo: “acuérdate, yo te he enseñado a caminar como un papá hace con su niño”». Se trata precisamente de «esa relación de papá a hijo». Pero, advirtió el Pontífice, «si tú no eres pequeño», esa relación no logra establecerse.

Es una relación tal que lleva «al Señor, enamorado de nosotros», a usar «incluso palabras que parecen una canción de cuna». El Señor, en efecto, dice en la Escritura: «No temas, gusanillo de Israel, no temas». Y nos acaricia, pues, diciéndonos: «Estoy contigo, yo te tomo de la mano».

Esta, «es la ternura del Señor en su amor, esto es lo que Él nos comunica. Y da la fuerza a nuestra ternura». En cambio, alertó el Papa, «si nosotros nos sentimos fuertes, jamás tendremos la experiencia de las caricias tan bellas del Señor».

Las «palabras del Señor», afirmó el Pontífice, «nos hacen entender ese misterioso amor que Él tiene por nosotros». Es Jesús mismo quien nos indica cómo hacer: cuando habla de sí, dice ser «manso y humilde de corazón». Por ello, «también Él, el Hijo de Dios, se abaja para recibir el amor del Padre». Otra verdad que la fiesta del Sagrado Corazón nos recuerda, dijo también el Papa, se puede sacar del pasaje de la segunda lectura, tomado de la primera carta de san Juan (4, 7-16): «Dios nos ha amado primero, Él está siempre antes de nosotros, Él nos espera». Por lo tanto, confirmó el Pontífice, «cuando nosotros llegamos, Él está, cuando lo buscamos Él nos buscó primero: Él siempre delante de nosotros, nos espera para recibirnos en su corazón, en su amor».

Recapitulando su meditación, el Papa Francisco reafirmó que los dos rasgos indicados «pueden ayudarnos a entender este misterio del amor de Dios con nosotros: para expresarse necesita nuestra pequeñez, nuestro abajamiento. Y necesita también nuestro asombro cuando lo buscamos y lo encontramos allí esperándonos». Y es «muy bello —constató— entender y sentir así el amor de Dios en Jesús, en el corazón de Jesús».

El Pontífice concluyó invitando a los presentes a rezar al Señor para que dé a cada cristiano la gracia de «entender, de sentir, de entrar en este mundo tan misterioso, de maravillarnos y tener paz con este amor que se entrega, nos da la alegría y nos lleva por el camino de la vida como un niño» que lleva «de la mano».

30 de junio de 2014. **Martirio de guante blanco.**

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 27, viernes 4 de julio de 2014

Hoy es todavía tiempo de mártires: los cristianos son perseguidos en Oriente Medio donde son asesinados o se ven obligados a huir, también «de modo elegante, con los guantes blancos». En el día que la Iglesia hace memoria de los mártires de los primeros siglos, el Papa Francisco invitó a rezar «por nuestros hermanos que hoy viven en persecución». Porque, afirmó, hoy «no hay menos mártires» que en tiempos de Nerón. Precisamente al martirio, a su actualidad y a lo que lo caracteriza, el Pontífice dedicó la celebración eucarística del lunes 30 de junio.

«En la oración de inicio de la misa —dijo el Papa— hemos invocado al Señor de este modo: “Señor, que has fecundado con la sangre de los mártires los primeros brotes de la Iglesia de Roma”». Es una invocación apropiada, explicó, para la conmemoración de los «primeros mártires de esta Iglesia». Sobre todo, añadió, «sus huesos están cerca, aquí, no sólo en el cementerio, a pocos metros bajo tierra había muchos» y «quizá algunos aquí debajo».

Es particularmente significativo, señaló el Papa, que «el verbo que usamos para invocar al Señor es fecundar: “Tú has fecundado los brotes”». Por lo tanto «se habla de crecimiento y de una planta: esto nos hace pensar en las numerosas ocasiones que Jesús dijo que el Reino de los cielos era como una semilla». También «el apóstol Pedro, en su carta, nos dice que “hemos sido regenerados a partir de una semilla incorruptible”». Y ésta «es la semilla de la Palabra de Dios. Esto es lo que se siembra: la semilla es la Palabra de Dios, dice el Señor. Se siembra».

En una palabra, Jesús explica precisamente que «el Reino de los cielos es como un hombre que arrojó la semilla en la tierra, luego va a su casa, descansa, trabaja, vela, de día y de noche, y la semilla crece, germina, sin que él sepa cómo».

La cuestión central, afirmó el Papa, es preguntarse, «cómo se hace para que esta semilla de la Palabra de Dios crezca y se convierta en el Reino de Dios, crezca y llegue a ser Iglesia». El obispo de Roma indicó «las dos fuentes» que llevan a cabo esta obra: «el Espíritu Santo —la fuerza del Espíritu Santo— y el testimonio del cristiano».

Sobre todo, explicó el Papa, «sabemos que no hay crecimiento sin el Espíritu: es Él quien hace a la Iglesia, es Él quien hace crecer a la Iglesia, es Él quien convoca a la comunidad de la Iglesia». Pero, prosiguió, «es necesario también

el testimonio del cristiano». Y «cuando el testimonio llega a su fin, cuando las circunstancias históricas nos piden un testimonio fuerte, allí están los mártires: los más grandes testigos». Y he aquí, pues, que «la Iglesia se riega con la sangre de los mártires». Precisamente «ésta es la belleza del martirio: comienza con el testimonio, día tras día, y puede acabar con la sangre, como Jesús, el primer mártir, el primer testigo, el testigo fiel.

Pero para ser verdadero, el testimonio «debe ser sin condiciones», afirmó el Pontífice. El Evangelio propuesto por la liturgia del día (*Mateo 8, 18-22*) es claro al respecto. «Hemos escuchado lo que dice el Señor» al discípulo, que para seguirle pide una condición: «Señor déjame primero ir a enterrar a mi padre». Pero «el Señor lo detiene: ¡No!». En efecto, precisó el Papa, «el testimonio es sin condiciones, debe ser firme, debe ser decidido, debe tener el lenguaje, tan fuerte, de Jesús: ¡sí sí, no no!». Es exactamente «este el lenguaje del testimonio».

Mirando a la historia de «esta Iglesia de Roma que crece, guiada por la sangre de los mártires», el Papa invitó a pensar «en los numerosos mártires de hoy que dan su vida por la fe: cristianos perseguidos». Porque, afirmó, «si en aquella persecución de Nerón hubo muchos, hoy no hay menos mártires, cristianos perseguidos». Los hechos son conocidos. «Pensemos en Oriente Medio», dijo, «en los cristianos que deben huir de la persecución» y «en los cristianos asesinados por los perseguidores». Y «también en los cristianos expulsados de un modo elegante, con guante blanco: también esa es una persecución».

En nuestros días, repitió el Papa, «hay más testimonios, más mártires en la Iglesia que en los primeros siglos». Y «haciendo memoria en la misa de nuestros gloriosos antepasados aquí en Roma», invitó a pensar y a rezar también por «nuestros hermanos que viven perseguidos, que sufren y que con su sangre hacen crecer la semilla de muchas Iglesias pequeñas que nacen». Sí, concluyó, «recemos por ellos y también por nosotros.

**Homilías del Papa Francisco, en la Misa de la mañana en santa Marta.
Año 2014.**



*Textos tomados de: www.vatican.va
Compuestos por: alphonsus2002@googlemail.com
Julio.*

[7 de julio de 2014. Homilía en la santa Misa con algunas víctimas de abusos sexuales por parte del clero.](#)

7 de julio de 2014. Homilía en la santa Misa con algunas víctimas de abusos sexuales por parte del clero.

Lunes.

La imagen de Pedro viendo salir a Jesús de esa sesión de terrible interrogatorio, de Pedro que se cruza la mirada con Jesús y llora. Me viene hoy al corazón en la mirada de ustedes, de tantos hombres y mujeres, niños y niñas, siento la mirada de Jesús y pido la gracia de su llorar. La gracia de que la Iglesia llore y repare por sus hijos e hijas que han traicionado su misión, que han abusado de personas inocentes. Y hoy estoy agradecido a ustedes por haber venido hasta aquí.

Desde hace tiempo siento en el corazón el profundo dolor, sufrimiento, tanto tiempo oculto, tanto tiempo disimulado con una complicidad que no, no tiene explicación, hasta que alguien sintió que Jesús miraba, y otro lo mismo y otro lo mismo... y se animaron a sostener esa mirada.

Y esos pocos que comenzaron a llorar nos contagiaron la consciencia de este crimen y grave pecado. Esta es mi angustia y el dolor por el hecho de que algunos sacerdotes y obispos hayan violado la inocencia de menores y su propia vocación sacerdotal al abusar sexualmente de ellos. Es algo más que actos reprobables. Es como un culto sacrílego porque esos chicos y esas chicas le fueron confiados al carisma sacerdotal para llevarlos a Dios, y ellos los sacrificaron al ídolo de su concupiscencia. Profanan la imagen misma de Dios a cuya imagen hemos sido creados. La infancia, sabemos todos es un tesoro. El corazón joven, tan abierto de esperanza contempla los misterios del amor de Dios y se muestra dispuesto de una forma única a ser alimentado en la fe. Hoy el corazón de la Iglesia mira los ojos de Jesús en esos niños y niñas y quiere llorar. Pide la gracia de llorar ante los execrables actos de abuso perpetrados contra menores. Actos que han dejado cicatrices para toda la vida.

Sé que esas heridas son fuente de profunda y a menudo implacable angustia emocional y espiritual. Incluso de desesperación. Muchos de los que han sufrido esta experiencia han buscado paliativos por el camino de la adicción. Otros han experimentado trastornos en las relaciones con padres, cónyuges e hijos. El sufrimiento de las familias ha sido especialmente grave ya que el daño provocado por el abuso, afecta a estas relaciones vitales de la familia. Algunos han sufrido incluso la terrible tragedia del suicidio de un ser querido. Las muertes de estos hijos tan amados de Dios pesan en el corazón y en la conciencia mía y de toda la Iglesia. Para estas familias ofrezco mis sentimientos de amor y de dolor. Jesús torturado e interrogado con la pasión del odio es llevado a otro lugar, y mira. Mira a uno de los suyos, el que lo negó, y lo hace llorar. Pedimos esa gracia junto a la de la reparación.

Los pecados de abuso sexual contra menores por parte del clero tienen un efecto virulento en la fe y en la esperanza en Dios. Algunos se han aferrado a la fe mientras que en otros la traición y el abandono han erosionado su fe en Dios.

La presencia de ustedes, aquí, habla del milagro de la esperanza que prevalece contra la más profunda oscuridad. Sin duda es un signo de la misericordia de Dios el que hoy tengamos esta oportunidad de encontrarnos, adorar a Dios, mirarnos a los ojos y buscar la gracia de la reconciliación.

Ante Dios y su pueblo expreso mi dolor por los pecados y crímenes graves de abusos sexuales cometidos por el clero contra ustedes y humildemente pido perdón.

También les pido perdón por los pecados de omisión por parte de líderes de la Iglesia que no han respondido adecuadamente a las denuncias de abuso presentadas por familiares y por aquellos que fueron víctimas del abuso, esto lleva todavía a un sufrimiento adicional a quienes habían sido abusados y puso en peligro a otros menores que estaban en situación de riesgo.

Por otro lado la valentía que ustedes y otros han mostrado al exponer la verdad fue un servicio de amor al habernos traído luz sobre una terrible oscuridad en la vida de la Iglesia. No hay lugar en el ministerio de la Iglesia para aquellos que cometen estos abusos, y me comprometo a no tolerar el daño infligido a un menor por parte de nadie, independientemente de su estado clerical. Todos los obispos deben ejercer su servicio de pastores con sumo cuidado para salvaguardar la protección de menores y rendirán cuentas de esta responsabilidad.

Para todos nosotros tiene vigencia el consejo que Jesús da a los que dan escándalos: la piedra de molino y el mar (cf. *Mt 18,6*).

Por otra parte vamos a seguir vigilantes en la preparación para el sacerdocio. Cuento con los miembros de la Pontificia Comisión para la Protección de Menores, todos los menores, sean de la religión que sean, son retoños que Dios mira con amor.

Pido esta ayuda para que me ayuden a asegurar de que disponemos de las mejores políticas y procedimientos en la Iglesia Universal para la protección de menores y para la capacitación de personal de la Iglesia en la implementación de dichas políticas y procedimientos. Hemos de hacer todo lo que sea posible para asegurar que tales pecados no vuelvan a ocurrir en la Iglesia.

Hermanos y hermanas, siendo todos miembros de la Familia de Dios, estamos llamados a entrar en la dinámica de la misericordia. El Señor Jesús nuestro salvador es el ejemplo supremo, el inocente que tomó nuestros pecados en la Cruz; reconciliarnos es la esencia misma de nuestra identidad común como seguidores de Jesucristo. Volviéndonos a El, acompañados de nuestra Madre Santísima a los pies de la Cruz, buscamos la gracia de la reconciliación con

todo el Pueblo de Dios. La suave intercesión de nuestra Señora de la Tierna Misericordia es una fuente inagotable de ayuda en nuestro viaje de sanación. Ustedes y todos aquellos que sufrieron abusos por parte del clero son amados por Dios. Rezo para que los restos de la oscuridad que les tocó sean sanados por el abrazo del Niño Jesús, y que al daño hecho a ustedes le suceda una fe y alegría restaurada.

Agradezco este encuentro. Y por favor, recen por mí para que los ojos de mi corazón siempre vean claramente el camino del amor misericordioso, y que Dios me conceda la valentía de seguir ese camino por el bien de los menores. Jesús sale de un juicio injusto, de un interrogatorio cruel y mira a los ojos de Pedro, y Pedro llora. Nosotros pedimos que nos mire, que nos dejemos mirar, que lloremos, y que nos dé la gracia de la vergüenza para que como Pedro, cuarenta días después podamos responderle: "Vos sabés que te amamos" y escuchar su voz "Volvé por tu camino y apacentá a mis ovejas" y añadido "y no permitas que ningún lobo se meta en el rebaño".

**Homilías del Papa Francisco, en la Misa de la mañana en santa Marta.
Año 2014.**



Textos tomados de: www.vatican.va

Compuestos por: alphonsus2002@gmail.com

Septiembre.

- [1 de septiembre de 2014. **El Evangelio en el bolsillo.**](#)
- [2 de septiembre de 2014. **Las ancianitas y el teólogo.**](#)
- [4 de septiembre de 2014. **¿Por qué gloriarse de los pecados?**](#)
- [5 de septiembre de 2014. **Vino nuevo en odres nuevos.**](#)
- [8 de septiembre de 2014. **Pequeña y santa.**](#)
- [9 de septiembre de 2014. **En la lista de Jesús.**](#)
- [11 de septiembre de 2014. **Esos cristianos necios.**](#)
- [12 de septiembre de 2014. **La tarea de remendar agujeros.**](#)
- [15 de septiembre de 2014. **Tres mujeres.**](#)
- [18 de septiembre de 2014. **El perfume de la pecadora.**](#)
- [19 de septiembre de 2014. **Miedo de resucitar.**](#)
- [23 de septiembre de 2014. **Dos condiciones.**](#)
- [26 de septiembre de 2014. **La verdadera identidad.**](#)
- [29 de septiembre de 2014. **Ángeles y demonios.**](#)
- [30 de septiembre de 2014. **Orar en la oscuridad.**](#)

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 36, viernes 5 de septiembre de 2014

«Jesús está presente en la Palabra de Dios y nos habla». He aquí por qué «la Palabra de Dios es distinta incluso de la palabra humana más elevada». Y nosotros debemos acercarnos a ella «con el corazón abierto de las bienaventuranzas y con humildad». Por ello el Papa Francisco volvió a proponer la sugerencia de llevar siempre consigo una pequeña edición de bolsillo del Evangelio para leerlo cuando sea posible y «encontrar» así a Jesús. Lo propuso de nuevo en la misa que celebró el lunes 1 de septiembre, en la capilla de la Casa Santa Marta.

Retomando las celebraciones eucarísticas de la mañana abiertas a grupos de fieles —tras el período de pausa de julio y agosto— el Pontífice hizo una reflexión sobre la Palabra de Dios centrada en las dos lecturas propuestas por la liturgia, tomadas respectivamente de la primera carta de san Pablo a los Corintios (2, 1-5) y del Evangelio de Lucas (4, 16-30).

En la primera, destacó, san Pablo «recuerda a los Corintios cómo había sido su predicación, cómo él había anunciado el Evangelio». Y explica: «Mi palabra y mi predicación no fue con persuasiva sabiduría humana, sino en la manifestación y el poder del Espíritu». Pablo, añadió el Papa, sigue diciendo que no se presentó para convencer a sus interlocutores «con discursos, con palabras, incluso con hermosas figuras». El apóstol, en cambio, eligió «otro modo, otro estilo», es decir «la manifestación del Espíritu y su poder». En esencia, continuó el Pontífice, el apóstol recuerda que «la Palabra de Dios es algo distinto, algo que no es igual a una palabra humana, a una palabra sabia, a una palabra científica, a una palabra filosófica». La Palabra de Dios, en efecto, «es otra cosa, viene de otro modo»: es «distinta» porque «así habla Dios».

Lo confirma san Lucas en el pasaje evangélico que relata sobre Jesús en la sinagoga de Nazaret, «donde se había criado» y donde todos «lo conocían desde pequeño». En ese contexto, explicó el Papa, Él «comenzó a hablar y la gente lo escuchaba», comentando: «¡Qué interesante!». Luego «daban testimonio: estaban maravillados por las palabras que decía». Y entre ellos comentaban: «Míralo, mira a este. ¡Qué bien lo hace este muchachito que nosotros conocemos! (...) ¿Dónde habrá estudiado?».

Pero, destacó el Pontífice, Jesús «los detiene» y les dice: «En verdad os digo que ningún profeta es aceptado en su pueblo». Así, pues, a cuantos lo escuchaban en la sinagoga «al inicio» les parecía «algo hermoso y aceptaban

ese estilo de conversación y de acogida». Pero «cuando Jesús comenzó a dar la Palabra de Dios se enfurecieron y querían matarlo». Así, «se pasaron de una parte a la otra, porque la Palabra de Dios es algo distinto respecto a la palabra humana, incluso de la palabra humana más elevada, la palabra humana más filosófica».

Y entonces, se preguntó el Papa Francisco, «¿cómo es la Palabra de Dios?». La Carta a los Hebreos, afirmó, «comienza diciendo que, en los tiempos antiguos, Dios nos habló y habló a nuestros padres por los profetas. Pero en estos tiempos, en la etapa final de este mundo, nos ha hablado en el Hijo». O sea, «la Palabra de Dios es Jesús, Jesús mismo». Es lo que predica Pablo diciendo: «Hermanos, cuando vine a vosotros a anunciaros el misterio de Dios, no lo hice con sublime elocuencia o sabiduría, pues nunca entre vosotros me precié de saber cosa alguna, sino a Jesucristo, y éste crucificado».

Esta es «la Palabra de Dios, la única Palabra de Dios», explicó el Papa. Y «Jesucristo es motivo de escándalo: la Cruz de Cristo escandaliza. Y ella es la fuerza de la Palabra de Dios: Jesucristo, el Señor».

Por ello es tan importante, según el Pontífice, preguntarse: «¿Cómo debemos recibir la Palabra de Dios?». La respuesta es clara: «Como se recibe a Jesucristo. La Iglesia nos dice que Jesús está presente en la Escritura, en su Palabra». Por este motivo, añadió, «yo aconsejo muchas veces que se lleve siempre un pequeño Evangelio» —además, comprarlo «cuesta poco», añadió sonriendo— para tenerlo «en la mochila, en el bolsillo, y leer durante el día un pasaje del Evangelio». Un consejo práctico, dijo, no tanto «para aprender» algo, sino «para encontrar a Jesús, porque Jesús está precisamente en su Palabra, en su Evangelio». Así, «cada vez que leo el Evangelio, encuentro a Jesús».

¿Y cuál es la actitud necesaria para recibir esta Palabra? «Se debe recibir —afirmó el obispo de Roma— como se recibe a Jesús, es decir, con el corazón abierto, con el corazón humilde, con el espíritu de las bienaventuranzas. Porque Jesús vino así, con humildad: vino pobre, vino con la unción del Espíritu Santo». Tal es así que «Él mismo comenzó su discurso en la sinagoga de Nazaret» con estas palabras: «El Espíritu del Señor está sobre mí, porque Él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos, la vista; a poner en libertad a los oprimidos; a proclamar el año de gracia del Señor».

En definitiva, «Él es fuerza, es Palabra de Dios, porque está ungido por el Espíritu Santo». Así, recomendó el Papa Francisco, «también nosotros, si queremos escuchar y recibir la Palabra de Dios, tenemos que rezar al Espíritu Santo y pedir esta unción del corazón, que es la unción de las bienaventuranzas». Así, pues, tener «un corazón como el corazón de las bienaventuranzas».

Si «Jesús está presente en la Palabra de Dios» y «nos habla en la Palabra de Dios, nos hará bien hoy durante el día —sugirió el Pontífice— preguntarnos: ¿cómo recibo yo la Palabra de Dios?». Una pregunta esencial, concluyó el Papa Francisco, renovando el consejo de llevar siempre consigo el Evangelio para leer un pasaje cada día.

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 36, viernes 5 de septiembre de 2014

Es el Espíritu quien da «la identidad» al cristiano. Por ello —dijo el Papa en la homilía de la misa celebrada el martes 2 de septiembre— «tú puedes tener cinco licenciaturas en teología, pero no tener el Espíritu de Dios». Y «quizá tú serás un gran teólogo, pero no eres un cristiano», precisamente «porque no tienes el Espíritu de Dios».

Así, hizo hincapié, «muchas veces nos encontramos, entre nuestros fieles, ancianitas sencillas que quizá no terminaron la escuela primaria, pero que te hablan de las cosas mejor que un teólogo, porque tienen el Espíritu de Cristo». Y propuso el ejemplo de san Pablo, que para sus eficaces predicaciones no poseía particulares referencias académicas —no había tenido cursos de «sabiduría humana en la Lateranense o en la Gregoriana», dijo— sino que hablaba según el Espíritu de Dios.

«Dos veces», destacó el Papa, en el pasaje evangélico de Lucas propuesto por la liturgia (4, 31-37) se encuentra la palabra «autoridad». La gente «se quedaba asombrada de la enseñanza de Jesús porque su palabra estaba llena de autoridad», afirmó el Pontífice. Y después, al final del pasaje, el evangelista de nuevo escribe que «quedaron todos asombrados y comentaban entre sí: ¿Qué clase de palabra es esta? Pues da órdenes con autoridad». En definitiva, continuó, «la gente se asombraba porque Jesús cuando hablaba, cuando predicaba, tenía una autoridad que no tenían los otros predicadores, que no tenían los doctores de la ley, los que enseñaban al pueblo».

La pregunta que hay que hacerse es: «¿qué es esta autoridad de Jesús, esa doctrina nueva que asombra a la gente, esto que es diferente al modo de hablar, de enseñar de los doctores de la ley?». Y la respuesta es decisiva. «Esta autoridad —explicó el Pontífice— es precisamente la identidad singular y especial de Jesús». En efecto, «Jesús no era un predicador común; Jesús no era uno que enseñaba la ley como todos los demás: lo hacía de modo diverso, de un modo nuevo, porque Él tenía la fuerza del Espíritu Santo».

El Papa recordó que «ayer, en la liturgia, leímos el pasaje en el que Jesús se presenta, visita la sinagoga y refiriéndose a sí mismo, dice aquellas palabras del profeta Isaías: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque Él me ha ungido. Me ha enviado a hacer esto”». Confirmando que «la autoridad que tiene Jesús —explicó— viene precisamente de esta unción especial del Espíritu Santo: Jesús es el ungido, el primer ungido, el verdadero ungido». Y «esta unción da autoridad a Jesús».

«La identidad propia de Jesús es el ser ungido», recalcó el Pontífice. Él es «el Hijo de Dios ungido y enviado, mandado para traer la salvación, la libertad». Así, pues, «esta es la identidad de Jesús y por eso la gente decía: “Este hombre tiene una autoridad especial, que no tienen los doctores de la ley”». Pero, añadió el Papa, «algunos se escandalizaban de esa modalidad de Jesús, de ese estilo de Jesús».

He aquí que la «libertad, la identidad de Jesús, es precisamente la unción del Espíritu Santo». Y nosotros, exhortó el Papa Francisco, podemos preguntarnos cuál es nuestra identidad de cristianos». En la primera carta a los Corintios (2, 10-16) san Pablo lo explica así: «Cuando explicamos verdades espirituales a hombres de espíritu, no las exponemos en el lenguaje que enseña el saber humano». Y al respecto, el Pontífice destacó que «la predicación de Pablo» no surge de la «sabiduría humana», porque sus palabras le fueron «enseñadas por el Espíritu».

Pero, puso en guardia el Papa Francisco haciendo propias las expresiones de san Pablo, «el hombre abandonado a sus fuerzas no comprende las cosas del Espíritu de Dios; el hombre por sí solo no puede entender esto». Así, «si nosotros cristianos no entendemos bien las cosas del Espíritu, no damos y no ofrecemos un testimonio, no tenemos identidad». Y a fin de cuentas, «estas cosas del Espíritu» parecen sólo «locura», tanto que los que no tienen una identidad «no son capaces de entenderlas».

El Pontífice, refiriéndose nuevamente a la carta de san Pablo, recordó que «el hombre movido por el Espíritu, en cambio, juzga cada cosa: es libre, sin poder ser juzgado por ninguno». En efecto, añadió citando las palabras del apóstol, «¿quién ha conocido la mente del Señor? Ahora nosotros tenemos la mente de Cristo, es decir, el Espíritu de Cristo». Y, de hecho, «esta es la identidad cristiana: no tener el espíritu del mundo, ese modo de pensar, ese modo de juzgar».

En definitiva, «lo que da autoridad, lo que da identidad es el Espíritu Santo, la unción del Espíritu Santo». Por eso, según el Papa, «el pueblo no amaba a los predicadores, a los doctores de la ley, porque hablaban, en verdad, de teología, pero no llegaban al corazón, no daban libertad, no eran capaces de hacer que el pueblo encontrase la propia identidad, porque no estaban ungidos por el Espíritu Santo». En cambio, precisó, «la autoridad de Jesús —y la autoridad del cristiano— viene precisamente de esta capacidad de entender las cosas del Espíritu, de hablar la lengua del Espíritu; viene de esta unción del Espíritu Santo».

El Papa Francisco concluyó pidiendo al Señor que nos dé «la identidad cristiana, la que Tú tenías: danos tu Espíritu; danos tu modo de pensar, de sentir, de hablar: es decir, Señor, danos la unción del Espíritu Santo».

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 37, viernes 12 de septiembre de 2014

«¿De qué cosas se puede gloriarse un cristiano? De dos cosas: de los propios pecados y de Cristo crucificado». Y sólo una cosa cuenta verdaderamente: el encuentro con Cristo que cambia la vida de los cristianos «tibios» y transforma el rostro de las parroquias y comunidades «decadentes». Es esta la indicación que sugirió el Papa Francisco durante la misa celebrada el jueves 4 de septiembre.

Fue la primera lectura, tomada de la primera carta de san Pablo a los corintios (3, 18-23), la que inspiró las palabras del Pontífice. El apóstol, explicó el Papa, «en estos pasajes que hemos leído en la liturgia de los días pasados, habla de la fuerza de la Palabra de Dios». Es más, añadió, «podemos decir» que «hace como una teología de la Palabra de Dios». Y concluye con esta reflexión: «Ninguno se engañe. Si alguno de entre vosotros se considera un sabio en este mundo, hágase necio para convertirse en sabio, porque la sabiduría de este mundo es necedad delante de Dios».

En la práctica, afirmó el Pontífice, «Pablo nos dice que la fuerza de la Palabra de Dios es la que cambia el corazón, la que cambia el mundo, que nos da esperanza, que nos da vida, no se encuentra en la sabiduría humana». Por lo tanto «no se trata de hablar bien y decir bien las cosas con inteligencia humana. No, esa es necedad». Al contrario, «la fuerza de la Palabra de Dios viene de otra parte». Ciertamente «pasa también por el corazón del predicador». Y es por eso que Pablo aconseja a quienes predicán la Palabra de Dios: «hacedos necios». Les advierte para que no pongan su seguridad «en la sabiduría del mundo». Por lo tanto, prosigue el apóstol, «nadie se gloríe en los hombres».

A este punto hay que preguntarse «dónde está la seguridad de Pablo, dónde encuentra la raíz de su seguridad». Por lo demás, destacó el Papa, «también él había estudiado con los profesores más importantes de la época». Y, sin embargo, no se vanagloriaba. Más bien, «se gloriaba sólo de dos cosas, y de lo que se gloriaba Pablo, es precisamente el lugar donde la Palabra de Dios puede llegar y ser fuerte». En efecto, dice de sí mismo: «yo sólo me gloríe de mis pecados». Palabras que escandalizan, comentó el Pontífice. Por lo tanto, «la fuerza de la Palabra de Dios está en ese encuentro entre mis pecados y la sangre de Cristo que me salva. Y cuando no se da ese encuentro, no hay fuerza en el corazón». Si acabamos por olvidar esto —advirtió el Pontífice—

«nos convertimos en mundanos, queremos hablar de las cosas de Dios con lenguaje humano, y no sirve», porque «no da vida».

Por lo tanto, es decisivo «el encuentro entre mis pecados y Cristo». Es lo que sucede cuando, en el pasaje del Evangelio de Lucas (5, 1-11), Jesús dice a Simón que reme mar adentro y eche las redes para pescar. Y Pedro, observó el Papa Francisco, le responde: «hemos estado bregando toda la noche y no hemos recogido nada; pero por tu palabra, echaré las redes». Y así, prosiguió, sucedió «la pesca milagrosa».

Ante este hecho, «¿qué piensa Pedro?», se preguntó el obispo de Roma. Su reacción no es de satisfacción por el inesperado resultado de la pesca o por la futura ganancia. Él —explicó el Papa— «sólo ve a Cristo, ve su fuerza y se ve a sí mismo». Así, se echó a los pies de Jesús diciendo: «Señor, apártate de mí, que soy un hombre pecador».

Para Pedro tuvo lugar «este encuentro con Jesucristo», el encuentro entre sus pecados y la fuerza del Señor que salva. En esta situación, evidenció el Pontífice, «el signo de la salvación fue el milagro de la pesca; el lugar privilegiado para el encuentro con Jesucristo son los propios pecados».

«Si un cristiano —continuó el Papa Francisco— no es capaz de sentirse pecador y salvado por la sangre de Cristo crucificado, es un cristiano a mitad de camino, es un cristiano tibio». Y, «cuando encontramos iglesias decadentes, cuando encontramos parroquias decadentes, instituciones decadentes, seguramente los cristianos que están allí jamás han encontrado a Jesucristo o se han olvidado de ese encuentro con Jesucristo».

«La fuerza de la vida cristiana y la fuerza de la Palabra de Dios —explicó de nuevo— está precisamente en ese momento donde yo, pecador, encuentro a Jesucristo. Y ese encuentro hace dar un giro a la vida, cambia la vida. Y te da la fuerza para anunciar la salvación a los demás».

Las palabras de Pablo y el Evangelio de Lucas plantean a los creyentes «muchas preguntas». Según el Pontífice sería necesario preguntarse a uno mismo: «¿Soy capaz de decir al Señor: soy pecador?». Una cuestión que no es teórica sino práctica, porque el examen de conciencia se refiere, sobre todo, a la capacidad de reconocer «el pecado concreto». El Papa sugirió entonces otras preguntas para hacerse a sí mismos: «¿Soy capaz de creer que precisamente Él, con su sangre, me ha salvado del pecado y me ha dado una vida nueva? ¿Confío en Cristo? ¿Me glorío de la cruz de Cristo? Me glorío también de mis pecados, en este sentido?».

El Papa Francisco aconsejó, al respecto, volver al momento del «encuentro con Jesucristo», para verificar que no nos hemos olvidado y preguntarse: «¿He encontrado a Jesucristo? ¿He sentido su fuerza?». Son interrogantes fundamentales, concluyó, porque «cuando un cristiano olvida este encuentro pierde su fuerza: es tibio, es incapaz de dar a los demás, con fuerza, la Palabra

de Dios».

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 37, viernes 12 de septiembre de 2014

No tener miedo de cambiar las cosas según la ley del Evangelio: «La Iglesia nos pide a todos nosotros algunos cambios. Nos pide que dejemos de lado las estructuras anticuadas, que no sirven». En cambio, hay que dar cabida a la «ley de las bienaventuranzas», a la «alegría» y a la «libertad que nos trae la novedad del Evangelio». Lo afirmó el Papa Francisco durante la misa celebrada el viernes 5 de septiembre.

Para su meditación, el Papa se basó en el pasaje evangélico de Lucas (5, 33-39), propuesto por la liturgia. «Estos escribas, estos fariseos —dijo— quisieron poner a prueba a Jesús y hacerlo caer en una trampa». Recordándole que Juan y sus discípulos ayunan, le hacen una pregunta: «Pero tú que eres tan amigo de Juan, y tus discípulos que son amigos, que parecen ser justos, ¿por qué no hacéis lo mismo?». Pregunta a la que «Jesús responde hablando de dos cosas: nos habla de fiesta y nos habla de novedad».

Ante todo, explicó el Pontífice, «nos habla de fiesta, fiesta esponsal, y dice: ¡pero estamos en tiempo de fiesta! Hay algo nuevo aquí, ¡hay una fiesta! Algo que era anticuado y algo que se renueva, que se hace nuevo». Y es «curioso», observó el Papa, que Jesús «al final recurra a la imagen del vino», hasta tal punto que «cuando se lee este pasaje no se puede dejar de relacionar esta fiesta esponsal con el vino nuevo de Caná». En el fondo, «es todo un símbolo», que «nos habla de novedad». Sobre todo cuando Jesús dice: «El vino nuevo debe echarse en odres nuevos». Por lo tanto, «a vino nuevo, odres nuevos». Aquí está «la novedad del Evangelio». Por lo demás, se preguntó Francisco, «¿qué nos trae el Evangelio? Alegría y novedad».

En cambio, prosiguió, «estos doctores de la Ley estaban encerrados en sus preceptos, en sus prescripciones». Hasta tal punto que «san Pablo, hablando de ellos, nos dice que antes de que llegara la fe, es decir, Jesús, todos nosotros estábamos custodiados como prisioneros bajo la ley». Pero esta ley no era mala: «custodiados pero prisioneros, en espera de que llegara la fe». Precisamente, «la fe que se revelaría en Jesús mismo».

«El pueblo —afirmó el Papa— tenía la ley que le había dado Moisés. Y también costumbres y pequeñas leyes que habían codificado los doctores, los teólogos». Por eso «la Ley los custodiaba, pero como prisioneros. Y ellos estaban a la espera de la libertad, de la libertad definitiva que Dios daría a su pueblo con su Hijo».

También san Pablo, recordó el Pontífice, nos dice que «cuando llegó la plenitud

de los tiempos, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, para rescatar». Y «la novedad del Evangelio es esta: es para rescatar de la Ley». Al respecto, el Pontífice observó: «Alguno de vosotros puede decirme: pero padre, ¿los cristianos no tienen ley? ¡Sí! Jesús dijo: no vengo a abolir la Ley, sino a darle plenitud». Y «la plenitud de la Ley, por ejemplo, son las bienaventuranzas, la ley del amor, el amor total, como Él, Jesús, nos amó». Así, prosiguió el obispo de Roma, «cuando Jesús reprende a esta gente, a estos doctores de la Ley, los reprende por no haber custodiado al pueblo con la Ley», por haberlo hecho «esclavo de tantas pequeñas leyes, de tantas pequeñas cosas que se debían hacer». Y por haberlo hecho «sin la libertad que Él nos trae con la nueva ley, la ley que Él selló con su sangre».

Por consiguiente, esta «es la novedad del Evangelio, que es fiesta, es alegría, es libertad». Es «precisamente el rescate que todo el pueblo esperaba cuando estaba custodiado por la Ley, pero como prisionero». Y esto es también «lo que Jesús quiere decirnos: ¿qué hacemos ahora, Jesús?». La respuesta es: «A la novedad, novedad; a vino nuevo, odres nuevos». Por esta razón, explicó el Papa, no hay que «tener miedo de cambiar las cosas según la ley del Evangelio, que es una ley de la fe». San Pablo «distingue bien: hijos de la Ley e hijos de la fe. A vino nuevo, odres nuevos». Por eso «la Iglesia nos pide a todos nosotros algunos cambios. Nos pide que dejemos de lado las estructuras anticuadas: no sirven! Y que tomemos odres nuevos, los del Evangelio».

A la pregunta de esos fariseos y escribas, observó el Pontífice, Jesús responde: «No podemos ayunar como vosotros mientras estamos de fiesta. Días vendrán en que les será arrebatado el esposo». Y al decir esto, «pensaba en su Pasión, pensaba en el tiempo de la pasión de tantos cristianos, incluso de nuestras pasiones, en las que estará la cruz».

Así, pues, está claro que «el Evangelio es novedad, el Evangelio es fiesta. Y solamente se puede vivir plenamente el Evangelio en un corazón gozoso y en un corazón renovado». Desde esta perspectiva, el Papa pidió al «Señor la gracia de esta observancia de la Ley: observar la Ley —la Ley a la que Jesús dio plenitud— en el mandamiento del amor, en los mandamientos que provienen de las bienaventuranzas: los mandamientos de la Ley renovada por la novedad del Evangelio». Que el Señor —concluyó— «nos dé la gracia de no permanecer prisioneros, nos dé la gracia de la alegría y de la libertad que nos trae la novedad del Evangelio».

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 37, viernes 12 de septiembre de 2014

Dios es «el Señor de la historia» y también de la «paciencia». Él «camina con nosotros»: por ello el cristiano está llamado a no asustarse de las cosas grandes y a prestar atención incluso a las cosas pequeñas. Es la exhortación que, citando a santo Tomás de Aquino, el Papa Francisco dirigió el lunes 8 de septiembre en la misa matutina.

Ante todo el Pontífice indicó que «cuando leemos en el Génesis el relato de la creación» corremos el riesgo «de pensar que Dios haya sido un mago». Pero «no fue así». En efecto, explicó, «Dios hizo las cosas —cada una— y las dejó avanzar con las leyes internas, interiores, que Él dio a cada una, para que se desarrollasen, para que llegasen a la plenitud». Así, pues, «a las cosas del universo el Señor les dio autonomía», pero «no independencia». De este modo «la creación siguió adelante durante siglos y siglos y siglos, hasta que llegó a la forma como está hoy». Precisamente «porque Dios no es mago, es creador». En lo que respecta al hombre, en cambio, el discurso cambia. «Cuando al sexto día de ese relato llega la creación del hombre», explicó el obispo de Roma, Dios «dio otra autonomía, un poco distinta, pero no independiente: una autonomía que es la libertad». Y «dijo al hombre que siga adelante en la historia: lo hizo responsable de la creación, también para que domine la creación, para que la lleve adelante y llegue así a la plenitud de los tiempos». La «plenitud de los tiempos», afirmó, es «lo que Él tenía en el corazón: la llegada de su Hijo».

Al respecto, el Pontífice hizo referencia al pasaje de la carta de san Pablo a los Romanos (8, 28-30) propuesta por la liturgia. «Dios —explicó citando al apóstol— nos ha predestinado, a todos, a conformarnos a la imagen del Hijo». «Así siguió adelante la historia», como se deduce también del pasaje del Evangelio de Mateo (1, 1-16.18-23) que presenta la genealogía de Jesús». Y «en esta lista —destacó— hay santos y también pecadores; pero la historia sigue adelante porque Dios quiso que los hombres fuesen libres». Con todo, «el día que el hombre usó mal su libertad, Dios lo expulsó del paraíso». La Biblia nos dice que «le hizo una promesa y el hombre salió del paraíso con esperanza: pecador, pero con esperanzas».

He aquí, entonces, que este relato un poco repetitivo «tiene dentro esta riqueza: Dios camina con justos y pecadores». Y si el cristiano se reconoce pecador, sabe que Dios camina también con él, «con todos, para llegar al encuentro definitivo del hombre con Él». Por lo demás, «el Evangelio, que

presenta esta historia desde hace siglos, acaba en algo pequeñito, en un pequeño pueblo, con esta historia de José y María». De este modo «el Dios de la gran historia está también en la pequeña historia, allí, porque quiere caminar con cada uno».

En la *Summa theologiae* santo Tomás, recordó el Papa, «tiene una frase muy hermosa que se relaciona con esto. Dice así: "No asustarse de las cosas grandes, pero tener en cuenta las pequeñas, esto es divino"». Porque Dios «está en las cosas grandes, pero también en las cosas pequeñas, en nuestras pequeñas cosas». Además, añadió, el Señor «es también el Señor de la paciencia»: la paciencia «que tuvo con todas estas generaciones, con todas estas personas que vivieron su historia de gracia y de pecado». Dios, afirmó, «es paciente, Dios camina con nosotros, porque Él quiere que todos nosotros lleguemos a conformarnos con la imagen de su Hijo».

Así, pues, el Papa Francisco se dirigió a María, en el día de la fiesta de su nacimiento. «Hoy —dijo— estamos en la antesala de esta historia: el nacimiento de la Virgen». Y por ello al Señor «pedimos en la oración que nos conceda unidad para caminar juntos y paz en el corazón».

Hoy, por lo tanto, continuó el Pontífice, «podemos mirar a la Virgen, pequeñita, santa, sin pecado, pura, elegida para ser la madre de Dios, y también mirar la historia que está detrás, tan larga, de siglos». De aquí algunas preguntas fundamentales: «¿Cómo camino yo en mi historia? ¿Dejo que Dios camine conmigo? ¿Permito que Él camine conmigo o quiero caminar solo? ¿Dejo que Él me acaricie, me ayude, me perdone, me conduzca hacia adelante para llegar al encuentro con Jesucristo?». Porque precisamente esto, destacó, «será el final de nuestro camino: encontrarnos con el Señor».

Así, continuó el Papa, hay una pregunta a la cual «nos hará bien hoy» responder: «¿Dejo que Dios tenga paciencia conmigo?». Sólo «mirando a esta historia grande y también a este pequeño poblado», aseguró en la conclusión, «podemos alabar al Señor y pedir humildemente que nos done la paz, esa paz del corazón que sólo Él nos puede dar, que sólo nos da cuando permitimos que Él camine con nosotros».

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 37, viernes 12 de septiembre de 2014

El Señor es «alguien que ora, elige y no tiene vergüenza de estar cerca de la gente». Al comentar el pasaje del Evangelio de Lucas (6, 12-19) durante la misa del martes 9 de septiembre destacó estas tres características que «trazan claramente la personalidad de Jesús» y que motivan también nuestra «confianza en Él: nos encomendamos a Él porque ora, porque nos ha elegido y porque está cerca de nosotros».

Al profundizar estos «tres momentos de la vida de Jesús», el Pontífice habló primero de la oración. El Señor, relata Lucas, «salió al monte a orar y pasó la noche orando a Dios». De ello se deduce que Él «reza por nosotros. Parece un poco extraño —dijo el Papa Francisco— que Él, que vino a traernos la salvación, que Él, que tiene el poder», ore al Padre. Sin embargo, «lo hace a menudo, incluso lo dice», afirmó el Pontífice recordando la frase que dirigió a Pedro en la última Cena: «He pedido por ti».

Jesús ha pedido y sigue pidiendo «por nosotros: es el intercesor. También ahora, que está ante el Padre, en el cielo, su trabajo —afirmó el obispo de Roma— es este: interceder, orar. Es el gran intercesor». Se trata de una verdad que «debe alentarnos». Porque en los momentos «de dificultad o de necesidad», recordó el Papa Francisco, hay que pensar: «Pero tú estás rezando por mí. Reza por mí. Jesús reza por mí al Padre». Por lo demás, añadió, este «es su trabajo de hoy: orar por nosotros, por su Iglesia».

Pasando luego al segundo momento descrito en la escena evangélica —«Cuando se hizo de día, llamó a sus discípulos y escogió de entre ellos a doce»— el Pontífice destacó que «fue Él quien eligió; y lo dice claramente: "No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido"». Como consecuencia, también esta actitud de Jesús nos alienta, porque tenemos una certeza: «Yo fui elegido, yo fui elegida por el Señor. El día del bautismo Él me eligió».

¿Por qué somos «elegidos» como cristianos? Para el Papa Francisco la respuesta está en el amor de Dios. «El amor —señaló— no mira si uno tiene la cara poco agraciada o la cara hermosa: ¡ama! Y Jesús hace lo mismo: ama y elige con amor. Y elige a todos». En su «lista» no hay personas importantes «según los criterios del mundo: hay gente común». El único elemento que los caracteriza a todos es que «son pecadores. Jesús eligió a los pecadores. Elige a los pecadores. Y esta es la acusación que le hacen los doctores de la ley, los

escribas».

Pero Jesús es así y, por lo tanto, «llama a todos». Su criterio es el amor, como se ve claro desde que «nosotros, el día de nuestro Bautismo, hemos sido elegidos oficialmente». En esa elección «está el amor de Jesús». Él, dijo el Papa, «me miró y me dijo: ¡tú!». Basta pensar, por lo demás, en la elección de «Judas Iscariote, que fue el traidor, el pecador más grande para Él. Pero fue elegido por Jesús».

Por último, el tercer momento, descrito por el Evangelio con estas palabras: «Después de bajar con ellos, se paró en una llanura con un grupo grande de discípulos y una gran muchedumbre del pueblo, procedente de toda Judea, de Jerusalén y de la costa de Tiro y de Sidón. Venían a oírlo y a que los curara de sus enfermedades... y toda la gente trataba de tocarlo». En esencia, la escena presenta a un «Jesús cercano a la gente. No es un profesor, un maestro, un místico que se aleja y habla desde la cátedra», sino más bien una persona que «está en medio de la gente; se deja tocar; deja que la gente le pida. Así es Jesús: cercano a la gente».

Y esta cercanía, continuó el Papa Francisco, «no es algo nuevo para Él: Él lo pone de relieve en su modo de actuar, pero es una cosa que viene desde al primera elección de Dios por su pueblo. Dios dice a su pueblo: "Pensad, ¿qué pueblo tiene un Dios tan cercano como Yo lo estoy de vosotros?"». La cercanía de Dios a su pueblo, concluyó el Pontífice, «es la cercanía de Jesús con la gente. Toda la gente trataba de tocarlo, porque salía de Él una fuerza que los curaba a todos. Así cercano, en medio del pueblo».

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 38, viernes 19 de septiembre de 2014

Ser cristianos significa ser «un poco necios», al menos según la lógica mundana. Y de ningún modo autorreferenciales, de modo que solos no se puede hacer nada y precisamente para no asustarnos viene en nuestra ayuda la gracia de Dios. Son las directrices, que el Papa Francisco volvió a proponer en la misa celebrada el jueves 11 de septiembre por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta.

El Pontífice recordó cómo Jesús nos dio la «ley del amor: amar a Dios y amarnos como hermanos». El Señor, añadió el Papa, no dejó de explicarla «un poco más con las Bienaventuranzas» que resumen bien «la actitud del cristiano».

Sin embargo, en el pasaje del Evangelio de hoy (Lc 8 27-28), «Jesús nos muestra el camino que debemos seguir, un camino de generosidad». Nos pide ante todo «amar». Y nosotros nos preguntamos «pero ¿a quién tengo que amar?», Él nos responde: «a vuestros enemigos». Así nosotros, sorprendidos, pedimos una confirmación: pero ¿precisamente a nuestros enemigos? «Sí», nos dice el Señor, precisamente «a nuestros enemigos».

Pero el Señor nos pide además «hacer el bien». Y si le preguntamos «¿a quién?» Él nos responde inmediatamente «a los que nos odian». Y también esta vez volvemos a pedir al Señor la confirmación: «Pero, ¿tengo que hacer el bien al que me odia?». Y la respuesta del Señor es siempre «sí».

Después nos pide también «bendecir a los que nos maldicen» y «orar» no sólo «por mi mamá, mi papá, mis hijos, la familia», sino «por aquellos que nos tratan mal». «Y no rechazar a quien te pide» algo. La «novedad del Evangelio», explicó el Pontífice, consiste en «darse a sí mismo, dar el corazón, precisamente a los que no nos quieren, a los que nos causan daño, a los enemigos». Pero Jesús nos recuerda que «también los pecadores —y cuando dice pecadores se refiere a los paganos— aman a los que les aman». Por eso, destacó el Papa Francisco, «ino tiene mérito!».

Prosigue todavía el pasaje evangélico: «Y si hacéis bien sólo a los que os hacen bien, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores hacen lo mismo». De nuevo, dijo el Papa, se trata, afirmó el Pontífice, de un simple «intercambio: yo te hago el bien, tú me haces el bien». Y sigue todavía el Evangelio: «si prestáis a aquellos de los que esperáis cobrar, ¿qué mérito tenéis?». Por lo demás, precisa el evangelista, «también los pecadores hacen préstamos a los

pecadores para recibir lo mismo».

Todo este razonamiento de Jesús, afirmó el Papa Francisco, lleva a una fuerte conclusión: «amad a vuestros enemigos, haced el bien y prestad sin esperar nada, sin intereses, y será grande vuestra recompensa y seréis hijos del Altísimo».

Es por ello evidente, prosiguió, que «el Evangelio es una novedad difícil de llevar adelante». En una palabra significa «ir detrás de Jesús». Seguirlo, imitarlo. Jesús no responde a su Padre «iré y diré cuatro cosas, haré un buen discurso, indicaré el camino y después regreso». No, la respuesta de Jesús al Padre es: «¡Hágase tu voluntad!». Y así, «da su vida no por sus amigos», sino «por sus enemigos».

El camino del cristiano no es fácil, reconoció el Papa, pero «es este». Así a los que dicen «yo no me siento capaz de obrar así» la respuesta es «si no te sientes capaz, es un problema tuyo, pero el camino cristiano es este. Este es el camino que Jesús nos enseña. Por eso el Pontífice sugirió «ir por el camino de Jesús, que es la misericordia: sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso». Porque «solamente con un corazón misericordioso podremos hacer todo lo que el Señor nos aconseja, hasta el final». Resulta por lo tanto evidente, que «la vida cristiana no es una vida autorreferencial» sino que «sale de sí misma para darse a los demás: es un don, es amor, y el amor no vuelve sobre sí mismo, no es egoísta: ¡se da!».

El pasaje de san Lucas termina con la invitación a no juzgar y a ser misericordiosos. En cambio, dijo el Pontífice, «muchas veces parece que nosotros nos hemos proclamado jueces de los demás: criticando, hablando mal, juzgamos a todos». Pero Jesús nos dice: «No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y seréis perdonados». Por lo demás, «todos los días lo decimos en el Padrenuestro: perdónanos como nosotros perdonamos». En efecto, si yo, en primer lugar, «no perdono, ¿cómo puedo pedir al Padre que "me perdone?"».

Hay además otra imagen muy bella en la página evangélica: «"dad y se os dará" —dijo el Papa— y aquí se ve que el corazón de Jesús se dilata y hace esta promesa que quizá es una imagen del cielo». La vida cristiana, así como la presenta Jesús, parece de verdad «una necedad», destacó el Papa Francisco. Por lo demás, san Pablo mismo habla de la «necedad de la cruz de Cristo que no tiene nada que ver con la sabiduría del mundo». Por ello, «ser cristiano es convertirse en un necio, en cierto sentido». Y «renunciar a esa astucia del mundo para hacer todo lo que Jesús nos pide». Pero «el camino de Jesús» es «la magnanimidad, la generosidad, el darse a sí mismo sin medida». Él «vino al mundo» para salvar y darse a sí mismo, «perdonó, no habló mal de nadie, no juzgó».

Así, hay una oración, dijo el Papa, que se debe hacer todos los días: «Señor,

dame la gracia de llegar a ser un buen cristiano, una buena cristiana, porque yo no puedo».

El Papa Francisco concluyó la meditación reconociendo que «una primera lectura» del capítulo sexto del Evangelio de san Lucas «asusta». Pero, sugirió, «si tomamos el Evangelio y hacemos una segunda, una tercera, una cuarta lectura», podemos después pedir «al Señor la gracia de entender qué es ser cristiano». Y «también la gracia de que Él nos haga, cristianos. Porque nosotros no podemos hacerlo solos».

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 38, viernes 19 de septiembre de 2014

Cristianos que corren el riesgo de ser «descalificados», como advierte san Pablo, si pretenden hacer una corrección fraterna sin caridad, verdad y humildad, dando cabida a la hipocresía y las habladurías. En realidad, este servicio al otro requiere, ante todo, reconocerse pecadores y no erigirse en juez, como recordó el Papa durante la misa celebrada el viernes 12 de septiembre.

Francisco mostró enseguida cómo «en estos días la liturgia nos ha hecho meditar en tantas actitudes cristianas: dar, ser generoso, servir a los demás, perdonar, ser misericordioso». Estas «son actitudes —explicó— que ayudan a la Iglesia a crecer». Pero, en particular, «hoy el Señor nos hace volver a una de esas actitudes, sobre la que ya he hablado, es decir, la corrección fraterna». La idea fundamental es: «Cuando un hermano, una hermana de la comunidad se equivoca, ¿cómo debo corregirlo?».

A través de la liturgia (Lc 6, 39-42), prosiguió el Pontífice, «el Señor nos había dado algunos consejos sobre cómo corregir» al otro. Pero «hoy retoma todo y dice: hay que corregirlo, pero como una persona que ve y no como un ciego». «Antes que nada —afirmó el Pontífice—, el consejo que da para corregir al hermano, lo hemos oído el otro día, es llevar aparte a tu hermano que se ha equivocado y hablarle», diciéndole: «Pero hermano, en esto creo que no has obrado bien».

Y «llevarlo aparte» significa precisamente «corregirlo con caridad». Porque «no se puede corregir a una persona sin amor y sin caridad». Sería como «hacer una operación quirúrgica sin anestesia», con la consecuencia de que el enfermo moriría de dolor. Y «la caridad es como una anestesia que ayuda a recibir la curación y aceptar la corrección». Entonces, el primer paso hacia el hermano: «llevarlo aparte, con mansedumbre, con amor, y hablarle».

El Papa, dirigiéndose también a las numerosas religiosas presentes en la celebración en Santa Marta, las invitó a hablar siempre «con caridad», sin causar heridas, «cuando en nuestras comunidades, en las parroquias, en las instituciones, en las comunidades religiosas, se debe decir algo a una hermana, a un hermano».

Junto con la caridad, es necesario «decir la verdad» y jamás «decir una cosa que no es verdadera». En realidad, observó, «cuántas veces en nuestras comunidades se dicen cosas de otra persona que no son verdaderas: son

calumnias». O, «si son verdaderas», de todos modos «se arruina la buena fama de esa persona».

Desde esta perspectiva, un modo de dirigirse al hermano, según el Papa, puede ser el siguiente: «Esto que te digo, a ti, que tú has hecho, es verdad. No es un rumor que me ha llegado». Porque «las habladurías hieren, son bofetadas a la buena fama de una persona, son bofetadas al corazón de una persona».

Entonces, es necesaria siempre «la verdad», si bien a veces «no es agradable oírlo». En todo caso, si la verdad «se dice con caridad y con amor, es más fácil aceptarla». Por eso hay que decir «la verdad con caridad: así se debe hablar de los defectos de los demás».

De la tercera regla, la humildad, Jesús habla en el pasaje del evangelio de san Lucas: corregir al otro «sin hipocresía, es decir, con humildad». Es bueno tener presente, aconsejó el obispo de Roma, que «si debes corregir un defecto pequeño, piensa que tú tienes tantos más grandes». El Señor lo dice con eficacia: saca primero la viga de tu ojo, y entonces podrás ver bien para sacar la brizna que hay en el ojo del otro. Sólo así «no serás ciego» y «verás bien» para ayudar de verdad al hermano. Por eso es indispensable «la humildad» para reconocer que «yo soy más pecador que él, más pecador que ella». Luego, «debo ayudarlos a él y a ella a corregir este» defecto.

«Si no hago con caridad la corrección fraterna, no la hago en verdad y no la hago con humildad, me convierto en ciego», advirtió el Papa. Y si no veo, se preguntó, ¿cómo hago para «curar a otro ciego?».

En esencia, «la corrección fraterna es un acto para curar el cuerpo de la Iglesia». Francisco la describió con una imagen eficaz: es como volver a coser «un agujero en el tejido de la Iglesia». Pero hay que proceder «con mucha delicadeza, como las mamás y las abuelas cuando remiendan», y es precisamente este estilo con el que «se debe hacer la corrección fraterna». Por otra parte, puso en guardia, «si tú no eres capaz de hacer la corrección fraterna con amor, con caridad, en la verdad y con humildad, ofenderás, harás un daño al corazón de esa persona: harás un crítica más que hiere y te convertirás en un ciego hipócrita, como dice Jesús». En efecto, se lee en la página evangélica de san Lucas: «Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo». Aunque hay que reconocer que soy «más pecador que el otro», de todos modos como hermanos estamos llamados a «ayudarlo a corregirse».

El Pontífice no dejó de dar un consejo práctico. Hay «un signo —dijo— que quizá nos pueda ayudar: cuando uno ve algo que no está bien y siente que debe corregirlo», pero advierte «cierto placer en hacerlo», entonces es el momento de «estar atento, porque eso no es del Señor». En efecto, «en el Señor siempre está la cruz, la dificultad de hacer una cosa buena». Y del Señor vienen siempre el amor y la mansedumbre.

Todo este razonamiento sobre la corrección fraterna, prosiguió el Papa, nos exhorta a «no comportarnos como jueces». Aunque «nosotros, los cristianos, —señaló— tenemos la tentación de creernos doctores», de «considerarnos fuera del juego del pecado y de la gracia, como si fuéramos ángeles». Es una tentación de la que también habla san Pablo en la primera carta a los Corintios (9, 16-19. 22-27). «No sea que, habiendo predicado a otros, quede yo descalificado». Por tanto, nos recuerda el Apóstol, «un cristiano que, en la comunidad, no hace las cosas —tampoco la corrección fraterna— con caridad, en la verdad y con humildad, se descalifica». Porque «no ha logrado llegar a ser un cristiano maduro».

El Papa Francisco concluyó pidiéndole al Señor que «nos ayude en este servicio fraterno, tan hermoso y tan doloroso, de ayudar a los hermanos y a las hermanas a ser mejores», impulsándonos «a hacerlo siempre con caridad, en verdad y con humildad».

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 38, viernes 19 de septiembre de 2014

Dos mujeres y madres —María y la Iglesia— llevan a Cristo a una tercera mujer, que se asemeja a las primeras dos pero es más «pequeña»: nuestra alma. Con esta imagen todas en femenino el Papa quiso reafirmar que sin la maternidad de María y de la Iglesia no tenemos a Cristo. «Nosotros no somos huérfanos» recordó durante la misa que celebró el lunes 15 de septiembre. El Papa Francisco evidenció inmediatamente cómo «la Iglesia, en su liturgia, nos lleva dos veces, en dos días, uno detrás del otro, al Calvario»: en efecto, «ayer nos hacía contemplar la cruz de Jesús, hoy a su madre a los pies de la cruz» (*Jn 19, 25-27*). En particular, «ayer nos hacía decir una palabra: gloriosa». Una palabra que hacía referencia a la «cruz del Señor, porque llevaba a la vida, nos llevaba a la gloria». Pero «hoy la palabra más fuerte de la liturgia es: madre. Gloriosa la cruz; humilde y dócil la madre», que la liturgia celebra hoy como Virgen dolorosa.

San Pablo (*Heb 5, 7-9*) «destaca tres palabras fuertes al hablar de Jesús como hijo: aprendió, obedeció y sufrió». Jesús, en esencia, «aprendió la obediencia y sufrió». Por lo tanto, «es lo contrario de lo que había ocurrido a nuestro padre Adán, que no había querido aprender lo que el Señor le exigía, que no había querido sufrir ni obedecer». Sobre todo, prosiguió, «este pasaje de la Carta a los Hebreos nos recuerda ese otro pasaje de la Carta a los Filipenses: aún siendo Dios, no retuvo el ser igual a Dios; se despojó y humilló a sí mismo haciéndose siervo. Esta es la gloria de la cruz de Jesús», quien, afirmó el Papa Francisco, «vino al mundo para aprender a ser hombre, y siendo hombre, caminar con los hombres. Vino al mundo para obedecer y obedeció». Pero «esta obediencia la aprendió del sufrimiento».

«Adán salió del paraíso con una promesa —prosiguió— que continuó adelante durante siglos. Hoy, con esta obediencia, con este despojarse a sí mismo y humillarse de Jesús, esa promesa se hace esperanza». Y «el pueblo de Dios camina con esperanza cierta».

También María «la madre, la nueva Eva, como Pablo mismo la llama, participa de este camino del hijo: aprendió, sufrió y obedeció». Ella «se convierte en madre». Podríamos decir que es «ungida como madre» —afirmó el Pontífice— y lo mismo vale para la Iglesia.

Por lo tanto, esta es «nuestra esperanza: nosotros no somos huérfanos, tenemos madres»: ante todo María. Y luego la Iglesia, que es madre «cuando

realiza el mismo camino de Jesús y María: el camino de la obediencia, el camino del sufrimiento, y cuando tiene esa actitud de aprender continuamente el camino del Señor».

«Estas dos mujeres —María y la Iglesia— llevan adelante la esperanza que es Cristo, nos dan a Cristo, engendran a Cristo en nosotros» reafirmó el obispo de Roma. Así, «sin María, no estaría Jesucristo; sin la Iglesia, no podemos ir adelante». Son «dos mujeres y dos madres».

«María —explicó el Papa Francisco— permaneció firme a los pies de la cruz, estaba unida al hijo porque lo había aceptado y sabía, más o menos, que le esperaba una espada: Simeón se lo había anunciado». María es la «madre firmísima», continuó, «que nos da seguridad en este camino de aprendizaje, de sufrimiento y de obediencia». Y también la Iglesia madre «permanece firme cuando adora a Jesucristo y nos guía, nos enseña, nos cubre, nos ayuda en este camino de la obediencia, del sufrimiento, de aprender esta sabiduría de Dios».

Mas aún, afirmó el Pontífice, «también nuestra alma participa de esto, cuando se abre a María y a la Iglesia: según el monje Isaac, el abad de Stella, también nuestra alma es femenina y se asemeja análogamente a María y a la Iglesia». Así, «hoy, contemplando a los pies de la cruz a esta mujer —firmísima en el seguimiento de su hijo en el sufrimiento para aprender la obediencia— miramos a la Iglesia y miramos a nuestra madre». Pero «también miramos nuestra pequeña alma, que jamás se perderá si continúa siendo también una mujer cercana a estas dos grandes mujeres que nos acompañan en la vida: María y la Iglesia».

El Papa Francisco concluyó recordando que, «así como huyeron nuestros padres del paraíso con una promesa, hoy nosotros podemos seguir adelante con una esperanza: la esperanza que nos da nuestra madre María, firme a los pies de la cruz, y nuestra santa madre Iglesia jerárquica».

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 39, viernes 26 de septiembre de 2014

El Señor salva «solamente a quien sabe abrir su corazón y se reconoce pecador». Es la enseñanza que el Papa Francisco dio del pasaje evangélico de san Lucas (7, 36-50) durante la misa que celebró el jueves 18 de septiembre, por la mañana, en Santa Marta. Se trata del relato de la pecadora que, durante la comida en la casa de un fariseo, sin ser ni siquiera invitada, se acerca a Cristo con «un vaso de perfume» y «colocándose detrás junto a sus pies, llorando», comienza «a bañarlos de lágrimas», luego los seca «con sus cabellos», los besa y los unge de perfume.

El Pontífice explicó que precisamente «reconocer los pecados, nuestra miseria, reconocer lo que somos y lo que somos capaces de hacer o hemos hecho es la puerta que se abre a la caricia de Jesús, al perdón de Jesús. Al respecto el Papa repitió una expresión muy querida por él: «el lugar privilegiado para el encuentro con Cristo son los propios pecados».

A un oído poco atento esto «parecería casi una herejía —comentó— pero lo decía también san Pablo» cuando, en la segunda Lectura a los Corintios (12, 9), afirmaba gloriarse «solamente de dos cosas: de los propios pecados y de Cristo Resucitado que lo ha salvado».

El Papa introdujo su reflexión reconstruyendo la escena descrita en el pasaje evangélico. Aquel «que había invitado a Jesús al almuerzo —hizo notar— era una persona de un cierto nivel, de cultura, quizás un universitario. Y «no parece que fuera una mala persona». Hasta que irrumpe en el banquete una figura femenina, una que no tenía cultura o si la tenía, aquí no lo demostró». En efecto, «entra y hace eso que quiere hacer: sin pedir disculpas, sin pedir permiso».

Es entonces cuando la realidad se revela detrás de las buenas maneras: «Si este fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es la que lo está tocando, pues es una pecadora». Este hombre «no era malo», sin embargo, «no logra entender el gesto de la mujer. No logra entender los gestos elementales de la gente». En resumen, «estaba alejado de la realidad». Sólo así, continuó el Papa, se explica «la acusación» imputada a Jesús: «¡Este es un santón! Nos habla de cosas hermosas, hace un poco de magia; es un curandero; pero al final no conoce a la gente, porque si supiera de qué clase es esta, habría dicho algo».

Hay entonces «dos actitudes» muy diferentes entre sí: por una parte la del

«hombre que ve y califica», juzga; y por otro la de la «mujer que llora y hace cosas que parecen locuras», porque utiliza un perfume que «es caro, es costoso». En especial el Pontífice se detuvo en el hecho de que el Evangelio sí utiliza la palabra «unción» para significar que el «perfume de la mujer unge: tiene la capacidad de ser una unción», al contrario de las palabras del fariseo que «no llegan al corazón, no llegan a la realidad».

En medio a estas dos figuras tan antitéticas está Jesús, con «su paciencia, su amor», su «deseo de salvar a todos», que «le lleva a explicar al fariseo qué significa eso que hace esta mujer» y a reprocharle, si bien «con humildad y ternura», por no haber tenido «cortesía» con Él.

El Papa evidenció también que el Evangelio no dice «cómo terminó la historia para este hombre», pero dice claramente «cómo terminó para la mujer: “Tus pecados han quedado perdonados”». Una frase, esta, que escandaliza a los comensales, quienes comienzan a confabular entre sí preguntándose: «¿Pero quién es este, que hasta perdona pecados?». En resumen, «a ella se le dice que sus pecados le son perdonados, a los demás, Jesús les hace ver sólo los gestos y se los explica, incluso los gestos no realizados, o sea lo que no han hecho con Él». En consecuencia «la palabra salvación —“tu fe te ha salvado”— la dice sólo a la mujer, que es una pecadora. Y la dice porque ella logró llorar sus pecados, confesar sus pecados, decir: “Soy una pecadora”». Por el contrario, «no la dice a esa gente», que incluso «no era mala», sino porque estas personas «creían que no eran pecadoras».

He aquí entonces la enseñanza del Evangelio: «La salvación entra en el corazón solamente cuando abrimos el corazón en la verdad de nuestros pecados». Ciertamente, observó el obispo de Roma, «ninguno de nosotros irá a hacer el gesto que hizo esta mujer», pero todos nosotros tenemos la posibilidad de llorar, todos nosotros tenemos la posibilidad de abrirnos y decir: Señor, ¡sálvame!». También porque, afirmó, «a esa otra gente, en este pasaje del Evangelio, Jesús no dice nada. Pero en otro pasaje dirá esa terrible palabra: “¡Hipócritas, porque os habéis alejado de la realidad, de la verdad!”». Y de nuevo, refiriéndose al ejemplo de esa pecadora, dice: «Pensad bien, serán las prostitutas y los publicanos que os precederán en el reino de los cielos». Porque ellos —concluyó— «se sienten pecadores» y «abren su corazón en la confesión de los pecados, en el encuentro con Jesús, que dio su sangre por todos nosotros».

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 39, viernes 26 de septiembre de 2014

La identidad cristiana sólo se realiza plenamente en nosotros con la resurrección, que será «como un despertar». Por eso el Papa invitó a «estar con el Señor», a caminar con Él como discípulos, para que la resurrección comience ya, aquí y ahora. Pero «sin miedo a la transformación que tendrá nuestro cuerpo al final de nuestro itinerario cristiano».

Precisamente en la esencia de la resurrección, el Pontífice centró su homilía durante la misa celebrada el viernes 19 de septiembre, aprovechando la sugerencia del pasaje de la primera Carta de san Pablo a los Corintios (15, 12-20). El Apóstol, explicó enseguida, «debe hacer una corrección difícil en aquel tiempo: la de la resurrección». En efecto, «los cristianos creían que sí, que Cristo había resucitado, se había ido, había terminado su misión, nos ayuda desde el cielo, nos acompaña»; pero «no era tan clara la consecuencia conexas de que también nosotros resucitaremos».

En realidad «ellos pensaban de otro modo: sí, los muertos son justificados, no irán al infierno —muy hermoso—, pero irán un poco al cosmos, al aire, el alma ante Dios: solamente el alma». Pero «no comprendían la resurrección». «Hay una resistencia fuerte», observó el Papa, el mismo «Pedro, que había contemplado a Jesús en su gloria en el Tabor, la mañana de la resurrección fue corriendo al sepulcro», pensando que habían robado el cuerpo del Señor. Porque «no entraba en su cabeza una resurrección real»: su visión «teológica», explicó el Pontífice, «se detenía en el triunfo». Hasta tal punto que «el día de la ascensión dirán: Pero dime, Señor, ¿ahora será la liberación, el reino de Israel?».

En esencia, los discípulos no comprendían «la resurrección, ya sea de Jesús, ya sea de los cristianos». Al final, sólo aceptaron «la de Jesús, porque lo vieron, pero la de los cristianos no se entendía así».

Por lo demás, sucede lo mismo «cuando Pablo va a Atenas y comienza a hablar» de la resurrección: «los griegos sabios, filósofos, se asustan». La cuestión es que «la resurrección de Cristo es un prodigio, una cosa que quizá asuste; la resurrección de los cristianos, es un escándalo: no pueden comprenderla». Y «por eso Pablo hace este razonamiento tan claro: si Cristo ha resucitado, ¿cómo pueden decir algunos de vosotros que no hay resurrección de los muertos? Si Cristo ha resucitado, también los muertos resucitarán».

«Hay resistencia a la transformación —observó el Pontífice—, resistencia a que la obra del Espíritu, que recibimos en el Bautismo, nos transforme hasta el fin, hasta la resurrección». Y «cuando hablamos de esto, nuestro lenguaje dice: yo quiero ir al cielo, no quiero ir al infierno». Sin embargo, «nos detenemos allí». Y «ninguno de nosotros dice: yo resucitaré como Cristo». «También para nosotros —prosiguió el Pontífice— es difícil comprender esto». Es más fácil imaginar una especie de «panteísmo cósmico». Hay una «resistencia a ser transformados, que es la palabra que usa Pablo: “Seremos transformados. Nuestro cuerpo será transformado”». Pero, precisó, «con la resurrección todos nosotros seremos transformados».

«Este es el futuro que nos espera —reafirmó el Papa—, y esto nos lleva a poner tanta resistencia a la transformación de nuestro cuerpo», pero «también resistencia a la identidad cristiana». Y añadió: «Quizá no tengamos tanto miedo al apocalipsis del maligno, al anticristo que debe venir antes; quizá no tengamos tanto miedo». Sin embargo, tenemos «miedo a nuestra resurrección: todos seremos transformados». Y «esa transformación será el fin de nuestro itinerario cristiano».

«Esta tentación de no creer en la resurrección de los muertos —explicó el Papa— nació en la primera Iglesia. Pablo debe aclarar lo mismo a los tesalonicenses, y hablarles de ello una, dos veces». Y «al final, para consolarlos, para animarlos, dice una de las frases más llenas de esperanza que hay en el Nuevo Testamento: “Al final, seremos como Él”». Esta es nuestra «identidad cristiana: estar con el Señor». Una afirmación que, remarcó el Pontífice, no es ciertamente «una novedad». En efecto, «cuando Juan el Bautista señala a Jesús como el cordero de Dios y los dos discípulos se van con Él, dice el Evangelio: “Y ese día se quedaron con Él”».

«Nosotros resucitaremos para estar con el Señor y la resurrección comienza aquí, como discípulos, si estamos con el Señor, si caminamos con el Señor. Este es el camino hacia la resurrección. Y si estamos acostumbrados a estar con el Señor, este miedo a la transformación de nuestro cuerpo se aleja». Por eso no hay que «tener miedo a la identidad cristiana», que «no termina con un triunfo temporal, no termina con una hermosa misión». Porque «la identidad cristiana se realiza plenamente en la resurrección».

Por lo tanto, afirmó el Papa, «la identidad cristiana es una senda, es un camino donde se está con el Señor, como los dos discípulos que estuvieron con el Señor aquella tarde». Así, «también toda nuestra vida está llamada a estar con el Señor para quedarse, estar con el Señor, al final, después de la voz del arcángel, después del sonido de la trompeta». Al respecto, el Papa quiso recordar por último que el mismo san Pablo, en la Carta a los Tesalonicenses, «termina este razonamiento con esta frase: “Consolémonos con esta verdad”».

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 40, viernes 3 de octubre de 2014

La palabra de Dios no es «una historietita» para leer, sino una enseñanza que hay que escuchar con el corazón y poner en práctica en la vida diaria. Un compromiso accesible a todos, porque aunque «nosotros la hemos hecho algo difícil», la vida cristiana es «sencilla, sencilla». En efecto, «escuchar la palabra de Dios y ponerla en práctica» son las únicas dos «condiciones» que Jesús pide a quien quiere seguirlo.

En síntesis, para el Papa Francisco este es el significado de las lecturas propuestas por la liturgia del martes 23 de septiembre. Celebrando la misa en Santa Marta, el Pontífice meditó en particular sobre el pasaje de san Lucas (8, 19-21) que narra cuando la madre y los hermanos de Jesús no logran «acercarse a Él a causa de la multitud». Partiendo de la constatación de que Él pasaba la mayor parte de su tiempo «en la calle, con la gente», el obispo de Roma notó que entre los tantos que lo seguían había personas que percibían «en Él una autoridad nueva, un modo de hablar nuevo», percibían «la fuerza de la salvación» que ofrecía. «El Espíritu Santo —comentó al respecto— tocaba sus corazones para ello».

Pero confundida entre la multitud, observó el Papa, también había gente que seguía a Jesús con otra finalidad. Algunos, «por conveniencia», otros, quizá, por el «deseo de ser más buenos». Un poco «como nosotros», dijo actualizando el discurso, que «tantas veces buscamos a Jesús porque tenemos necesidad de algo, y después lo olvidamos allí, solo». Una historia que se repite, visto que ya entonces Jesús reprochaba a veces a quien lo seguía. Es lo que sucede, por ejemplo, después de la multiplicación de los panes, cuando dice a la gente: «Venís a mí no para escuchar la palabra de Dios, sino porque el otro día os di de comer»; o con los diez leprosos, de los cuales solamente uno vuelve para darle gracias, mientras que «los otros nueve eran felices por su salud y se olvidaron de Jesús».

No obstante todo, afirmó el Papa, «Jesús seguía hablando a la gente» y amándola, hasta tal punto que define a «esa multitud inmensa “mi madre y mis hermanos”». Los familiares de Jesús son, pues, «los que escuchan la palabra de Dios» y «la ponen en práctica». Por eso hemos rezado en el salmo: “Guíame, Señor, por la senda de tus mandatos”, de tu palabra, de tus mandamientos, para practicarlos».

Pero si sólo echamos un vistazo al Evangelio —aclaró el Pontífice—, entonces

«esto no es escuchar la palabra de Dios: esto es leer la palabra de Dios como se puede leer una historieta». Mientras que escuchar la palabra de Dios «es leer» y preguntarse: «¿Qué dice esto a mi corazón? ¿Qué me está diciendo Dios con esta palabra». En efecto, sólo así «nuestra vida cambia». Y esto se produce «cada vez que abrimos el Evangelio y leemos un pasaje y nos preguntamos: “¿Dios me habla con esto, me dice algo a mí? Y si me dice algo, ¿qué me dice?”».

Esto significa «escuchar la palabra de Dios, escucharla con los oídos y escucharla con el corazón, abrir el corazón a la palabra de Dios». Al contrario, «los enemigos de Jesús escuchaban la palabra de Jesús, pero estaban cerca de Él para encontrar un error, para hacerlo tropezar» y hacerle perder «autoridad. Pero no se preguntaban nunca: “¿Qué me dice Dios a mí con esta palabra?”».

Además, añadió el Pontífice, «Dios no sólo habla a todos, sino también a cada uno de nosotros. El Evangelio se escribió para cada uno de nosotros. Y cuando tomo la Biblia, tomo el Evangelio y leo, debo preguntarme qué me dice el Señor a mí». Por otra parte, «esto es lo que Jesús dice que hacen sus verdaderos parientes, sus verdaderos hermanos: escuchar con el corazón la palabra de Dios. Y luego, dice, “la ponen en práctica”».

Ciertamente, reconoció el Papa Francisco, «es más fácil vivir tranquilamente, sin preocuparse por las exigencias de la palabra de Dios». Pero «también este trabajo lo hizo el Padre por nosotros». En efecto, los mandamientos son precisamente «un modo de poner en práctica» la palabra del Señor. Y lo mismo vale para las bienaventuranzas. En ese pasaje, observó el Papa, «están todas las cosas que debemos hacer para poner en práctica la palabra de Dios». En fin, «están las obras de misericordia», también ellas indicadas en san Mateo, en el capítulo 25. Estos son ejemplos «de lo que quiere Jesús cuando nos pide “poner en práctica” la palabra».

En conclusión, el Pontífice recapituló su reflexión recordando que «muchas gente seguía a Jesús»: algunos «por la novedad», otros «porque tenían necesidad de oír una palabra de consuelo»; pero, en realidad, no eran tantos los que después ponían efectivamente «en práctica la palabra de Dios». Sin embargo, «el Señor hacía su obra porque es misericordioso y perdona a todos, llama a todos, espera a todos, porque es paciente».

También hoy, destacó el Papa, «muchas gente va a la iglesia para escuchar la palabra de Dios, pero quizá no comprenda al predicador cuando predica un poco difícil, o no quiere comprender. Porque también esto es verdad: muchas veces nuestro corazón no quiere comprender». Pero Jesús sigue acogiendo a todos, «incluso a los que van a escuchar la palabra de Dios y después lo traicionan», como Judas, que lo llamaba «amigo». El Señor, reafirmó el Papa, «siembra siempre su palabra», y a cambio «pide solamente un corazón abierto

para escucharla y buena voluntad para ponerla en práctica. Por eso, entonces, que la oración de hoy sea la del salmo: “Guíame, Señor, por la senda de tus mandatos”, es decir, por la senda de tu palabra, para que aprenda con tu guía a ponerla en práctica».

*25 de septiembre de 2014. **He deshojado la cebolla.***

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 40, viernes 3 de octubre de 2014

Por ahí hay muchos «cristianos que se pavonean», enfermos de vanidad, que «viven para ostentar y hacerse ver». Así, terminan transformando su vida en «una pompa de jabón», hermosa pero efímera, paseándose con mucho maquillaje y quizá también tratando de darse aires, agitando «cheques para las obras de la Iglesia» o recordando que son «parientes de tal obispo». Pero al comportarse así, viven una vida mentirosa, engañándose también a sí mismos. Al contrario, lo que cuenta es «la verdad, la realidad concreta del Evangelio». El Papa Francisco instó a los cristianos a considerar solamente su «vida con el Señor» y «sin anunciarlo a los cuatro vientos».

Durante la misa del 25 de septiembre en Santa Marta, comentó el pasaje del libro de Qohélet —«vanidad de vanidades» (1, 2-11)— propuesto por la liturgia del día, observando que no es «pesimista», como podría parecer, sino que nos dice «la verdad», o sea, que «todo pasa y si no tienes algo consistente, también tú pasarás, como todas las cosas».

El pasaje de la Escritura, explicó el Papa Francisco, «comienza con esa palabra clave: vanidad». En efecto, «la vida de una persona puede ser una vida fuerte, que hace muchas cosas buenas». Pero, por otra parte, «también existe la tentación» de convertirla en «una vida de vanidad, de vivir para las cosas que no tienen consistencia, que pasan». En esencia, la tentación es «vivir para ostentar, para hacerse ver: y esto no sólo entre los paganos, sino también entre las personas de fe, entre los cristianos».

En cambio, Jesús, afirmó el Pontífice, «reprochaba mucho a los vanidosos, a los que se jactaban». Así, «a los doctores de la Ley les decía que no debían pasearse por la plazas con vestidos lujosos: parecían príncipes». Y les reprochaba: «A vosotros os gusta esto, no la verdad». Y el Señor, que «reprochaba con fuerza», decía también a los vanidosos: «Cuando reces, por favor, no te hagas ver. No reces para que te vean rezar». Y también recomendaba no usar quién sabe que vestidos para rezar.

Pero, afirmó el Papa, el vanidoso se preocupa por pensar: «Doy este cheque

para las obras de la Iglesia», y así muestra el cheque. Y quizá «también engañe, por otra parte, a la Iglesia». A estas personas el Señor les dice expresamente: «Cuando ayunes, por favor, no te muestres melancólico, triste, para que todos se den cuenta de que estás ayunando. Ayuna con alegría. Haz penitencia con alegría», de manera «que nadie se dé cuenta». Lo esencial es solo «tu vida con el Señor». A propósito de esto, Francisco sugirió algunas preguntas que hay que hacerse a sí mismos: «¿Cómo rezas? ¿Cómo es tu vida respecto a las obras de misericordia? ¿Visitas a los enfermos?». En resumen, hay que ir al grano, ver «la realidad». Y «por eso Jesús nos dice que debemos construir nuestra casa, o sea, nuestra vida cristiana, sobre roca, sobre la verdad». En cambio, «los vanidosos construyen su casa sobre arena, y esa casa se cae, esa vida cristiana se cae, se derrumba, porque no es capaz de resistir a las tentaciones».

Hoy, recordó el Papa, «muchos cristianos viven para ostentar». Y «su vida parece una pompa de jabón», que «es hermosa, tiene todos los colores, pero dura un segundo y después» se termina. «Incluso cuando contemplamos algunos monumentos fúnebres —prosiguió—, pensamos que es vanidad, porque la verdad es volver a la tierra desnuda, como decía el siervo de Dios Pablo VI». Por lo demás, «nos espera la tierra desnuda, esta es nuestra verdad final». Pero, añadió el Pontífice, «mientras tanto, ¿alardeo o hago algo? ¿Hago el bien? ¿Busco a Dios? ¿Rezo?». Porque hay que tender a las «cosas consistentes». En cambio, «la vanidad es mentirosa, es fantasiosa, se engaña a sí misma, engaña al vanidoso: primero simula ser, pero al final cree que es lo que dice ser. Lo cree, ¡pobrecillo!».

Es precisamente lo que le sucedió al tetrarca Herodes (*Lc 9, 7-9*), explicó el Papa: «Cuando apareció Jesús, él se sintió conmovido. En su fantasía, pensaba: “Pero este, ¿será Juan, al que decapité? ¿Será otro?”». La reacción de Herodes nos demuestra que «la vanidad siembra una inquietud negativa, quita la paz». En síntesis, la vanidad «es como esas personas que se maquillan mucho y después tienen miedo de mojarse con la lluvia y que desaparezca todo el maquillaje». Por eso, «la vanidad no nos da paz: solamente la verdad nos da la paz».

Por tanto, recomendó, «pensemos hoy en los consejos de Jesús de edificar nuestra vida sobre roca. Él es la roca. La única roca es Jesús». Pero «pensemos en esta propuesta del diablo, del demonio, que también tentó a Jesús con la vanidad en el desierto», proponiéndole «ven conmigo, vayamos al pináculo del templo, organicemos el espectáculo: tú te arrojas y todos creerán en ti». En verdad, el diablo había servido a Jesús «la vanidad en bandeja». Por todas estas razones, afirmó el Pontífice, la vanidad «es una enfermedad espiritual muy grave». Es significativo, añadió, que «los Padres egipcios del desierto afirmaran que la vanidad es una tentación contra la que debemos

luchar durante toda la vida, porque siempre vuelve para quitarnos la verdad». Y «para que se comprendiera, decían: es como la cebolla, la tomas y comienzas a deshojarla. Y deshojas un poco de vanidad hoy, un poco de vanidad mañana», y se va adelante «toda la vida deshojando la vanidad para vencerla». Así, «al final estás contento: he quitado la vanidad, he deshojado la cebolla. Pero te queda el olor en la mano».

Francisco concluyó la meditación implorando «al Señor la gracia de no ser vanidoso», sino «de ser auténtico, con la verdad de la realidad y del Evangelio».

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 40, viernes 3 de octubre de 2014

El carné de identidad del cristiano debe coincidir en todo y para todo con la de Jesús. Y es la cruz lo que nos une y nos salva. Porque «si cada uno de nosotros no está dispuesto a morir con Jesús, para resucitar con Él, todavía no tiene una verdadera identidad cristiana». Es este el perfil esencial de todo creyente que trazó el Papa Francisco en la misa celebrada el viernes 26 de septiembre, por la mañana, en la capilla de la Casa Santa Marta.

Una reflexión, que surge de la pregunta de Jesús: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?», referida así por san Lucas en el pasaje del Evangelio (9, 18-22) propuesta por la liturgia. Jesús, observó enseguida el Papa Francisco, «protegía de una manera especial su verdadera identidad». Y dejaba que la gente dijera de Él: «Es un grande, nadie habla como Él, es un gran maestro, nos sana». Pero «cuando alguien se acerca a su verdadera identidad, lo detiene». Y es importante entender el por qué de esta actitud.

El obispo de Roma recordó que «ya desde el inicio, en las tentaciones del desierto, el diablo buscaba que Jesús confesara su verdadera identidad» diciéndole: «Si tú eres el justo, si tú eres el Hijo de Dios, ¡haz esto! ¡Muéstrame que eres tú!». Y luego «después de algunas curaciones o en algunos encuentros, los demonios que habían sido expulsados le gritaban» con las mismas palabras: «¡Tú eres el justo! ¡Tú eres el Hijo de Dios!». Pero Él, notó el Papa, «les hacía callar».

«El diablo —comentó al respecto— es inteligente, sabe más teología que todos los teólogos juntos». Y por lo tanto quería que Jesús confesara: «Yo soy el Mesías, yo vine a salvaros». Esta confesión, explicó, hubiera suscitado una «gran confusión en el pueblo», que habría pensado: «Este viene a salvarnos. Ahora formemos un ejército, expulsemos a los romanos: este nos dará la libertad, la felicidad».

En cambio, precisamente para que «la gente no se equivocara, Jesús protegía ese punto sobre su identidad». Él quería «proteger su identidad». Y luego «explica, comienza a dar la catequesis sobre la verdadera identidad». Y dice que «el Hijo del hombre, es decir, el Mesías, debe sufrir mucho, ser rechazado por los ancianos, por los jefes de los sacerdotes y los escribas; y ser matado y resucitar». Pero «ellos —puso en evidencia el Pontífice— no quieren entender y en san Mateo se ve cómo Pedro rechaza esto: No, ¡no, Señor!». Por eso con los discípulos el Señor «comienza a abrir el misterio de su propia identidad»

confiándoles: «Sí, yo soy el Hijo de Dios. Pero este es el camino: debo ir por este camino de sufrimiento».

Solamente «el Domingo de Ramos —afirmó el Papa— permite que la gente diga, más o menos, su identidad». Lo hace «sólo ahí, porque era el inicio del camino final». Y «Jesús hace esto para preparar los corazones de los discípulos, los corazones de la gente a entender este misterio de Dios: es tanto el amor de Dios, es tan feo el pecado que Él nos salva así, con esta identidad en la cruz».

Por lo demás, prosiguió el Papa Francisco, «no se puede entender a Jesucristo redentor sin la cruz». Y «podemos llegar hasta pensar que es un gran profeta, hace cosas buenas, es un santo. Pero el Cristo redentor sin la cruz no se le puede entender». Pero, explicó, «los corazones de los discípulos, los corazones de la gente no estaban preparados para entenderlo: no habían entendido las profecías, no habían entendido que Él precisamente era el cordero para el sacrificio». Sólo «ese día de Ramos» deja que la gente grite: «¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!». Y «si esta gente no grita —dice— gritarán las piedras!».

«La primera confesión de su identidad», afirmó el Pontífice, «fue hecha al final, después de la muerte». Ya «antes de la muerte, indirectamente, la hizo el buen ladrón»; pero «después de la muerte fue hecha la primera confesión: “¡verdaderamente este era el justo! ¡El *díkaios!*!”». Y quien dijo estas palabras, destacó, es «un pagano, el centurión».

El Papa observó que «la pedagogía de Jesús, también con nosotros, es así: paso a paso nos prepara para entenderlo bien». Y «también nos prepara para acompañarle con nuestras cruces en su camino hacia la redención». En la práctica «nos prepara a ser los cirineos para ayudarlo a llevar la cruz». De modo que «nuestra vida cristiana sin esto no es cristiana». Es solamente «una vida espiritual, buena». Y Jesús mismo se convierte sólo en «el gran profeta». La realidad es otra: Jesús nos salvó a todos haciéndonos seguir «el mismo camino» escogido por Él. Así «también debe ser protegida nuestra identidad de cristianos». Y no se debe caer en la tentación de «creer que ser cristianos es un mérito, es un camino espiritual de perfección: no es un mérito, es pura gracia». Es también «un camino de perfección», pero «que por sí solo no es suficiente». Porque, concluyó el Pontífice, «ser cristiano es la parte de Jesús en su propia identidad, en ese misterio de la muerte y de la resurrección».

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 40, viernes 3 de octubre de 2014

La lucha contra los planes astutos de destrucción y deshumanización perpetrados por el demonio —que «presenta las cosas como si fueran buenas» inventando hasta «explicaciones humanísticas»— es «una realidad cotidiana». Y si nos hacemos a un lado, «seremos derrotados». Pero tenemos la certeza de que no estamos solos en esta lucha, porque el Señor ha confiado a los arcángeles la tarea de defender al hombre. Y es precisamente el papel de Miguel, Gabriel y Rafael que el Papa Francisco recordó en la misa del lunes 29 de septiembre, en Santa Marta.

El Pontífice observó inmediatamente que «las dos lecturas que hemos escuchado —ya sea la del profeta Daniel (7, 9-10.13-14) ya sea la del Evangelio de san Juan (1, 47-51)— nos hablan de gloria: la gloria del cielo, la corte celestial, la adoración en el cielo». Por lo tanto, explicó, «existe la gloria» y «en medio a esta gloria está Jesucristo». Dice, en efecto, Daniel: «Seguí mirando. Y en mi visión nocturna vi venir una especie de hijo de hombre entre las nubes del cielo. A él se le dio poder, honor y reino. Y todos los pueblos, naciones y lenguas lo sirvieron». Aquí está entonces, dijo el Papa, «Jesucristo, ante el Padre, en la gloria del cielo».

Una realidad que la liturgia vuelve a proponer también en el Evangelio. Así, prosiguió el Papa, «a Natanael que se asombraba, Jesús le dice: Pero, has de ver cosas mayores. Veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del Hombre». Y «toma la imagen de la escalinata de Jacob: Jesús está en el centro de la gloria, Jesús es la gloria del Padre». Una gloria que, aclaró el obispo de Roma, «es promesa en Daniel, es promesa en Jesús. Pero también es promesa hecha en la eternidad».

El Pontífice hizo luego referencia a la «otra lectura» tomada del Apocalipsis (12, 7-12). También en ese texto, precisó, «se habla de gloria, pero como lucha».

Es «la lucha entre el demonio y Dios», explicó. Pero «esta lucha tiene lugar después de que Satanás buscara destruir a la mujer que está a punto de dar a luz al hijo». Porque, afirmó el Papa, «Satanás siempre busca destruir al hombre: ese hombre que Daniel veía ahí, en gloria, y que Jesús decía a Natanael que vendría en gloria». Y «desde el inicio la Biblia nos habla de esto: esta seducción para destruir de Satanás. Quizás por envidia». Y al respecto el Papa Francisco, haciendo referencia al salmo 8, destacó que «esa inteligencia

tan grande del ángel no podía soportar en sus hombros esta humillación, que una creatura inferior fuera hecha superior; y buscaba destruirla».

«La tarea del pueblo de Dios —explicó el Pontífice— es custodiar en sí mismo al hombre: el hombre Jesús. Custodiarlo, porque es el hombre que da vida a todos los hombres, a toda la humanidad». Y por su parte, «los ángeles luchan para hacer que el hombre venza».

En efecto, afirmó el Papa, «muchos proyectos, a excepción de los propios pecados, pero muchos, muchos proyectos de deshumanización del hombre son obra de él, simplemente porque odia al hombre». Satanás «es astuto: lo dice la primera página del Génesis. Es astuto, presenta las cosas como si fueran buenas. Pero su intención es la destrucción».

Ante esta obra de Satanás «los ángeles nos defienden». Es por eso que «la Iglesia honra a los ángeles, porque son ellos los que estarán en la gloria de Dios —están en la gloria de Dios— porque defienden el gran misterio escondido de Dios, es decir, que el Verbo vino en la carne». Precisamente «a Él le quieren destruir; y cuando no pueden destruir a la persona de Jesús buscan destruir a su pueblo; y cuando no pueden destruir al pueblo de Dios, inventan explicaciones humanísticas que van precisamente en contra del hombre, en contra de la humanidad y en contra de Dios».

He aquí por qué, dijo el Papa, «la lucha es una realidad cotidiana en la vida cristiana, en nuestro corazón, en nuestra vida, en nuestra familia, en nuestro pueblo, en nuestras iglesias».

Y también por eso, añadió, «el canto final del Apocalipsis, tras la lucha, es muy bello: “Ahora se ha establecido la salvación y el poder y el reinado de nuestro Dios, y la potestad de su Cristo; porque fue precipitado el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba ante nuestro Dios día y noche”». El objetivo era por eso la destrucción y, por consiguiente, en el Apocalipsis está este «canto de victoria».

Al recordar precisamente la fiesta de los arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael, el Papa ratificó cómo este es un día particularmente apropiado para dirigirse a ellos. Y también «para recitar esa oración antigua pero tan hermosa del arcángel Miguel, para que siga luchando y defendiendo el misterio más grande de la humanidad: que el Verbo se hizo hombre, murió y resucitó». Porque «este es nuestro tesoro». Y al arcángel Miguel, concluyó el Papa, le pedimos que continúe «luchando para custodiarlo».

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 40, viernes 3 de octubre de 2014

La «oración de la Iglesia» por los numerosos «Jesús sufrientes» que «están por doquier», incluso en el mundo actual. La pidió el Papa Francisco durante la misa del 30 de septiembre, por la mañana, en Santa Marta, elevándola sobre todo por «aquellos hermanos nuestros que, por ser cristianos, son echados de sus casas y se quedan sin nada», por los ancianos dejados a un lado y por los enfermos solos en los hospitales: en definitiva, por todas las personas que viven «momentos oscuros».

El Pontífice partió del libro de Job (3, 1-3.11-17.20-23), que presenta «una oración algo especial. La misma Biblia dice que es una maldición», explicó. En efecto, «Job abrió por fin la boca y maldijo su día», quejándose «de lo le había sucedido» con estas palabras: «Muera el día que nací. ¿Por qué al salir del vientre no morí o perecí al salir de las entrañas? Ahora descansaría tranquilo, ahora, dormiría descansado. Como aborto enterrado no existiría, igual que criatura que no llega a ver la luz».

Al respecto, el obispo de Roma observó que «Job, hombre rico, hombre justo, que adoraba verdaderamente a Dios y caminaba por la senda de los mandamientos», dijo esas cosas después de haber «perdido todo. Y fue puesto a prueba: perdió a toda la familia, todos los bienes, la salud, y todo su cuerpo se convirtió en una plaga». En resumen, «en ese momento se le termina la paciencia y dice esas cosas. Son feas. Pero él estaba acostumbrado a decir la verdad, y esta es la verdad que siente en aquel momento».

Y lo mismo le sucede a Jeremías, en el capítulo 20: «Maldito el día en que nací». Palabras que nos llevan a preguntarnos: «¿Blasfema este hombre? Este hombre que está solo, así, ¿blasfema en esto? ¿Blasfema Jeremías? Jesús, cuando se queja —«Padre, ¿por qué me has abandonado?»—, ¿blasfema? El misterio es este».

El Pontífice confesó que en su experiencia pastoral tantas veces él mismo escucha a «personas que están viviendo situaciones difíciles, dolorosas, que han perdido tanto o se sienten solas y abandonadas y van a quejarse y hacen estas preguntas: ¿Por qué? Se rebelan contra Dios». Y su respuesta es: «Sigue rezando así, porque también esta es una oración». Como lo era la de Jesús, cuando le dijo al Padre: «¿Por qué me has abandonado?», y como la de Job. Porque «rezar es ponerse verdaderamente ante Dios. Se reza con la realidad. La verdadera oración viene del corazón, del momento que uno está viviendo».

Es precisamente «la oración en los momentos de oscuridad, en los momentos de la vida en los que no hay esperanza» y «no se ve el horizonte»; hasta tal punto que «tantas veces se pierde la memoria y no tenemos en qué anclar nuestra esperanza».

De ahí la actualidad de la palabra de Dios, porque también hoy «muchas gente se encuentra en la situación de Job. Tanta gente buena, como Job, no comprende qué le ha ocurrido. Tantos hermanos y hermanas que no tienen esperanza». E inmediatamente el pensamiento del Pontífice se dirigió «a las grandes tragedias», como la de los cristianos echados de sus casas y privados de todo, que se preguntan: «Señor, ¿acaso no he creído en ti? ¿Por qué?». «¿Por qué creer en ti es una maldición?». Lo mismo vale para «los ancianos dejados a un lado», para los enfermos, para la gente sola en los hospitales. En efecto, «por toda esta gente, por estos hermanos y hermanas nuestros, y también por nosotros cuando caminamos en la oscuridad, la Iglesia reza». Y haciéndolo, «toma sobre sí este dolor».

A estas personas se suman las que, aun «sin enfermedades, sin hambre, sin necesidades importantes», se encuentran con «un poco de oscuridad en el alma». Situaciones en las que «creemos ser mártires y dejamos de rezar», enojándonos con Dios, tanto que ya ni siquiera vamos a misa. Al contrario, el pasaje de la Escritura de hoy «nos enseña la sabiduría de la oración en la oscuridad, de la oración sin esperanza». Y el Papa citó el ejemplo de santa Teresita del Niño Jesús, que «en los últimos años de su vida trataba de pensar en el cielo» y «oía dentro de sí como una voz que le decía: No seas tonta, no fantasees. ¿Sabes qué te espera? La nada».

Por lo demás, todos nosotros «muchas veces pasamos por esta situación. Y tanta gente piensa que terminará en la nada». Pero santa Teresita se defendía de esta insidia: «rezaba y pedía fuerza para ir adelante, en la oscuridad. Esto se llama "entrar en paciencia"». Una virtud que hay que cultivar con la oración, porque —advirtió el obispo de Roma— «nuestra vida es muy fácil, nuestras quejas son quejas de teatro» si las comparamos con las «quejas de tanta gente, de tantos hermanos y hermanas que están en la oscuridad, que casi han perdido la memoria, la esperanza, que son exiliados hasta de sí mismos».

Al recordar que Jesús mismo recorrió «este camino: desde la tarde al monte de los Olivos, hasta las últimas palabras en la cruz: «Padre, ¿por qué me has abandonado?», el Papa elaboró dos pensamientos conclusivos «que pueden servirnos». El primero es una invitación a «prepararnos para cuando llegue la oscuridad: vendrá, quizá no como a Job, tan duramente, pero todos tendremos un tiempo de oscuridad». Por eso es preciso «preparar el corazón para ese momento». El segundo, en cambio, es una exhortación «a rezar, como reza la Iglesia, con la Iglesia, por tantos hermanos y hermanas que padecen el exilio

en sí mismos, en la oscuridad y en el sufrimiento, sin una esperanza al alcance de la mano».

**Homilías del Papa Francisco, en la Misa de la mañana en santa Marta.
Año 2014.**



*Textos tomados de: www.vatican.va
Compuestos por: alphonsus2002@googlemail.com*

Octubre.

- 2 de octubre de 2014. **Todos tenemos un ángel.**
- 3 de octubre de 2014. **Salvados a nuestro modo.**
- 7 de octubre de 2014. **Si se pierde la memoria.**
- 9 de octubre de 2014. **El «de más» de Dios.**
- 10 de octubre de 2014. **Corazones vigilantes.**
- 13 de octubre de 2014. **El Dios de las sorpresas.**
- 14 de octubre de 2014. **Apariencia y verdad.**
- 16 de octubre de 2014. **Como el incienso que se quema.**
- 17 de octubre de 2014. **Al inicio del cielo.**
- 21 de octubre de 2014. **Espera y esperanza.**
- 23 de octubre de 2014. **Horizonte infinito.**
- 24 de octubre de 2014. **La piedra y los ladrillos.**
- 27 de octubre de 2014. **Cristianos de color gris.**
- 28 de octubre de 2014. **Católicos pero no demasiado.**
- 30 de octubre de 2014. **Una lucha bellísima.**
- 31 de octubre de 2014. **La ley y la carne.**

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 41, viernes 10 de octubre de 2014

Todos tenemos un ángel siempre al lado, que jamás nos deja solos, y nos ayuda a no errar el camino. Y si somos como niños lograremos evitar la tentación de bastarnos a nosotros mismos, que desemboca en la soberbia y también en el carrerismo exacerbado. Es precisamente el papel decisivo de los ángeles custodios en la vida de los cristianos lo que el Papa Francisco recordó, el día de la fiesta litúrgica, durante la misa celebrada el jueves 2 de octubre en Santa Marta.

Son dos las imágenes —el ángel y el niño— que, evidenció inmediatamente el Papa, «la Iglesia nos hace ver en la liturgia de hoy». El libro del Éxodo (23, 20-23a), especialmente, nos propone «la imagen del ángel», que «el Señor da a su pueblo para ayudarlo en su camino». Se lee en efecto: «Voy a enviarte un ángel por delante, para que te cuide en el camino y te lleve al lugar que he preparado». Por lo tanto, comentó, «la vida es un camino, nuestra vida es un camino que termina en ese lugar que el Señor nos ha preparado».

Pero, observó, «nadie camina solo: ¡nadie!». Porque «nadie puede caminar por sí solo». Y «si uno de nosotros creyese que puede caminar solo, se equivocaría mucho» y «caería en ese error, tan feo, que es la soberbia: creer ser grande». Terminando por tener esa actitud de «suficiencia» que le lleva a decirse así mismo: «Yo puedo, yo lo hago» solo.

Sin embargo, el Señor da una clara indicación a su pueblo: «Ve, harás lo que yo te diga. Seguirás tu vida, pero te daré una ayuda que te recordará continuamente lo que debes hacer». Y así «dice a su pueblo cómo debe ser la actitud con el ángel». La primera recomendación es: «Respetar su presencia». Y luego: «Escucha su voz y no te rebeles». Por ello, además de «respetar» se debe también saber «escuchar» y «no rebelarse».

En el fondo, explicó el Papa, «es esa actitud dócil, pero no precisamente, de la obediencia hacia al padre, que es justo la obediencia del hijo». Se trata en esencia de «esa obediencia de la sabiduría, esa obediencia de escuchar los consejos y elegir lo mejor según los consejos». Y se necesita, añadió, «tener el corazón abierto para pedir y escuchar consejos».

El pasaje del Evangelio de san Mateo (18, 1-5.10) propone en cambio la segunda imagen, la del niño. «Los discípulos —dijo el obispo de Roma comentando el pasaje— discutían sobre quién era el más grande entre ellos. Había una disputa interna: el carrerismo. Estos que son los primeros obispos tenían esta tentación del carrerismo» y decían entre ellos: «¡Yo quiero llegar a

ser más grande que tú!». Al respecto el Papa señaló: «No es un buen ejemplo que los primeros obispos hayan hecho esto, pero es la realidad».

Por su parte «Jesús les enseña la verdadera actitud»: llama a un niño, lo pone en medio de ellos —refiere san Mateo— y haciendo así indica explícitamente «la docilidad, la necesidad de consejo, la necesidad de ayuda, porque el niño es precisamente el símbolo de quien necesita ayuda, de docilidad para ir adelante».

«Este es el camino», afirmó el Pontífice, y no el de determinar «quién es el más grande». En realidad, confirmó repitiendo las palabras de Jesús, «será el más grande» aquel que llegue a ser como un niño. Y aquí el Señor «hace ese vínculo misterioso que no se puede explicar, pero es verdad». Dice en efecto: «Cuidado con despreciar a uno de estos niños pequeños, porque os digo que sus ángeles están viendo siempre en los cielos el rostro de mi Padre celestial». En concreto, sugirió el Pontífice, «es como si dijera: si vosotros tenéis esa actitud de docilidad, esa actitud de estar y escuchar los consejos, de corazón abierto, de no querer ser el más grande, esa actitud de no querer caminar solo el camino de la vida, estaréis más cerca a la actitud de un niño y más cercano a la contemplación del Padre».

«Todos nosotros según la tradición de la Iglesia —explicó de nuevo el Papa— tenemos un ángel con nosotros, que nos protege, nos hace oír las cosas». Por lo demás, dijo, «cuántas veces hemos escuchado: “Pero, esto... debería hacer así... esto no está bien... ¡ten cuidado!”». Es precisamente «la voz de este compañero nuestro de viaje». Y podemos estar «seguros que él nos llevará al final de nuestra vida con sus consejos». Por eso se necesita «escuchar su voz, no rebelarnos». Sin embargo, «la rebelión, las ganas de ser independiente, es algo que todos tenemos: es la misma soberbia, la que tuvo nuestro padre Adán en el paraíso terrestre». De aquí la invitación del Papa a cada uno: «¡No te rebeles, sigue sus consejos!».

En realidad, confirmó el Pontífice, «nadie camina solo y nadie de nosotros puede pensar que está solo: está siempre este compañero». Ciertamente, sucede que «cuando no queremos escuchar su consejo, escuchar su voz, le decimos: “¡Bah desaparece!”». Pero «poner de patitas en la calle al compañero de camino es peligroso, porque ningún hombre, ninguna mujer puede aconsejarse a sí mismo: yo puedo aconsejar a otro, pero no aconsejarme a mí mismo». En efecto, recordó el Papa, «Está el Espíritu Santo que me aconseja, está el ángel que me aconseja» y por eso lo «necesitamos».

El Papa invitó a no considerar «esta doctrina de los ángeles algo fantasiosa». Se trata, por el contrario, de una «realidad». Es «lo que Jesús, lo que Dios dijo: Voy enviarte un ángel por delante, para que te cuide, para que te acompañe en el camino, para que no te equivoques».

Al concluir el Papa Francisco propuso una serie de preguntas para que cada

uno pueda hacer un examen de conciencia consigo mismo: «¿Cómo es mi relación con mi ángel custodio? ¿Lo escucho? ¿Le doy los buenos días en la mañana? ¿Le digo que me proteja durante el sueño? ¿Hablo con él? ¿le pido consejo? ¿Está a mi lado?». A estas preguntas, dijo, «podemos responder hoy»: cada uno de nosotros puede hacerlo para comprobar «cómo es la relación con este ángel que el Señor ha enviado para protegerme y acompañarme en el camino, y que ve siempre el rostro del Padre que está en el cielo».

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 41, viernes 10 de octubre de 2014

El hombre vive «dentro de sí el drama de no aceptar la salvación de Dios», porque querría «salvarse a su modo». Y Jesús llega incluso a llorar por esta «resistencia» del hombre, volviendo a proponer siempre su misericordia y su perdón. En suma, no podemos decir precisamente «Sálvanos, Señor, pero a nuestro modo», afirmó el Papa Francisco en la misa celebrada el viernes 3 de octubre en la capilla de la Casa Santa Marta.

En el pasaje del Evangelio propuesto por la liturgia, Lucas (10, 13-16) presenta a Jesús que «parece algo enojado». Y «habla a esta gente para hacerla razonar», diciendo: «Si en las ciudades paganas se hubieran hecho los milagros que se hicieron entre vosotros, se habrían convertido, vestidos de sayal y sentados en la ceniza. Y vosotros, no». Así, Jesús hace «precisamente un resumen de toda la historia de la salvación: es el drama de no querer ser salvados; es el drama de no aceptar la salvación de Dios». Es como si dijéramos: «Sálvanos, Señor, pero a nuestro modo».

Jesús mismo recuerda muchas veces «cómo este pueblo rechazó a los profetas y apedreó a quienes le enviaron, porque eran incómodos». El pensamiento es siempre el mismo: «Queremos la salvación, pero como nosotros la queremos. No como la quiere el Señor».

El Pontífice precisó que estamos ante el «drama de la resistencia a ser salvados». Se trata de «una herencia que todos hemos recibido», porque «también en nuestro corazón está esta semilla de resistencia a ser salvados como el Señor quiere salvarnos».

El contexto del pasaje evangélico de Lucas presenta a Jesús que «habla con sus discípulos que acaban de volver de una misión». Y también a ellos les dice: «Quien a vosotros escucha, a mí me escucha; quien a vosotros rechaza, a mí me rechaza; y quien me rechaza a mí, rechaza al que me ha enviado. Lo mismo hicieron vuestros padres con los profetas». De nuevo es el pensamiento de querer «salvarnos» a nuestro modo. Ciertamente, «el Señor nos salva en nuestra libertad», precisó el Papa, pero añadió que «no queremos salvarnos en la libertad, sino en nuestra autonomía: nosotros establecemos las reglas».

El obispo de Roma observó que precisamente «este es el drama de la historia de la salvación, desde el primer momento». Es, ante todo, «un drama del pueblo», porque «el pueblo, por ejemplo, se rebela muchas veces en el desierto». Comoquiera que sea, añadió, «con las pruebas el pueblo madura: es

más maduro». Y así «reconoce en Jesús a un gran profeta y también dice: Dios ha visitado a su pueblo».

Al contrario, prosiguió, «es precisamente la clase dirigente la que cierra las puertas al modo como Jesús quiere salvarnos». En este sentido, «se comprenden los diálogos fuertes de Jesús con la clase dirigente de su tiempo: discuten con él, lo ponen a prueba, tratan de hacerlo caer en un trampa», porque en ellos hay precisamente «una resistencia a ser salvados».

Ante esta actitud, Jesús les dice: «No os entiendo. Sois como esos niños: os hemos tocado la flauta y no habéis bailado, os hemos cantado lamentaciones, y no habéis llorado. ¿Qué queréis?». La respuesta sigue siendo: «Queremos la salvación a nuestro modo». Por tanto, vuelve «siempre esta cerrazón» ante el modo de obrar de Dios.

Pero «cuando el Señor va adelante —recordó el Papa—, también en el grupo cercano a ellos comienzan las dudas». Lo refiere Juan en el sexto capítulo de su Evangelio, expresando la opinión de cuantos hablan de Jesús: «Este hombre es algo extraño, ¿cómo puede darnos de comer su cuerpo? Sí, quizá sea algo extraño». Probablemente alguien decía estas cosas, afirmó Francisco, e incluso «sus discípulos comenzaron a echarse atrás». Así, «Jesús mira a los Doce» y les dice: «Si también vosotros queréis marcharos...».

El Pontífice dijo que sin duda alguna «esta palabra es dura: la palabra de la cruz es siempre dura». Pero también es «la única puerta de salvación». Y «el pueblo creyente la acepta: buscaba a Jesús para curarse» y «para escuchar su palabra». En efecto, decía: «Este habla con autoridad. No como nuestra clase, los fariseos, los doctores de la Ley, los saduceos, que hablan con un lenguaje que nadie entendía». Para estos, la salvación estaba en el cumplimiento de los numerosísimos preceptos «que su fiebre intelectual y teológica había creado». Pero «el pobre pueblo no encontraba una salida de salvación». La encuentra, en cambio, en Jesús.

Sin embargo, al final, afirmó el Papa, «hicieron lo mismo que sus padres: decidieron matar a Jesús». El Señor critica este modo de comportarse: «Vuestros padres mataron a los profetas, pero vosotros, para limpiaros la conciencia, les construís un hermoso monumento». Por eso «toman la decisión de matar a Jesús, es decir, de quitárselo de encima», porque, dicen, «este hombre nos traerá problemas: esta salvación no la queremos. Queremos una salvación bien disciplinada, segura. Esta no la queremos». En consecuencia, «también deciden matar a Lázaro, porque es testigo de lo que lleva Jesús: la vida», en cuanto «resucitó de entre los muertos».

«Con esta decisión, la clase dirigente cancela la omnipotencia de Dios», comentó el obispo de Roma, recordando que «hoy, en la oración, al comienzo de la misa, hemos alabado muy bien la omnipotencia de Dios: "Señor, que revelas tu omnipotencia, principalmente en la misericordia y en el perdón"». El

«drama de la resistencia a la salvación» lleva a no creer «en la misericordia y en el perdón», sino en los sacrificios. E impulsa a querer «todo bien ordenado, todo claro».

El Papa Francisco recordó que es «un drama» que «también cada uno de nosotros tiene dentro». Por eso sugirió algunas preguntas con vistas a un examen de conciencia: «¿Cómo quiero yo ser salvado? ¿A mi modo? ¿Al modo de una espiritualidad que es buena, que me hace bien, pero que está fija, tiene todo claro y no hay riesgo? ¿O al modo divino, es decir, siguiendo el camino de Jesús, que siempre nos sorprende, que siempre nos abre las puertas al misterio de la omnipotencia de Dios, que es la misericordia y el perdón?». Jesús, afirmó el Pontífice, «cuando ve este drama de la resistencia, incluso cuando ve la nuestra, llora». «Lloró ante la tumba de Lázaro, lloró contemplando a Jerusalén», y dijo: «Tú que matas a los profetas y apedreas a quienes te han sido enviados, ¿cuántas veces intenté reunir a tus hijos como la gallina reúne a sus polluelos bajo las alas?». Y también llora «ante este drama de no aceptar su salvación, como la quiere el Padre».

Por tanto, el Papa Francisco propuso «pensar que este drama está en nuestro corazón», insistiendo en que cada uno de nosotros se pregunte a sí mismo: «¿Cómo pienso que es el camino de mi salvación? ¿El de Jesús u otro? ¿Soy libre de aceptar la salvación o confundo libertad con autonomía, y quiero mi salvación, la que yo creo que es justa? ¿Creo que Jesús es el maestro que enseña la salvación, o voy por doquier siguiendo a gurús que me enseñan otra? ¿Un camino más seguro, o me refugio bajo el techo de las reglas y de los tantos preceptos dados por los hombres? ¿Y así me siento seguro, y con esta seguridad —es algo duro decir esto— compro mi salvación, que Jesús da gratuitamente, con la gratuidad de Dios?».

Todas estas preguntas, que «nos hace bien formularnos hoy», culminan en la última pregunta del Papa: «¿Resisto a la salvación de Jesús?».

7 de octubre de 2014. Si se pierde la memoria.

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 41, viernes 10 de octubre de 2014

¿Qué significa rezar? «Es hacer memoria de nuestra historia ante Dios. Porque nuestra historia» es «la historia de su amor por nosotros». En la misa celebrada el martes 7 de octubre por la mañana, en Santa Marta, el Papa Francisco eligió como hilo conductor de su homilía precisamente el de «hacer memoria».

Introduciendo la reflexión, explicó ante todo que la Biblia recuerda muchas veces «que el Señor eligió a su pueblo y lo acompañó a lo largo del camino en el desierto durante toda la vida». En la práctica, «estuvo cerca de él», habiéndolo elegido y habiéndole prometido «llevarlo a una tierra de alegría, de felicidad»; caminó con este pueblo y selló con él una alianza.

Además, todo lo que «hizo con su pueblo —añadió el Pontífice actualizando el discurso—, lo ha hecho y lo hace con cada uno de nosotros». En efecto, prosiguió, «nosotros hemos sido elegidos». Y es tan evidente que se trata de «una gracia», que bastaría preguntarse: «¿Por qué yo soy cristiano y no lo es ese, lejano, que jamás ha oído hablar de Jesús?». Es «una gracia de amor», remarcó el Papa, recordando que el Señor «camina con nosotros por el camino de la vida», está a nuestro «lado», habiéndonos «prometido la alegría» y «habiendo establecido con nosotros una alianza».

De ahí la invitación a «hacer memoria de esta realidad» en la oración diaria. Una memoria que no debe ser abstracta, sino hecha «en su concreción», como hace san Pablo en la primera lectura de la liturgia (*Gálatas* 1, 13-24), cuando dice: «Hermanos: habéis oído hablar de mi pasada conducta en el judaísmo: con qué saña perseguía a la Iglesia de Dios y la asolaba».

A propósito de esto, el Papa observó que el Apóstol no «comienza su presentación» diciendo: «Soy bueno, soy hijo de este, tengo cierta nobleza...». Al contrario, se presenta como es: «Fui un perseguidor, fui malo». Y de este modo «Pablo hace memoria de su camino, y así empieza a hacer memoria del principio», como testimonian sus palabras: «Dios me eligió desde el seno de mi madre y me llamó por su gracia...». El obispo de Roma aclaró que lo mismo vale para nosotros que «somos cristianos», para «cada uno de nosotros, porque Él nos ha elegido, y la elección es suya. No es nuestra. Es por gracia, es un regalo».

Para el Papa Francisco la invitación a «hacer memoria» nace de la constatación de que esta actitud es una «costumbre no muy común entre nosotros. Olvidamos las cosas, vivimos el momento, y después olvidamos la historia».

Al contrario, destacó, «cada uno de nosotros tiene una historia: una historia de gracia, una historia de pecado, una historia de camino». Por eso «hace bien rezar con nuestra historia». Precisamente como «hace Pablo, que cuenta una parte de su historia» diciendo: «Él me eligió, me llamó, me salvó. Fue mi compañero de camino». A tal punto que también la gente que conocía su vida repetía las mismas palabras: «Aquel que una vez nos perseguía, ahora va anunciando la fe que en otro tiempo quería destruir». Por tanto, «hacer memoria de la propia vida es dar gloria a Dios». Y también «hacer memoria de nuestros pecados, de los que el Señor nos ha salvado, es dar gloria a Dios». Por lo demás, Pablo también «dice que sólo se enorgullece de dos cosas: de sus pecados y de la gracia de Dios Crucificado, de su gracia». En resumen, el Apóstol «hacía memoria de sus pecados», enorgulleciéndose de haber sido pecador, precisamente porque Cristo crucificado lo había salvado. El Papa afirmó que «esta era la memoria de Pablo». Y «esta es la memoria que el mismo Jesús nos invita a hacer».

Basta pensar en lo que el Señor le dice a Marta: «Andas inquieta y preocupada con muchas cosas; sólo una es necesaria», mientras que «María eligió la parte mejor». ¿Cuál? «Escuchar al Señor y hacer memoria». Por eso «no se puede rezar cada día como si no tuviéramos historia. Cada uno de nosotros tiene la suya. Y con esta historia en el corazón vamos a rezar». En este caso, el modelo es María, aunque nos parecemos más a Marta, puesto que, como ella, «muchas veces nos distraen los trabajos, la jornada, hacer las cosas que debemos hacer», y terminamos por olvidar nuestra historia.

El Papa Francisco recordó que la historia de «nuestra relación con Dios no comienza el día del bautismo: allí se sella». En realidad, empieza «cuando Dios, desde la eternidad, nos mira y nos elige». En síntesis, es una historia que «inicia en el corazón de Dios». Así pues, rezar significa «hacer memoria de la elección que Dios hizo de nosotros; hacer memoria de nuestro camino de alianza». Significa preguntarse si «se ha respetado esta alianza» o no. Y, dado que fundamentalmente «somos pecadores», rezar quiere decir sobre todo «hacer memoria de la promesa que Dios» nos hace y que «jamás defrauda», la promesa «que es nuestra esperanza».

En conclusión, el Papa Francisco destacó que «esta es la verdadera oración», sugiriendo que «humildemente» podríamos «comenzar nuestra oración con el hermoso salmo 138», que se ha proclamado durante la liturgia de la Palabra: «Señor: Tú me sondeas y me conoces. Me conoces cuando me siento o me levanto, de lejos penetras mis pensamientos, distingues mi camino y mi descanso, todas mis sendas te son familiares. Tú has creado mis entrañas, me has tejido en el seno materno. Te doy gracias porque me has plasmado portentosamente». Porque —comentó— «esto es rezar».

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 42, viernes 17 de octubre de 2014

«Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá, porque todo el que pide recibe, y el que busca halla, y al que llama se le abre». Partiendo del pasaje evangélico de san Lucas (11, 9-10), en la misa celebrada en Santa Marta el jueves 9 de octubre, el Papa Francisco volvió a meditar sobre el tema de la oración, deteniéndose en la condición del hombre que pide y el amor de Dios que responde y da sobreabundantemente.

Tras recordar el texto de la oración colecta pronunciada antes de la liturgia de la palabra —«Dios todopoderoso y eterno, que con amor generoso desbordas los méritos y deseos de los que te suplican; derrama sobre nosotros tu misericordia, para que libres nuestra conciencia de toda inquietud y nos concedas aun aquello que no nos atrevemos a pedir»— el Pontífice inició su reflexión resaltando que «es propio de la misericordia de Dios no sólo perdonar —eso todos lo sabemos— sino ser generoso y dar más y más...». Deteniéndose en particular en la invocación «y nos concedas aun aquello que no nos atrevemos a pedir», el Papa Francisco destacó: «Nosotros quizá en la oración pedimos esto y esto, y ¡Él nos da más siempre! Siempre, siempre de más». Retomando posteriormente la idea del pasaje evangélico, el Papa recordó cómo, algún versículo antes del pasaje propuesto por la liturgia, los apóstoles le habían pedido a Jesús que les enseñase a rezar como Juan había enseñado a sus discípulos. «Y el Señor —dijo— les enseñó el Padrenuestro». Después el Evangelio comienza a hablar de la «generosidad de Dios», de la «misericordia que da siempre *de más*, más de aquello que nosotros creemos que se pueda hacer».

El Papa Francisco entró en el corazón del texto: «Si uno de vosotros tiene un amigo, a medianoche... Hay tres palabras, tres palabras clave en este pasaje: el amigo, el Padre y el regalo». Es la ocasión para unirse a la experiencia cotidiana de cada persona: en nuestra vida, dijo el Pontífice, hay amigos de oro, «que dan la vida por el amigo», y hay también otros más o menos buenos, pero algunos son amigos de manera más profunda. No hay muchísimos: «La Biblia dice “uno, dos o tres... no más”. Los demás son amigos, pero no como estos».

Siguiendo la pauta del pasaje de Lucas, el Papa prosiguió: «Yo voy a su casa y pido, pido, y al final se siente molesto por la importunación; se levanta y da lo que el amigo le pide». Precisamente «el vínculo de amistad hace que se nos dé lo que pedimos». Pero, explicó, «Jesús se adelanta y habla del Padre»,

haciendo estas preguntas a sus oyentes: «¿Qué padre entre vosotros, si su hijo le pide un pez, le dará una serpiente en lugar del pez? ¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión?». De aquí la sucesiva certeza: «Si vosotros, pues, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo piden?». Esto significa que «no sólo el amigo que nos acompaña en el camino de la vida nos ayuda y nos da lo que nosotros pedimos; también el Padre del cielo, este Padre que nos ama tanto», hasta preocuparse —dice Jesús— por dar de comer a los pajarillos del cielo.

De este modo el Señor, hizo notar el Papa Francisco, «quiere despertar la confianza en la oración». Y citando de nuevo el Evangelio de san Lucas —«Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá, porque todo el que pide recibe, y el que busca halla, y al que llama se le abre» (11, 9-10)— el Pontífice explicó: «esta es la oración: pedir, buscar el cómo y tocar a la puerta del corazón de Dios, el amigo que nos acompaña, el Padre» que ama a todas sus creaturas.

Al final del pasaje, puso de relieve el Papa, hay una frase que «parece un poco críptica: «Si vosotros, pues, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo piden? ¡Sí! Dará el Espíritu Santo a los que se lo piden». Precisamente «este es el regalo, este es el *de más* de Dios». Porque el Padre, destacó, «jamás te da un regalo, lo que le pides, así, sin envolverlo bien, sin algo más que lo haga más bello». Y «lo que el Señor, el Padre nos da *de más*, es el Espíritu: el verdadero don del Padre es lo que la oración no se atreve a esperar». El hombre toca a la puerta de Dios con la oración para pedir una gracia. Y «Él que es el Padre, me da ese *de más*: el regalo, el Espíritu Santo». Es esta, resaltó el Papa, la dinámica de la oración, que «se hace con el amigo, que es el compañero de camino de la vida, se hace con el Padre y se hace en el Espíritu Santo». El amigo verdadero es Jesús: es Él, en efecto, «quien nos acompaña y enseña a rezar. Y nuestra oración debe ser así, trinitaria». Se trata de un relieve importante para el Papa Francisco quien, al concluir, recordó un típico diálogo que tuvo muchas veces con los fieles: «Pero ¿usted cree? Sí, sí. ¿En qué cree? ¡En Dios! Pero, ¿quién es Dios para usted? ¡Dios, Dios!». Un concepto un tanto general, abstracto, que para el obispo de Roma no corresponde a la realidad. Porque, afirmó, «existe el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo: son personas, no son una idea en el aire». En resumen, precisó, «este Dios spray no existe: ¡existen personas!».

Este es en síntesis el mensaje final del Pontífice: «Jesús es el compañero de camino que nos da lo que pedimos; el Padre que se preocupa de nosotros y nos ama; y el Espíritu Santo que es el regalo, es ese *de más* que da el Padre, lo que nuestra consciencia no se atreve a pedir».

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 42, viernes 17 de octubre de 2014

¿Custodiamos bien nuestro corazón? ¿Lo custodiamos ante los continuos intentos del demonio de entrar en él y hacer allí su morada? Lo preguntó el Papa Francisco durante la misa celebrada en Santa Marta el viernes 10 de octubre por la mañana, al reflexionar sobre el pasaje litúrgico del evangelio de san Lucas (11, 15-26): «una historia triste», dijo, que comienza cuando Jesús expulsa a un demonio, «y termina en el momento en que los demonios vuelven al alma de la persona de la que habían sido expulsados».

Es una situación recurrente en la vida de todo hombre, porque, recordó el Pontífice citando el pasaje de san Lucas, «cuando el espíritu impuro sale del hombre, vaga por lugares desiertos buscando alivio, y al no encontrarlo, se dice a sí mismo: volveré a mi casa». Por eso el demonio, cuando encuentra el alma en paz, «va y toma otros siete espíritus peores que él, entran en ella y hacen su morada». Y así, «la condición sucesiva de ese hombre llega a ser peor que antes».

En efecto, explicó el obispo de Roma, el demonio no se descorazona jamás, «tiene paciencia» y vuelve continuamente, incluso «hasta el final de la vida», porque él «no deja lo que quiere para sí».

También Jesús experimentó esta realidad: en el evangelio de san Lucas se lee que «después de las tentaciones en el desierto», el demonio lo dejó en paz por un período, pero que luego «volvía continuamente». Y los demonios «le tendían trampas» hasta el final, hasta la Pasión, «hasta la Cruz», diciéndole: «Si eres Hijo de Dios... ven, ven con nosotros, así podremos creer». El Papa Francisco explicó que es lo que nos sucede también a nosotros cuando alguien nos tienta preguntándonos: «Pero, ¿tú eres capaz?». Por ello «Jesús habla de un hombre fuerte, bien armado, que monta la guardia de su palacio, monta la guardia de su casa», porque el corazón de cada uno de nosotros es como una casa. Y entonces, se preguntó el Pontífice, «¿monto la guardia de mi corazón?».

En efecto, es preciso «custodiar este tesoro en el que habita el Espíritu Santo, para que no entren otros espíritus». Y es necesario hacerlo «como se custodia una casa, con la llave». Por lo demás, dijo el Papa, en nuestras casas utilizamos «muchos medios de seguridad» para defendernos de los ladrones. ¿Hacemos lo mismo con nuestro corazón? ¿O dejamos «la puerta abierta»? Es necesario «vigilar», recomendó el Papa Francisco, porque el demonio, si bien

«fue expulsado con el Bautismo, va a buscar a otros siete demonios peores que él y vuelve».

Por eso es necesaria una atención continua. Es indispensable preguntarse siempre: «¿Qué sucede allí», dentro de nosotros? «Soy el centinela de mi corazón?». El Pontífice sugirió que aprendamos de nuestra vida diaria: «¿Quién de nosotros, cuando está en casa, ya sea en la cocina, ya sea en el despacho, donde sea, y ve pasar a una persona que no conoce, se queda tranquilo? Nadie». Hasta tal punto que enseguida se dirige al desconocido: «¿Usted quién es? ¿Quién lo hizo entrar? ¿Por dónde entró?». También a nosotros nos puede suceder lo mismo. «Cuántas veces —destacó el obispo de Roma— entran los malos pensamientos, las malas intenciones, los celos, las envidias. Tantas cosas que entran. Pero, ¿quién abrió esa puerta? ¿Por dónde entraron?». Y si no nos damos cuenta a quién hacemos entrar en nuestro corazón, este «se convierte en una plaza por donde todos van y vienen». Falta la intimidad. Y allí «el Señor no puede hablar y ni siquiera ser escuchado». Entonces sucede que, incluso si nuestro corazón «es precisamente el lugar para recibir al Espíritu Santo», sin la adecuada vigilancia «el Espíritu acaba en un rincón», como si lo encerráramos en «un armario». Y ahí el Espíritu está «triste».

Así pues, ¿cómo se puede evitar que ocurra esto? Para dar una respuesta, el Papa recurrió una vez más al Evangelio. Y citó una expresión usada por Jesús, «que parece algo extraña: "Quien no recoge conmigo, desparrama"».

Partiendo de la palabra «recoger», el Papa Francisco explicó que es necesario «tener un corazón recogido», un corazón en el que logramos ser conscientes de lo «que sucede». En este sentido, es recomendable la práctica, muy antigua «pero buena», del examen de conciencia. «Quién de nosotros —se preguntó el Pontífice— a la noche, antes de terminar el día, cuando se queda solo» y en silencio, «no se pregunta: ¿qué sucedió hoy en mi corazón? ¿Qué sucedió? ¿Qué cosas pasaron por mi corazón?».

Es un ejercicio importante, una verdadera «gracia» que puede ayudarnos a ser buenos custodios. Porque, como recordó el Papa, «los diablos vuelven siempre, incluso hasta el final de la vida». Y para vigilar que los demonios no entren en nuestro corazón es necesario saber «estar en silencio ante nosotros mismos y ante Dios», para verificar si en nuestra casa «entró alguien» que no conocemos y si «la llave está en su lugar». El Papa concluyó diciendo que esto «nos ayudará a defendernos de muchas maldades, incluso de las que nosotros mismos podemos realizar». Porque «estos demonios son muy astutos» y capaces de engañar a todos.

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 42, viernes 17 de octubre de 2014

«Un corazón que ame la ley, porque la ley es de Dios», pero «que ame también las sorpresas de Dios», porque su «ley santa no es un fin en sí misma»: es un camino, «es una pedagogía que nos lleva a Jesucristo». Es lo que el Papa Francisco invitó a pedir al Señor en la oración, durante la misa celebrada el lunes 13 de octubre.

En la homilía el Pontífice se detuvo sobre todo en el pasaje del Evangelio de san Lucas (11, 29-32) en el que Jesús reprende a la muchedumbre que se amontonaba para escucharlo como «una generación perversa» porque «pide un signo». Según el obispo de Roma «es evidente que Jesús habla a los doctores de la ley», que «varias veces en el Evangelio» le piden «un signo». Ellos, en efecto, «no veían muchos signos de Jesús». Pero precisamente por eso «Jesús los reprende» en diversas ocasiones: «Vosotros, ¿no sois capaces de distinguir los signos de los tiempos?», les dice en el Evangelio de Mateo recurriendo a la imagen de la higuera: «cuando las ramas se ponen tiernas y brotan las yemas, deducís que el verano está cerca, y vosotros no entendéis los signos de los tiempos».

El Papa Francisco exhortó a interrogarse acerca del motivo por el que los doctores de la ley no entendían los signos de los tiempos, invocando un signo extraordinario. Y propuso algunas respuestas: la primera es que «estaban cerrados. Estaban cerrados en su sistema, tenían perfectamente acomodada la ley, una obra maestra. Todos los judíos sabían qué se podía hacer, qué no se podía hacer, hasta dónde se podía llegar. Estaba todo ordenado». Pero Jesús los desconcierta haciendo «cosas extrañas», como «ir con los pecadores, comer con los publicanos». Y esto a los doctores de la ley «no les gustaba, era peligroso; estaba en peligro la doctrina, que ellos, los teólogos, habían hecho durante siglos».

Al respecto, el obispo de Roma reconoció que se trataba de una ley «hecha por amor, para ser fieles a Dios», pero se había convertido ya en un sistema normativo cerrado. Ellos «simplemente habían olvidado la historia. Habían olvidado que Dios es el Dios de la ley», pero es también «el Dios de las sorpresas. Y también a su pueblo, Dios le reservó sorpresas muchas veces»: basta pensar en «cómo los salvó» en el mar Rojo de la esclavitud de Egipto, recordó el Papa.

A pesar de esto ellos «no entendían que Dios es siempre nuevo; jamás reniega

de sí mismo, jamás dice que lo que había dicho era un error, jamás; sino que siempre sorprende. Y ellos no entendían y se cerraban en ese sistema hecho con tanta buena voluntad; y pedían» a Jesús que les diera «una señal», continuando sin entender «los numerosos signos que hacía Jesús» y permaneciendo en una actitud de total «cerrazón».

La segunda respuesta a la pregunta inicial, destacó el Pontífice, se dirige al hecho de que ellos «habían olvidado que eran un pueblo en camino. Y cuando uno está en camino, se encuentra siempre cosas nuevas, cosas que no conoce. Y estas cosas debían asumirlas con un corazón fiel al Señor, en la ley». Pero también en este caso, «un camino no es absoluto en sí mismo, es el camino hacia un punto: hacia la manifestación definitiva del Señor». Por lo demás, toda «la vida es un camino hacia la plenitud de Jesucristo, cuando vendrá por segunda vez. Es un camino hacia Jesús, que regresará en la gloria, como habían dicho los ángeles a los apóstoles el día de la ascensión».

En definitiva, afirmó el Papa Francisco repitiendo las palabras del pasaje evangélico, «esta generación pide un signo, pero no se le dará más signo que el signo de Jonás»: o bien —aclaró— «el signo de la resurrección, de la gloria, de esa gloria escatológica hacia la que vamos de camino». Pero muchos de sus contemporáneos «estaban cerrados en sí mismos, no abiertos al Dios de las sorpresas»; eran hombres y mujeres que «no conocían el camino y ni siquiera esta escatología, hasta tal punto que cuando en el Sanedrín, el sacerdote pregunta a Jesús: “Pero responde, ¿eres tú el Hijo del hombre?” y Jesús dice: “Yo soy. Y veréis al Hijo del hombre sentado a la derecha del Poder y que viene entre las nubes del cielo”, estos se desgarraron las vestiduras, se escandalizaron. “¡Ha blasfemado! ¡Blasfema!”, gritaban». El signo que Jesús les da era una blasfemia para ellos.

Por ese motivo, explicó el Papa, Jesús les define «generación perversa», en cuanto que «no entendieron que la ley que custodiaban y amaban era una pedagogía hacia Jesucristo». En efecto, «si la ley no lleva a Jesucristo, no nos acerca a Jesucristo, está muerta». Es por esto que Jesús reprende a los miembros de esa generación «por estar cerrados cerrados, por no ser capaces de conocer los signos de los tiempos, por no estar abiertos al Dios de las sorpresas, que no están en camino hacia ese triunfo final del Señor», hasta el punto que «cuando Él lo explicita, ellos creen que es una blasfemia».

De aquí la recomendación final de reflexionar sobre este tema, de interrogarse sobre los dos aspectos, preguntándose: «¿Estoy apegado a mis cosas, a mis ideas, cerrado? O ¿estoy abierto al Dios de las sorpresas?». Y también: «¿Soy una persona inactiva, o una persona que camina?». Y, en definitiva, concluyó, «¿creo en Jesucristo y en lo que hizo», es decir «que murió, resucitó... creo que el camino siga adelante hacia la madurez, hacia la manifestación de la gloria del Señor? ¿Soy capaz de entender los signos de los tiempos y ser fiel a

la voz del Señor que se manifiesta en ellos?».

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 43, viernes 24 de octubre de 2014

«Jesús condena a las personas que tienen buenas maneras pero malos hábitos», porque una cuestión es «aparentar ser buenos y hermosos» y otra cosa es la verdad interior. Del mismo modo, no sirve estar vinculados exclusivamente a la letra de la ley, porque «la ley por sí misma no salva. La ley salva cuando te conduce a la fuente de la salvación». Durante la misa celebrada el martes 14 de octubre, el Papa Francisco invitó a cada uno a hacer un «examen de conciencia acerca de cómo es su fe».

Centrándose en el pasaje del Evangelio de san Lucas (11, 37-41) propuesto por la liturgia del día, el Pontífice explicó la actitud de Jesús con respecto al fariseo, escandalizado porque el Señor no cumple con las abluciones rituales antes de la comida. La respuesta de Cristo es severa: «Estáis muy preocupados por lo exterior, por la apariencia, pero vuestro interior está lleno de rapiña y maldad». Palabras que se acompañan con las del paralelo pasaje de Mateo, donde se habla de «codicia y corrupción» y donde se comparan a los fariseos con los «sepulcros blanqueados». Al respecto el Papa destacó que «Jesús condena» firmemente la seguridad que los fariseos «tenían en el cumplimiento de la ley», condena «esta espiritualidad del cosmético».

Se refiere a la gente «que le gustaba pasear por las plazas», hacerse ver mientras rezaba y maquillarse con los signos del ayuno. «¿Por qué el Señor es así?», se preguntó el Papa Francisco, destacando cómo el Evangelio usa para las actitudes de los fariseos dos adjetivos distintos pero relacionados: «rapiña y maldad». Y explicó que esa maldad está «muy unida al dinero».

Por lo demás —dijo el Pontífice contando una breve anécdota— «una vez escuché a un anciano predicador de ejercicios que decía: “¿Pero cómo puede entrar el pecado en el alma? ¡Ah, sencillamente! Por los bolsillos...”».

Precisamente el dinero, en esencia, es «la puerta» por la cual pasa la corrupción del corazón. Se comprende, por ello, el motivo por el cual Jesús afirma: «Dad más bien como limosna todo aquello que tenéis dentro».

«La limosna —explicó el Papa Francisco— ha sido siempre, en la tradición de la Biblia, tanto en el antiguo como en el nuevo Testamento, una piedra de semejanza con la justicia. Un hombre justo, una mujer justa está siempre relacionada con la limosna»: porque con la limosna se comparte lo propio con los demás, se dona lo que cada uno «tiene dentro».

Vuelve así el tema de la apariencia y de la verdad interior. Los fariseos de los

que habla Jesús «se creían buenos porque hacían todo lo que la ley mandaba hacer». Pero la ley «por sí sola no salva». La ley salva «cuando te conduce a la fuente de salvación, cuando prepara tu corazón para recibir la verdadera salvación que viene de la fe».

Es el mismo concepto, aclaró el Papa, que emerge de la primera lectura de la liturgia, tomada de la carta en la que Pablo discute con los Gálatas (5, 1-6) porque ellos, «muy apegados a la ley, tuvieron miedo de la fe y volvieron a las prescripciones de la ley» respecto a la circuncisión. Palabras que se adaptan bien incluso a nuestra realidad cotidiana, porque la fe, destacó el obispo de Roma, «no es sólo recitar el Credo: todos nosotros creemos en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo, en la vida eterna...». Pero si nuestra fe es «inmóvil» y «no activa», entonces «no sirve».

Lo que vale en Cristo Jesús es, por lo tanto, «la fe que llega a ser activa en la caridad». He aquí, entonces, que se vuelve al tema de la limosna. Una limosna entendida «en el sentido más amplio de la palabra», o sea «distanciarse de la dictadura del dinero, de la idolatría del dinero» porque «toda codicia nos aleja de Jesucristo».

Por ello, explicó el Papa, en toda la Biblia se «habla mucho de limosna, tanto de la pequeña de cada día» como de «la más significativa». Es necesario, sin embargo, estar atentos a dos cosas: no debemos «hacer sonar la trompeta cuando se da limosna» y no debemos limitarnos a dar lo superfluo. Es necesario, dijo el Papa Francisco, «despojarse» y no dar «sólo aquello que sobra». Hay que hacer como aquella ancianita «que dio todo lo que tenía para vivir».

Quien da limosna y hace «sonar la trompeta» para que todos lo sepan, «no es cristiano». Esto, reafirmó el Pontífice, es un obrar «farisaico, es hipócrita». Y para hacer comprender mejor el concepto, el Papa contó lo que una vez le sucedió al padre Pedro Arrupe, prepósito general de la Compañía de Jesús de 1965 a 1983. En el período en el que «era misionero en Japón», durante un viaje en búsqueda de donativos para su misión, recibió la invitación de una señora importante que quería dar un donativo. La mujer no lo recibió en privado, sino que quiso entregar el sobre ante los «periodistas que tomaban la foto». Lo que hacía era «sonar la trompeta».

El padre Arrupe, recordó el Pontífice, contó que había «sufrido una gran humillación» y que la soportó sólo por el bien de los «pobres de Japón, para la misión». Al volver a casa, abrió el sobre y descubrió que «había diez dólares». Si el corazón no cambia, comentó el Papa Francisco, la apariencia no cuenta nada. Y concluyó de este modo su homilía: «Hoy nos hará bien pensar cómo es mi fe, cómo es mi vida cristiana: ¿es una vida cristiana de cosmética, de apariencia o es una vida cristiana con la fe activa en la caridad?». Cada uno podrá, «delante de Dios», hacer su examen de conciencia. Y «nos hará bien

hacerlo».

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 43, viernes 24 de octubre de 2014

Consciente de haber sido elegido personalmente antes incluso de la creación del mundo, todo hombre debe redescubrir la importancia de la oración de alabanza a Dios. Gratuita y alegre. En la homilía de la misa celebrada el jueves 16 de octubre el Papa Francisco eligió detenerse en la primera lectura de la liturgia, que presenta el íncipit del himno célebre de bendición paulino, comienzo de la Carta a los Efesios (1, 1-10). Una auténtica explosión de alabanza: «parece que Pablo —comentó— entra en una alegría, en una gran alegría».

Es un canto que «no se puede detener» y en el que el apóstol usa tres veces la palabra «bendito»: «Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bendiciones espirituales en los cielos». Pero, destacó el Pontífice, «todos nosotros sabemos que Dios es el Bendito»: en el antiguo Testamento, en efecto, «era uno de los nombres que le daba el pueblo de Israel: el Bendito». Y resulta extraño pensar en «bendecir a Dios» porque «Él es el Bendito».

En realidad, se trata de un gesto importante, porque «cuando yo bendigo a Dios, hablo bien de Él y hago como el incienso que se quema». La oración de alabanza es una oración que «nosotros no hacemos muy habitualmente»; y, sin embargo, destacó el Papa Francisco, fue Jesús mismo quien nos enseñó «en el Padrenuestro a rezar así: Padre nuestro que estás en el cielo, santificado sea tu nombre...». Y no nos debe parecer extraño dirigirnos con estas palabras precisamente a aquel que «es el santo». Se trata, explicó el obispo de Roma, de expresar la «alegría de la oración de alabanza», que es «gratuidad pura». Nosotros, en efecto, generalmente «sabemos orar muy bien cuando pedimos cosas» y también cuando agradecemos al Señor»; es menos habitual para todos nosotros «alabar al Señor».

El impulso hacia este tipo de oración, aconsejó el Papa, puede ser para nosotros más apremiante si «hacemos memoria de las cosas que el Señor hizo en nuestra vida», así como san Pablo, que en su himno recuerda: «En Él —en Cristo— nos escogió antes de la creación del mundo». Aquí está la fuente de nuestra oración: «Bendito eres Señor, porque tú me escogiste». El hombre debe sentir el «gozo de una cercanía paternal y tierna».

Lo mismo sucedió al pueblo de Israel cuando fue liberado de Babilonia, recordó el Pontífice citando algunos versículos del salmo 126 —«Cuando el Señor hizo

volver a los cautivos de Sión, nos parecía soñar: la boca se nos llenaba de risas, la lengua de cantares»— y dijo: «Pensemos en una boca llena de sonrisa: esta es la oración de alabanza», es la expresión inmediata de un gozo inmenso, del «ser felices ante el Señor». Es una disposición del corazón que no hay que olvidar: «Hagamos un esfuerzo para reencontrarla», exhortó, invitando a usar las mismas palabras del salmo 97: «Tocad la cítara para el Señor con clarines y al son de trompetas aclamad al Rey y Señor».

Es muy importante hacer memoria, recordar lo que hizo el Señor por cada uno de nosotros, «con cuánta ternura me ha acompañado, cómo se inclinó, se ha inclinado», como el papá que «se inclina con el niño para hacerlo caminar». Y, subrayó el Papa, lo hizo «con cada uno de nosotros».

«Todo es fiesta, todo es alegría» si cada uno —como atestigua san Pablo mismo dirigiéndose a los Efesios— puede decir: «Él me eligió antes de la fundación del mundo». Y este es el «punto de inicio». Incluso si, puntualizó el Papa Francisco, «no se puede entender» y «no se puede imaginar: que el Señor me haya conocido antes de la creación del mundo, que mi nombre estaba en el corazón del Señor». Pero «esta es la verdad, esta es la revelación». Y, añadió el Pontífice, «si nosotros no creemos esto, no somos cristianos», porque la característica del cristiano es precisamente ser «un elegido».

El pensamiento de vivir desde siempre en el corazón de Dios nos «llena de alegría» y «nos da seguridad». La seguridad confirmada por las palabras del Señor al profeta Isaías, que se cuestionaba si esta predilección pudiera decrecer: «¿Puede una madre olvidarse de su niño? Pues aunque ella se olvidara, yo no te olvidaré». Dios nos tiene a cada uno de nosotros en sus «entrañas», así «como el niño está dentro de su mamá».

Esta verdad, destacó el Papa Francisco, es tan grande y bella que puede venir la tentación de no pensar en ella, de evitarla por cuanto nos sobrepasa. En efecto, «no se puede entender sólo con la cabeza», y «ni siquiera solamente con el corazón». Para hacerla nuestra y vivirla, explicó, «debemos entrar en el misterio de Jesucristo», Él que «derramó su sangre en abundancia sobre nosotros, con toda sabiduría y prudencia, dándonos a conocer el misterio de su voluntad».

De aquí deriva la tercera actitud fundamental del cristiano, después de la oración de alabanza y de saber hacer memoria. El cristiano está llamado «a entrar en el misterio». Sobre todo cuando «celebramos la Eucaristía», porque no se puede entender totalmente «que el Señor está vivo, está con nosotros, aquí, en su gloria, en su plenitud y da su vida de nuevo por nosotros». Es una actitud, concluyó el Pontífice, que debemos «aprender cada día», en un esfuerzo cotidiano, porque «el misterio no se puede controlar: él es un misterio. Hay que adentrarse en él».

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 43, viernes 24 de octubre de 2014

El cristiano no se puede permitir «ser tibio»: tiene una identidad precisa, que se la da el sello del Espíritu Santo. Vuelve la reflexión sobre el comienzo de la carta a los Efesios y sobre los cristianos «elegidos por el Señor antes de la creación del mundo», durante la misa celebrada por el Papa Francisco el 17 de octubre. Entre los presentes también estaba Enzo Camerino, superviviente de la Shoah, que ya se había encontrado con el Pontífice el 16 de octubre de 2013, con ocasión del septuagésimo aniversario del rastreo del gueto de Roma.

«El Señor —dijo el Pontífice en la homilía recordando las palabras de san Pablo — no sólo nos ha elegido», sino que también «nos ha dado una identidad». Y explicó que no hemos recibido en herencia simplemente un nombre, «sino una identidad, un modo de vivir que no es solamente una lista de hábitos, es más que eso: es precisamente una identidad». ¿Y cómo fuimos «marcados» tan profundamente? Lo escribe el apóstol: «Habéis recibido el sello del Espíritu Santo». Nuestra identidad, dijo el obispo de Roma, «es justamente este sello, esta fuerza del Espíritu Santo, que todos hemos recibido en el Bautismo». Y ya que el Espíritu Santo que nos prometió Jesús «ha sellado nuestro corazón» y, más aún, «camina con nosotros», no sólo nos da la identidad sino que también «es prenda de nuestra herencia. Con él comienza el cielo». Por eso el cristiano actúa en la vida terrena, pero ya vive en la perspectiva de la «eternidad». El Papa Francisco reafirmó: «Con este sello, tenemos el cielo en nuestras manos».

Pero la vida diaria está llena de tentaciones, ante todo la de «no darse cuenta de esta belleza que hemos recibido». Cuando sucede esto, el Espíritu, para usar una expresión paulina, «se entristece»: ocurre, destacó, «cuando queremos, no digo cancelar la identidad, sino hacerla opaca».

Es el caso del «cristiano tibio», el que «va a misa el domingo, sí, pero en su vida no se ve la identidad», el que aun siendo cristiano, sustancialmente «vive como pagano». También hay otro riesgo, otro pecado «del que Jesús hablaba a sus discípulos», cuando les advertía: «Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía». Sucede, recordó el Papa, que se «aparente ser cristianos», que falte la «transparencia» en el comportamiento, que se profese de palabra una cosa, pero de hecho se actúe diversamente. «Y esto —añadió— es lo que hacían los doctores de la Ley», es la levadura de la «hipocresía», que amenaza con crecer dentro de nosotros.

Hacer opaca nuestra identidad y traicionarla en los hechos son «dos pecados contra este sello», que «es un hermoso don de Dios, el Espíritu», y es «prenda de lo que nos espera, de lo que se nos prometió». Por eso podemos decir que «tenemos el cielo en nuestras manos».

¿Cuál es, entonces, se preguntó el Pontífice, «el comportamiento verdadero de un cristiano?». Lo aprendemos de Pablo mismo: «El fruto del Espíritu, el que viene de nuestra identidad, es amor, alegría, paz, magnanimidad, benevolencia, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí». Este es, concluyó el Papa Francisco, «nuestro camino al cielo».

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 43, viernes 24 de octubre de 2014

Los cristianos están llamados a ser hombres y mujeres de esperanza, unidos por la certeza de un Dios que no abandona. Lo recordó el Papa Francisco en la misa del martes 21 de octubre.

Comentando la liturgia del día y el Evangelio de san Lucas (12, 35-38) en donde Jesús invita a sus discípulos a ser como los siervos que esperan vigilantes el regreso del señor de las bodas, el Pontífice preguntó: «¿Pero quién es ese dueño y señor, que viene de la fiesta de bodas, a altas horas de la noche?». La respuesta la da Jesús mismo: «Soy yo quien ha venido para servirte».

Jesús —lo confirmó también san Pablo en la Carta a los Efesios (2, 12-22)— es aquel que «vino a servir, no a ser servido». Y el primer regalo que hemos recibido de Él es el de una identidad. Jesús nos ha dado una «ciudadanía, pertenencia a un pueblo, nombre, apellido». Retomando las palabras del apóstol, quien recuerda a los paganos que cuando estaban sin Cristo estaban «excluidos de la ciudadanía», el Papa Francisco destacó: «Sin Cristo no tenemos una identidad».

Gracias a Él, en efecto, de estar divididos nos convertimos en un «pueblo». Éramos «enemigos, sin paz», aislados, pero Jesús «con su sangre nos unió». San Pablo es también la pauta para profundizar en este tema. En la Carta a los Efesios se lee: «Él es nuestra paz; el que de los dos pueblos ha hecho uno, derribando en su cuerpo de carne el muro que los separaba». Todos sabemos, recordó el obispo de Roma, que «cuando no estamos en paz con las personas, hay un muro que nos divide». Pero Jesús «nos ofrece su servicio de abatir este muro». Gracias a Él «podemos encontrarnos».

De pueblo disgregado, compuesto por hombres aislados los unos de los otros, Jesús con su servicio «nos acercó a todos, nos hizo un solo cuerpo». Y lo hizo reconciliándonos a todos en Dios. Así, «de enemigos» llegamos a ser «amigos» y de «extraños» ahora podemos sentirnos «hijos».

«Pero ¿cuál es la condición» por la que de «extranjeros», de «gente de la calle», nos han hecho capaces de llegar a ser «conciudadanos de los santos»? Tener la confianza —respondió el Papa— del regreso del señor de las bodas, de Jesús. Es necesario «esperarlo» y estar siempre preparados: «Quien no espera a Jesús, cierra la puerta a Jesús, no le deja hacer esta obra de paz, de comunidad, de ciudadanía; de más: de nombre». Ese nombre que nos recuerda

lo que realmente somos: «hijos de Dios».

Por eso «el cristiano es un hombre o una mujer de esperanza», porque «sabe que el Señor vendrá». Y cuando esto suceda, aunque «no sabemos la hora», no querrá «encontrarnos aislados, enemigos», sino como Él nos ha hecho gracias a su servicio: «amigos, vecinos, en paz».

Por eso es importante, concluyó el Papa Francisco, preguntarse: «¿Cómo espero a Jesús?». Pero sobre todo: «¿Espero o no espero» a Jesús? Muchas veces, en efecto, también nosotros cristianos «nos comportamos como paganos» y «vivimos como si nada debiera suceder». Tenemos que estar atentos a no ser como el «egoísta pagano», que actúa como si él mismo «fuera un dios» y piensa: «yo me las apañó solo». Quien actúa de esta manera «acaba mal, termina sin nombre, sin cercanía, sin ciudadanía». En cambio, cada uno de nosotros se debe preguntar: «¿Creo en esta esperanza de que Él vendrá?». Y aún más «¿Tengo el corazón abierto, para sentir el ruido cuando toca a la puerta, cuando abre la puerta?».

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 44, viernes 31 de octubre de 2014

La «experiencia mística» que Pablo tiene de Jesús nos recuerda que no se puede ser cristianos por sí solos, amando a Dios y al prójimo «sin la fuerza y la gracia del Espíritu Santo». Y es precisamente la experiencia del Apóstol la que volvió a proponer el Papa Francisco, relanzando su actualidad espiritual como oración de adoración y de alabanza, en la misa celebrada el jueves 23 de octubre en Santa Marta.

«Pablo tiene una experiencia de Jesucristo, una experiencia del Señor que lo llevó a dejar todo», hasta llegar a decir «dejé todo y tengo todo por basura para ganar a Cristo y ser hallado en Él». En efecto, «había visto a Cristo, había conocido a Cristo, estaba enamorado de Cristo». Y «progresa en este misterio». Así, observó el Pontífice, «en la primera lectura —*Efesios 3, 14-21*— hemos escuchado el acto de adoración que Pablo hace en presencia de Dios: “Hermanos: doblo mis rodillas ante el Padre”». Este es, pues, su acto de adoración al Padre. Pero «después nos explica por qué» lo hace.

El pasaje propuesto por la liturgia de hoy, afirmó el Papa, «es original por el lenguaje que usa Pablo». De hecho, se trata de «un lenguaje sin límites, un lenguaje grandioso, amplio: habla de la riqueza de su gloria; habla de comprender la anchura, la longitud, la altura y la profundidad; conocer a Cristo que supera, a Cristo que nos colma de toda plenitud». Es precisamente «un lenguaje sin límites, que no se puede comprender en el sentido de abarcar», porque es «casi sin horizonte».

Pablo «adora a este Dios que tiene el poder de hacer mucho más de lo que podemos pedir o pensar, según el poder que tiene incluso en el tiempo, para todas las generaciones, por los siglos de los siglos». Se trata de un auténtico «acto de adoración, una experiencia ante este Dios que es como un mar sin playas, sin límites, un mar inmenso». Y «ante este Dios, Pablo dobla las rodillas de su corazón, de su alma».

«En este acto de adoración —afirmó el Papa— Pablo nos habla del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo». Y «¿qué pide Pablo para él, para la Iglesia —la Iglesia de Éfeso, en este caso— y para todos nosotros?». Dirigiéndose «al Padre, en quien tiene origen toda descendencia en el cielo y en la tierra», Pablo le pide ante todo «ser fortalecido en el hombre interior mediante su Espíritu». También le pide «al Padre que el Espíritu venga a fortalecernos, a darnos fuerza». Sabe muy bien que «no se puede ir adelante sin la fuerza del

Espíritu. Nuestras fuerzas son débiles. No se puede ser cristiano sin la gracia del Espíritu». En realidad, «es precisamente el Espíritu quien nos transforma el corazón, quien nos hace progresar en la virtud para cumplir los mandamientos».

Además, Pablo le «pide otra gracia al Padre, pero por medio de Cristo: “Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones”, para que estéis arraigados y cimentados en la caridad». En esencia, le «pide la presencia de Cristo para que nos haga crecer en la caridad, pero arraigados en el amor, cimentados en el amor». Así mismo, le «pide al Padre conocer este amor de Cristo que supera todo conocimiento, que no se puede comprender». Pero entonces, «¿cómo puedo conocer lo que no se puede comprender?». La respuesta de Pablo es clara: «Por medio de este acto de adoración de esa gran inmensidad».

En el pasaje de la carta a los Efesios, Pablo sigue hablando «a los fieles del Padre: ha comenzado con el Padre y termina con el Padre». Por lo tanto, habla directamente a los fieles de «Aquel que tiene poder para realizar todas las cosas». El apóstol afirma que el Padre puede hacer «mucho más de lo que podemos pedir o pensar». Incluso milagros. «Pero no podemos imaginar qué puede hacer el Padre, según el poder que obra en nosotros». Así pues, Pablo termina esta adoración con una alabanza: «A Él la gloria, por los siglos de los siglos».

El Pontífice explicó que nos hallamos ante «una experiencia mística de Pablo, que nos enseña la oración de alabanza y la oración de adoración». Así, «ante nuestras pequeñeces, ante nuestros intereses egoístas —¡tantos!—, Pablo realiza esta alabanza, este acto de adoración». Y le «pide al Padre que nos envíe al Espíritu para que nos dé fuerza y podamos ir adelante; para que nos haga comprender el amor de Cristo y que Cristo nos consolide en el amor». Y le dice al Padre: «Gracias, porque eres capaz de hacer lo que ni siquiera nos animamos a pensar».

El Papa destacó que esta oración de Pablo «es una hermosa oración». Y «con esta vida interior se puede comprender que Pablo haya dejado todo y tuviera todo por basura para ganar a Cristo y ser hallado en él». Sus palabras valen también para nosotros, porque «nos hace bien pensar así, nos hace bien adorar también nosotros a Dios». Sí, «nos hace bien alabar a Dios, entrar en este mundo de amplitud, grandiosidad, generosidad y amor». Y, concluyó Francisco, «nos hace bien porque así podemos progresar en el gran mandamiento —el único mandamiento que es el fundamento de todos los demás— que es el amor: amar a Dios y amar al prójimo».

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 44, viernes 31 de octubre de 2014

Es el Espíritu Santo quien construye la Iglesia y consolida su unidad teniendo como base la piedra angular que es Jesús. Para orientarnos a colaborar en esta construcción, tenemos entre las manos una «plantita» que se llama esperanza. Con una advertencia: para ser fuertes es necesario ser débiles. Son las sugerencias espirituales de san Pablo, que el Papa Francisco volvió a proponer en la misa el viernes 24 de octubre.

La palabra más repetida por el apóstol Pablo en este pasaje de la Carta a los Efesios» (4, 1-6) propuesto por la liturgia es «solos», destacó enseguida el Papa. Ahí se lee: «Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo. Un Dios, Padre de todos». Se repite muchas veces la palabra «solo». Y precisamente en esta perspectiva Pablo escribe expresamente: «Yo el prisionero, os exhorto a construir la unidad de la Iglesia». La exhortación de Pablo, explicó el Papa, está orientada a construir «la Iglesia unida, con un bautismo, una fe, un Señor, un Padre». Y «construir la unidad de la Iglesia es el trabajo de la Iglesia y de todo cristiano en la historia».

En particular, afirmó el Pontífice, cuando «el apóstol Pedro habla de la Iglesia, habla de un templo hecho de piedras vivas que somos nosotros». En concreto, propone «lo contrario de ese otro templo de la soberbia como lo fue la torre de Babel». En efecto, «este templo lleva a la unidad», mientras que el de Babel «es el símbolo de la desunión, de no entendernos, de la diversidad de lenguas».

Por lo tanto, afirmó el Papa, «construir la unidad de la Iglesia, es la tarea de cada cristiano, de cada uno de nosotros». Y «cuando se debe construir un templo, un edificio, se busca una zona edificable preparada para esto». Pero «la primera cosa que se hace es buscar la piedra fundamental: la piedra angular, dice la Biblia». Y «la piedra angular de la Iglesia es Jesús», mientras que «la piedra angular de la unidad de la Iglesia es la oración de Jesús en la última cena: Padre, que sean uno». Precisamente esta «es la fuerza» —dijo el obispo de Roma—, es «la piedra sobre la cual edificamos la unidad de la Iglesia. Sin esta piedra no se puede. No hay unidad sin Jesucristo en la base: es nuestra seguridad».

Pero «¿quién construye esta unidad?», se preguntó el Papa Francisco. Nosotros no, ciertamente, porque —puntualizó— «este es el trabajo del Espíritu Santo: el único capaz de construir la unidad de la Iglesia». Jesús, en efecto, «lo envió

para hacer crecer a la Iglesia, para hacerla fuerte, para hacerla una». Es «el Espíritu vivo que todos nosotros tenemos dentro: él hace la unidad de la Iglesia, en la diversidad de los pueblos, de las culturas, de las personas». Precisamente «en esta diversidad Él sabe cómo construir la unidad. Pero sólo Él puede construirla, ninguno de nosotros puede hacerlo».

Y el Papa Francisco propuso otra pregunta: «¿Cómo se construye este templo?». Al respecto, el apóstol Pedro «decía que éramos piedras vivas en esta construcción». Pero «aquí el apóstol Pablo», resaltó el Pontífice, «nos aconseja no ser tanto piedras, sino sobre todo ladrillos, débiles». Por consiguiente, «los consejos que da Pablo para ayudar al Espíritu Santo en la construcción de esta unidad son consejos de debilidad, según el pensamiento humano». Y, en efecto, «humildad, dulzura, magnanimidad, son cosas débiles, porque el humilde parece que no sirve para nada; la dulzura, la mansedumbre parecen no servir; la magnanimidad, el estar abierto a todos, tener el corazón grande...». Además, Pablo añade: «sobrellevaos mutuamente con amor», pero «esforzándoos por mantener la unidad».

Y es exactamente «el mismo camino» realizado por Jesús, quien «no retuvo ávidamente el ser igual a Dios: se abajó, se despojó de sí mismo, haciéndose débil, débil, débil hasta la cruz, y se hizo fuerte». El Papa recordó que estamos llamados a hacer «lo mismo: cuanto más somos ladrillos, así con estas virtudes, más seremos útiles al Espíritu Santo para construir la unidad de la Iglesia». Al contrario, «el orgullo, la suficiencia no sirven».

Al final se puede decir —acentuó el Papa— que «es el Espíritu quien lleva a cabo esta construcción, este templo que es la Iglesia viva, sobre la piedra fundamental que es Jesús, que es una; sobre la piedra fundamental que es la oración de Jesús por la unidad».

Pero hay otra cosa que Pablo añade: «un solo cuerpo y un solo Espíritu, como una sola es la esperanza de la vocación a la que habéis sido convocados».

Porque «cuando se lleva a cabo una construcción es necesario que el arquitecto haga los planos». Y «¿cuáles son los planos de la unidad de la Iglesia? La esperanza a la que hemos sido llamados: la esperanza de ir hacia el Señor, la esperanza de vivir en una Iglesia viva, hecha de piedras vivas, con la fuerza del Espíritu Santo». Por eso, «sólo sobre los planos de la esperanza podemos seguir adelante en la unidad de la Iglesia».

El Papa Francisco concluyó recordando que «hemos sido llamados a una gran esperanza»; y exhortó: «dirijámonos allí». Pero hagámoslo «con la fuerza que nos da la oración de Jesús por la unidad y con la docilidad al Espíritu Santo, que es capaz de transformar los ladrillos en piedras vivas».

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 44, viernes 31 de octubre de 2014

El examen de conciencia sobre nuestras palabras, así como lo propone san Pablo, nos ayudará a responder a una pregunta crucial sobre nosotros mismos: ¿somos cristianos de la luz, de las tinieblas, o, peor, de la mediocridad? Es el interrogante que el Papa Francisco planteó en la misa del lunes 27 de octubre. Para proponer este esencial examen de conciencia el Papa Francisco se inspiró en el pasaje de la Carta a los Efesios (4, 32-5, 8): «San Pablo dice a los cristianos que debemos comportarnos como hijos de la luz y no como hijos de las tinieblas, como éramos antes». Y «para explicar esto —tanto él como el Evangelio (*Lucas 13, 10-17*)— hace una catequesis sobre la palabra: cómo es la palabra de un hijo de la luz y cómo es la palabra de un hijo de las tinieblas».

Así, pues, explicó el Papa relanzando la catequesis paulina, «la palabra de un hijo que no es de la luz puede ser una palabra obscena, una palabra vulgar». Dice de hecho el apóstol: «De la fornicación, la impureza, indecencia o afán de dinero, ni hablar». De este modo, hizo notar el Papa Francisco, «un hijo de la luz no tiene este lenguaje vulgar, este lenguaje sucio».

Existe, sin embargo, «una segunda palabra, la palabra mundana». Y Pablo sugiere que no se hable tampoco «de vulgaridad, futilidades, trivialidades». Y «la mundanidad es vulgar y trivial», destacó. Por su parte, «un hijo de la luz no es mundano y no debe hablar de mundanidad, de vulgaridad».

Pero san Pablo va más allá y dice: «Estad atentos, que nadie os engañe con palabras vacías». Un mensaje que no pierde su actualidad, por lo que el Pontífice añadió que hoy «escuchamos muchas» palabras vacías. Y algunas son incluso «bellas, bien dichas, pero vacías, sin nada por dentro». Por ello «tampoco esta es la palabra del hijo de la luz».

Y también, afirmó el Papa, «existe otra palabra en el Evangelio» y es precisamente «la que Jesús dice a los doctores de la ley: "hipócritas"». Sí, es precisamente «la palabra "hipócrita"». Y así, sugirió, también nosotros «podemos pensar cómo es nuestra palabra: ¿es hipócrita? ¿Es un poco de aquí y un poco de allá, para estar bien con todos? ¿Es una palabra vacía, sin esencia, llena de superficialidad? ¿Es una palabra vulgar, trivial, o sea, mundana? ¿Es una palabra sucia, obscena?». No es propio de los hijos de la luz «este modo de hablar, hablar siempre de cosas sucias o de mundanidad o de superficialidad o hipócritamente».

En cambio «¿cuál es la palabra de los santos, es decir, la palabra del hijo de la luz?». También san Pablo nos da la respuesta: «Sed imitadores de Dios: caminad en la caridad; caminad en la bondad; caminad en la mansedumbre». Quien camina así, es precisamente, un hijo de la luz.

«Hoy la Iglesia nos hace reflexionar sobre el modo de hablar y esto nos ayudará a entender si somos hijos de la luz o hijos de las tinieblas», precisó el Papa. Y propuso puntos de referencia concretos para orientarse diciendo: «Acordaos: palabras obscenas, inada! Palabras vulgares y mundanas, inada! Palabras vacías, inada! Palabras hipócritas, inada!». Estas palabras, en efecto, «no son de Dios, no son del Señor, sino que son del maligno».

Es verdad, observó el Pontífice, que se pueden entender y reconocer bien las diferencias entre los hijos de la luz y los hijos de las tinieblas. «Los hijos de la luz brillan» como Jesús dice a sus discípulos: «Que vuestras obras brillen y den gloria al Padre». Es un hecho evidente que «la luz brilla e ilumina a los demás en el camino». Y «hay cristianos luminosos, llenos de luz, que buscan servir al Señor con esta luz». Así como, por otra parte, «hay cristianos tenebrosos, que no quieren nada del Señor y llevan una vida de pecado, una vida lejos del Señor».

Sin embargo, no siempre todo es así claro y reconocible: por una parte los hijos de las tinieblas, y por otra, los hijos de la luz. «Existe un tercer grupo de cristianos —explicó— que es el más difícil y complejo de todos: los cristianos ni luminosos ni oscuros». Y estos «son los cristianos de color gris», que «en una ocasión están de esta parte, y en otra de aquella». Son cristianos que están «siempre en la mediocridad: son los tibios». Se lee en el Apocalipsis cuando «el Señor a estos cristianos de la mediocridad les dice: “¡tú no eres ni caliente ni frío! ¡Ojalá fueras caliente o frío! Pero porque eres tibio —gris— ¡te vomitaré de mi boca!”». Por lo tanto, dijo el Papa, «el Señor es duro con los cristianos de color gris». Y no sirve de nada justificarse para autodefenderse: «yo soy cristiano, pero sin exagerar».

Estas personas mediocres «hacen mucho mal, porque su testimonio cristiano es un testimonio que, al final, siembra confusión».

El pasaje de san Pablo, concluyó el Papa Francisco, es un buen termómetro para reconsiderar bien «nuestro lenguaje». Y puede ser útil responder a estas preguntas: «¿Cómo hablamos? ¿Con cuáles de estas cuatro palabras hablamos? ¿Palabras obscenas, palabras mundanas, vulgares, palabras vacías, palabras hipócritas?». Y la respuesta a estos interrogantes, añadió el Papa, debe sugerirnos otra pregunta: «¿Soy un cristiano de la luz? ¿Soy un cristiano de la oscuridad? ¿Soy un cristiano de color gris?». Este examen concreto de conciencia nos ayudará a «dar un paso adelante, para encontrar al Señor».

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 44, viernes 31 de octubre de 2014

Hay cristianos que se detienen en la «recepción» de la Iglesia y permanecen inmóviles en la puerta, para no comprometerse. Es la actitud de quien se declara «católico, pero no demasiado», de ello el Papa Francisco habló durante la misa del martes 28 de octubre.

El día de la fiesta de los santos apóstoles Simón y Judas, destacó el Pontífice, «la Iglesia nos hace reflexionar sobre sí misma», invitándonos a considerar «cómo es la Iglesia, qué es la Iglesia». En la carta a los Efesios (2.19-22) «lo primero que nos dice Pablo es que nosotros no somos extranjeros ni forasteros: no estamos de paso, en esta ciudad que es la Iglesia, sino que somos conciudadanos». Por lo tanto, «el Señor nos llama a su Iglesia con el derecho de un ciudadano: no estamos de paso, estamos arraigados allí. Nuestra vida está allí».

Y Pablo «presenta la imagen del palacio o del templo» al escribir: «Estáis edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, y el mismo Cristo Jesús es la piedra angular» (v. 20). Exactamente «esta es la Iglesia», confirmó el Papa. Porque «estamos edificados sobre las columnas de los apóstoles: la piedra angular, la base, es Cristo mismo, y nosotros estamos dentro». San Pablo sigue explicando que en Cristo «todo el edificio queda ensamblado, y se va levantando hasta formar un templo consagrado. Por Él también vosotros entráis con ellos en la construcción, para ser morada de Dios, por el Espíritu» (vv. 21-22). He aquí, pues, «la definición de la Iglesia que hoy nos da Pablo: un templo edificado». Y así «también nosotros somos edificados para convertirnos en morada del Espíritu».

Esta misma visión de la Iglesia, continuó el Pontífice, «podemos verla también un poco más desarrollada en el pasaje del Evangelio» de san Lucas (6, 12-19) que relata cómo eligió Jesús a los apóstoles. El evangelista «dice que Jesús fue al monte a rezar. Y luego llamó a los doce, los eligió». Así, pues, Jesús bajó juntamente con ellos del monte, encontrando que en la llanura lo esperaba «una gran muchedumbre de sus discípulos, a los que enviará», y «una gran multitud de gente que trataba de tocarlo» para ser curada.

En resumen, explicó el Papa, «Jesús ora, Jesús llama, Jesús elige, Jesús envía a los discípulos, Jesús cura a la muchedumbre». Y «dentro de este templo Jesús, que es la piedra angular, hace todo este trabajo: es Él quien, de este modo, lleva adelante a la Iglesia». Precisamente como escribe Pablo, «esta

Iglesia está edificada sobre el cimiento de los apóstoles que Él eligió». Lo confirma el pasaje evangélico cuando recuerda que el Señor «eligió a doce: todos pecadores, todos». Judas —indicó el obispo de Roma— «no era el más pecador» y «no sé quien haya sido el más pecador». Pero «Judas, pobrecillo, es quien se cerró al amor y por ello se convirtió en traidor». Es un hecho que «todos los apóstoles escaparon en el momento difícil de la pasión y dejaron solo a Jesús: todos son pecadores». Y a pesar de ello, Jesús mismo los eligió. Así, continuó el Papa Francisco, «a la Iglesia la edifica Jesús con su oración; con la elección de los apóstoles; con la elección de los discípulos que luego envía; con el encuentro con la gente». Jesús nunca está «separado de la gente: está siempre en medio de la multitud que trataba de tocarlo, porque de Él salía una fuerza que curaba a todos», como destaca san Lucas en su Evangelio.

«Nosotros somos ciudadanos, conciudadanos, de esta Iglesia», dijo el Pontífice. Por ello, «si no entramos en este templo y formamos parte de esta construcción para que el Espíritu Santo more en nosotros, no estamos en la Iglesia». Más bien «estamos en la puerta y miramos», tal vez diciendo: «Es hermoso, sí, esto es hermoso». Y así terminamos siendo «cristianos que no van más allá de la "recepción" de la Iglesia. Estoy allí, en la puerta», con la actitud propia de quien piensa: «Sí, soy católico, sí, pero demasiado no, así». Según el Papa Francisco, «la cosa tal vez más hermosa que se pueda decir acerca de cómo se construye la Iglesia es la primera y la última palabra del pasaje del Evangelio: "Jesús reza", "salió al monte a orar y pasó la noche orando a Dios"». Por lo tanto, «Jesús reza y Jesús cura», porque «salía de Él una fuerza que curaba a todos». Precisamente «en este marco —Jesús que reza y Jesús que cura— está todo lo que se puede decir de la Iglesia: Jesús que reza por los suyos, por los fundamentos, por los discípulos, por el pueblo; y Jesús que cura, que soluciona los problemas de la gente, que da la salud del alma y del cuerpo».

La realidad de «Jesús que reza y Jesús que cura» es actual también hoy para todos nosotros. Porque «nosotros —reafirmó el Papa— no podemos entender a la Iglesia sin este Jesús que ora y este Jesús que cura». El Papa Francisco concluyó su meditación con la oración al Espíritu Santo, para que «nos haga comprender a todos nosotros esta Iglesia que tiene su fuerza en la oración de Jesús por nosotros y que es capaz de curarnos a todos»

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 45, viernes 7 de noviembre de 2014

La vida del cristiano «es una milicia» y se requieren «fuerza y valentía» para «resistir» a las tentaciones del diablo y para «anunciar» la verdad. Pero esta «lucha es bellísima», porque «cuando el Señor vence en cada paso de nuestra vida, nos da un gozo, una felicidad grande». Al reflexionar sobre las palabras de Pablo en la Carta a los Efesios (6, 10-20) y sobre el «lenguaje militar» que utiliza, el Papa Francisco, en la misa que celebró en Santa Marta el jueves 30 de octubre, habló de lo que los teólogos definen como la «lucha espiritual: para seguir adelante en la vida espiritual se tiene que combatir».

Se necesita «fuerza y valentía», explicó el Pontífice, porque no se trata de un «combate sencillo» sino de un «combate continuo» contra el «príncipe de las tinieblas». Es ese combate cerrado, recordó el Papa, que citaba el catecismo, en el que «nos han enseñado que los enemigos de la vida cristiana son tres: el demonio, el mundo y la carne». Se trata de la lucha cotidiana contra «la mundanidad» y contra la «envidia, lujuria, gula, soberbia, orgullo, celos», todas ellas pasiones «que son las heridas del pecado original».

Alguien podría entonces preguntarse: «¿la salvación que nos da Jesús es gratuita?». Sí, respondió el Papa, «¡pero tú tienes que defenderla!». Y, como escribe Pablo, para hacerlo se necesita «revestirse con la armadura de Dios», porque «no se puede pensar en una vida espiritual, en una vida cristiana» sin «resistir a las tentaciones, sin luchar contra el diablo».

Y pensar —constató el Pontífice— que han querido hacernos creer «que el diablo fuese un mito, una figura, una idea, la idea del mal». En cambio, «el diablo existe y nosotros tenemos que luchar contra él». Lo recuerda san Pablo, «la Palabra de Dios lo dice», sin embargo, parece que «nosotros no estamos muy convencidos» de esta realidad.

Pero, ¿cómo está hecha esta «armadura de Dios»? Algún detalle nos lo da el apóstol: «Estad firmes; ceñid la cintura con la verdad». Por lo tanto, se necesita ante todo la verdad, porque «el diablo es el mentiroso, es el padre de los mentirosos»; luego, continúa Pablo, se necesita revestir «la coraza de la justicia»: en efecto, explicó el obispo de Roma, «no se puede ser cristianos, sin trabajar continuamente por ser justos».

Y también: «Los pies, calzados con la prontitud para difundir el Evangelio de la paz». De hecho, «el cristiano es un hombre o una mujer de paz» y si no tiene la «paz en el corazón» hay algo en él que no está bien: es la paz lo que «te da

fuerza para la lucha».

Por último, se lee en la Carta a los Efesios: «Embrazad el escudo de la fe». El Pontífice se detuvo en este detalle: «Una cosa que nos ayudaría mucho sería preguntarnos: ¿Cómo está mi fe? ¿Creo o no creo? ¿O creo un poco sí y un poco no? ¿Soy un poco mundano y un poco creyente?». Cuando recitamos el Credo, ¿lo hacemos sólo de «palabras»? ¿Somos conscientes, preguntó el Papa Francisco, de que «sin fe no se puede seguir adelante, no se puede defender la salvación de Jesús?».

Recordando el pasaje evangélico de san Juan, en el capítulo noveno, cuando Jesús cura al joven que los fariseos no querían creer que fuese ciego, el Papa hizo notar cómo Jesús no pregunta al muchacho: «¿Estás contento? ¿Eres feliz? ¿Viste que soy bueno?», sino: «¿Crees en el Hijo del hombre? ¿Tienes fe?». Y es la misma pregunta que dirige «a nosotros todos los días». Una pregunta ineludible porque «si nuestra fe es débil, el diablo nos vencerá». El escudo de la fe no sólo «nos defiende, sino también nos da vida». Y con esto, dice Pablo, podremos «apagar todas las flechas llameantes del maligno». El diablo, en efecto, «no nos arroja flores» sino «flechas llameantes, venenosas, para matar».

La armadura del cristiano, continuó el Papa, está compuesta también por el «casco de la salvación», por la «espada del Espíritu» y por la oración. Lo recuerda san Pablo: «orad en toda ocasión». Y lo reafirmó el Pontífice: «Orad, orad». No se puede, en efecto, «llevar adelante una vida cristiana sin la vigilancia».

Por eso la vida cristiana puede considerarse «una milicia». Pero es, afirmó el Papa, «una lucha bellísima», porque nos da «esa alegría de que el Señor ha vencido en nosotros, con su gratuidad de salvación». Sin embargo, concluyó, todos somos «un poco perezosos» y «nos dejamos llevar por las pasiones, por algunas tentaciones». Pero aunque «somos pecadores» no debemos desalentarnos, «porque el Señor está con nosotros, quien nos ha dado todo» y nos hará «vencer también este pequeño paso de hoy», nuestra batalla cotidiana, con la «gracia de la fuerza, de la valentía, de la oración, de la vigilancia y la alegría».

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 45, viernes 7 de noviembre de 2014

Existen «dos caminos». Y es Jesús, con sus «gestos de cercanía», quien nos da la indicación justa sobre qué camino tomar. Por una parte está el camino de los «hipócritas», que cierran las puertas a causa de su apego a la «letra de la ley». Por otra, en cambio, está «el camino de la caridad», que pasa «del amor a la auténtica justicia que está dentro de la ley». Lo dijo el Papa Francisco en la misa del viernes 31 de octubre.

Para presentar estos dos modos de vivir, el Pontífice volvió a proponer, para comentarlo, el pasaje evangélico de san Lucas (14, 1-6). Un sábado, recordó, «Jesús estaba en la casa de uno de los jefes de los fariseos para almorzar con ellos; y le observaban para ver qué hacía». Sobre todo «buscaban encontrarle un error, incluso con trampas».

E irrumpe en la escena un hombre enfermo. En ese momento Jesús les dice a los fariseos: «¿Es lícito curar los sábados, o no?». La pregunta de Jesús, añadió el Papa, es «una pregunta sencilla pero, como todos los hipócritas, callaron, no dijeron nada». Por lo demás, observó, «callaban siempre cuando Jesús los ponía ante la verdad»,; aunque «después hablaban mal por detrás» y «buscaban cómo hacer caer a Jesús».

En concreto, afirmó el Pontífice, «esta gente estaba tan apegada a la ley que había olvidado la justicia; tan apegada a la ley que había olvidado el amor». Pero «no sólo a la ley; estaban apegados a las palabras, a las letras de la ley». Por eso «Jesús les reprende» reprobando su actitud: «Si vosotros, ante las necesidades de vuestros padres ancianos, decís: "muy queridos padres, yo os amo mucho pero no puedo ayudaros porque he donado todo al templo", ¿quién es más importante? ¿El cuarto mandamiento o el templo?».

Precisamente este modo «de vivir, apegados a la ley, les alejaba del amor y de la justicia: cuidaban la ley, descuidaban la justicia; cuidaban la ley, descuidaban el amor». Sin embargo, «eran los modelos». Pero «Jesús para esta gente encuentra solamente una palabra: ¡Hipócritas!». No se puede ir «por todo el mundo buscando prosélitos» y luego cerrar «la puerta». Para el Señor se trataba de «hombres cerrados, hombres muy apegados a la ley, a la letra de la ley: no a la ley», porque «la ley es amor». Eran hombres «que siempre cerraban las puertas de la esperanza, del amor, de la salvación; hombres que solamente sabían cerrar».

A este punto hay que preguntarse «cuál es el camino para ser fieles a la ley

sin descuidar la justicia, sin descuidar el amor». La respuesta «es precisamente el camino que viene de lo opuesto», sugirió el Papa Francisco, repitiendo las palabras de Pablo en la Carta a los Filipenses (1, 1-11): «Y esta es mi oración: que vuestro amor siga creciendo más y más en penetración y en sensibilidad para apreciar los valores. Así llegaréis al Día de Cristo limpios e irreprochables».

Es precisamente «el camino contrario: del amor a la integridad, del amor al discernimiento, del amor a la ley». Pablo, en efecto, afirma que hay que rezar «para que vuestra caridad, vuestro amor, vuestras obras de caridad os lleven al conocimiento y al pleno discernimiento». Precisamente «este es el camino que nos enseña Jesús, totalmente opuesto al camino de los doctores de la ley». Y «este camino, del amor a la justicia, lleva a Dios». Sólo «el camino que va del amor al conocimiento y al discernimiento, a la realización plena, lleva a la santidad, a la salvación, al encuentro con Jesús».

En cambio, «el otro camino, el de estar apegados solamente a la ley, a la letra de la ley, lleva a la cerrazón, lleva al egoísmo». Y conduce «a la soberbia de sentirse justos, a esa “santidad” —entre comillas— de las apariencias». Tanto que «Jesús dice a esa gente: a vosotros os gusta haceros ver por la gente como hombres de oración, de ayuno». Se trata sólo de «hacerse ver». Y «por eso Jesús dice a la gente: haced lo que dicen, pero no lo que hacen», porque «eso no se debe hacer».

He aquí, por lo tanto, «los dos caminos» que tenemos ante nosotros. Y con «pequeños gestos» Jesús nos hace entender cuál es el camino que va «del amor al pleno conocimiento y al discernimiento». Uno de estos gestos lo presenta san Lucas en el pasaje del Evangelio propuesto por la liturgia: «Jesús tenía delante de él a este hombre, enfermo, y cuando los fariseos no respondieron, ¿qué hizo Jesús?». Escribe el evangelista: «Lo cogió de la mano, lo curó y lo despidió». Así, pues, primeramente «Jesús se acerca: la cercanía es la prueba de que vamos por el camino auténtico». Porque es ese «el camino que eligió Dios para salvarnos: la cercanía. Se acercó a nosotros, se hizo hombre».

El Papa Francisco hizo notar también cuán «bello» es el «gesto de Jesús cuando coge de la mano» a la persona enferma. Lo hace también «con el muchacho muerto, hijo de la viuda, en Naím»; así como «lo hace con la muchachita, la hija de Jairo»; y también «lo hace con el jovencito, el que tenía muchos demonios, cuando lo coge y lo entrega a su papá». Siempre está «Jesús que coge de la mano, porque se acerca». Y «la carne de Jesús, esta cercanía, es el puente que nos acerca a Dios».

Esta «no es la letra de la ley». Sólo «en la carne de Cristo», en efecto, la ley «tiene su realización plena». Porque «la carne de Cristo sabe sufrir, dio su vida por nosotros». Mientras que «la letra es fría».

Aquí están entonces los «dos caminos». El primero es el camino de quien dice: «Estoy apegado a la letra de la ley; no se puede curar el sábado; no puedo ayudar; debo ir a casa y no puedo ayudar a este enfermo». El segundo es el camino de quien se compromete a obrar de tal modo, como dice Pablo, «que vuestro amor siga creciendo más y más en penetración y en sensibilidad»: es «el camino de la caridad, del amor a la auténtica justicia que está dentro de la ley». Para ayudarnos están precisamente «estos ejemplos de cercanía de Jesús», que nos muestra cómo pasar «del amor a la plenitud de la ley».

**Homilías del Papa Francisco, en la Misa de la mañana en santa Marta.
Año 2014.**



Textos tomados de: www.vatican.va
Compuestos por: alphonsus2002@googlemail.com

Noviembre.

- 3 de noviembre de 2014. La alegría de un obispo?**
- 4 de noviembre de 2014. El don de Dios es gratis.**
- 6 de noviembre de 2014. Dios va siempre al límite.**
- 7 de noviembre de 2014. Cristianos barnizados.**
- 10 de noviembre de 2014. Cristianos escandalosos.**
- 11 de noviembre de 2014. Nada de pereza.**
- 13 de noviembre de 2014. En el reino de Dios con un euro.**
- 14 de noviembre de 2014. La jornada de los niños.**
- 17 de noviembre de 2014. Jericó en la calle Ottaviano de Roma.**
- 18 de noviembre de 2014. ¿No estoy vivo por dentro?**

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 45, viernes 7 de noviembre de 2014

«Los sentimientos de un obispo» o «la alegría de un obispo». Ha sido el Papa Francisco quien indicó el título ideal para el pasaje de la Carta de san Pablo a los Filipenses (2, 1-4) propuesto por la liturgia del lunes 3 de noviembre. Y alertó acerca de las rivalidades y de la vanagloria que minan la vida de la Iglesia, donde, en cambio, hay que tomar en consideración las indicaciones de Jesús y también de Pablo: no buscar el propio interés sino servir humildemente a los demás sin pedir nada a cambio.

Pablo desarrolla estos consejos prácticos, explicó el Pontífice, en un texto donde «destaca cuáles son sus sentimientos hacia los filipenses: tal vez la Iglesia de Filipos era la que más quería». Y «comienza como si pediría un favor, una ayuda». En efecto, escribe: «Si queréis darme el consuelo de Cristo y aliviarme con vuestro amor, si nos une el mismo Espíritu y tenéis entrañas compasivas», en definitiva, «dadme esta gran alegría».

Así, pues, Pablo pide expresamente a los Filipenses que «hagan plena la alegría del obispo». ¿Y «cuál es la alegría del obispo? ¿Cuál es la alegría que Pablo pide a la Iglesia de Filipos?». La respuesta es «tener un mismo sentir con la misma caridad, manteniéndose unánimes y concordes». He aquí que «Pablo, como pastor, sabía que esta es la senda de Jesús. Y, también, que esta es la gracia que Jesús, en la oración después de la Cena, pidió al Padre: la unidad; la concordia».

«Todos sabemos —explicó el Papa Francisco— que esta armonía es una gracia: la construye el Espíritu Santo, pero nosotros debemos hacer todo lo posible, por nuestra parte, para ayudar al Espíritu Santo en la realización de esta armonía en la Iglesia»; y también «para ayudar a comprender lo que Él pide a la Iglesia». El Espíritu, en efecto, «da consejos, por decirlo así, por vía negativa: es decir, no hagáis esto, no hagáis aquello». Y «¿qué cosa no deben hacer los Filipenses?». Lo dice Pablo: «No obréis por rivalidad ni por ostentación». Y así, destacó el Papa Francisco, «se ve que no es sólo cuestión de nuestra época» sino que «viene de lejos».

Pablo, por lo tanto, recomienda que nada se haga por «rivalidad», que «no luche uno contra otro». Y «cuántas veces —destacó el obispo de Roma— en nuestras instituciones, en la Iglesia, en las parroquias, por ejemplo, en los colegios, encontramos la rivalidad, el hacerse ver, la vanagloria». Se trata de «dos gusanos que comen los fundamentos de la Iglesia, la hacen débil: la

rivalidad y la vanagloria van contra esta armonía, esta concordia».

Para no caer en estas tentaciones «¿qué aconseja Pablo?». Lo escribe a los Filipenses: «Cada uno de vosotros, con toda humildad —¿qué debe hacer con humildad?— considere a los demás superiores a sí mismo». Pablo «sentía esto», en tal medida que «él se califica no digno de ser llamado apóstol». Se define «el último» y, así, «incluso se humilla fuertemente».

En la misma línea, Francisco recordó el testimonio del santo peruano Martín de Porres, humilde fraile dominico, cuya memoria litúrgica se celebra el 3 de noviembre. «Su espiritualidad —explicó— se centraba en el servicio porque sentía que todos los demás, incluso los más grandes pecadores, eran superiores a él.

«La alegría del obispo —reafirmó luego el Papa— es esta humildad de la Iglesia: humildad, sin rivalidad o vanagloria». Y luego Pablo continúa: «No os encerréis en vuestros intereses, sino buscad todos el interés de los demás». Es necesario, por lo tanto, «buscar el bien del otro. Servir a los demás».

Precisamente «esta es la alegría de un obispo cuando ve así a su Iglesia: los mismos sentimientos, la misma caridad, manteniéndose unánimes y concordes». «Este es el aire que Jesús quiere en la Iglesia. Se pueden tener opiniones distintas, está bien. Pero siempre dentro de esta atmósfera, este ambiente de humildad, caridad, sin despreciar a nadie».

Pablo recomienda claramente que «no se busque el propio interés, sino el de los demás». En definitiva, exhorta a «no buscar beneficios para sí mismos» mirando exclusivamente al propio interés. Y «no es bueno —dijo el Papa Francisco— cuando en las instituciones de la Iglesia, de una diócesis, encontramos en las parroquias gente que busca el propio interés». Es lo que también «Jesús nos dice en el Evangelio: no os encerréis en vuestros intereses, no vayáis por el camino de la recompensa, del *do ut des*». En definitiva, no decir: «Está bien, yo te hice este favor, pero tú me haces este». Jesús lo recuerda con la parábola del Evangelio de san Lucas (14, 12-14) que relata la invitación a la cena de «los que no pueden dar nada a cambio: es la gratuidad».

«Cuando en una Iglesia —destacó el Pontífice— hay armonía, hay unidad, no se busca el propio interés, está esa actitud de gratuidad». De este modo «yo hago el bien» y no «un negocio con el bien».

El Papa Francisco sugirió pensar durante el día en «cómo es mi parroquia» o «cómo es mi comunidad». Y preguntarse si estas realidades y todas nuestras instituciones, tienen «este espíritu de sentimientos de amor, de unanimidad, de concordia, sin rivalidad o vanagloria». ¿Existe de verdad «este espíritu» o «tal vez encontraremos que hay algo por mejorar?». Y seguir así el consejo de Pablo, «para que la alegría del obispo sea plena; para que la alegría de Jesús sea plena».

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 45, viernes 7 de noviembre de 2014

No debemos tener miedo a la gratuidad de Dios que rompe los esquemas humanos de la conveniencia y la recompensa. Lo destacó el Papa Francisco en la homilía de la misa del martes 4 de noviembre. La reflexión surgió del pasaje evangélico de san Lucas (14, 15-24) inmediatamente sucesivo al texto en el que Jesús explicaba que en la ley de Dios «el *do ut des* no funciona» y para hacer comprender mejor el concepto aconsejaba: «Cuando des un banquete, invita a pobres, lisiados, cojos y ciegos; y serás bienaventurado, porque no pueden pagarte; te pagarán en la resurrección de los justos».

Ante la respuesta de «uno de los comensales que estaban en la mesa con Él» —que exclamó: «¡Bienaventurado el que coma en el reino de Dios!»— Jesús respondió con «la parábola del hombre que dio una gran cena» y fue rechazado por los invitados. El Papa trató de explicar las tres respuestas de los otros muchos invitados: «A todos les gusta ir a una fiesta, les gusta estar invitados; pero había algo, aquí, que a estos tres no les gustaba». El problema era: «¿invitados a qué?».

Uno, en efecto, presumiendo por la compra de un campo, puso por delante su deseo de «vanidad», «orgullo» y «poder», y prefirió ir a ver su campo antes que «permanecer sentado como uno más entre muchos en la mesa de ese señor». Otro habla de negocios y piensa más en el beneficio que en ir «a perder tiempo con esa gente», imaginando: «se hablará de muchas cosas, pero yo no estaré en el centro». Por último, está el hombre que se disculpa por estar recién casado. Podría llevar también a la esposa a la fiesta, pero él quiere «el afecto para sí mismo». En este caso prevalece el «egoísmo». Al final, destacó el Pontífice, «los tres se prefieren a sí mismos» y no quieren «compartir la fiesta».

Los hombres de la parábola —«que son un ejemplo de muchos»— ponen de relieve un «interés», la búsqueda de una «recompensa». Explicó el Papa: «Si la invitación hubiese sido, por ejemplo: “Venid, que tengo dos o tres amigos de negocios de otro país, podemos hacer algo juntos”, seguramente ninguno se hubiese disculpado». En efecto, «les asustaba la gratuidad», el hecho de «ser uno como los demás». Es «el egoísmo», el querer «estar en el centro de todo». Cuando se vive en esta dimensión, cuando «uno gira alrededor de sí mismo» termina por no tener horizontes «porque el horizonte es él mismo». Entonces es «difícil escuchar la voz de Jesús, la voz de Dios». Y, añadió el Papa, «detrás

de esta actitud» hay otra cosa, aún «más profunda»: es el «miedo a la gratuidad». La gratuidad de Dios, en relación con las experiencias de la vida que nos han hecho sufrir, «es tan grande que nos da miedo».

Una actitud semejante, recordó el Pontífice, a la de los discípulos de Emaús, cuando se alejaban de Jerusalén y decían: «Pero nosotros esperábamos que hubiese sido Él quien liberase Israel». Lo mismo, en el fondo, le sucedió a Tomás, que, a quien le hablaba de Jesús resucitado, decía: «Pero, no me vengas con historias», porque «si yo no veo, si no toco... Una vez he creído, y todo se derrumbó. Nada. Nunca más».

También Tomás «tuvo miedo a la gratuidad de Dios». Al respecto, el Papa recordó un dicho popular: «Cuando la limosna es grande, hasta el santo desconfía». Entonces, si «Dios nos ofrece un banquete así» pensamos: «mejor no meternos», mejor permanecer «con nosotros mismos». Estamos «más seguros en nuestros pecados, en nuestros límites», porque, de este modo, «estamos en nuestra casa». Salir, en cambio, «de nuestra casa para ir hacia la invitación de Dios, a la casa de Dios, con los demás» nos da «miedo». Y «todos nosotros cristianos —advirtió el obispo de Roma— tenemos este miedo escondido dentro», pero tampoco es mucho. Con demasiada frecuencia, en efecto, somos «católicos, pero no demasiado, confiados en el Señor, pero no demasiado». Y este «pero no demasiado» al final nos «empequeñece».

El Pontífice consideró luego, en la parábola evangélica, la actitud del dueño tras ser informado del rechazo de los invitados. Él «se enfadó porque había sido despreciado». Y entonces «mandó a llamar a todos los marginados, necesitados y enfermos, por las plazas y los caminos de la ciudad; los pobres, los lisiados, los ciegos, los cojos». Y cuando le indicaron que aún había sitio en la sala, dijo: «Sal por los caminos y senderos, e insísteles hasta que entren y se llene mi casa». Un verbo, «insísteles», que hace pensar: «Muchas veces —dijo el Papa— el Señor debe hacer lo mismo con nosotros: Él «insiste en ese corazón, en esa alma, diciendo que hay gratuidad», que su don «es gratis, que la salvación no se compra: es un gran regalo».

También nosotros, concluyó el Pontífice, tenemos miedo y «pensamos que la santidad se construye con nuestras cosas, y acabamos siendo un poco pelagianos». En cambio «la salvación es gratuita». No nos damos cuenta de que, como recuerda san Pablo en la Carta a los Filipenses (2, 5-11), todo esto «es gratis, porque Cristo Jesús, quien siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios...». Es Jesús, recordó el Papa, quien «pagó la fiesta con su humillación hasta la muerte, muerte de Cruz». Esta es la «gran gratuidad» de Dios. Sólo tenemos que «abrir el corazón, hacer de nuestra parte todo lo que podamos; pero la gran fiesta la hará Él».

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 46, viernes 14 de noviembre de 2014

No puede haber cristianos, y menos aún pastores, que permanezcan tristemente inertes «a mitad de camino» por miedo a «ensuciarse las manos» o ser criticados o comprometer la propia carrera eclesiástica. Es Dios quien muestra el estilo de comportamiento justo, bajando personalmente «al campo de acción» y marchando «siempre adelante, hasta el final, siempre en salida» con un solo objetivo: «no perder a nadie!», sobre todo a los alejados, con ternura. Es esta la indicación práctica sugerida por el Papa durante la misa del jueves 6 de noviembre, en la Casa Santa Marta.

El Papa Francisco se centró en el pasaje evangélico de san Lucas (15, 1-10): «Se acercaron a Jesús —explicó— todos los publicanos y pecadores para escucharlo; y los fariseos y los escribas murmuraban, se escandalizaban: “Este acoge a los pecadores y come con ellos”». Por lo demás, destacó el Papa, el gesto de Jesús «era un auténtico escándalo en ese tiempo, para esa gente, ¿no?».

Sin embargo, dijo el Papa, «Jesús vino para buscar a los que se habían alejado del Señor». Y lo explica bien al relatar «dos parábolas: la del pastor —que Jesús retoma en el Evangelio de Juan—, para explicar que Él es el buen Pastor; y la de la mujer» que tenía diez monedas y perdió una. Analizando las parábolas narradas por san Lucas, el Pontífice destacó cómo las palabras «que más se repiten en este pasaje son “perder”, “buscar”, “encontrar”, “alegría”, “fiesta”».

Precisamente estos términos usados por Jesús, continuó el Papa, «nos hacen ver cómo es el corazón de Dios: Dios no se detiene, Dios no llega hasta un cierto punto» y basta. No, «Dios va hasta el final, al límite: siempre va hasta el límite; no se queda a mitad de camino de la salvación, como si dijera: “lo hice todo, el problema es de ellos”».

En realidad, dijo el Pontífice volviendo al pasaje del Evangelio, «Jesús es muy generoso porque casi compara con Dios a estos fariseos y escribas que criticaban». Lo hace iniciando la parábola con estas palabras: «¿Quién de vosotros no hace esto?». Tal vez, es verdad, todos lo hacían, quedándose, sin embargo, «a mitad de camino». En efecto, indicó el Papa, «a ellos les interesaba que el balance de las ganancias y las pérdidas fuera más o menos favorable» y con este modo de ver las cosas «se iban tranquilos».

Este, sin embargo, es un razonamiento que «no entra en la mente de Dios,

¡eh!»), afirmó el Santo Padre. Porque «Dios no es un hombre de negocios: Dios es Padre y va a salvar hasta el final, hasta el límite, hasta las últimas consecuencias».

Esto hace Dios, «va al límite siempre: Dios es Padre y el amor de Dios es esto». Este estilo de Dios nos dice «a nosotros pastores, a nosotros cristianos» cómo comportarnos. Y es verdaderamente «triste el pastor» que se queda «a mitad de camino, es triste». Y tal vez hace algo, pero dice que no puede hacer más. En efecto, destacó el Papa, «es triste el pastor que abre la puerta de la Iglesia y permanece allí esperando». Como «es triste el cristiano que no siente dentro, en su corazón, la necesidad de ir a contar a los demás que el Señor es bueno».

Hay mucha «perversión —dijo el Pontífice— en el corazón de los que se creen justos, como estos escribas, estos fariseos» de los que hoy habla san Lucas. «Ellos no quieren ensuciarse las manos con los pecadores».

Así, pues, «ser un pastor a mitad de camino es una derrota». En efecto, «un pastor debe tener el corazón de Dios» para «ir hasta el límite». Debe tener «el corazón de Jesús, que había recibido del Padre esa palabra: no perder a ninguno».

He aquí, entonces, que «el verdadero pastor, el verdadero cristiano tiene este celo dentro: ¡que ninguno se pierda!». Y «por eso no tiene miedo a ensuciarse las manos: ¡no tiene miedo! Va donde debe ir, arriesga su vida, arriesga su fama, arriesga perder su comodidad, su estatus, incluso perder en la carrera eclesiástica. ¡Pero es buen pastor!».

Y «también los cristianos deben ser así». Porque «es muy fácil condenar a los demás, como hacían los publicanos, pero no es cristiano, ¡eh! Por ello el Santo Padre dijo con fuerza: «pastores a mitad de camino, ¡jamás! Cristianos a mitad de camino, ¡jamás!».

Y en este pasaje evangélico, insistió también el Papa, «se dice que esta gente se acercaba a Jesús». Pero «muchas veces se lee en el Evangelio que es Él quien va a buscar a la gente». Porque «el buen pastor, el buen cristiano sale, está siempre en salida: está en salida de sí mismo, está en salida hacia Dios, en la oración, en la adoración». Y «está en salida hacia los demás para llevar el mensaje de salvación».

Así, pues, «el buen pastor y el buen cristiano encarnan la ternura». En efecto, «el cristiano y el pastor a mitad de camino tal vez conoce la diversión, la tranquilidad, una cierta paz». Pero «la alegría» es otra cosa, «la alegría que hay en el paraíso, la alegría que viene de Dios, la alegría que viene precisamente del corazón de padre que va a salvar». El Papa Francisco indicó expresamente la belleza de «no tener miedo de que se hable mal de nosotros» cuando vamos «al encuentro de hermanos y hermanas que están lejos del Señor». Y concluyó pidiendo al Señor «esta gracia para cada uno de nosotros y

para nuestra Madre, la santa Iglesia».

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 46, viernes 14 de noviembre de 2014

Hay personas que de cristiano tienen sólo el nombre, y su apellido es «mundano». Son «paganos con dos pinceladas de barniz», y nos parecen cristianos cuando los vemos en la misa del domingo. En realidad han caído poco a poco en la tentación de la «mediocridad». Y precisamente de esta tentación el Papa alertó en la misa del viernes 7 de noviembre.

Para su meditación el Pontífice se remitió a un pasaje de la carta de san Pablo a los Filipenses (3, 17-4,1), donde el apóstol se dirige a ellos llamándoles «hermanos míos queridos y añorados, mi alegría y mi corona». Y los exhorta a «imitar a algunos y no a otros», aconsejando que miren a «los que andan según el modelo que tenéis en nosotros».

Del texto se comprende bien, explicó el Papa, que Pablo ya había hablado de esta cuestión en diversas ocasiones: «Porque —como os decía muchas veces, y ahora lo repito con lágrimas en los ojos— hay muchos que andan como enemigos de la cruz de Cristo». Sin embargo, continuó el Santo Padre, «los dos grupos estaban en la iglesia; todos iban a misa los domingos, alababan al Señor, se llamaban cristianos y bautizaban a los hijos». Entonces, «¿cuál era la diferencia?». Pablo es claro al respecto y recomienda a los Filipenses: «¡A estos ni los miréis! ¿Por qué? Porque se comportan como enemigos de la cruz de Cristo».

En esencia, explicó el Papa, son «cristianos mundanos, cristianos de nombre». Son «cristianos paganos». Tienen «el nombre cristiano, pero la vida pagana» o, por decirlo de otra forma, «paganos con dos pinceladas de barniz de cristianismo: así se presentan como cristianos, pero son paganos».

El Pontífice precisó que «esta gente, hermanos nuestros», no existían sólo en la época de Pablo. También hoy, advirtió, «hay muchos». Por ello «debemos estar atentos para no deslizarnos hacia la senda de los cristianos paganos, cristianos de la apariencia». En realidad «la tentación de acostumbrarse a la mediocridad —la mediocridad de estos cristianos— es precisamente su ruina, porque el corazón se entibia».

Profundizando luego el concepto, «Pablo va explicando un poco esto y habla de "ciudadanía"»: «Somos ciudadanos del cielo». En cambio, precisa el apóstol, la ciudadanía de los enemigos de la cruz es únicamente «terrena: son ciudadanos del mundo, no del cielo». Y su «apellido es "mundano"». He aquí por qué Pablo recomienda con fuerza: «¡Estad atentos con estos!».

Precisamente porque no es una cuestión referida sólo a los Filipenses de la época de Pablo, el Papa propuso una serie de interrogantes concretos para plantearse en un examen de conciencia: «A este punto cada uno de nosotros —también yo!— debe preguntarse: ¿tendré algo de estos? ¿Tendré algo de mundanidad dentro de mí? ¿Algo de paganismo? ¿Me gusta enorgullecerme? ¿Me gusta el dinero? ¿Me gusta el orgullo, la soberbia? ¿Dónde tengo mis raíces, es decir, de dónde soy ciudadano? ¿Del cielo o de la tierra? ¿Del mundo o del espíritu mundano?». En efecto, explicó citando nuevamente a Pablo, «somos ciudadanos del cielo, de donde aguardamos un Salvador: el Señor Jesucristo». ¿Y la ciudadanía de los enemigos de la cruz? El apóstol responde que «su paradero es la perdición». Así, añadió el Papa, «estos cristianos barnizados acabarán mal».

Y es importante, continuó el Pontífice, mirar hacia el final con el fin de observar «dónde te conduce la ciudadanía que tú tienes en tu corazón»: la «ciudadanía mundana a la ruina; la de la cruz de Cristo al encuentro con Él». ¿Cómo darse cuenta de que uno se desliza hacia la mundanidad, hacia la ciudadanía mundana? El Papa Francisco destacó, ante todo, que se trata de «un proceso que tiene lugar en nosotros». Se trata de «una tentación: uno se inclina hacia la mundanidad». Los signos para entender hacia dónde nos dirigimos, dijo el Pontífice, «están en el corazón: si amas y estás apegado al dinero, a la vanidad y al orgullo, vas por esa senda no buena; si buscas amar a Dios, servir a los demás, si eres dócil, humilde, servidor de los demás, vas por el buen camino». Y así «tu carné de ciudadanía es bueno: es del cielo». En cambio, «la otra es una ciudadanía que te llevará al mal».

En la carta a los Filipenses, «Pablo habla de transfiguración». Y así, quienes «van por la senda de Jesús, en la humildad, la mansedumbre y el servicio a los demás, la oración, la adoración, serán transfigurados en la gloria. Y también los demás cambiarán». Pablo «es claro»: «Estad atentos al espíritu de la mundanidad». Porque, insistió el Papa, «se comienza con poco, luego se va lentamente y es un camino que se sigue sin esfuerzo. Te lleva solo».

Es lo que testimonia el administrador del que habla san Lucas en el pasaje del Evangelio (16, 1-8) propuesto por la liturgia. «¿Cómo llegó —preguntó el Pontífice— este administrador al punto de estafar, de robar a su Señor? ¿Cómo llegó? ¿De un día para otro? ¡No! Poco a poco». Porque «el camino de la mundanidad de estos enemigos de la cruz de Cristo es así, te conduce a la corrupción. Y luego acaba como este hombre, robando abiertamente».

De aquí «el consejo de Pablo» a los Filipenses: «Permaneced firmes en el Señor según el ejemplo que os he dado». Esta —concluyó el Papa— «es una hermosa gracia que hay que pedir: permanecer firmes en el Señor».

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 46, viernes 14 de noviembre de 2014

«Escándalo, perdón y fe»: son tres palabras, estrechamente relacionadas entre sí, propuestas por el Papa en la misa del lunes 10 de noviembre. Palabras que el Pontífice tomó del pasaje del Evangelio de san Lucas (17, 1-6), donde «se habla de tres cosas: escándalo, perdón y fe».

La primera palabra en la que se centró el Papa es «el escándalo». «A mí — confesó— me impresiona cómo termina Jesús» su discurso, que tras hablar del escándalo dice: «Tened cuidado». Así, pues, usa una expresión «fuerte» para pedir que «no se provoque escándalo». Él mismo dice, como escribe Lucas, que «es imposible que no haya escándalos»; y añade: «¡ay de quien los provoca!». Con esta forma de hablar tan «fuerte» Jesús se dirige también «a nosotros, a los cristianos». En consecuencia «debemos preguntarnos: ¿yo escandalizo?». Y antes aún: «¿qué es el escándalo?». Al respecto el Papa explicó que el escándalo «es decir y profesar un estilo de vida —“soy cristiano”— y después vivir como un pagano que no cree en nada». Y «esto provoca escándalo porque falta el testimonio».

En este razonamiento el Pontífice hizo referencia a la primera lectura, tomada de la Carta a Tito (1, 1-9), al destacar que «Pablo escribe a su discípulo, el obispo Tito, y aconseja cómo deben comportarse los sacerdotes, los obispos, que son administradores de Dios». Y «da algunos consejos: que el sacerdote — presbítero u obispo— sea intachable; que no sea presuntuoso, que no mire a los demás con altanería; que no sea colérico, sino manso; que no sea dado al vino; que sea espiritual, no espiritualista; que no sea violento, sino pacífico; no ávido de ganancias poco limpias, no apegado al dinero, sino hospitalario, amante del bien, prudente, dueño de sí, fiel a la palabra digna de fe que se le ha enseñado». Porque «cuando un sacerdote —presbítero u obispo— no vive así, escandaliza». Y se expone a que le digan: «Tú eres maestro, pero dices una cosa y vives otra». De aquí la constatación del Papa: «¡Cuánto mal hacen al pueblo de Dios los escándalos de los sacerdotes, cuánto mal! La Iglesia sufre mucho por esto».

Estas palabras se refieren a los sacerdotes pero son válidas también «para todos los cristianos». Por el hecho de no ser sacerdotes, en efecto, no es «lícito ser arrogantes, coléricos, borrachos».

Por lo demás, insistió el Papa Francisco, «cuántas veces hemos escuchado: “Yo no voy a la Iglesia —hombres y mujeres— porque es mejor ser honesto en

casa y no ir como ese, esa o aquella que van a la Iglesia y luego hacen esto, esto y esto...». Así se ve que «el escándalo destruye, destruye la fe». Y es «por esto que Jesús es tan firme» y repite: «¡Estad atentos!». Esta exhortación de Jesús «nos hará bien repetirla hoy: Estad atentos a vosotros mismos». Porque «todos somos capaces de escandalizar».

La segunda palabra sugerida por san Lucas es «perdón». Jesús, en el Evangelio, «habla del perdón y —destacó el Papa— nos aconseja que no nos cansemos de perdonar. ¿Por qué? Porque yo he sido perdonado». En efecto, «el primer perdonado en mi vida soy yo. Por esto no tengo derecho a no perdonar: estoy obligado, por el perdón recibido, a perdonar a los demás». Así, pues, «perdonar: una vez, dos, tres, setenta veces siete, ¡siempre! Incluso en el mismo día». En esto, aclaró el Pontífice, Jesús en cierto sentido «exagera para hacernos comprender la importancia del perdón». Porque «un cristiano que no es capaz de perdonar escandaliza: no es cristiano».

Esta verdad «está en el Padrenuestro: Jesús lo enseñó allí», recordó el Pontífice. Ciertamente, reconoció, el discurso del perdón «no se comprende con la lógica humana», «que te lleva a no perdonar, a la venganza; te conduce al odio, a la división». Así, vemos «cuántas familias divididas por no perdonarse, ¡cuántas familias! Hijos distanciados de sus padres; marido y mujer distanciados...». Por esta razón «es tan importante pensar esto: si yo no perdono no tengo, parece que no tendría, derecho a ser perdonado o no comprendí lo que significa que el Señor me haya perdonado».

Ciertamente, afirmó también el Papa, «se comprende que, escuchando estas cosas, los discípulos hayan dicho al Señor: aumenta nuestra fe». En efecto, «sin la fe no se puede vivir sin escandalizar y siempre perdonando». Necesitamos la «luz de la fe, esa fe que hemos recibido, la fe de un Padre misericordioso, de un Hijo que dio la vida por nosotros, de un Espíritu que está dentro de nosotros y nos ayuda a crecer, la fe en la Iglesia, la fe en el pueblo de Dios, bautizado, santo». Y «esto es un don: la fe es un regalo. Nadie —dijo el Papa Francisco— con los libros o participando en conferencias puede tener la fe». Por lo demás, precisamente porque «la fe es un regalo de Dios que te es dado, los apóstoles pidieron a Jesús: Aumenta nuestra fe».

El Pontífice concluyó sugiriendo reflexionar bien sobre «estas tres palabras». En lo que respecta al escándalo, resumió, es suficiente recordar «sólo las palabras de Jesús: estad atentos a vosotros mismos. Y esto es peligroso»: mejor, en efecto, «ser arrojado en el mar» que escandalizar. En relación al perdón, el Papa invitó a recordar siempre que somos los primeros perdonados. Y, por último, el aspecto de la fe, sin la cual, reafirmó, «nunca podré llevar adelante una vida sin escandalizar y una vida de perdón».

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 46, viernes 14 de noviembre de 2014

¿Cómo debe ser nuestra fe? Es la pregunta de los apóstoles y es también la nuestra. La respuesta es: «una fe enmarcada en el servicio» a Dios y al prójimo. Un servicio humilde, gratuito, generoso, nunca «por la mitad». Al comentar el Evangelio de san Lucas propuesto por la liturgia (17, 7-10), el Papa —durante la misa del martes 11 de noviembre— hizo referencia al pasaje en el que a los discípulos que piden: «Señor, aumenta nuestra fe», Jesús responde: «Si tuvierais fe como un granito de mostaza, diríais a esa morera: Arráncate de raíz y plántate en el mar, y os obedecería». El Señor, explicó el Pontífice, habla de «una fe poderosa», tan fuerte que es capaz «de hacer grandes maravillas», pero con una condición: que se introduzca «en el marco del servicio». Un servicio total, como el del «servidor que trabajó toda la jornada» y al volver a casa «debe servir al Señor, darle de comer y luego descansar».

Parece, comentó el Papa, «un poco exigente»: alguien podría aconsejar «a este servidor que vaya al sindicato a buscar consejo» acerca de cómo comportarse «con un patrón así». Pero el servicio que se le pide es «total» porque es el mismo que vivió Jesús: «Él vivió con esa actitud de servicio; Él es el servidor; Él se presenta como el servidor, que vino a servir y no a ser servido».

Encaminada por la «senda del servicio», la fe «hará milagros». Al contrario, «un cristiano que recibe el don de la fe en el bautismo, pero luego no lo lleva por el camino del servicio, se convierte en un cristiano sin fuerza, sin fecundidad, un cristiano para sí mismo, para servirse a sí mismo, para procurar ventajas para sí mismo». Este, comentó el Papa, «irá al cielo, seguramente, pero qué vida triste». Y, así, «muchas cosas grandes del Señor» se «desperdician» porque, como «el Señor claramente dijo: el servicio es único», y no se puede servir a dos señores. En este punto el Pontífice entró más detalladamente en la vida cotidiana y en las dificultades que tiene el cristiano al tratar de vivir la palabra evangélica. «Nosotros —dijo— podemos alejarnos de esta actitud del servicio», ante todo «por un poco de pereza»: es decir, llegamos a estar «cómodos, como hicieron las cinco jóvenes perezosas que esperaban al esposo pero sin preocuparse por el aceite de las lámparas». Y la pereza hace «tibio el corazón». Entonces, por comodidad estamos inclinados a encontrar justificaciones: «Pero, si viene este o si viene aquella a golpear la

puerta, dile que no estoy en casa, porque vendrá a pedir un favor y no, yo no quiero...». Es decir, la pereza «nos aleja del servicio y nos conduce a la comodidad, al egoísmo». Y, comentó el Papa, «muchos cristianos» son así: «son buenos, van a misa», pero en lo que se refiere al servicio se arriesgan «hasta un cierto punto». Sin embargo, destacó, «cuando digo servicio, digo todo: servicio a Dios en la adoración, oración y alabanzas», servicio «al prójimo» y «servicio hasta las últimas consecuencias». En esto, Jesús «es fuerte» y recomienda: «Así también vosotros, cuando habréis hecho todo lo que se os haya ordenado, diréis: somos siervos inútiles». Hay que prestar un «servicio gratuito, sin pedir nada».

Existe también, continuó el Papa, otra «ocasión que aleja de la actitud de servicio», y es la de «adueñarse de las situaciones». Es lo que les sucedió a los apóstoles, que alejaban a las personas «para que no molestasen a Jesús», pero en realidad también «por ser cómodo para ellos»: es decir, «se adueñaban del tiempo del Señor, se adueñaban del poder del Señor: lo querían para su grupito». En realidad, «se adueñaban de esa actitud de servicio, transformándolo en una estructura de poder». Así, comentó el Pontífice, «se explica cuando entre ellos discutían acerca de quién era el más grande»; y «se comprende cuando la madre de Santiago y Juan va a pedir al Señor que uno de sus hijos sea el primer ministro y el otro el ministro de economía». Lo mismo sucede a los cristianos que, «en lugar de servidores», se convierten en «dueños: dueños de la fe, dueños del reino, dueños de la salvación. Esto sucede, es una tentación para todos los cristianos».

El Señor, en cambio, nos habla de «servicio en humildad». Como lo hizo «Él, que siendo Dios se humilló a sí mismo, se abajó, se anonadó: para servir. Es servicio en la esperanza, y esta es la alegría del servicio cristiano», que vive, como escribe san Pablo a Tito, «aguardando la dicha que esperamos y la manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro, Jesucristo». El Señor «llamará a la puerta» y «vendrá a nuestro encuentro» en ese momento, dijo el Papa; y expresó un deseo: «Por favor, que nos encuentre con esta actitud de servicio».

Cierto, en la vida «debemos luchar mucho contra las tentaciones que tratan de alejarnos» de esta disposición: la pereza que «lleva a la comodidad» y hace prestar un «servicio por la mitad»; y la tentación de «adueñarnos de la situación», que «lleva a la soberbia, al orgullo, a tratar mal a la gente, a sentirse importantes “porque soy cristiano, tengo la salvación”». Que el Señor, concluyó el Pontífice, «nos dé estas dos grandes gracias: la humildad en el servicio, con el fin de poder decir: somos siervos inútiles», y «la esperanza al aguardar la manifestación» del Señor que «vendrá a nuestro encuentro».

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 47, viernes 21 de noviembre de 2014

Ya está aquí el reino de Dios en la santidad escondida de todos los días que viven esas familias que llegan a finales de mes con menos de un euro solamente. Pero que no ceden a la tentación de pensar que el reino de Dios sea sólo un espectáculo. Quizás como esos que hacen del sacramento una caricatura, transformándolo en una feria de vanidad y de hacerse ver. Así el Papa Francisco, en la misa del jueves 13 de noviembre, volvió a relanzar el compromiso de vivir la fe con perseverancia, día tras día, dejando campo libre al Espíritu Santo en el silencio, en la humildad y en la adoración; y proponiendo las verdaderas características del reino de Dios.

Precisamente el hecho de que Jesús hablase mucho del reino de Dios había convertido en «curiosos» también a los fariseos. Tanto que —se lee en el Evangelio de san Lucas (17, 20-25)— llegan a preguntarle: «¿Cuándo va a llegar el reino de Dios?». Y «Jesús responde claro: el reino de Dios no viene aparatosamente; ni dirán: "Está aquí" o "Está allí", porque, mirad, el reino de Dios está en medio de vosotros».

En efecto, señaló el Papa, «Cuando Jesús explicaba en las parábolas cómo era el reino de Dios, utilizaba siempre palabras serenas, tranquilas» y utilizaba «también figuras que decían que el reino de Dios estaba escondido». Así, Jesús compara el reino a «un mercader que busca perlas finas aquí y allá» o bien, a «otro que busca un tesoro escondido en la tierra». O decía que era «como una red que acoge a todos o como la semilla de mostaza, pequeña, que luego llega a ser un árbol grande».

En definitiva, puntualizó el Papa, «el reino de Dios no es un espectáculo». Precisamente «el espectáculo, muchas veces, es la caricatura del reino de Dios». En cambio, «el reino de Dios es silencioso, crece dentro; lo hace crecer el Espíritu Santo con nuestra disponibilidad». Pero «crece lentamente, silenciosamente».

En el relato de san Lucas, Jesús vuelve a lanzar su discurso y pregunta: «¿vosotros queréis ver el reino de Dios?». Y explica: «Os dirán: ¡está allá! o ¡está aquí! ¡No vayáis! ¡No les sigáis! Porque el reino de Dios vendrá como el fulgor del relámpago, en un instante». Sí, «se manifestará al instante, está dentro». Pero, destacó el Pontífice, «pienso en cuántos son los cristianos que prefieren el espectáculo en vez del silencio del reino de Dios».

Al respecto, el Papa sugirió un breve examen de conciencia para no caer en la

tentación del espectáculo preguntando: «¿Tú eres cristiano? ¡Sí! ¿tú crees en Jesucristo? ¡Sí! ¿crees en los sacramentos? ¡Sí! ¿crees que Jesús está allí y que ahora viene aquí? ¡Sí, sí, sí!». Y, entonces, «¿por qué no vas a adorarlo, por qué no vas a la misa, por qué no comulgas, por qué no te acercas al Señor», para que su reino «crezca» dentro de ti? Por lo demás, afirmó, «el Señor jamás dice que el reino de Dios es un espectáculo». Ciertamente, explicó, «es una fiesta, pero es distinto. Es una fiesta bellísima, una gran fiesta. Y el cielo será una fiesta, pero no un espectáculo».

Y es lo que sucede, a veces, «en las celebraciones de algunos sacramentos», dijo invitando a pensar especialmente en las bodas. Tanto que tenemos que preguntarnos: «¿Esta gente vino a recibir un Sacramento, a hacer fiesta como en Caná de Galilea, o vino a hacer el espectáculo de la moda, de hacerse ver, de la vanidad?». Pero, se lee en san Lucas, «el día que haya ruido, será como el fulgor que brilla de un extremo al otro del cielo, así será el Hijo del hombre en su día, el día que en que habrá ruido».

Al contrario del espectáculo, está «la perseverancia de muchos cristianos que llevan adelante la familia: hombres, mujeres que se preocupan por sus hijos, que llegan a finales de mes con menos de un euro solamente, pero oran». Y el reino de Dios «está allí, escondido en esa santidad de la vida cotidiana, esa santidad de todos los días». Porque «el reino de Dios no está lejos de nosotros, está cerca».

Precisamente la «cercanía es una de las características» del reino. Cercanía que quiere decir «todos los días». Por eso «Jesús aparta de la mente de los discípulos una imagen espectacular del reino de Dios». Y «cuando quiere hablar de los últimos tiempos, cuando vendrá en su gloria, el último día, dice: así será el Hijo del hombre en su día, como el fulgor del relámpago, pero primero es necesario que padezca mucho y sea reprobado por esta generación».

Del reino de Dios, por lo tanto, «forma parte también el sufrimiento, la cruz; la cruz cotidiana de la vida, la cruz del trabajo, de la familia». Así «el reino de Dios es humilde, como la semilla: humilde; pero se hace grande por el poder del Espíritu Santo». Y «a nosotros nos toca dejarlo crecer en nosotros, sin gloriarnos. Dejar que el Espíritu venga, nos cambie el alma y nos lleve adelante en el silencio, la paz, la quietud, la cercanía a Dios, a los demás, sin espectáculos». El Papa concluyó invitando a pedir «al Señor esta gracia de cuidar el reino de Dios que está dentro de nosotros y en medio de nosotros y de nuestras comunidades: cuidarlo con la oración, la adoración, el servicio de la caridad, silenciosamente».

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 47, viernes 21 de noviembre de 2014

Una pequeña jornada romana de la juventud. O, mejor aún, una jornada de los niños, con un encuentro muy animado de catecismo cara a cara con el propio obispo. Esta fue la experiencia de un grupo de chavales de la parroquia romana Santa María Madre de la Providencia, que el viernes 14 de noviembre, por la mañana, participó en la misa celebrada por el Papa. Y, para «transmitir la fe» a los chavales de hoy, afirmó el Pontífice, se necesitan personas que den el ejemplo «y no las palabras».

Su presencia en la misa no pasó desapercibida. «¡Si miro hacia este lado me parece la jornada de la juventud!», comentó el Pontífice al iniciar su homilía y confesó que para él era como celebrar la misa que en las parroquias llaman la «misa de los jóvenes». Y «es hermoso mirar a los jóvenes» destacó, porque significa «mirar a un futuro, mirar una promesa, mirar al mundo que está por llegar».

Pero —y es la primera pregunta que el Papa dirigió a los adultos, a los educadores— «¿qué les dejamos a los chavales? ¿Qué ejemplo damos». Sobre todo, insistió refiriéndose a la segunda carta de san Juan (1, 3-9) apenas proclamada, «¿enseñamos lo que hemos escuchado en la primera lectura: caminar en el amor y en la verdad? ¿O lo enseñamos con las palabras, pero nuestra vida va por otra parte?». Es por eso que, reafirmó, «para nosotros mirar a los chavales es una responsabilidad». Y precisamente por esto, «hoy nos hará bien pensar cómo es mi actitud con los niños, con los chavales, con los jóvenes». Y propuso un examen de conciencia preguntando: «¿Cómo es mi actitud? ¿Es una actitud de hermano, de padre, de madre, de hermana, que lo hace crecer, o es una actitud de indiferencia» como decir «ellos que crezcan, yo hago mi vida...?».

En efecto, «todos nosotros —explicó— tenemos una responsabilidad de dar lo mejor que tenemos, y lo mejor que tenemos es la fe: dársela a ellos, pero darla con el ejemplo. Hoy las palabras no sirven. En este mundo de la imagen las palabras no sirven». «Lo que cuenta de verdad es el ejemplo». Por lo tanto: «¿qué les doy a ellos?».

A este punto el Papa se dirigió a los chavales de la parroquia romana, entablando un diálogo de pregunta y respuesta: «Y vosotros ¿por qué habéis venido a misa? ¿Lo sabéis? ¿Quién se atreve a decirlo? ¿Por qué vinisteis a misa? ¿Tenéis miedo de hablar? ¿Por qué? ¡Tienen miedo!». Y tras saludar al

párroco, invitó nuevamente a responder en voz alta a la pregunta sobre su presencia en la misa. «¡Para verte!» dijo uno. «¡Para verme! Gracias, ¡muchas gracias!» contestó inmediatamente el Pontífice y añadió: «¡También a mí me gusta veros a vosotros! Y esto que has dicho es importante: para ver una persona, que es el obispo de la ciudad, que es el Papa, que vemos en la televisión, pero que queremos ver de cerca».

Sin embargo, aconsejó, «es importante también que tengáis la costumbre de ir al encuentro de las personas mayores, a las personas que os dan un buen ejemplo». Es decir, precisó, «ver en casa, ver en la familia, ver al párroco, a los sacerdotes, las religiosas: ver cómo son y cómo viven la vida, la vida cristiana». Después volvió a dialogar con los chavales: «¿Todos habéis hecho la primera comunión? ¿Sí? ¿Todos? ¿Y la confirmación? ¿Nadie ha hecho la confirmación?». Al escuchar las respuestas el Papa comentó: «¿Tú no la has hecho? ¿Tampoco vosotros? ¿Quién más no ha hecho la primera comunión? ¿Tú? Y la confirmación ¿la ha hecho alguien?».

Así, pues, indicó a sus jóvenes interlocutores, «esto es un camino, es un camino de la vida cristiana que inicia». Y preguntó de nuevo: «¿Con cuál sacramento se comienza la vida cristiana?». Rápida esta vez la respuesta: «¡Con el bautismo!». Y el Pontífice: «¡Bien! Con el bautismo se abre la puerta de la vida cristiana y luego viene lo que decía, aquí, san Juan» en la primera lectura: «Caminar en la verdad y en el amor». Esta, explicó, «es la vida cristiana: creer en la verdad y amar, amar a Dios y amar a los demás». Pero las preguntas no terminaron: «En estos sacramentos —os pregunto—, ¿la oración es un sacramento? No. Es verdad, no. La oración no es un sacramento, pero debemos orar». Y prosiguiendo la conversación el Papa dijo que era importante «rezar al Señor, rezar a Jesús, rezar a la Virgen para que nos ayuden en este camino de la verdad y del amor».

Y retomando el hilo conductor del discurso con el niño que, al inicio, le había dicho que había venido a Santa Marta para ver al Papa, dijo: «Habéis venido a verme, ¿quién de vosotros lo había dicho? ¡Tú! Es verdad, pero habéis venido también para ver a Jesús, ¿de acuerdo? ¿O dejamos a Jesús a un lado?». Y añadió: «Ahora vendrá Jesús al altar y lo veremos todos: ¡es Jesús!». Entonces «en ese momento debemos pedir a Jesús que nos enseñe a caminar en la verdad y en el amor: ¿lo decimos juntos? Caminar en la verdad y en el amor». Por último, junto con ellos, El Papa pidió «a Jesús que nos dé esta gracia de caminar en la verdad y en el amor».

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 47, viernes 21 de noviembre de 2014

El cristiano está llamado a reconocer al Señor en los marginados —y hay muchos incluso en las inmediaciones del Vaticano— sin el aire de quien se siente «privilegiado» por formar parte de un «grupito de elegidos» y en ese «microclima eclesiástico» que en realidad aleja de la Iglesia al pueblo de Dios y a las diversas periferias. Lo dijo el Papa en la homilía de la misa del lunes 17 de noviembre.

«Este pasaje del Evangelio —destacó el Pontífice refiriéndose a la página de san Lucas (18, 35-43)— comienza con un *no ver*, un ciego, y termina con un *ver*: “Todo el pueblo, al ver esto, alabó a Dios”». Hay, explicó, «tres clases de personas en este texto: el ciego, los que estaban con Jesús y el pueblo». El ciego, por la «enfermedad que le había quitado la vista, no veía, mendigaba», dijo el Pontífice. El «ciego sentado al borde del camino» es «como tantos marginados aquí, en la plaza Pío XII, en vía Ottaviano, en la plaza»; y hoy hay «muchos, muchos, sentados al borde del camino», recordó el Papa. Ese hombre no veía pero «no era tonto: sabía todo lo que sucedía en la ciudad». Así, pues, «estaba precisamente en la entrada de la ciudad de Jericó» y de ese modo «sabía todo y quería saber todo». Sin embargo, «cuando percibió que precisamente Jesús se acercaba, gritó». Y «cuando querían hacerlo callar, gritaba aún más fuerte». ¿Cuál es la razón de su actitud? El Papa lo explicó así: «Este hombre tenía deseos de salvación, tenía ganas de ser curado». En tal medida que, se lee en el Evangelio, «Jesús dijo que tenía fe». En efecto, el ciego «apostó y venció» —explicó el Santo Padre—, incluso si «es difícil apostar cuando una persona está tan “disminuida”, tan marginada». De todos modos, él «apostó» y llamó «a la puerta del corazón de Jesús». La «segunda clase de personas» que encontramos en el pasaje evangélico de san Lucas está formada, en cambio, por «los que caminaban con el Señor». Son «los discípulos, también los apóstoles, los que lo seguían e iban con el Señor». Estaban también «los convertidos, los que habían aceptado el reino de Dios».

Precisamente ellos «reprendieron al ciego para que callase». Y obrando así «alejaban al Señor de una periferia». En efecto, afirmó el Papa, «esta periferia no podía llegar al Señor, porque este círculo —con muy buena voluntad— cerraba la puerta».

Lamentablemente, reconoció el Pontífice, «esto sucede con frecuencia entre nosotros creyentes: cuando hemos encontrado al Señor, sin darnos cuenta, se

crea este microclima eclesiástico». Y es una actitud que tienen «no sólo los sacerdotes, los obispos», sino «también los fieles». Un modo de comportarse que lleva a decir: «Nosotros somos los que estamos con el Señor». Y «de tanto mirar al Señor» sucede que «no miramos las necesidades del Señor». En realidad, no miramos al «Señor en el marginado».

El problema, explicó el Papa, es que «esta gente que estaba con Jesús había olvidado los malos momentos de la propia marginación; había olvidado el momento en el que Jesús los había llamado, y de dónde». Así, ahora decían: «Ahora somos elegidos, estamos con el Señor». Y con este «pequeño mundo eran felices» pero «no permitían que la gente molestase al Señor». Hasta el punto que «no dejaban aproximarse, acercarse, ni siquiera a los niños». Eran personas que, dijo el Papa, «habían olvidado el camino que el Señor había hecho con ellos».

Se trata de una realidad que —recordó el Pontífice refiriéndose al pasaje del Apocalipsis (1, 1-5; 2, 1-5)— «el apóstol Juan dice con una frase muy bonita que hemos escuchado en la primera lectura: habían olvidado, habían abandonado su primer amor». Y esto «es un signo: cuando en la Iglesia los fieles, los ministros, se convierten en un grupo así, no eclesial sino eclesiástico, de privilegio, de cercanía al Señor, tienen la tentación de olvidar el primer amor». Se trata de «una tentación de los discípulos: olvidar el primer amor, es decir, olvidar también las periferias, donde yo estaba antes, incluso si debo avergonzarme». Es una actitud que puede resumirse en la expresión: «Señor este huele mal, no hagas que venga a ti». Pero la respuesta del Señor es clara: «¿Y tú no olías mal cuando te he besado?».

Ante «esta tentación de los pequeños grupos de los elegidos», presente en todas las épocas, la actitud de «Jesús, en la Iglesia, en la historia de la Iglesia», es la que describe san Lucas: «se paró». Es «una gracia —destacó el Papa— cuando Jesús se detuvo y dijo: mirad allí, traedlo a mí», como hizo con el ciego de Jericó. De este modo el Señor «hace que los discípulos giren la cabeza hacia las periferias que sufren». Como si dijese: «No me miréis sólo a mí. Sí, me tenéis que mirar, pero no sólo a mí. Miradme también en los demás, en los necesitados».

En efecto, «cuando Dios se detiene, lo hace siempre con misericordia y justicia, pero también, algunas veces, lo hace con ira», precisó el Papa refiriéndose al momento en que el Señor «se paró ante la clase dirigente» y la definió «generación perversa y adúltera»: cierto, comentó, «esto no era una caricia».

El «tercer grupo» que presenta san Lucas es «el pueblo sencillo que necesita signos de salvación». Se lee en el pasaje del Evangelio: «Todo el pueblo, al ver esto, alabó a Dios». Y, destacó el Papa, «cuántas veces encontramos gente sencilla, muchas ancianas que caminan y van, y con mucho sacrificio, a rezar a

un santuario de la Virgen». Son personas que «no piden privilegios, piden sólo gracia».

He aquí, entonces, resumió el Papa, las tres clases de personas que nos interpelan directamente: «el marginado, los privilegiados y el pueblo fiel que sigue al Señor».

Esta reflexión, sugirió el Papa, nos tiene que llevar a pensar «en la Iglesia, en nuestra Iglesia, que está sentada al borde del camino de esta Jericó». Porque «en la Biblia, Jericó, según los padres, es el símbolo de pecado». Por lo tanto, exhortó, «pensemos en la Iglesia que mira a Jesús que pasa, a esta Iglesia marginada», en «estos no creyentes, estos que pecaron y no tienen ganas de levantarse, porque no tienen fuerza para recomenzar». Y también, añadió el Pontífice, en la «Iglesia de los niños, de los enfermos, de los presos, la Iglesia de la gente sencilla», pidiendo «al Señor la gracia que todos nosotros, que tenemos la gracia de haber sido llamados, jamás, jamás, jamás nos alejemos de esta Iglesia. Que nunca entremos en este microclima de los discípulos eclesiásticos privilegiados que se alejan de la Iglesia de Dios que sufre, que pide salvación, que pide fe, que pide la Palabra de Dios». Por último, concluyó el Papa, «pidamos la gracia de ser pueblo fiel de Dios, sin pedir al Señor ningún privilegio que nos aleje del pueblo de Dios».

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 47, viernes 21 de noviembre de 2014

«La Palabra de Dios es capaz de cambiar todo» pero nosotros «no siempre tenemos la valentía de creer» en ella. En la homilía del martes 18 de noviembre, el Papa Francisco habló de la conversión y, al comentar la liturgia del día, abordó el tema en tres categorías: «tres llamadas a la conversión». Porque, explicó, «convertirse no es un acto de voluntad»; no se piensa: «ahora me convierto, me conviene...», o bien: «debo hacerlo...». No, la conversión «es una gracia», es «una visita de Dios», es Jesús «que llama a nuestra puerta, al corazón, y dice: "Ven"».

¿Cuáles son, entonces, estas tres llamadas? La primera está en el libro del Apocalipsis (3, 1-6, 14-22), cuando el Señor pide la conversión a los cristianos porque pasaron a ser «tibios». Es «el cristianismo, la espiritualidad de la comodidad», explicó el Pontífice. Es el caso de quien se siente cómodo y afirma: «No me falta nada. Voy a misa los domingos, rezo algunas veces, me siento bien, estoy "en gracia de Dios", soy rico, me he enriquecido con la gracia, no necesito nada, estoy bien».

Este estado de ánimo, destacó el Papa, «es un estado de pecado: la comodidad espiritual es un estado de pecado». En el Apocalipsis se lee: «Tú dices: "yo soy rico, me he enriquecido, y no tengo necesidad de nada", y no sabes que tú eres desgraciado, digno de lástima, un pobre, ciego y desnudo». El Señor no ahorra palabras «a estos cristianos cómodos», «dice todo, y de frente». En la Escritura se lee también: «porque eres tibio estoy a punto de vomitarte de mi boca». Una expresión, destacó el Papa, «muy fuerte». Luego, tras la palabra dura, el Señor «se acerca y habla con ternura: "Ten, pues, celo y conviértete"»: es esta, dijo el Pontífice, «la llamada a la conversión: "Estoy de pie a la puerta y llamo"». Así, el Señor se dirige al «partido de los cómodos, de los tibios» e invita a «convertirse de la tibieza espiritual, de ese estado de mediocridad».

Luego, hay una segunda llamada: y es la llamada para quienes «viven de las apariencias». Es también el Apocalipsis quien las enumera: «Tienes nombre como de quien vive, pero estás muerto». A quien piensa que está vivo sólo gracias al aparentar, el Señor dice: «"Sé vigilante", por favor, "reanima lo que te queda y que estaba a punto de morir": todavía hay algo que está vivo, reanima eso». Y añade un consejo de ternura: «Acuérdate de cómo has recibido y escuchado mi palabra, y guárdala y conviértete. Si no vigilas, vendré comoladrón». Tres, en este caso las palabras —«memoria», «custodia»

y «vigilancia»—, subrayadas por el Papa, que imagina que este tipo de hombre piensa: «Aparento ser cristiano, pero dentro estoy muerto». Las apariencias, dijo, «son el sudario de estos cristianos: están muertos». Y el Señor «los llama a la conversión: “Acuérdate, sé vigilante y sigue adelante. Aún hay algo vivo en ti: reánimalo”».

Cada uno de nosotros, entonces, está llamado a preguntarse: «¿Soy de estos cristianos de las apariencias? ¿Estoy vivo por dentro, tengo una vida espiritual? ¿Siento al Espíritu Santo», ¿lo escucho?».

Está, por último, la tercera llamada a la conversión, la de Zaqueo. ¿Quién era? «Era jefe de los publicanos y rico»; un «corrupto» que «trabajaba para los extranjeros, para los romanos, traicionaba a su patria. Buscaba el dinero en la aduana» y de ello daba «una parte al enemigo de la patria». Es decir, era «uno como tantos dirigentes que nosotros conocemos: corruptos»; personas que, «en lugar de servir al pueblo», lo explotan «para servirse a sí mismos». Zaqueo, comentó el Papa, «no era tibio; no estaba muerto. Estaba en estado de putrefacción. Precisamente corrupto». Sin embargo, ante Cristo «sintió algo dentro: a este hombre capaz de curar, a este profeta que dicen que habla tan bien, yo quisiera verlo, por curiosidad». Aquí se ve la acción del Espíritu: «el Espíritu Santo es astuto y sembró la semilla de la curiosidad»; y ese hombre para ver a Jesús hizo «un poco el ridículo»: un dirigente, un «jefe de los dirigentes» subió «a un árbol para ver una procesión». Es un poco ridículo «comportarse así». Sin embargo, él hizo precisamente eso, «no tuvo vergüenza. “Yo quiero verlo”».

Dentro de él —explicó el Papa—, que era alguien seguro de sí, «trabajaba el Espíritu Santo. Y luego sucedió lo que sucedió: la Palabra de Dios entró en ese corazón y con la Palabra, la alegría». Es más, los hombres que vivían en la «comodidad» y los «de la apariencia habían olvidado lo que era la alegría»; mientras que «este corrupto la recibe inmediatamente».

El Evangelio de san Lucas relata que él «bajó de prisa y lo acogió lleno de alegría»: es decir, acogió «la Palabra de Dios, que era Jesús». Y en él tuvo lugar «inmediatamente» lo que sucedió a Mateo (tenían «la misma profesión»): «el corazón cambió, se convirtió, y pronunció su palabra auténtica: “He aquí, Señor, yo doy la mitad de lo que poseo a los pobres, y si he robado a alguien” —mucho— “restituyo cuatro veces más”». Un pasaje iluminador según el Papa Francisco: «esta es una regla de oro. Cuando la conversión llega a los bolsillos, es segura», y explicó: «¿Cristianos de corazón? Todos. ¿Cristianos de alma? Todos. Pero, ¿cristianos de bolsillos? Pocos». Sin embargo, ante la «palabra auténtica» la conversión «llegó inmediatamente». Y está «la otra palabra», la de los que no querían convertirse: «Viendo esto, murmuraban: “Entró en la casa de un pecador”. Se ensució, perdió la pureza. Debe purificarse porque entró en la casa de un pecador».

Como conclusión, tres llamadas a la conversión realizadas «por Jesús mismo»: «a los tibios, a los de la comodidad», luego «a los de la apariencia, a los que se creen ricos pero son pobres», es más, «no tienen nada, están muertos» y, por último, a quien está más allá de la muerte: en la corrupción». Ante estos «la Palabra de Dios es capaz de cambiar todo. Pero la verdad —dijo el Pontífice— es que no siempre tenemos el valor de creer en la Palabra de Dios», de recibir esa Palabra que nos cura dentro» y por la cual «el Señor llama a la puerta de nuestro corazón».

Esta, concluyó el Papa, «es la conversión». Conversión en la cual «la Iglesia quiere que en estas últimas semanas del año litúrgico pensemos muy seriamente» a fin de que «podamos seguir adelante en el camino de nuestra vida cristiana». Por ello debemos «recordar la Palabra de Dios», «remitirnos a la memoria», «custodiarla», «obedecerle» y «vigilar», para comenzar «una vida nueva, convertida».

**Homilías del Papa Francisco, en la Misa de la mañana en santa Marta.
Año 2014.**



Textos tomados de: www.vatican.va
Compuestos por: alphonsus2002@googlemail.com
Diciembre.

- 2 de diciembre de 2014. Sólo el humilde comprende.**
- 4 de diciembre de 2014. Sin maquillaje sobre la roca.**
- 9 de diciembre de 2014. Salir para dar vida.**
- 11 de diciembre de 2014. La canción de cuna de Dios.**
- 15 de diciembre de 2014. Corazones tenebrosos.**
- 16 de diciembre de 2014. Los que irán en primer lugar.**
- 18 de diciembre de 2014. La historia somos nosotros.**
- 19 de diciembre de 2014. La hora de la re-creación.**

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 49, viernes 5 de diciembre de 2014

La grandeza del misterio de Jesús sólo se puede conocer humillándose y abajándose como lo hizo Él, que llegó al punto de ser «marginado» y ciertamente no se presentó como un «general o un gobernador». Los teólogos mismos, si no hacen «teología de rodillas», corren el riesgo de decir «muchas cosas» pero de no entender «nada». Ser humildes y mansos, por lo tanto, fue la sugerencia del Papa Francisco, en la misa del martes 2 de diciembre. «Los textos litúrgicos que nos ofrece hoy la Iglesia —destacó el Pontífice— nos acercan al misterio de Jesús, al misterio de su persona». Y, en efecto, explicó, el pasaje del Evangelio de san Lucas (10, 21-24) «dice que Jesús se llenó de alegría en el Espíritu Santo y alabó al Padre». Por lo demás, «esta es la vida interior de Jesús: su relación con el Padre, relación de alabanza, en el Espíritu, precisamente el Espíritu Santo que une esa relación». Este es «el misterio de la interioridad de Jesús, lo que Él sentía».

En efecto, Jesús —continuó el Papa Francisco— «dijo que quien lo veía a Él, veía al Padre». Dice precisamente: «Sí, Padre, porque así te ha parecido bien». Y «nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; ni quien es el Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar».

Al Padre, continuó el Papa, «sólo el Hijo lo conoce: Jesús conoce al Padre». Y así, «cuando Felipe fue hacia Jesús y dijo: “muéstranos al Padre”», el Señor le responde: «Felipe, quien me ve a mí, ve al Padre». En efecto, «es muy grande la unión entre ellos: Él es la imagen del Padre; es la cercanía de la ternura del Padre a nosotros». Y «el Padre se acerca a nosotros en Jesús».

El Papa Francisco recordó que «en el discurso de despedida, tras la Cena», Jesús repitió muchas veces: «Padre, que todos sean uno, como tú en mí y yo en ti». Y «prometió el Espíritu Santo, porque precisamente el Espíritu Santo es quien hace esta unidad, como la hace entre el Padre y el Hijo».

«Esto es un poco para acercarnos a este misterio de Jesús», explicó el Pontífice. Pero «este misterio no quedó solamente entre ellos, se nos reveló a nosotros». El Padre, por lo tanto, «fue revelado por Jesús: Él nos hace conocer al Padre; nos hace conocer esta vida interior que Él tiene». Y «¿a quién revela esto, el Padre?, ¿a quién da esta gracia?», se preguntó el Papa. La respuesta la da Jesús mismo, como dice san Lucas en su Evangelio: «Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y las has revelado a los pequeños».

Por ello «sólo quienes tienen el corazón como los pequeños son capaces de recibir esta revelación». Sólo «el corazón humilde, manso, que siente la necesidad de rezar, de abrirse a Dios, que se siente pobre». En una palabra, «sólo quien camina con la primera bienaventuranza: los pobres de espíritu». Ciertamente, reconoció el Papa, «muchos pueden conocer la ciencia, la teología incluso». Pero «si no hacen esta teología de rodillas, es decir, humildemente, como los pequeños, no comprenderán nada». Tal vez «nos dirán muchas cosas pero no comprenderán nada». Porque «sólo esta pobreza es capaz de recibir la revelación que el Padre da a través de Jesús, por medio de Jesús». Y «Jesús viene no como un capitán, un general del ejército, un gobernante poderoso», sino que «viene como un brote», según la imagen de la primera lectura, tomada del libro del profeta Isaías (11, 1-10): «Pero brotará un renuevo del tronco de Jesé». Por lo tanto, «Él es el renuevo, es humilde, es manso, y vino para los humildes, para los mansos, a traer la salvación a los enfermos, a los pobres, a los oprimidos, como Él mismo dice en el cuarto capítulo de san Lucas al visitar la sinagoga de Nazaret». Y Jesús vino precisamente «para los marginados: Él se margina, no considera un valor innegociable ser igual a Dios». En efecto, recordó el Pontífice, «se humilló a sí mismo, se anonadó». Él «se marginó, se humilló» para «darnos el misterio del Padre y el suyo». El Papa destacó que «no se puede recibir esta revelación fuera, al margen, del modo como la trae Jesús: en humildad, abajándose a sí mismo». Nunca se puede olvidar que «el Verbo se hizo carne, se marginó para traer la salvación a los marginados». Y «cuando el gran Juan Bautista, en la cárcel, no comprendía mucho cómo estaban las cosas allí, con Jesús, porque estaba un poco perplejo, envió a sus discípulos a preguntar: “Juan te pregunta: ¿eres tú o tenemos que esperar a otro?”».

Ante la petición de Juan, Jesús no respondió: «Soy yo el Hijo». Dijo en cambio: «Mirad, observad todo esto, y luego decid a Juan lo que habéis visto»: o sea que «los leprosos quedan limpios, los pobres son evangelizados, los marginados son encontrados».

Resulta evidente, según el Papa Francisco, que «la grandeza del misterio de Dios sólo se conoce en el misterio de Jesús, y el misterio de Jesús es precisamente un misterio de abajarse, de anonadarse, de humillarse, y trae la salvación a los pobres, a quienes son aniquilados por muchas enfermedades, pecados y situaciones difíciles».

«Fuera de este marco —dijo el Papa— no se puede comprender el misterio de Jesús, no se puede comprender esta unción del Espíritu Santo que lo hace gozar, como hemos escuchado en el Evangelio, en la alabanza al Padre, que lo lleva a evangelizar a los pobres, a los marginados».

En esta perspectiva, en el tiempo de Adviento, el Papa Francisco invitó a rezar para pedir la gracia «al Señor de acercarnos más, más, más a su misterio, y de

hacerlo por el camino que Él quiere que recorramos: la senda de la humildad, la senda de la mansedumbre, la senda de la pobreza, la senda de sentirnos pecadores» Porque es así, concluyó, como «Él viene a salvarnos, a liberarnos».

El Papa Francisco lanzó una invitación a la «esperanza», a no dejarse abatir y asustar por una realidad hecha de «guerras y sufrimientos». Al recordar cómo las grandes construcciones que son erigidas prescindiendo de Dios están destinadas a derrumbarse: así sucedió para la «malvada Babilonia», que cayó por la corrupción de la mundanidad espiritual. Y fue así también para la «distráida Jerusalén», que cayó por ser «suficiente» a sí misma e incapaz de advertir las visitas del Señor. Así, para el cristiano, la actitud justa es siempre «la esperanza» y jamás «el abatimiento», dijo en la misa del jueves 27 de noviembre. Y dedicó la celebración a la bienaventurada Virgen de la medalla milagrosa, importante para la espiritualidad de las Hijas de la caridad de San Vicente de Paúl, las consagradas que prestan servicio en la Casa Santa Marta. «En estos últimos días del año litúrgico —hizo notar inmediatamente el Pontífice— la Iglesia nos propone meditar sobre el fin, sobre los últimos días, sobre el fin del mundo». Y «lo hace con diversas imágenes, con diversos argumentos: mañana tocará la de los signos de los tiempos». Pero, prosiguió, «atrae siempre nuestra atención hacia el fin: la apariencia de este mundo se disolverá y existirá otra tierra, otro cielo; pero esto terminará, terminará transformado». Así, explicó, «hoy nos presenta, para meditar, la figura de dos ciudades, la caída de dos ciudades: dos ciudades que no acogieron al Señor, que se alejaron del Señor; dos ciudades que se sentían satisfechas de sí mismas». Y, así, en la primera lectura, tomada del Apocalipsis (18,1-2.21- 23; 19,1-3.9) Juan habla de la caída de Babilonia. Mientras que Lucas, en el Evangelio (21, 20-28) refiere las palabras de Jesús sobre la caída de Jerusalén.

Sin embargo, precisó el Papa Francisco, «la caída de estas dos ciudades ocurre por motivos diferentes». Por una parte está Babilonia, «símbolo del mal, del pecado en el que se había convertido», se lee precisamente en el Apocalipsis, «morada de demonios, guarida de todo espíritu inmundo, guarida de todo pájaro inmundo y abominable». Y «Babilonia cae por corrupción». Al final lo dice precisamente el apóstol: «Ella, la gran prostituta que corrompía a la tierra con sus fornicaciones». Babilonia, destacó el Papa Francisco, «era corrupta, se sentía dueña del mundo y de sí, con el poder del pecado». Y «cuando se acumula el pecado, se pierde la capacidad de reaccionar y se comienza a pudrir».

Sin embargo, «así sucede también con las personas, con las personas corruptas, que no tienen fuerza para reaccionar», precisó el Papa. Porque «la corrupción te da algo de felicidad, te da poder y también te hace sentir

satisfecho de ti mismo»; pero «no deja espacio para el Señor, para la conversión». He aquí, entonces, el perfil de la «ciudad corrupta». Y precisamente «la palabra corrupción hoy nos dice mucho: no sólo corrupción económica, sino corrupción con tantos pecados diversos; corrupción con ese espíritu pagano, con ese espíritu mundano». Por lo demás, destacó el Pontífice, «la peor corrupción es el espíritu de mundanidad». Y, en efecto, «Jesús había pedido mucho al Padre que guardara a sus discípulos del mundo, del espíritu del mundo, que te hace sentir como en el paraíso aquí, pleno, abundante». En cambio «dentro, esa cultura corrupta es una cultura putrefacta: muerta y más... Esto no se ve».

Babilonia es así el «símbolo» —dijo el Pontífice— de «toda sociedad, de toda cultura, de toda persona alejada de Dios; también alejada del amor al prójimo, que termina por pudrirse, por pudrirse en sí misma». Y al final «esta Babilonia, que era morada de demonios, cae por espíritu de mundanidad, cae por corrupción, se aleja del Señor por corrupción».

En cambio, explicó el Papa Francisco, «Jerusalén cae por otro motivo». Ante todo, «Jerusalén es la esposa, es la novia del Señor: ¡la quería mucho!». Pero «no se da cuenta de las visitas del Señor» y «hace llorar al Señor». Tanto que le hace decir: «Cuántas veces intenté reunir a tus hijos, como la gallina reúne a los polluelos: no te diste cuenta de mis visitas, de las numerosas veces que Dios te visitó».

Así, pues, precisó el Papa, si «Babilonia cae por corrupción, Jerusalén cae por distracción, por no recibir al Señor que viene a salvarla». En concreto, «no se sentía necesitada de la salvación: tenía los escritos de los profetas, de Moisés y esto era suficiente». Pero esos escritos estaban «cerrados». Por consiguiente, «no dejaba lugar para ser salvada, tenía la puerta cerrada para el Señor». Y, así, «el Señor llamaba a la puerta, pero no había disponibilidad para recibirle, escucharle, dejarse salvar por Él». Y al final Jerusalén cae.

Según el Pontífice, «estos dos ejemplos nos pueden hacer pensar en nuestra vida: también nosotros, un día, sentiremos el sonido de las trompetas». Pero «¿en qué ciudad estaremos ese día? ¿En la corrupta y suficiente Babilonia? ¿En la distraída, con las puertas cerradas, Jerusalén?». En todo caso, al final ambas son destruidas.

Sin embargo, «el mensaje de la Iglesia en estos días —sugirió el Papa Francisco— no termina con la destrucción: en los dos textos hay una promesa de esperanza». En efecto, en el momento en que Babilonia cae «se siente el grito de victoria: ¡aleluya, bienaventurados los invitados al banquete de bodas del Cordero! Aleluya, ahora comienza el banquete de bodas, ahora que todo está limpio». Esa ciudad, añadió, «no era digna de este banquete».

Por otra parte, «el texto de la caída de Jerusalén nos consuela mucho con esa palabra de Jesús: ¡alza la cabeza!». La invitación del Señor es «mirar» y no

dejarse «asustar por los paganos». Puesto que «los paganos tienen su tiempo y debemos soportarlo con paciencia, como soportó el Señor su pasión». Por eso queda la invitación de Jesús: «¡Alzad la cabeza!».

Con este llamamiento a la esperanza el Papa concluyó su meditación. «Cuando pensemos en el fin, en el fin de nuestra vida, en el fin del mundo —explicó— cada uno de nosotros tendrá su fin; cuando pensemos en el fin, con todos nuestros pecados, con toda nuestra historia, pensemos en el banquete que se nos dará gratuitamente y alcemos la cabeza». Por ello «sin abatimiento» sino con «esperanza». Es verdad, reconoció el Papa Francisco, que «la realidad es fea: hay muchos, muchos pueblos, ciudades y gente, mucha gente, que sufre; muchas guerras, mucho odio, mucha envidia, mucha mundanidad espiritual y mucha corrupción». Pero «todo esto caerá». He aquí por qué, afirmó, debemos pedir «al Señor la gracia de estar preparados para el banquete que nos espera, con la cabeza siempre en alto».

4 de diciembre de 2014. **Sin maquillaje sobre la roca.**

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 50, viernes 12 de diciembre de 2014

De la «tentación de mucha gente buena» a ser cristiano «sólo de apariencia», llevando encima «el maquillaje» que se cae con la primera lluvia, alertó el Papa Francisco en la misa que celebró el jueves 4 de diciembre en la capilla de la Casa Santa Marta. Y volvió a proponer el testimonio de muchos «cristianos con fundamento», que construyen su vida sobre la «roca de Jesús» y viven la «santidad oculta», día tras día.

Hoy en ambas lecturas —tomadas del libro de Isaías (26, 1-6) y del Evangelio de san Mateo (7, 21.24-27)— la Iglesia, observó inmediatamente el Papa Francisco, «habla de la fuerza de un cristiano y de la debilidad; de roca y de arena». En efecto, «el cristiano es fuerte cuando no sólo dice que lo es, sino cuando vive su vida como cristiano, cuando pone en práctica la doctrina cristiana, las palabras de Dios, los mandamientos, las bienaventuranzas». El punto central es, de hecho, «poner en práctica».

En cambio, destacó el Papa, «existen cristianos de apariencia solamente: personas que se maquillan de cristianos y en el momento de la prueba tienen solamente el maquillaje». Y «sabemos qué sucede a una mujer maquillada cuando va por la calle y comienza a llover y no tiene paraguas: todo se cae, las apariencias caen por los suelos». La del maquillaje, por lo demás, «es una tentación» reconoció el Papa Francisco. Por ello no es suficiente decir «soy cristiano, Señor,» para serlo verdaderamente. Es Jesús mismo quien dice que no basta repetir «¡Señor! ¡Señor!» para entrar en su reino. Se necesita cumplir «la voluntad del Padre» y poner «en práctica la Palabra». He aquí, por lo tanto, la diferencia entre «el cristiano coherente» y el cristiano sólo «de apariencia».

Por lo demás, explicó el Pontífice, es claro cómo «nos ama el Señor». Ante todo, «un cristiano de vida está fundado sobre la roca». Por lo demás, Pablo lo dice claramente cuando «habla del agua que salía de la roca en el desierto: la roca era Cristo, la roca es Cristo». Por lo tanto, lo único que cuenta es «estar fundado solamente en la persona de Jesús, en el seguimiento de Jesús, por el camino de Jesús». El Papa Francisco confesó que encontró «muchas veces gente no mala, gente buena, pero que es víctima de esta manía de la "cristiandad de las apariencias"». Gente que de sí misma dice «soy de una familia muy católica; soy miembro de esa asociación y también bienhechor de aquella otra». Pero, según el Papa, la verdadera pregunta que hay que

plantear a estas personas es: «dime, ¿tu vida está fundada en Jesús? ¿Dónde está tu esperanza? ¿en esa roca o en estas pertenencias?».

Por eso la importancia de «estar fundado sobre la roca». Por lo demás, «hemos visto a muchos cristianos de apariencias que caen ante la primera tentación, o sea, ante la lluvia». En efecto, «cuando los ríos se desbordan, cuando los vientos soplan —las tentaciones y las pruebas de la vida— un cristiano de apariencia cae, porque allí no hay fundamento, no hay roca, no está Cristo». Por otro lado, en cambio, están los «numerosos santos que tenemos en el pueblo de Dios —no necesariamente canonizados, pero santos— muchos hombres y mujeres que realizan su vida en Cristo, que ponen en práctica los mandamientos, ponen en práctica el amor de Jesús. ¡Muchos!».

El Papa quiso recordar el testimonio de ellos. «Pensemos —dijo— en los más pequeños; los enfermos que ofrecen sus sufrimientos por la Iglesia, por los demás». Y, también, «pensemos en tantos ancianos solos que rezan y ofrecen. Pensemos en tantas mamás y padres de familia que llevan adelante con mucho trabajo su familia, la educación de los hijos, el trabajo cotidiano, los problemas, pero siempre con la esperanza en Jesús» y «que no se pavonean, sino que hacen lo que pueden».

En verdad, afirmó el Papa Francisco, «existen santos de la vida cotidiana». E invitó a pensar también «en los numerosos sacerdotes que no se hacen ver, pero que trabajan en las parroquias con mucho amor: la catequesis a los niños, la atención a los ancianos, los enfermos, la preparación a los recién casados. Y todos los días lo mismo, lo mismo, lo mismo. No se cansan porque en su cimiento está la roca». Son personas que viven en «Jesús: esto es lo que da santidad a la Iglesia; esto es lo que da esperanza». He aquí por qué, prosiguió el Papa, «debemos pensar mucho en la santidad oculta que existe en la Iglesia, la de los cristianos no de apariencia sino fundados en la roca, en Jesús». Mirar a esos «cristianos que siguen el consejo de Jesús en la Última Cena: "Permaneced en mí"». Sí, «cristianos que permanecen en Jesús». Ciertamente, «pecadores, todos lo somos». Así, cuando «alguno de estos cristianos comete algún pecado grave» luego se arrepiente, pide perdón: y «esto es grande». Significa tener «la capacidad de pedir perdón; de no confundir pecado con virtud; de saber bien dónde está la virtud y dónde está el pecado». También de esto se entiende que son cristianos «fundados sobre la roca y la roca es Cristo: siguen el camino de Jesús, le siguen a Él».

En la primera lectura, explicó el Pontífice, Isaías «habla de una ciudad fuerte que tiene salvación, que sigue a Dios, que es justa: un pueblo fuerte. La ciudad es un pueblo. Un pueblo fuerte. Su voluntad es firme y Dios le asegura la paz: paz para quien confía en Él». Y luego añade: «Confíad en el Señor siempre, porque el Señor es la roca perpetua, porque Él doblegó a los habitantes de la altura». Y, por eso, comentó el Papa Francisco, «los soberbios,

los vanidosos, los cristianos de apariencia serán doblegados, humillados». Dice de nuevo Isaías: «Ha abatido a la ciudad elevada, la ha abatido hasta el suelo, hasta tocar el polvo». Precisamente «así terminan los cristianos de apariencia» destacó el Papa volviendo a proponer la imagen de Isaías: por una parte «las ruinas de una ciudad» y después «la otra ciudad, la otra casa, firme, robusta porque está fundada sobre roca».

El pasaje de Isaías sugirió al Papa Francisco otra reflexión. «Los últimos dos versículos de la primera lectura me hicieron pensar» —dijo—. La referencia es «a esta ciudad que cayó, esta ciudad vanidosa, esta ciudad que no estaba fundada sobre la roca de Cristo». Se lee en efecto: «La pisarán los pies, los pies del oprimido, los pasos de los pobres». Es una expresión, afirmó, que «tiene olor a venganza». Sí, «parece una venganza», pero «no es venganza». También «la Virgen, en su canto, lo había dicho: Él ha derribado del trono a los poderosos, ha humillado a los soberbios». Y «los pobres serán los que triunfarán, los pobres de espíritu, los que ante Dios se sienten insignificantes, los humildes» que «llevan adelante la salvación poniendo en práctica la Palabra del Señor». En cambio, repitió el Papa Francisco, «todo lo demás es apariencia: hoy estamos, mañana ya no estaremos». Y citó a san Bernardo: «piensa, hombre, qué será de ti, comida de gusanos». Porque «nos comerán los gusanos a todos» y «si no tenemos esta roca, acabaremos pisoteados». Precisamente «en este tiempo de preparación para la Navidad pidamos al Señor estar fundados firmemente en la roca que es Él, nuestra esperanza es Él» concluyó el Papa. Es verdad, «todos somos pecadores, somos débiles, pero si ponemos la esperanza en Él podremos seguir adelante». Y «esta es la alegría de un cristiano: saber que en Él está la esperanza, el perdón, la paz, la alegría». Por ello no tiene sentido «poner nuestra esperanza en cosas que hoy están y mañana ya no estarán».

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 50, viernes 12 de diciembre de 2014

Una Iglesia reducida a «museo» no funciona, ni tampoco una estructura con «un organigrama perfecto», donde está «todo en orden, todo limpio» pero «falta alegría, falta fiesta, falta paz». Lo recordó el Papa Francisco durante la misa del martes 9 de diciembre en Santa Marta.

El punto de partida para la reflexión del Pontífice fue la primera lectura de la liturgia del día, en la que el profeta Isaías (40, 1-11) anuncia el consuelo de Dios para Israel. Esta promesa profética atraviesa toda la historia y llega hasta nosotros. Pero ¿cuándo se realiza en la Iglesia?

El Papa Francisco recordó que, como «una persona es consolada cuando siente la misericordia y el perdón del Señor, así la Iglesia hace fiesta y es feliz cuando sale de sí misma». Por lo tanto la alegría de la Iglesia «es dar a luz», es «salir de sí misma para dar vida», es «ir a buscar a las ovejas que están extraviadas», testimoniando «precisamente la ternura del pastor, la ternura de la madre».

Al recordar las palabras del Evangelio de san Mateo (18, 12-14), el Papa destacó el impulso dinámico del pastor «que sale», que «va a buscar» a la oveja que falta, a la que se ha perdido. Sin embargo, subrayó el Pontífice, este celoso pastor «podía hacer las cuentas de un buen comerciante»: tenía 99, por eso incluso perdiendo una, el balance entre ganancias y pérdidas era siempre de abundante activo. En cambio, destacó el Papa Francisco, él «tiene corazón de pastor, sale a buscarla hasta que la encuentra y ahí hace fiesta, está alegre».

Del mismo modo, nace así «la alegría de salir para buscar a los hermanos y hermanas que están alejados: esta es la alegría de la Iglesia». Es precisamente entonces que la Iglesia «se convierte en madre, llega a ser fecunda». Por el contrario, advirtió el Pontífice, cuando la Iglesia «no hace esto», entonces «se frena a sí misma, se cierra en sí misma», aunque «quizá está bien organizada». Y de este modo se convierte en «una Iglesia desalentada, ansiosa, triste, una Iglesia que tiene más de solterona que de madre; y esta Iglesia no funciona, es una Iglesia de museo».

Al final del pasaje de Isaías retoma la imagen del pastor que «apacienta el rebaño, reúne con su brazo a los corderos y los lleva sobre el pecho; cuida él mismo a las ovejas que crían». Esta es «la alegría de la Iglesia: salir de sí misma y ser fecunda». Como en el tiempo de Israel, cuando Isaías proclamaba

al pueblo las palabras de consuelo que ofrecía el Señor, así la Iglesia al releer este pasaje se abre a la alegría, recibe fuerza. Porque el pueblo «necesita consolación». La presencia misma del Señor «consuela, siempre consuela o fuerte o débilmente, pero siempre consuela». En efecto, afirmó el Papa, donde está el Señor, «hay consuelo y paz». Incluso en la tribulación, añadió, «está esa paz allí, que es la presencia del Señor que consuela».

Lamentablemente los hombres buscan huir del consuelo. «Desconfiamos, estamos más cómodos —observó el Papa Francisco— en nuestras cosas, más cómodos también en nuestras faltas, en nuestros pecados». Este es el campo en el cual el hombre se encuentra más a gusto. En cambio, destacó el Pontífice, «cuando llega el Espíritu y llega el consuelo, nos lleva a otro estado que no podemos controlar: es precisamente el abandono en la consolación del Señor». Y es en esta situación que «llega la paz, la alegría», como recuerda la expresión «tan hermosa del rey Ezequías: “la amargura se me volvió paz”, porque el Señor fue allí a consolar». Y como dice también el «salmo de los prisioneros en Jerusalén, en Babilonia: “Cuando el Señor hizo volver a los cautivos de Sión, nos parecía soñar” —ino lo creían!—, “la boca se nos llenaba de risas, la lengua de cantares”».

En efecto, cuando llega «el consuelo del Señor, nos sorprende. Es Él quien manda, no nosotros». Y el consuelo más fuerte es el de la misericordia y el perdón», como anuncia Isaías: «Gritadle que se ha cumplido su servicio y está apagado su crimen, pues de la mano del Señor ha recibido doble paga por sus pecados». De aquí la invitación del Papa a reflexionar sobre cómo Dios no se deja ganar en generosidad. «Tú —dijo— has pecado cien veces, toma doscientos de alegría: así es la misericordia de Dios cuando viene a consolar». A pesar de esto, el hombre busca apartarse, porque «esto nos da un poco de miedo, un poco de desconfianza: “¡Es demasiado, Señor!”». Para hacer comprender cuán infinita es la misericordia de Dios, el Pontífice volvió a proponer las palabras del profeta Ezequiel, cuando en el capítulo 16, tras «la lista de los muchos pecados del pueblo, pero muchos, muchos, al final dirá: “Pero yo no te abandono, te daré más; esta será mi venganza: el consuelo y el perdón”». Así es «nuestro Dios, el Dios que consuela en la misericordia y en el perdón». Por eso es bueno repetir: «Dejaos consolar por el Señor, es el único que puede consolarnos».

Muchas veces, añadió el Papa Francisco, «estamos acostumbrados a “alquilar” pequeñas consolaciones, un poco hechas por nosotros; pero no sirven, ayudan pero no sirven». En efecto, solamente nos beneficia la que «viene del Señor con su perdón y nuestra humildad. Cuando el corazón se hace humilde, viene el consuelo y se deja guiar por esta alegría, esta paz».

El Pontífice concluyó con una invocación al Señor, para que «nos dé la gracia de trabajar, ser cristianos alegres en la fecundidad de la madre Iglesia», y nos

preserve del peligro de «caer en la actitud de estos cristianos tristes, impacientes, desconfiados, ansiosos, que tienen todo perfecto en la Iglesia, pero no tienen “niños”». El Papa invitó a pedir a Dios que nos consuele con «el consuelo de una Iglesia madre que sale de sí misma» y con «el consuelo de la ternura de Jesús y su misericordia en el perdón de nuestros pecados».

De la «tentación de mucha gente buena» a ser cristiano «sólo de apariencia», llevando encima «el maquillaje» que se cae con la primera lluvia, alertó el Papa Francisco en la misa que celebró el jueves 4 de diciembre en la capilla de la Casa Santa Marta. Y volvió a proponer el testimonio de muchos «cristianos con fundamento», que construyen su vida sobre la «roca de Jesús» y viven la «santidad oculta», día tras día.

Hoy en ambas lecturas —tomadas del libro de Isaías (26, 1-6) y del Evangelio de san Mateo (7, 21.24-27)— la Iglesia, observó inmediatamente el Papa Francisco, «habla de la fuerza de un cristiano y de la debilidad; de roca y de arena». En efecto, «el cristiano es fuerte cuando no sólo dice que lo es, sino cuando vive su vida como cristiano, cuando pone en práctica la doctrina cristiana, las palabras de Dios, los mandamientos, las bienaventuranzas». El punto central es, de hecho, «poner en práctica».

En cambio, destacó el Papa, «existen cristianos de apariencia solamente: personas que se maquillan de cristianos y en el momento de la prueba tienen solamente el maquillaje». Y «sabemos qué sucede a una mujer maquillada cuando va por la calle y comienza a llover y no tiene paraguas: todo se cae, las apariencias caen por los suelos». La del maquillaje, por lo demás, «es una tentación» reconoció el Papa Francisco. Por ello no es suficiente decir «soy cristiano, Señor,» para serlo verdaderamente. Es Jesús mismo quien dice que no basta repetir «¡Señor! ¡Señor!» para entrar en su reino. Se necesita cumplir «la voluntad del Padre» y poner «en práctica la Palabra». He aquí, por lo tanto, la diferencia entre «el cristiano coherente» y el cristiano sólo «de apariencia».

Por lo demás, explicó el Pontífice, es claro cómo «nos ama el Señor». Ante todo, «un cristiano de vida está fundado sobre la roca». Por lo demás, Pablo lo dice claramente cuando «habla del agua que salía de la roca en el desierto: la roca era Cristo, la roca es Cristo». Por lo tanto, lo único que cuenta es «estar fundado solamente en la persona de Jesús, en el seguimiento de Jesús, por el camino de Jesús». El Papa Francisco confesó que encontró «muchas veces gente no mala, gente buena, pero que es víctima de esta manía de la “cristiandad de las apariencias”». Gente que de sí misma dice «soy de una familia muy católica; soy miembro de esa asociación y también bienhechor de aquella otra». Pero, según el Papa, la verdadera pregunta que hay que plantear a estas personas es: «dime, ¿tu vida está fundada en Jesús? ¿Dónde

está tu esperanza? ¿en esa roca o en estas pertenencias?».

Por eso la importancia de «estar fundado sobre la roca». Por lo demás, «hemos visto a muchos cristianos de apariencias que caen ante la primera tentación, o sea, ante la lluvia». En efecto, «cuando los ríos se desbordan, cuando los vientos soplan —las tentaciones y las pruebas de la vida— un cristiano de apariencia cae, porque allí no hay fundamento, no hay roca, no está Cristo». Por otro lado, en cambio, están los «numerosos santos que tenemos en el pueblo de Dios —no necesariamente canonizados, pero santos— muchos hombres y mujeres que realizan su vida en Cristo, que ponen en práctica los mandamientos, ponen en práctica el amor de Jesús. ¡Muchos!».

El Papa quiso recordar el testimonio de ellos. «Pensemos —dijo— en los más pequeños; los enfermos que ofrecen sus sufrimientos por la Iglesia, por los demás». Y, también, «pensemos en tantos ancianos solos que rezan y ofrecen. Pensemos en tantas mamás y padres de familia que llevan adelante con mucho trabajo su familia, la educación de los hijos, el trabajo cotidiano, los problemas, pero siempre con la esperanza en Jesús» y «que no se pavonean, sino que hacen lo que pueden».

En verdad, afirmó el Papa Francisco, «existen santos de la vida cotidiana». E invitó a pensar también «en los numerosos sacerdotes que no se hacen ver, pero que trabajan en las parroquias con mucho amor: la catequesis a los niños, la atención a los ancianos, los enfermos, la preparación a los recién casados. Y todos los días lo mismo, lo mismo, lo mismo. No se cansan porque en su cimiento está la roca». Son personas que viven en «Jesús: esto es lo que da santidad a la Iglesia; esto es lo que da esperanza». He aquí por qué, prosiguió el Papa, «debemos pensar mucho en la santidad oculta que existe en la Iglesia, la de los cristianos no de apariencia sino fundados en la roca, en Jesús». Mirar a esos «cristianos que siguen el consejo de Jesús en la Última Cena: “Permaneced en mí”». Sí, «cristianos que permanecen en Jesús». Ciertamente, «pecadores, todos lo somos». Así, cuando «alguno de estos cristianos comete algún pecado grave» luego se arrepiente, pide perdón: y «esto es grande». Significa tener «la capacidad de pedir perdón; de no confundir pecado con virtud; de saber bien dónde está la virtud y dónde está el pecado». También de esto se entiende que son cristianos «fundados sobre la roca y la roca es Cristo: siguen el camino de Jesús, le siguen a Él».

En la primera lectura, explicó el Pontífice, Isaías «habla de una ciudad fuerte que tiene salvación, que sigue a Dios, que es justa: un pueblo fuerte. La ciudad es un pueblo. Un pueblo fuerte. Su voluntad es firme y Dios le asegura la paz: paz para quien confía en Él». Y luego añade: «Confíad en el Señor siempre, porque el Señor es la roca perpetua, porque Él doblegó a los habitantes de la altura». Y, por eso, comentó el Papa Francisco, «los soberbios, los vanidosos, los cristianos de apariencia serán doblegados, humillados». Dice

de nuevo Isaías: «Ha abatido a la ciudad elevada, la ha abatido hasta el suelo, hasta tocar el polvo». Precisamente «así terminan los cristianos de apariencia» destacó el Papa volviendo a proponer la imagen de Isaías: por una parte «las ruinas de una ciudad» y después «la otra ciudad, la otra casa, firme, robusta porque está fundada sobre roca».

El pasaje de Isaías sugirió al Papa Francisco otra reflexión. «Los últimos dos versículos de la primera lectura me hicieron pensar» —dijo—. La referencia es «a esta ciudad que cayó, esta ciudad vanidosa, esta ciudad que no estaba fundada sobre la roca de Cristo». Se lee en efecto: «La pisarán los pies, los pies del oprimido, los pasos de los pobres». Es una expresión, afirmó, que «tiene olor a venganza». Sí, «parece una venganza», pero «no es venganza». También «la Virgen, en su canto, lo había dicho: Él ha derribado del trono a los poderosos, ha humillado a los soberbios». Y «los pobres serán los que triunfarán, los pobres de espíritu, los que ante Dios se sienten insignificantes, los humildes» que «llevan adelante la salvación poniendo en práctica la Palabra del Señor». En cambio, repitió el Papa Francisco, «todo lo demás es apariencia: hoy estamos, mañana ya no estaremos». Y citó a san Bernardo: «piensa, hombre, qué será de ti, comida de gusanos». Porque «nos comerán los gusanos a todos» y «si no tenemos esta roca, acabaremos pisoteados». Precisamente «en este tiempo de preparación para la Navidad pidamos al Señor estar fundados firmemente en la roca que es Él, nuestra esperanza es Él» concluyó el Papa. Es verdad, «todos somos pecadores, somos débiles, pero si ponemos la esperanza en Él podremos seguir adelante». Y «esta es la alegría de un cristiano: saber que en Él está la esperanza, el perdón, la paz, la alegría». Por ello no tiene sentido «poner nuestra esperanza en cosas que hoy están y mañana ya no estarán».

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 51-52, viernes 19-26 de diciembre de 2014

Dios es para nosotros como la mamá que nos canta con ternura la canción de cuna y no tiene miedo de hacer incluso el «ridículo» por cuanto nos ama. Por ello el Papa Francisco puso en guardia de la «tentación de cosificar la gracia», con una certeza: «Si nosotros tuviésemos la valentía de abrir nuestro corazón a esta ternura de Dios, ¡cuánta libertad espiritual tendríamos!». Y para vivir esta experiencia, durante la misa del jueves 11 de diciembre, el Papa sugirió leer el pasaje del profeta Isaías propuesto por la liturgia del día.

«El profeta Isaías —destacó inmediatamente el Pontífice— habla de la salvación, de cómo Dio salva a su pueblo, y vuelve a esa imagen, a esa realidad que es precisamente la cercanía de Dios a su pueblo».

«Es precisamente la cercanía de Dios a su pueblo lo que hace la salvación». Una «cercanía que avanza, avanza, hasta tomar nuestra humanidad». Y «en este pasaje —explicó el Papa Francisco— hay una cosa que tal vez nos haga reír un poco, pero es hermoso». En efecto, es «tan grande la cercanía, que Dios se presenta aquí como una mamá, como una mamá que dialoga con su niño: una mamá cuando canta la canción de cuna al niño y toma la voz del niño y se hace pequeña como el niño y habla con el tono del niño hasta el punto de hacer el ridículo si uno no comprende la grandeza que hay en ello». «Cuántas veces —continuó el Pontífice— una mamá dice estas cosas al niño mientras lo acaricia». Y también «Dios hace lo mismo: es la ternura de Dios» que «están tan cerca de nosotros, que se expresa con esta ternura, la ternura de una mamá».

Esto «es la gracia de Dios», afirmó el Papa Francisco. En efecto, «cuando hablamos de gracia, hablamos de esta cercanía». Así, «cuando uno dice: estoy en estado de gracia, estoy cerca del Señor o dejo que el Señor se me acerque: ¡eso es la gracia!». En cambio, «nosotros, muchas veces, para estar seguros, queremos controlar la gracia, como si el niño dijese a la mamá: “Está bien, ahora te callas, déjame vivir, está bien, yo sé que tú me amas”». Y, por su parte, «la mamá sigue diciendo estas cosas, que causan risa, pero es el amor, el amor que se expresa así». Pues bien, «¿detiene el niño a la mamá? ¡No! Se deja amar, porque es un niño. Así como lo dice Jesús: el reino de los cielos es como el niño que se deja amar por Dios». Y «esto es la gracia».

El Papa Francisco, de este modo, puso en guardia sobre la «tentación de cosificar la gracia» que «tenemos muchas veces en nuestra historia y también

en nuestra vida». Se trata de transformar «esta gracia que es una cercanía, una cercanía de las entrañas de Dios», en «una mercadería o en una cosa posible de controlar». Porque «nosotros queremos controlar la gracia». Y «así, cuando se habla de gracia, tenemos la tentación de decir: “Yo estoy en gracia”. Pero, ¿qué quiere decir?, ¿qué estás cerca del Señor? “No, tengo también el alma limpia, estoy en gracia”». Así, pues, «esta verdad tan bonita de la cercanía de Dios se desliza en una contabilidad espiritual: “No, hago esto porque esto me dará 300 días de gracia... Hago esto otro porque me dará esto, y así acumulo gracia...”». Razonando así la gracia se reduce a «una mercadería».

«En la historia —explicó el Papa— esta cercanía de Dios a su pueblo fue traicionada por esta actitud egoísta nuestra de querer controlar la gracia, de cosificarla». Como «ejemplo» el Pontífice indicó «los partidos en la época de Jesús». Comenzando por los «fariseos: para ellos la gracia estaba precisamente en hacer la ley, seguir la ley y cuando había una duda se hacía otra para que fuese más clara esa ley». Estaban también los «saduceos»: según ellos la gracia de Dios consistía en hacer «convivir políticamente el pueblo con los ocupantes y hacer pactos políticos». Otros eran «los esenios» que «eran buenos, buenísimos, pero tenían tanto miedo que no arriesgaban y se marcharon al monasterio a rezar». De este modo, «esa gracia que lleva hacia adelante, esa cercanía de Dios se convirtió en una clausura monacal en el monasterio, pero no la gracia de Dios». Por otro lado, en cambio, «los zelotes pensaban que la gracia de Dios fuese precisamente la guerra de liberación, las guerrillas de liberación de Israel». Y esta era «también otra forma de cosificar la gracia». Pero, reafirmó el Papa, «la gracia de Dios es otra cosa: es cercanía, es ternura». Y sugirió una «regla» que «sirve siempre: si en tu relación con el Señor no sientes que Él te ama con ternura» significa que «aún te falta algo, aún no has comprendido lo que es la gracia, aún no has recibido la gracia, que es esta cercanía».

El Papa Francisco quiso compartir una experiencia suya, recordando cuando, hace muchos años, se le acercó una señora diciéndole: «Padre, tengo que hacerle una pregunta porque no sé si debo confesarme o no». «El sábado pasado —continuó repitiendo las palabras de la señora— fuimos a la boda de unos amigos y se celebró la misa, y con mi marido decíamos: ¿está bien esta misa de sábado por la tarde? ¿Sirve? ¿Es válida para el domingo?». Al plantear la cuestión, recordó el Papa Francisco, «esa mujer sufría». Entonces «dije a esa señora: “El Señor la quiere mucho: ella se marchó de allí, recibió la comunión, estuvo con Jesús... Sí, esté serena, el Señor no es un comerciante, el Señor ama, es cercano”».

Y concluyó con un consejo práctico: «Hoy, si tenéis un poco de tiempo, en vuestra casa, buscad la Biblia: Isaías, capítulo 41, del versículo 13 al 20, siete

versículos. Y leedlos». Para entrar de este modo más a fondo en la experiencia de «esta ternura de Dios», de «este Dios que nos canta a cada uno de nosotros la canción de cuna, como una mamá».

Lunes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 51-52, viernes 19-26 de diciembre de 2014

«Pido al Señor la gracia de que nuestro corazón sea sencillo, luminoso con la verdad que Él nos da, y podamos así ser amables, capaces de perdonar, comprensivos con los demás, de corazón grande con la gente, misericordiosos». Con esta oración el Papa Francisco concluyó la homilía de la misa del lunes 15 de diciembre. «Jamás —añadió— condenar. Si tú tienes ganas de condenar, condénate a ti mismo». Al contrario, hay que pedir «al Señor la gracia de que nos dé esta luz interior, que nos convenza que la roca es sólo Él y no tantas historias que hacemos como cosas importantes; y que Él nos acompañe por el camino, que Él nos ensanche el corazón, para que puedan entrar los problemas de tanta gente, y que Él nos dé la gracia de sentirnos pecadores».

El punto de partida surgió una vez más de las lecturas del día, en especial del pasaje del Evangelio de san Mateo (21, 23-27), donde Jesús se dirige a quienes buscan confundir la fe sencilla de las personas con formalismos y normas a menudo inútiles. Al respecto el Pontífice inició su reflexión recordando que ya el domingo de Ramos, cuando «Jesús entró en Jerusalén» y «los niños cantaban: "Hosanna al Hijo de David"», algunos «doctores de la ley querían hacerlos callar». Pero Jesús dijo: «No pueden callar; si ellos no gritan, gritarán las piedras». Luego el Señor «curó a mucha gente enferma» y cuando tuvo hambre, acercándose a la higuera que no tenía fruto, maldijo a la planta. Así, «el árbol se secó», y los discípulos comentaron: «¡Has hecho un milagro!». Y Él respondió: «Si tuvierais fe, haríais lo mismo o más».

En concreto, destacó el Papa, Jesús «predica sobre la fe. Luego, en el templo, curó a mucha gente, a los enfermos, y expulsó a los que vendían y compraban». Y fue entonces que «los jefes de los sacerdotes, los doctores de la ley se le acercaron para preguntarle»: «¿Con qué autoridad haces esto? Somos nosotros los que mandamos en el templo». Y la respuesta de Jesús es una respuesta «con vivacidad interior, con mucha agudeza», porque —destacó el Papa— Jesús «va al corazón de esta gente, a lo que tenían en el corazón. Era gente que tenía un corazón inseguro, un corazón que se acomodaba un poco a las situaciones, un corazón que, según el momento, iba de una parte o de la otra».

A ellos, en efecto, «no les interesaba la verdad; a ellos les interesaba el propio interés, según el viento que soplaba...». Y negociaban todo: la libertad

interior, la fe, la patria. Todo, menos las apariencias. Les interesaba salir bien de las situaciones.

La descripción de la escena evangélica, explicó el Papa Francisco, es precisamente una de estas situaciones en las que ellos tratan de sacar algún beneficio. «Vieron en este momento alguna cosa débil», tal vez lo «imaginaron», y se dijeron: «este es el momento». De aquí la pregunta: «¿Con qué autoridad haces esto?». Evidentemente «se sintieron un poco fuertes». Pero la reacción de Jesús una vez más los desplaza. Él «no discute con ellos» y los tranquiliza: «Sí, sí, os lo diré, pero antes decidme esto», pregunta haciendo referencia a Juan el Bautista. Así, pues, Jesús responde a una pregunta con una pregunta «y con esto los debilita», hasta el punto de que sus interlocutores «no saben dónde ir».

De aquí la relación indicada por el Papa Francisco con la oración del inicio de la misa, en la que se pide al Señor «que disipe las tinieblas de nuestro corazón». En efecto, la gente de la que habla el Evangelio «tenía muchas tinieblas en el corazón». Ciertamente, «era observante de la ley: el sábado no caminaban más de cien metros y nunca se sentaban en la mesa sin lavarse las manos»; era «gente muy observante, muy segura en sus costumbres». Pero, añadió el Papa, «es verdad que sólo en las apariencias. Eran fuertes, pero hacia fuera. Estaban acartonados. El corazón era muy débil, no sabían en qué creían. Y por ello su vida estaba, la parte exterior, toda regulada; pero el corazón iba de una parte a la otra».

Al contrario, Jesús «nos enseña que el cristiano debe tener el corazón fuerte, firme, que crece sobre la roca, que es Cristo, y luego ir por el mundo con prudencia». En efecto, continuó el Pontífice, «no se negocia el corazón, no se negocia la roca. La roca es Cristo, no se negocia. Este es el drama de la hipocresía de esta gente. Y Jesús no negociaba nunca su corazón de Hijo del Padre, sino que estaba abierto a la gente, buscando caminos para ayudar». Los demás, en cambio, afirmaban: «Esto no se puede hacer; nuestra disciplina, nuestra doctrina dice que no se puede hacer». En definitiva, «eran rígidos en sus disciplinas» y sostenían: «La disciplina no se toca, es sagrada».

En este punto el Papa Francisco quiso añadir un recuerdo personal, vinculado a los tiempos de su juventud, «cuando el Papa Pío XII —explicó— nos liberó de esa cruz tan pesada que era el ayuno eucarístico. No se podía ni siquiera beber una gota de agua. Y para lavarse los dientes, se tenía que hacer de tal modo que no se tragase agua». El obispo de Roma confesó: «Yo mismo, siendo joven, he ido a confesarme de haber comulgado pensando que alguna gota me la había tragado». Por ello, cuando el Papa Pacelli «cambió la disciplina —“¡Ah, herejía! ¡Tocó la disciplina de la Iglesia!”— muchos fariseos se escandalizaron. Muchos. Porque Pío XII actuó como Jesús: vio la necesidad de la gente: “Esta pobre gente, con tanto calor”. Estos sacerdotes que celebraban tres misas, la

última a la una, después de mediodía, en ayunas. Y estos fariseos eran así —“nuestra disciplina”— rígidos en la piel, pero, como dice Jesús, “corruptos en el corazón”, débiles hasta la corrupción. Tenebrosos en el corazón». En efecto, ellos «siempre trataban de sacar beneficio». Y «también nuestra vida puede llegar a ser así», advirtió el Papa Francisco. Así, pues, «muchas veces un pecado nos avergüenza» y nos hace «encontrar al Señor, que nos perdona».

Al respecto el Pontífice citó el libro de la Sabiduría, que dice: «Qué misterioso es el corazón del hombre, ¿quién puede conocerlo?». Por ello, concluyó, «hoy hemos pedido al Señor» que disipe «las tinieblas de nuestro corazón; que nuestro corazón esté firme en la fe». Precisamente como el de la «gente sencilla» del pasaje del Evangelio.

Martes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 51-52, viernes 19-26 de diciembre de 2014

Un «corazón arrepentido» que sabe reconocer los propios pecados es la condición fundamental para encaminarse por la «senda de la salvación». Entonces el «juicio» del Señor no dará miedo, sino que dará «esperanza». Y las dos lecturas del día, en las que se centró la reflexión del Papa en la misa del martes 16 de diciembre, tienen la «estructura de un juicio».

La primera, tomada del Libro del profeta Sofonías (3, 1-2. 9-13) comienza «con una palabra de amenaza: "¡Ay de la ciudad rebelde, impura!". He aquí ya el juicio: «a la ciudad rebelde», la ciudad que «no ha escuchado la llamada, que no ha aceptado la lección, no ha confiado en el Señor, no ha recurrido a su Dios». Para ellos es la «condena» que se expresa en el término «¡ay!». Para los demás, en cambio, hay una promesa: «Purificaré los labios de los pueblos», escribe el profeta. Y continúa: «Desde las orillas de los ríos de Cus, mis adoradores, los deportados, traerán mi ofrenda. Aquel día, ya no te avergonzarás de las acciones con que me ofendiste».

¿De quién habla Sofonías? De quien —explicó el Pontífice— se acerca «al Señor porque el Señor ha perdonado». Son estos «los salvados»; los demás, en cambio, son «los soberbios, que no habían escuchado la voz del Señor, que no aceptaron la corrección, no confiaron en el Señor».

A los que se arrepienten, que son capaces de reconocer: «Sí, somos pecadores» —destacó el Papa— el Señor reservó el perdón y dirigió «esta palabra, que es una de las palabras llenas de esperanza del Antiguo Testamento: "Dejaré en ti un resto, un pueblo humilde y pobre que buscará refugio en el nombre del Señor"».

Aquí se distinguen «las tres características del pueblo fiel de Dios: humildad, pobreza y confianza en el Señor». Y es precisamente esta «la senda de la salvación». Los demás, en cambio, «no acogieron la voz del Señor, no aceptaron la corrección, no confiaron en el Señor», por ello «no pueden recibir la salvación»: se «cerraron, ellos, a la salvación».

Lo mismo, precisó el Pontífice, sucede hoy: «Cuando vemos el santo pueblo de Dios que es humilde, que tiene sus riquezas en la fe en el Señor, en la confianza en el Señor; el pueblo humilde y pobre que confía en el Señor», entonces encontramos a «los salvados», porque «este es el camino» que debe recorrer la Iglesia.

Una dinámica semejante se encuentra en el Evangelio del día (Mateo, 21, 28-

32), donde Jesús propone «a los jefes de los sacerdotes, a los ancianos del pueblo», a todo ese «"grupo" de gente que le declaraba la guerra», un «juicio» sobre el cual reflexionar. Les presenta el caso de los dos hijos a quienes el padre les pide que vayan a trabajar a la viña. Uno responde: «No voy». Pero luego va. El otro, en cambio, dice: «Sí, papá», pero después reflexiona y «no va, no obedece».

Jesús pregunta a sus interlocutores: «¿Quién de los dos cumplió la voluntad de su padre? ¿El primero, el que había dicho que no», ese «joven rebelde» que luego «pensó en su padre» y decidió obedecer, o el segundo? Así llega el juicio: «En verdad os digo que los publicanos y las prostitutas van por delante de vosotros en el reino de Dios». Ellos «serán los primeros». Y se los explica: «Vino Juan a vosotros enseñándoos el camino de la justicia y no le creísteis; en cambio, los publicanos y prostitutas le creyeron. Y, aun después de ver esto, vosotros no os arrepentisteis ni le creísteis».

«¿Qué hizo esta gente» para merecer tal juicio? «No ha escuchado la voz del Señor —explicó el Papa—, no ha aceptado la corrección, no ha confiado en el Señor». Alguien podría decir: «Pero padre, qué escándalo que Jesús diga esto, que los publicanos, que son traidores de la patria porque recibían los impuestos para pagar a los romanos», precisamente ellos «irán los primeros al reino de los cielos». ¿Y lo mismo sucederá con las «prostitutas que son mujeres de descarte»? De aquí la conclusión: «¿Señor tú has enloquecido? Nosotros somos puros, somos católicos, comulgamos cada día, vamos a misa». Sin embargo, destacó el Papa Francisco, precisamente ellos «serán los primeros en ir si tu corazón no es un corazón que se arrepiente». Y «si tú no escuchas al Señor, si no aceptas la corrección y no confías en Él, no tienes un corazón arrepentido».

El Señor, continuó el Pontífice, «no quiere» a estos «hipócritas que se escandalizaban» de lo que «decía Jesús sobre los publicanos y las prostitutas, pero luego a escondidas iban a ellos, o para desfogar sus pasiones o para hacer negocios». Se consideraban «puros», pero en realidad «el Señor así no los quiere».

Este juicio sobre el cual «la liturgia de hoy nos hace pensar» es, de todos modos, «un juicio que da esperanza al mirar nuestros pecados». Todos, en efecto, «somos pecadores». Cada uno de nosotros conoce bien la «lista» de los propios pecados, y —explicó el Papa Francisco— podemos decir: «Señor te entrego mis pecados, la única cosa que podemos ofrecerte».

Para hacer comprender mejor esto, el Pontífice recordó la «vida de un santo que era muy generoso» y ofrecía todo al Señor: «Lo que el Señor le pedía él lo hacía». Lo escuchaba siempre y cumplía siempre su voluntad. Y el Señor en una ocasión le dijo: «Tú aún no me has dado una cosa». Y él, «que era tan bueno», respondió: «Pero Señor, ¿qué cosa no te he dado? Te he dado mi

vida, trabajo por los pobres, trabajo en la catequesis, trabajo aquí, trabajo allí...». Así, el Señor le salió al encuentro: «Tú aún no me has dado una cosa». Pero, «¿qué cosa Señor?», repitió el santo. «Tus pecados», concluyó el Señor. He aquí la lección que quiso destacar el Papa: «Cuando nosotros seamos capaces de decir al Señor: "Señor, estos son mis pecados, no son los de este o los de aquel... son los míos. Tómalos tú. Así estaré salvado"», entonces «seremos ese hermoso pueblo, pueblo humilde y pobres que confía en el nombre del Señor».

Jueves.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 2, viernes 9 de enero de 2015

En los inevitables «momentos malos» de la vida es necesario «tomar consigo» los problemas con valor, poniéndose en las manos de un Dios que hace la historia también a través de nosotros y la corrige si no entendemos y nos equivocamos. Esta es la sugerencia ofrecida por el Papa Francisco en la misa celebrada el jueves 18 de diciembre en la capilla de la Casa Santa Marta. «Ayer la liturgia —destacó inmediatamente el Pontífice— nos hizo reflexionar sobre la genealogía de Jesús». Y con el pasaje de hoy del Evangelio de san Mateo (1, 18-24) se concluye precisamente esta reflexión, «para decirnos que la salvación está siempre en la historia: no hay una salvación sin historia». En efecto, «para llegar al punto de hoy —explicó— hubo una larga historia, una larguísima historia que simbólicamente ayer la Iglesia ha querido contarnos en la lectura de la genealogía de Jesús: Dios ha querido salvarnos en la historia». «Nuestra salvación, la que Dios quiso para nosotros, no es una salvación ascética, de laboratorio», sino «histórica». Y Dios, afirmó el Papa Francisco, «hizo un camino en la historia con su pueblo». Precisamente la primera lectura —tomada del profeta Jeremías (23, 5-8)— «dice una cosa bella sobre las etapas de esta historia», hizo observar el Papa releyendo las palabras de la Escritura: «Llegan días en que ya no se dirá: “Lo juro por el Señor, que sacó a la casa de Israel del país del norte y de los países por donde los dispersó”». «Otro paso, otra etapa», explicó el Papa Francisco. Así, paso a paso se hace la historia: Dios hace la historia, también nosotros hacemos la historia». Y «cuando nos equivocamos, Dios corrige la historia y nos lleva adelante, adelante, siempre caminando con nosotros». Por lo demás, «si nosotros no tenemos claro esto, jamás entenderemos la Navidad, y jamás entenderemos el misterio de la encarnación del Verbo, jamás». Porque «es toda una historia que camina» —recalcó el Pontífice— y que ciertamente no termina con la Navidad, porque «hoy, todavía, el Señor nos salva en la historia y camina con su pueblo».

Y entonces, para qué sirven «los sacramentos, la oración, la predicación, el primer anuncio: para seguir adelante con esta historia». Para esto sirven «también los pecados, porque en la historia de Israel no faltaron»: en la misma genealogía de Jesús «había muchos grandes pecadores». Y, sin embargo, «Jesús sigue adelante. Dios sigue adelante, también con nuestros pecados».

Así, pues, en esta historia «hay algunos momentos malos», hizo notar el Papa Francisco: «momentos malos, momentos oscuros, momentos incómodos, momentos que causan molestias» precisamente «a los elegidos, a las personas que Dios elige para guiar la historia, para ayudar a su pueblo a seguir adelante». El Papa recordó sobre todo a «Abrahán, con noventa años, tranquilo, con su mujer: no tenía un hijo, sino una bella familia». Pero «un día el Señor lo importuna» y le ordena salir de su tierra y ponerse en camino. Abrahán «tiene noventa años» y para él eso es ciertamente «un momento de molestia». Pero así fue también para Moisés «después de huir de Egipto: se casó y su suegro tenía ese rebaño tan grande y él era pastor de ese rebaño». Tenía ochenta años y «pensaba en sus hijos, en la herencia que les dejaba, en su mujer». Y he aquí que el Señor le ordena volver a Egipto para liberar a su pueblo. Pero «en aquel momento para él era más cómodo estar ahí, en tierra de Madián. Pero el Señor incomoda» y de nada vale la pregunta de Moisés: «¿Pero quién soy yo para hacer esto?».

Por lo tanto, afirmó el Papa Francisco, «el Señor nos incomoda para construir la historia, nos hace ir muchas veces por caminos que no queremos». Y recordó también el caso del profeta Elías: «el Señor lo impulsa a matar a todos los falsos profetas de Balaam y después, cuando la reina lo amenaza, tiene miedo de una mujer»; pero «ese hombre que había matado a cuatrocientos profetas tiene miedo de una mujer y querría morir de miedo, no quiere seguir caminando». Para él era de verdad «un mal momento».

En el pasaje evangélico de Mateo, prosiguió el Pontífice, «hoy hemos leído otro momento malo en la historia de la salvación: existen muchos, pero vamos al de hoy». El personaje central es «José, novio: quería mucho a su prometida esposa, y ella se había ido al encuentro de su prima para ayudarle, y cuando regresa se veían los primeros signos de la maternidad». José «sufre, ve a las mujeres de la aldea que murmuraban en el mercado». Y sufriendo dice a sí mismo acerca de María: «Esta mujer es buena, yo la conozco. Es una mujer de Dios. Pero ¿qué me ha hecho? ¡No es posible! Pero yo tengo que acusarla y ella será lapidada. Le dirán a ella todo tipo de cosas. Yo no puedo poner este peso sobre ella, sobre algo que no conozco, porque ella es incapaz de la infidelidad».

José decide entonces «cargar el problema sobre sus hombros y marcharse». Y, así, «las “chismosas” del mercado dirán: mira, la dejó embarazada y después se fue para no tomarse la responsabilidad». En cambio José «prefirió aparecer como pecador, como un hombre malo, para no hacerle sombra a su novia, a quien quería mucho», aunque «no entendía».

Abrahán, Moisés, Elías, José: en sus «momentos malos —recalcó el Papa Francisco—, los elegidos, estos elegidos de Dios, para hacer la historia deben cargar con el problema sobre sus hombros, sin entender». Y volvió al caso de

Moisés, «cuando, en la playa, vio venir el ejército del faraón: allá, el ejército, acá, el mar». Se habrá dicho: «¿Qué hago? ¡Tú me engañaste Señor!». Pero después carga sobre sí el problema y dice: «O regreso y negocio o lucho aunque seré derrotado, o me suicido o confío en el Señor». Ante estas alternativas Moisés «elige la última» y, a través de él, «el Señor hace la historia». Estos «son momentos precisamente así, como el cuello de un embudo», destacó el Pontífice.

El Papa, por lo tanto, volvió a proponer la historia de otro José, «el hijo de Jacob: por envidia sus hermanos querían matarlo, después lo vendieron, se convierte en esclavo». Recorriendo su historia destacó el sufrimiento de José, que tiene además «un problema con la mujer del administrador, pero no acusa a la mujer. Es un hombre noble: porque destruiría al pobre administrador si supiera que la mujer no es fiel». Entonces «cierra la boca, carga sobre sus hombros el problema y se va a la cárcel». Pero «el Señor va a liberarlo». Regresando al Evangelio de la liturgia, el Pontífice evidenció nuevamente que «José en el momento más malo de su vida, en el momento más oscuro, carga sobre sí el problema». Hasta acusarse «a sí mismo ante los ojos de los demás para proteger a su esposa». Y «quizá —añadió— algún psicoanalista dirá que» esta actitud es «el compendio de la angustia», en busca de «una salida». Pero, añadió, «que digan lo que quieran». En realidad José al final tomó consigo a su esposa diciendo: «No entiendo nada, pero el Señor me dijo esto y este aparecerá como mi hijo».

Por ello «para Dios hacer historia con su pueblo significa caminar y probar a sus elegidos». De hecho, «generalmente sus elegidos pasaron momentos oscuros, dolorosos, malos, como los que hemos visto»; pero «al final llega el Señor». El Evangelio, recordó el Papa, nos cuenta que Él «envía al ángel». Y «esto es —no digamos el final, porque la historia continúa— precisamente el momento previo: antes del nacimiento de Jesús una historia; y después viene la otra historia».

Precisamente tomando en cuenta estas reflexiones, el Papa Francisco aconsejó: «Acordémonos siempre de decir, con confianza, incluso en los malos momentos, también en los momentos de la enfermedad, cuando nos demos cuenta de que debemos pedir la extrema unción porque no hay otra salida: «Señor, la historia no comenzó conmigo ni acabará conmigo. Tú estás adelante, yo estoy preparado». Y así nos ponemos «en las manos del Señor». Y esta es la actitud de Abrahán, Moisés, Elías, José y también de muchos otros elegidos del pueblo de Dios: «Dios camina con nosotros, Dios hace historia, Dios nos prueba, Dios nos salva en los momentos más feos, porque es nuestro Padre». Es más «según Pablo es nuestro papá». El Papa Francisco concluyó con una oración: «que el Señor nos haga entender este misterio de su caminar con su pueblo en la historia, de su poner a prueba a sus elegidos y la grandeza de

corazón de sus elegidos que llevan sobre sí los dolores, los problemas, también la apariencia de pecadores —pensemos en Jesús— para llevar adelante la historia».

Viernes.

Fuente: *L'Osservatore Romano*, ed. sem. en lengua española, n. 2, viernes 9 de enero de 2015

Para ser verdaderamente «madre» la Iglesia debe «dejarse sorprender por las novedades de Dios», que por medio del Espíritu Santo puede «hacer nuevas todas las cosas». De lo contrario corre el riesgo de llegar a ser «estéril», afligida por el «pelagianismo», el «egoísmo», el «poder» y las ganas de «adueñarse de las conciencias» hasta convertirse en «empresaria». De esta tentación alertó el Papa en la misa que celebró el viernes 19 de diciembre, en la capilla de la Casa Santa Marta.

La reflexión del Papa Francisco partió de las lecturas propuestas por la liturgia: los nacimientos de Sansón y Juan Bautista anunciados por ángeles, como relata el libro de los Jueces (13, 2-7. 24-25a) y el Evangelio de san Lucas (1, 5-25). «La palabra sobre la cual la Iglesia hoy nos hace reflexionar antes de la Navidad, la palabra más importante de hoy es "esterilidad"» precisó inmediatamente el Pontífice. Y la liturgia, en efecto, «nos presenta a estas dos mujeres estériles que no tenían hijos, no podían tenerlos». El Papa recordó que «en el pueblo de Israel la esterilidad se vivía con dificultad: se podía casi decir que no poder dar vida era considerado una especie de maldición, porque no tener hijos impedía cumplir el mandamiento del Señor de llenar la tierra con nuevas vidas».

Sin embargo, hizo notar, «figuras de mujeres estériles existen muchas en la Biblia, y siempre por razones importantes». Comenzando por «Sara, nuestra madre: estéril», pero «el Señor hace el milagro». Y es «estéril también la mamá de Samuel»: también en esta situación «el Señor hace el milagro». E igualmente «la hija de Jefté se fue por las montañas llorando su virginidad, porque no podía tener hijos antes de morir».

Por lo tanto, explicó el Papa Francisco, «la esterilidad era algo feo, feo». Y hoy la Iglesia «nos muestra este símbolo de esterilidad precisamente antes del nacimiento de Jesús, a través de una mujer incapaz de tener un hijo». Este «es el signo de la humanidad incapaz de dar un paso adelante: muchas mujeres estériles eran ancianas, y su vientre ya no era fecundo». Y «la Iglesia quiere hacernos reflexionar sobre la humanidad estéril», sobre la humanidad que «llegó a un punto donde ya no podía seguir adelante». Al recordar que «la ley de Moisés preveía la descendencia de un muerto, porque era muy importante tener descendencia, dar vida», el Papa destacó que «estas mujeres estériles reciben un milagro, reciben una gracia del Señor y son capaces de

concebir».

«De la esterilidad —afirmó— el Señor es capaz de volver a comenzar una nueva descendencia, una nueva vida: este es el mensaje de hoy». Por eso «cuando la humanidad está extenuada, ya no puede seguir adelante, llega la gracia y llega el Hijo, y llega la salvación». Y, así, «esa creación extenuada deja lugar a la nueva creación, podríamos decir a una “re-creación”». De esta manera «el milagro de la creación, tan maravilloso, deja lugar a un milagro aún más maravilloso: la re-creación, como dice la oración de la misa: “Tú Señor que maravillosamente creaste el mundo, y más maravillosamente lo recreaste”».

Precisamente «esta “segunda” creación, cuando la tierra está extenuada, es el mensaje de hoy: nosotros esperamos al “jefe” capaz de recrear todas las cosas, de hacer nuevas las cosas». Por lo tanto, «esperamos la novedad de Dios». Esta es, por lo demás, la Navidad: «la novedad de Dios que vuelve a hacer de un modo más maravilloso la creación, todas las cosas».

«Es curioso», destacó el Pontífice, que «en ambos textos —tanto el de la mujer de Manoj como el de Isabel— para explicar cómo hará esto, cómo ocurrirá esto, se habla del Espíritu: “El Espíritu del Señor comenzó a obrar en él”, se dice». Y «esta “re-creación” es posible solamente con el Espíritu de Dios». ¿Cuál es el mensaje entonces? «Abrámonos al Espíritu de Dios. Nosotros, solos, no podemos: es Él quien puede hacer las cosas».

El discurso sobre la esterilidad, dijo el Papa, «me hace pensar también en nuestra madre Iglesia, en muchas esterilidades que afligen a nuestra madre Iglesia cuando, por el peso de la esperanza en los mandamientos, ese pelagianismo que todos nosotros llevamos en los huesos, se hace estéril: se cree capaz de dar a luz» pero «no puede». En cambio, «la Iglesia es madre y se convierte en madre solamente cuando se abre a la novedad de Dios, a la fuerza del Espíritu». Lo es «cuando se dice a sí misma: “yo hago todo pero terminé, no puedo seguir adelante”» y «llega el Espíritu».

De esta manera el Papa Francisco invitó a «rezar hoy por nuestra madre Iglesia, por la gran esterilidad en el pueblo de Dios: esterilidad de egoísmos, de poder». Porque «la Iglesia es estéril cuando cree que puede hacer todo, adueñarse de las conciencias de la gente, ir por el camino de los fariseos, de los saduceos, por el camino de la hipocresía». Por eso se necesita «rezar». Y hacer de tal modo que «esta Navidad» haga también a «nuestra Iglesia abierta al don de Dios», capaz de dejarse «sorprender por el Espíritu Santo»: una Iglesia «que tenga hijos, una Iglesia madre».

En cambio, afirmó el Papa, «muchas veces pienso que la Iglesia, en algunos lugares, más que ser madre es una empresaria». Por ello, concluyó, «mirando esta historia de esterilidad del pueblo de Dios, y tantas historias en la historia de la Iglesia que han hecho a la Iglesia estéril, pidamos al Señor, hoy, mirando

el belén, la gracia de la fecundidad de la Iglesia». La gracia de que, «antes que nada, la Iglesia sea madre, como María: ¡madre!».